EN VILO

¿QUÉ PRECIO PAGARÍAS POR SALVAR TU MATRIMONIO?



MARIA FRANKLAND

UN THRILLER PSICOLÓGICO TREPIDANTE LLENO DE GIROS INESPERADOS

EN VILO

¿QUÉ PRECIO PAGARÍAS POR SALVAR TU MATRIMONIO?

MARIA FRANKLAND

AUTONOMY
PRESS

Publicado por primera vez por Autonomy Press 2025

Copyright © 2025 por Maria Frankland

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, escaneo o de otro modo sin el permiso escrito del editor. Es ilegal copiar este libro, publicarlo en un sitio web o distribuirlo por cualquier otro medio sin permiso.

Esta novela es enteramente una obra de ficción. Los nombres, personajes e incidentes representados en ella son obra de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es totalmente coincidencial.

Maria Frankland afirma el derecho moral de ser identificada como la autora de esta obra.

Primera edición

Diseño de portada por David Grogan www.headdesign.co.uk

La versión inglesa es propiedad intelectual de Maria Frankland. Solo la traducción se realizó con la ayuda de inteligencia artificial.

Dedicado a aquellos que se esfuerzan por mantener las apariencias.

PRÓLOGO

RUSS MIRA hacia atrás para asegurarse de que su 'amigo' aún le sigue. Avanzan en silencio sobre la gruesa alfombra hacia la habitación que reservó esa mañana.

Solo se conocieron hace una hora, pero es tiempo suficiente para estar seguros de lo que pronto ocurrirá. Lo han estado planeando durante más de una semana. Aumentando la tensión. Creando anticipación. Russ desliza la tarjeta en la cerradura y sonríe mientras echa otro vistazo a su acompañante.

La puerta se cierra suavemente tras ellos. Es el turno del otro hombre de sonreír mientras Russ vacía el contenido de su bolsa de viaje sobre la cama.

1

KERRY

Miro fijamente la televisión mientras llamo a mi marido, que está en la habitación de al lado. —Ed. Pon la BBC. ¡Escucha esto! —La fachada del Parkside, a medio kilómetro de aquí, aparece en pantalla. El precioso hotel donde nos casamos hace seis años está acordonado y repleto de policías—. Han encontrado el cuerpo de un hombre. Parad ya vosotros dos. —Miro a los gemelos, que se pelean por un camión—. Dios mío, solo tenía treinta y tantos años. Me pone los pelos de punta. —Bajo la voz. Hablo sola, como de costumbre.

Ed no me escucha. Nunca lo hace. Hubo un tiempo en que habría saltado del asiento y habría venido cuando le llamaba. Incluso hubo una época en que habría preferido sentarse aquí conmigo. La mayor parte del tiempo vive en su propio mundo. Me levanto del sofá bajo de la «sala de juegos», paso junto a mis niños de cinco años que no paran de discutir, y asomo la cabeza al salón. Es la única habitación de la casa, aparte de nuestro dormitorio, que mantiene cierta apariencia de orden, y eso es porque los gemelos no pueden entrar allí. —¿Estás viendo las noticias?

Ed levanta sus tranquilos ojos marrones de su ordenador. La puesta de sol de primera hora de la tarde inunda la ventana saledizа, iluminando el pelo cada vez más escaso en la parte

superior de su cabeza. Antes se disgustaba por esta pérdida, pero está aprendiendo a aceptarla.

—¿Por qué? ¿Debería?

Echo de menos a mi marido. Nos hemos distanciado tanto desde que nacieron los gemelos, y el abismo entre nosotros se hace cada vez más grande. Me siento a su lado y apunto con el mando a la tele. —Oh, ya ha terminado. El hotel donde nos casamos. Un hombre se ha suicidado, aparentemente. —Observo buscando un atisbo de reacción, que esté al menos *un poco* interesado en algo de lo que le estoy contando.

—Ah. Vale. —Su voz es monótona y su mirada vuelve a la pantalla del ordenador.

—¿Quizás le conocemos?

—¿Quizás conocemos a quién?

—Ya no me escuchas nunca, Ed. ¿Qué te pasa?

—Lo siento, cariño. Solo necesito terminar esto. —Coge el mando y apaga la tele otra vez—. Estaré contigo pronto. Lo prometo. Bañaré a los niños y les leeré un cuento si quieres. Te daré media hora para ti sola.

—Quiero pasar tiempo *contigo*. ¿Por qué no le pedimos a tu madre que venga a quedarse con los niños después de que se vayan a la cama? —Me animo con la idea, ya planeando mentalmente mi atuendo—. Todavía no hemos cenado. Podríamos ir a ese restaurante nuevo que vimos al pasar la semana pasada. Hace siglos que no salimos juntos.

—Lo siento, cariño. Estoy agotado.

Mientras está arriba bañando a los niños, me pongo a recoger el caos que han dejado. Compramos nuestra preciosa casa cuando estaba embarazada de ellos y nunca me había sentido más feliz. Pero de ser un lugar relajante y maravilloso, como solía ser, el hogar se ha convertido ahora en un lugar de trabajo. He pasado de ser una recién casada, luego una radiante madre primeriza, a convertirme en una pesada y una árbitro. Algo tiene que cambiar.

Si al menos Ed hubiera aceptado mi sugerencia de salir. Nos estamos convirtiendo en simples compañeros de piso. Excepto por una vez a la semana —posición del misionero, normalmente los sábados— y eso si tengo suerte. La vida sigue a nuestro alrededor, pero nosotros ya no participamos. Y como mostró la noticia de antes, la vida es corta; *nunca* podemos saber qué hay a la vuelta de la esquina.

—Ya están listos para ti. —Ed estira los brazos por encima de su cabeza y bosteza mientras entra en la cocina hacia el frigorífico—. Creo que me he ganado una cerveza. Huele bien aquí. ¿Qué estás preparando?

—Son las verduras con hierbas en el horno lo que hueles, y tengo un buen filete para cada uno para acompañarlas. —Me pongo detrás de él junto al frigorífico, rodeando su cintura con mis brazos y besando su nuca. Es lo más lejos que puedo alcanzar.

—¡Mamá!

—Creo que te reclaman. —Se ríe mientras se gira para mirarme —. Yo vigilaré las verduras y prepararé algo de salsa de pimienta. Me muero de hambre.

—Abre también una botella de tinto. —Me dirijo hacia la puerta. Es bueno que vaya a tomar algo. Quizás le relaje un poco.

Los gemelos están ahora en sus propias habitaciones y duermen mejor que cuando compartían. Sin embargo, George todavía anda dando brincos por su cuarto cuando entro.

—Hora de dormir, campeón.

—Pero no tengo sueño, mamá.

—Lo tendrás cuando te tumbes. Necesitas toda tu energía para nadar mañana.

Finalmente cedo permitiéndole quedarse en la cama con su luz de noche encendida y un libro. Beso su mejilla, luego voy a ver a Alex. Está casi dormido con los brazos alrededor de su oveja. —Buenas noches, cariño. —Beso la parte superior de su cabeza y me dirijo al baño.

Odio el espejo del baño. La iluminación es tan poco favorecedora. ¡Dios, hoy tengo un aspecto horrible! No es de extrañar que Ed apenas me mire ya. Me paso un peine por la melena, lamentando

por enésima vez habérmela cortado tan corta, y saco mi neceser del estante para una rectificación urgente. Después, cambio mis vaqueros por una falda de la parte superior del montón de plancha. Bajo corriendo las escaleras por si Ed se ha distraído de vigilar la cena.

Me alegra comprobar que sigue pendiente. Tiene los filetes en la sartén y dos grandes copas de vino tinto esperando en la mesa. Doy un buen sorbo a una y me pongo a buscar algunas velas.

—¡Velas! ¿Para qué queremos velas? —Se ríe mientras las enciendo—. ¿Estamos planeando un corte de luz?

—Porque no somos solo padres. —Le lanzo lo que espero sea una mirada de desaprobación—. Los niños están en la cama y estamos teniendo una agradable velada de sábado juntos.

Se vuelve hacia los filetes sin decir nada. No se ha fijado en mi falda, mi maquillaje ni en nada. Nunca lo hace. Antes me hacía cumplidos todo el tiempo.

—Me pregunto quién será el hombre —pincho mi filete, decepcionada porque está demasiado hecho. Pero no diré nada.

—¿Qué hombre?

—El que encontraron en nuestro hotel.

—¡Kerry! ¿Tenemos que hablar de eso mientras comemos?

—Supongo que no —doy un sorbo a mi vino. Tiene razón. No es el momento ni el lugar para hablar de esto. Miro a mi marido bajo la luz de las velas. Nunca ha sabido lo guapo que es con sus rasgos angulosos y sus largas pestañas enmarcando sus ojos. Los niños también han heredado sus ojos, lo que me alegra. Los míos son pequeños y hundidos. Dios, mi autoestima está disminuyendo cada vez más. Supongo que viene de tener un marido que ya no se fija en mí.

—Deja de mirarme así —se ríe, bebiendo también su vino—. Me estás poniendo nervioso.

—Te quiero, ¿sabes? —dejo el tenedor y le cojo la mano.

—Y yo. Ahora déjame comer mi cena —aparta su mano y coge el cuchillo.

Antes siempre decía *yo también te quiero*. Ahora solo es *y yo*. Y *nunca* lo dice primero.

Pasamos el resto de la cena hablando de los niños. Luego enciende la luz grande. —Yo cargaré el lavavajillas. Tú descansa un poco.

—¿No podemos descansar juntos? *Dios, se ha vuelto tan difícil*. —El lavavajillas puede esperar, ¿no?

—Mejor lo hago ya.

—Pues iré a aparcar mi trasero en el sofá. Te esperaré.

Enciendo la tele al pasar. Están dando otra vez las noticias locales y repiten la historia sobre el hombre de nuestro hotel. Normalmente no presto mucha atención a las noticias, pero esta vez sí porque han añadido imágenes de las cámaras de seguridad donde se le ve entrando al hotel por las puertas giratorias. La imagen es granulada y no se le ve la cara de frente.

—No creo que me acueste tarde esta noche —Ed se deja caer a mi lado en el sofá—. ¿Ponemos una película?

—¿No podemos pasar algo de tiempo juntos? —me acurruco contra él.

—Ya *lo estamos* haciendo. Elige tu película. La que quieras —cambia la tele a Netflix y me pasa el mando.

Me decido por *Passengers*. Lo tiene todo. Romance para mí y ciencia ficción para él. Fuimos a verla juntos al cine. Estaba en su última semana, así que tuvimos toda la sala para nosotros solos. Incluso nos sentamos en la última fila. Quizás la película nos acerque un poco. Ed se ha vuelto tan distante últimamente y solo quiero recuperarlo.

Me alegro cuando me rodea con su brazo mientras vemos la película. Doy un sorbo a mi segunda copa de vino, sintiéndome un poco más contenta con el calor y el peso de su brazo. A los treinta minutos, su respiración se ralentiza y me doy cuenta de que estoy viendo la película sola.

—Ed —lo sacudo antes de que se duerma profundamente—. Ed. Venga. Vamos a la cama.

—Mmm. Sí. Vale, cariño —se estira y se pone de pie—. Sube tú. Yo apagaré y cerraré.

Estoy harta de que me llame "cariño" todo el tiempo. Me hace sentir como si tuviera cien años. Llevándome el resto del vino, subo el primer tramo de escaleras para comprobar cómo están los niños. Apago la luz de noche de George, saco el libro que tiene bajo el brazo y le doy un suave beso en la frente. Alex ha pateado su edredón, así que lo vuelvo a tapar y también lo beso. Subo el siguiente tramo de escaleras hasta nuestra habitación, el otro espacio de la casa que suele estar libre de niños. A menos que acabemos con uno o los dos en nuestra cama.

Es mi habitación favorita de la casa. Toda en crema y plateado con una lámpara de araña sobre la cama y armarios con espejos —quería darle un aire de "boudoir". Saco mi camisón más sexy del cajón junto a mi cama. Es uno rojo y vaporoso que Ed me compró antes de quedarme embarazada. Ahora me queda ajustado, así que mantengo el estómago metido. He vuelto al gimnasio —estoy desesperada por bajar una talla. Quizás entonces Ed vuelva a desearme.

Su expresión es difícil de interpretar cuando entra en nuestro dormitorio. —¿Por qué te has puesto eso?

—Ya sabes. Pensé que...

—Lo siento, cariño. Estoy agotado —se sienta en el borde de la cama y empieza a desabotonarse la camisa.

—Pero es sábado —me hundo en la cama, estirándome para tocarle el hombro—. ¿Qué nos está pasando, Ed?

—Nada, cariño. Me has visto abajo. Apenas puedo mantener los ojos abiertos.

—Necesitas estar más en casa —me quito el camisón por la cabeza, esperando que la visión de mi cuerpo desnudo en los espejos de los armarios le haga algo. Él no levanta la mirada sino que se quita los calcetines—. Durante la semana, quiero decir. Nunca estás aquí. No me extraña que siempre estés cansado.

—Siempre está la mañana de mañana.

Me estoy demorando antes de ponerme el pijama, queriendo que me mire. —¿Para qué?

—Ya sabes.

—¿Encierro a los niños en sus habitaciones, entonces? —mi voz suena cortante pero no me importa.

Ed suspira y cruza el dormitorio hasta el baño, cerrando la puerta tras él. Yo también suspiro y meto las piernas en la cama. Esto tiene que cambiar. Me aseguraré de que cambie. Lo *atraeré* de nuevo hacia mí. Haré que me desee otra vez.

Cueste lo que cueste.

2

ED

INCLINO LA PANTALLA del móvil hacia mí en la penumbra. Aún no son ni las siete, y la casa todavía está envuelta en silencio, pero Kerry está besándome los hombros y acariciándome la parte baja del vientre. Se ha quitado el camisón.

—Kerry, es un poco temprano —quiero que me deje en paz. La mayoría de los tíos están disponibles a todas horas, así que me siento culpable, pero no sé cuánto tiempo más podré seguir así.

—Dijiste *por la mañana*. Los niños todavía no están despiertos.

Me está volviendo loco. Estoy cansado, tengo cosas en la cabeza y no me deja tranquilo. No creo que mi "amiguito" esté a la altura en este momento, tal como me siento, y no estoy dispuesto a ponerlo a prueba. Me alejo de los avances de Kerry y deslizo las piernas fuera de la cama hasta que mis pies tocan la suave alfombra. —Voy a preparar un café. ¿Quieres uno?

—No me lo puedo creer —se incorpora sobre las almohadas, cruza los brazos sobre sus pechos y me mira con el ceño fruncido—. ¿Qué demonios te pasa?

—No estoy de humor, cariño. Lo siento.

—¿Por qué? ¿Ya no te gusto? —Su expresión es una mezcla entre furia y tristeza. Mi medidor de culpabilidad se dispara hasta el límite.

Debo tardar demasiado en responder porque me grita: —¿No te gusto, verdad?

—Claro que sí. No exageres, Kerry.

—¡Mamá!

—Yo iré. Tú quédate ahí. Lee un rato o algo. Te subiré un café —Probablemente fue lo peor que pude decir. *Lee un rato*. Cuando estoy a mitad de la escalera, algo golpea contra la puerta. Probablemente su libro.

Kerry va de un lado para otro en la cocina, sacando toallas de la secadora y metiéndolas en las bolsas de natación de los niños.

—¡Él tiene más Choco Krispies que yo!

—¡Está sentado en mi sitio!

—¡No quiero ir a nadar! ¡Quiero ver *Octonautas*!

—Me has dado la taza equivocada.

—Callad y desayunad. Los dos —La casa es un caos. Me siento en medio del desorden, deseando la soledad del gimnasio. ¿En qué se ha convertido mi vida?



A pesar de sus protestas, Kerry dirige a los niños hacia los vestuarios femeninos mientras yo me dirijo a los masculinos. Nos turnamos cada domingo para llevar a los niños a nadar y para tener tiempo en el gimnasio. Hacemos lo mismo los sábados, pero entonces es el parque infantil o el parque normal para los niños, dependiendo del tiempo. Somos un buen equipo, Kerry y yo. Como padres, al menos.

Estoy tenso esta mañana, así que me alegro de subir a la cinta para calentar antes de pasar a las pesas. Me tomo más tiempo, ya que Carl está aquí hoy, así que charlamos mientras corremos uno al lado del otro. Él habla de dietas, batidos de proteínas y mejores marcas personales. Está soltero y lo envidio. Aun así, estoy en tan buena forma como él, aunque tenga mucho más tiempo para sí mismo. Vendría aquí con más frecuencia si pudiera. Pero hago pesas

en casa y salgo a correr bastante cuando no puedo asistir a una sesión en el gimnasio.

La zona de pesas es un territorio casi exclusivamente masculino. Hay alguna que otra mujer culturista, pero principalmente son tíos, flexionando bíceps, compitiendo a ver quién levanta más peso y observándose unos a otros. Carl y yo trabajamos juntos hoy, turnándonos para levantar, mientras el otro cuenta repeticiones. Me siento liberado, y pasa una hora sin que me dé cuenta.

Envío un mensaje a Kerry desde el vestuario.

¿Has terminado ya? Estoy en el vestuario, así que tardaré un rato.

Los chicos son una pesadilla. Los llevaré a tomar algo y a comer en el bar. x

Genial. Entonces tengo tiempo para un baño rápido. x

No contesta. Creo que sigue enfadada conmigo y no la culpo, en realidad... ¡yo también estoy enfadado conmigo mismo! Aunque esta mañana me siento más *hombre* después de ir al gimnasio. Sin embargo, ya no siento lo mismo por Kerry. Estoy confundido con todo este asunto.

No me molesto en nadar. Me acomodo en el calor del jacuzzi. Hay otros tres hombres allí. Todos miramos distraídamente hacia la piscina, llena de familias en domingo por la mañana. Intento aislarme del ruido. Prefiero venir por la noche cuando todos los angelitos están en la cama. Dos de los hombres hablan de fútbol. Qué jugador han vendido a dónde y por cuánto. Qué aburrimiento. Nunca me ha interesado el fútbol. Cierro los ojos y siento el calor y las burbujas. Mi "hombrecito" se convierte en un "hombretón" cuando las burbujas dan en el punto exacto. No hay nada mal en mi ingeniería. Simplemente no funciona con Kerry. Quizás deberíamos seguir caminos separados. Me deslizo fuera de la piscina, esperando que nadie note mi bulto emergente mientras me meto en el baño de vapor.

Carl se ríe cuando me siento a su lado. —No lo entiendo. No te veo durante semanas y luego nos encontramos dos veces en una

misma sesión.

—Lo siento, tío. No me di cuenta de que eras tú. ¡No podía ver a través del vapor! —Nuestras rodillas se tocan y él aparta la suya rápidamente.

—Bueno, me voy —Carl se levanta después de un minuto.

—¿He dicho algo malo? —Estoy decepcionado. Tenía ganas de charlar más con él.

—No. Me estoy derritiendo.

—Yo también debería irme. La parienta debe estar hasta las narices con los niños.

—Voy a tomarme una cerveza en el Old Ball con algunos del club de ciclismo, si te apetece unirte.

—Suena bien. ¡A ver si consigo un pase de salida!

Me ducho y me visto, luego me dirijo hacia la esquina más ruidosa del bar del gimnasio. Hay migas y envoltorios por todas partes. Kerry parece agotada.

—Venga, chicos. Recoged este desastre —señalo sus restos.

Kerry está sentada en un taburete, absorta con su móvil. Ni siquiera me mira.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí. Estoy reservando algunas clases en el gimnasio para la semana. Dejaré a Mandy a cargo de la tienda. Yo también necesito tiempo para mí.

—Siento haber tardado más de lo normal.

—Has tardado una eternidad. ¿Qué te ha entretenido?

Por su expresión, veo que probablemente está preocupada pensando que podría haber estado hablando con otra mujer o algo así. —Estaba con Carl. Solo hablando de entrenamiento y esas cosas.

—Ah, vale —su rostro se relaja con un amago de sonrisa—. Bien hecho, chicos. Está quedando más ordenado. Echad esos envoltorios a la papelera.

—Voy a por un té y un sándwich —busco mi cartera.

—¡Helado! —corean los gemelos.

Mientras espero a que me atiendan, me llama la atención el periódico de ayer. En la portada está la noticia de la que Kerry ha estado hablando sin parar. Resulta extraño ver el hotel que Kerry y yo conocimos tan bien durante nuestra boda, rodeado de policía y cinta de la escena del crimen. Un tipo de mi edad parece haber acabado con todo, por lo que se lee. La tasa de suicidio masculino está bien documentada hoy en día... probablemente su mujer lo abandonó o algo así. Ese tipo de cosas nos afecta a los hombres. A menudo, no podemos o no queremos hablar de estas cosas.

—¿Qué planes tienes para el resto del día? —Estoy abrochando a George en la parte trasera del Range Rover y Kerry hace lo mismo con Alex.

—No mucho. ¿Por qué? ¿Qué tienes en mente?

—Carl me ha invitado a conocer al resto de su club de ciclismo, eso es todo —me deslizo en el asiento del conductor.

—¿Club de ciclismo? —Su voz suena cortante y suspicaz.

—Sí. De hecho, estoy pensando en apuntarme.

Kerry tira su bolso al suelo delante de sus pies. —Porque no es como si nunca estuvieras en casa, ¿verdad?

—Déjalo ya, Kerry. Puedes hacer lo que *tú* quieras —enciendo el coche—. Si hay algo que te apetezca hacer.

—Se supone que estamos casados —encaja el cierre del cinturón de seguridad con fuerza—. No llevando vidas separadas.

—Eso no significa que estemos unidos por la cadera —intento mantener mi voz nivelada para contrarrestar el tono cada vez más alto de la suya—. También tenemos que hacer nuestras propias cosas.

—Pero no hacemos nada juntos. ¿Qué pasa, Ed? —Puedo sentir sus ojos taladrándome—. ¿Hay algo que debería saber?

—¿Como qué? —salgo con cuidado a la carretera principal. Me alegraré cuando la haya dejado en casa.

—No lo sé. Has cambiado, eso es todo. ¿Qué está pasando?

—Nada. Pero tengo treinta y seis años, no ochenta y seis. Quiero *hacer* cosas, vivir un poco.

—Tienes responsabilidades —señala con la cabeza hacia el asiento trasero—. Esos dos. Yo. Se supone que somos una familia.

—Una familia. Sí. No una bola con cadena —me arrepiento de las palabras en cuanto salen de mis labios y mantengo la mirada fija en la carretera. No quiero ver la expresión de su cara.

—*¿Una bola con cadena*? ¿Así es como nos ves? Gracias, Ed.

—No quería decirlo así. Mira, dejemos esto... *no* vamos a discutir delante de los niños. Te lo compensaré más tarde, lo prometo.

—Como hiciste anoche. Estoy muy cabreada, Ed.

—Mamá ha dicho una palabrota. Mamá mala.

—Te dejaré en casa, cariño. Luego me voy al Old Ball. No creo que tarde mucho —la miro ahora, esperando ver cuánto va a estallar por esto.

—Genial. Qué fin de semana tan fabuloso. —Hace un mohín, recordándome a Alex cuando no puede salirse con la suya—. ¿Estás seguro de que no vas a encontrarte con otra persona?

—Fingiré que no he oído eso. No hay necesidad de esta mierda, Kerry.

—Papá malo.



Veo a Carl en cuanto entro en el pub.

—¡Ed! Me alegro de que hayas podido venir —Carl se pone de pie cuando me acerco a la mesa—. Justo le estaba diciendo a Darren que estás interesado en unirte al club.

—¿Qué tal, tío? —Darren también se levanta y me ofrece su mano.

—Voy a buscarme una cerveza y luego podéis contarme más —sonrío a los otros hombres alrededor de la mesa—. ¿Puedo traeros algo a alguno?

Todos están bebiendo agua o zumo de frutas, así que es una ronda barata. Paso un par de horas agradables entre ellos, disfrutando de sentirme normal. Bueno, libre sería una palabra mejor. Estoy tan harto de tener que registrar mi entrada, mi salida y

pedir permiso para tener tiempo para mí mismo. Giro la alianza en mi dedo. *De verdad* se siente como una bola con cadena. Miro a los demás en la mesa y veo que soy el único que lleva una. No por primera vez hoy, siento una punzada de envidia.

Realmente, realmente no estoy seguro de cuánto tiempo más puedo seguir así.

3

KERRY

HA SIDO un fin de semana de mierda y estoy hasta el moño. Apunto con el mando del coche mientras camino hacia la puerta del colegio.

Paz. Bueno, hasta que llegue a la tienda y Mandy empiece a parlotear. No me he permitido hablar con ninguna de las otras madres esta mañana. No quiero escuchar sobre los maravillosos fines de semana "en familia" que han pasado con sus maridos. Como yo, aunque en su mayoría más delgadas, llegan al colegio con piernas fibrosas enfundadas en lycra que asoman por debajo de abrigos largos, listas para una sesión de gimnasio, que es adonde me dirijo en cuanto abra la tienda.

Necesito quitarme este mal humor y debería intentar contar mis bendiciones. Tengo una encargada increíble en Mandy, normalmente puedo conseguir un poco de tiempo para mí, especialmente a principios de semana cuando la tienda está más tranquila. Mi pequeña boutique va tan bien que estoy a punto de abrir una segunda, así que no puedo quejarme por ese lado. Las ventas online también han despegado de verdad. Pronto igualaré el sueldo de dentista consultor de Ed si sigo así. No puedo quejarme de mi negocio, aunque fuera Ed quien lo financiara al principio. Es una pena que no pueda decirse lo mismo de mi matrimonio. Siempre es

igual, cuando una parte de la vida va bien, otra se desmorona espectacularmente, al menos en mi experiencia.

—¿Buen fin de semana? —Mandy levanta la mirada mientras pone precio a una nueva colección de vestidos. Me acerco para tocar la tela, luego sostengo uno. Talla 38. Me propongo entrar en ese vestido en los próximos dos meses.

—No estuvo mal. ¿Y el tuyo?

Mientras Mandy desvía su atención de los vestidos a los zapatos, parlotea sobre el último hombre que ha conocido por internet. Espero que mis ojos no estén perdiendo demasiado el interés y que esté haciendo los ruidos de "interés" apropiados en los momentos adecuados. Como madre de niños de cinco años, soy experta en fingir interés donde no lo tengo. Finalmente, hay una pausa lo suficientemente larga como para poder meter baza.

—No te importa vigilar la tienda esta mañana, ¿verdad? —Agarro un montón de vestidos y deslizo sus perchas en una de las barras—. Me vendría bien ir al gimnasio. No he tenido un minuto para mí este fin de semana.

—¿Qué tal esos preciosos chicos tuyos? —Mandy sonríe—. Seguro que te mantienen en vilo.

—Y que lo digas. Ellos me mantienen en vilo. En cuanto a Ed... él sigue viviendo a cuerpo de rey.

—¿A qué te refieres?

—Oh, nada... solo estoy desahogándome. —Me arrepiento de mis palabras inmediatamente. No es que quiera que nadie sepa que mi matrimonio podría estar en problemas. Sin embargo, a veces siento que si no hablo con alguien, podría explotar. Pero Mandy no es la persona adecuada. Es demasiado cotilla.



Llevo viniendo a este gimnasio unos meses ya, el tiempo suficiente para hacer algunas amigas. Y con el "grupo popular" además, por lo que parece. Todo lo que hizo falta fue que una de ellas se fijara en el

Range Rover y, por supuesto, les doy un pequeño descuento en la boutique. Aquí no importa quién eres — sino lo que tienes. Pero son un grupo bastante decente y es encantador tener algo de conversación femenina después de un fin de semana con los chicos.

—Los albañiles son una pesadilla. —Claire se queja mientras se quita la ropa—. Hay polvo por todas partes.

—Nos pasó lo mismo cuando hicimos la ampliación para la sala de juegos de los niños y el lavadero —sonrío—. Aunque mereció la pena. Todo ese espacio extra. ¿Ya has decidido sobre las cortinas?

—El diseñador me ha dado algunas muestras. —Se pone las zapatillas de deporte—. Las he traído conmigo. ¡Pensé en presentarlas al comité!

—Buena idea. —Miro el reloj—. ¡Vamos, llegamos tarde! Las miraremos después, tomando un café.

Sabes que eres una más del grupo cuando te han puesto un step y las pesas preparadas antes de tu llegada. Los steps míos y de Claire nos esperan en nuestros sitios habituales.

—Buenos días, señoras —sonríe la instructora—. No os preocupéis, solo os habéis perdido el calentamiento.

Pasamos la siguiente hora copiando cada movimiento que hace, como lemmings. Hoy me esfuerzo más. Tengo que ponerme las pilas. Solo quiero que mi marido me mire como solía hacerlo.

—Subiré a pedir el café —anuncio, habiendo sido la primera en secarme el pelo corto con el secador. Ahora que tengo a los niños, me he vuelto increíblemente rápida para arreglarme—. ¿Todas vais a tomar lo de siempre?

Todas hemos aprendido lo que pide cada una. Café con leche desnatada para mí. Americano para Claire. Té verde para Alison. Té normal (flojo) para Jo y expreso para Lindsey. Cath está en las Seychelles y Lorraine ha estado en un fin de semana de spa con su suegra, así que no ha tenido tiempo de organizarse para venir al gimnasio.

Para cuando el camarero trae las bebidas, todas nos hemos acomodado en los sofás confortables en la mejor zona del salón para socios. Es como si los otros miembros supieran que deben dejarnos este sitio. Estamos aquí casi todas las mañanas. Los lunes, después de step. Los martes hay piernas, glúteos y abdominales. Los miércoles no puedo venir porque ayudo en el colegio con los lectores. La clase de los jueves está llena de señoras más maduras, así que suelo nadar, y los viernes hay acondicionamiento corporal. Hago todo esto y, aun así, el peso no se va. Pienso de nuevo en el precioso vestido rojo oscuro de la tienda y estoy decidida a hacer lo que sea necesario. Tengo que dejar de beber vino y comer chocolate. Y las sobras de los niños.

—A Sophia le han hecho una oferta para Oxford. Incondicional. —Jo, la mayor de todas nosotras, sirve su té y nos observa a través de su flequillo esperando nuestra reacción.

—Es increíble, cariño. ¿Qué carrera ha elegido finalmente? —Alison está sumergiendo y sacando la bolsita de té de su taza.

—Derecho. Puede ser útil tener una abogada entre nosotras. Nunca se sabe.

Todas se ríen, pero mi risa tiene un tono hueco. —Estará tranquila tu casa a partir de septiembre entonces. Qué suerte tienes. —Doy un sorbo a mi café con leche.

—No desees que el tiempo pase tan rápido. —Jo parece pensativa—. Ojalá Sophia fuera pequeña como los tuyos otra vez. Pasa todo tan rápido. —Señala hacia su labio superior.

Me río mientras me limpio el bigote de café. Disfruto estar sentada aquí con las chicas, pero tendré que volver a la tienda pronto. Tengo que hacer algunos pedidos para el nuevo local.

Lindsey señala hacia el expositor de periódicos junto a la barra. —¿Habéis oído lo de ese hombre en el Parkside?

—Yo me casé allí. —Me sonrojo cuando nadie reconoce mi comentario y, en cambio, siguen hablando.

—¿El que...? —Claire levanta la mirada de su teléfono donde estaba navegando.

—El novio de Sophia, Dan, es mozo allí. No para de escuchar cosas sobre el asunto. —Jo se inclina y baja la voz—. Entre nosotras,

no descartan que alguien más estuviera involucrado.

—¿Alguien sabe quién es... o era? —Claire se enrosca un mechón de pelo entre los dedos.

—Vi las imágenes de las cámaras de seguridad en las noticias —digo—. No le reconocí. Pobre hombre.

—Y su pobre familia, si es que tiene —continúa Claire—. Aún no han revelado su nombre.

—Siempre hay retraso cuando se trata de circunstancias sospechosas —dice Jo—. Dan dice que están estudiando todas las grabaciones de las cámaras y analizando un montón de cosas que cogieron de la habitación.

—Seguramente sea el procedimiento habitual. —Desenvuelvo la galleta gratuita que nos dan con las bebidas. Soy la única de nosotras que lo hace—. Cuando vi las noticias, estaban diciendo claramente que se suicidó. Probablemente solo tengan que descartar cualquier otra posibilidad.

—Hay algo más, según Dan. —Jo se da un toque en el lateral de la nariz—. Ya veréis.

Lindsey se ríe. —Esto se está poniendo muy intenso, chicas. ¿Podemos cambiar de tema?

El resto nos reímos. —¡Tú lo has empezado!

—En fin —dice Claire, sacando unas muestras de tela de su bolso —. Necesito que os reunáis. Tengo decisiones importantes que tomar.



—Es para ti, Kerry. —Mandy me pasa el teléfono y luego vuelve a atender a su cliente.

—¿Es Kerry Huntington-Barnes?

—Al habla.

—Le llamamos del colegio Harlow Boys. Nos preguntábamos si se ha retrasado.

—¿Retrasado? —Echo un vistazo a mi reloj.

—George y Alex no están inscritos en el club escolar. Están esperándola.

La rabia burbujea en mi interior. —Su padre debería haberlos recogido. Lo siento muchísimo. Voy ahora mismo.

—Gracias, señora Huntington-Barnes. Alex está un poco alterado.

—Estoy en camino.

Murmuro mis disculpas a Mandy, cojo mi bolso y salgo a paso ligero de la tienda. No he conseguido hacer nada productivo hoy y no debería haber pasado tanto tiempo en el gimnasio. Tendré que hacer algo de administración cuando acueste a los niños. ¡Maldito Ed! Él puede encargarse de ellos cuando llegue a casa para que yo pueda hacer mi trabajo. Mira que olvidarse de recogerlos.

Los niños están sentados uno junto al otro en la lujosa área de recepción, hojeando sus libros de lectura cuando llego. La señora Wilkes, la administradora del colegio, me mira con desprecio cuando pulso el timbre para que me dejen entrar.

—Lo siento.

Alex se lanza hacia mí. George no se mueve.

—De verdad que lo siento —repito a la señora Wilkes—. Era el turno de mi marido para recogerlos. Debe...

—Estas cosas pasan —responde con expresión fría—. Aunque si pudiera tomar medidas para evitar que vuelva a ocurrir en el futuro, se lo agradecería muchísimo. Debería haber terminado hace media hora.

Estirada. Presiono el botón para abrir la puerta con los niños a cada lado. Esperaría más respeto, teniendo en cuenta las tasas que pagamos aquí. Acaban de subirlas otros ciento veinte libras a la semana. Obviamente, Ed y yo tenemos que pagar el doble. Intentamos conseguir un descuento por matricular a *dos* niños en el colegio, pero no cedieron cuando nos entrevistaron inicialmente. No paraban de insistir en su lista de espera y en lo fácil que les resultaría ofrecer las plazas a otras dos familias si no queríamos pagar el precio completo.

Los niños se animan un poco cuando llegamos a casa. Han pasado de apenas hablarme porque llegué tarde, a pelearse por un lápiz.

Intento llamar al móvil de Ed, preparada para echarle la bronca. Buzón de voz. Llamo a la consulta y me atiende su secretaria. —Le diré que ha llamado, señora Huntington-Barnes. Ha salido un momento. No sé si ha ido a una reunión. No hay nada en su agenda. Lo siento.

Pasa una hora. Vuelvo a intentarlo con su móvil. Esta vez dejo un mensaje. —Te olvidaste de los niños. No estoy nada contenta. Llámame. O mejor aún, ven a casa.

—¿Mamá? —Alex hace una pausa en su entusiasta tarea de llevarse cucharadas de espaguetis con tomate a la boca.

—¿Qué, cariño?

—Me puse triste hoy en el cole. Benjamin Hall-Slater estaba diciendo cosas desagradables sobre ti.

—¿Sobre mí? —Creo que no quiero oír esto.

—Dijo que pareces un chico —interrumpe George entre bocados —. Porque ahora llevas el pelo corto.

Pensé que me facilitaría la vida cortándome el pelo largo con dos niños pequeños a los que cuidar y un negocio que dirigir. Nunca he dejado de arrepentirme.

—Dijo que su mamá es mucho más guapa que tú. Ella tiene el pelo largo.

Encantador. Intento que no me afecte, pero con la situación actual con Ed, mentiría si dijera que no me molesta.

—Y la señora Richardson regañó hoy a George.

—Cállate, Alex. —George le frunce el ceño.

—¿Por qué te regañó la señora Richardson, George?

Él mira fijamente su vaso de zumo. Debería consolarme el hecho de que parece avergonzado por lo que está a punto de contarme.

—Porque no quería trabajar con Ben.

—¿Por qué no?

—No me cae bien.

Igual que su padre. Directo al grano. Cortante. —¿Por qué no te cae bien?

—Porque es marrón. —George murmura y sigue sin establecer contacto visual—. *Y* tiene dos papás.

—¿Qué quieres decir? *Tiene dos papás.*

—No tiene mamá. Tiene dos papás.

—Vale, chicos. No voy a tolerar esto. Me da igual si tiene la piel morada, seis papás y nueve mamás, eso no es razón para que no te caiga bien. No me extraña que estés en problemas.

—Yo no estoy en problemas —protesta Alex—. George sí. La señora Richardson dijo que te lo diría *a ti* la próxima vez.

—Bueno, no quiero oír nada más sobre esto. No podéis ir por ahí diciendo cosas desagradables de la gente.

El resto de la comida transcurre en silencio. George parece a punto de llorar. Al menos hay algún tipo de conciencia funcionando ahí dentro.

Mientras chapotean en la bañera, peleándose por un barco, limpio el vaho del espejo del baño y paso un cepillo por mi pelo rubio rojizo que me hace parecer un chico. Lo dejaré crecer otra vez. *Sí* parezco un chico. No llevo maquillaje y visto un traje de pantalón. Necesito ir de compras. Se requiere una renovación total. Necesito hacer que Ed vuelva a mí. Espero seguir siendo suficiente para él y poder ser lo que quiere que sea. Sin embargo, arraigada en el fondo de mi estómago, hay una certeza de que hemos ido mucho más allá de eso.

Son más de las ocho cuando los niños están acostados. Ed todavía no ha vuelto. Pruebo otra vez con su móvil. Sigue apagado. Llamo a su oficina. Contestador automático. Deambulo un rato, cargando el lavavajillas y la lavadora e intentando ordenar. En realidad, solo estoy moviendo montones de trastos de un lugar a otro. La casa está muy desordenada desde que nacieron los niños. La limpiadora que viene dos veces por semana hace un trabajo impresionante, pero no hay mucho que pueda hacer con todos los artilugios que generan unos gemelos de cinco años.

Debe haber ido al gimnasio. Intento aplacar la creciente furia porque ni siquiera ha tenido la decencia de avisarme. No he comido nada aún, pero no tengo hambre. *A la mierda*. Marcho a la cocina y me sirvo una copa de vino enorme. Normalmente no bebo los lunes, pero la situación lo requiere. Enciendo mi portátil para trabajar. Tengo que revisar el contrato del nuevo arrendamiento y gestionar algunos pedidos de existencias. Pero después de media hora, me veo obligada a admitir la derrota. La combinación de ansiedad y vino hace que no pueda concentrarme. Así que entro en Facebook en su lugar.

Lo primero que aparece son las fotos de Cath en las Seychelles, seguidas de una publicación de Jo exaltando la oferta universitaria incondicional de Sophia. Otra de mis amigas está escalando el Kilimanjaro como recaudación de fondos y mi hermano menor ha ganado algún premio para su empresa. Hace meses que no lo veo, está demasiado ocupado con su trabajo —se entierra en él estos días— es tan malo como Ed. Lo felicito, luego comparto la publicación del Kilimanjaro. Justo antes de que vaya a salir, aparece una publicación en la página de chat de nuestro pueblo que dice que ya han identificado al hombre del Hotel Parkside.

Russell Lawson, de 36 años, de Kirby Brompton, fue encontrado por un miembro del personal que estaba limpiando la habitación. Su cuerpo podría haber estado allí hasta dos días debido a un cartel de "no molestar" en la puerta.

Hay un vídeo granulado de las cámaras de seguridad que lo muestra saliendo de la puerta giratoria en la entrada del hotel. Aproximadamente un segundo antes que él hay un grupo de hombres y un par de segundos después, una pareja. Hay muchas otras personas dispersas por el vestíbulo, donde enfoca la cámara. Todos están pixelados también.

La policía ha hablado con la mayoría de los huéspedes que se registraron o salieron el jueves y el viernes y, hasta ahora, no han encontrado información que sugiera la participación de otra persona. Sin embargo, no descartan esta posibilidad, aunque la naturaleza de su muerte parece sugerir que se suicidó. Instan a cualquiera que

haya visto al Sr. Lawson en las horas previas a su muerte a que se presente con información.

El reloj del pasillo da la media hora. 9:30 de la noche. Tiemblo. El formato de planta abierta de esta casa hace que siempre haga frío, sin importar la época del año. Me pongo el jersey de Ed que está en la silla a mi lado. Huele a él. Daría cualquier cosa por no perderlo. Por que las cosas fueran diferentes. Intento llamarlo de nuevo. Buzón de voz. Suspiro en el silencio de la casa y luego camino descalza desde mi asiento en la mesa del comedor hasta el frigorífico para servirme más vino.

¿Dónde diablos está?

4

ED

Por un momento, olvido dónde estoy. Me doy la vuelta en el sofá de cuero de mi consulta y parpadeo contra la luz del sol tempranero que se cuela por debajo de la persiana. Durante un instante, me pregunto qué estoy haciendo aquí, entonces veo la botella vacía de whisky sobre mi escritorio y todo me golpea como un puñetazo. Russell está muerto. Era *él*. La foto que vi anoche en internet. Russell.

Mi Russell.

Me tambaleo hasta la cómoda silla de oficina y enciendo mi ordenador. Siento la boca como si algo se hubiera muerto dentro. Mientras espero a que arranque el PC, enjuago mi vaso vacío de whisky, lo lleno con agua del lavabo de la esquina, me lo trago de golpe y vuelvo a llenarlo. A continuación, rebusco en el cajón de mi escritorio algún paracetamol, ibuprofeno o *cualquier cosa*. Aunque se necesitará más que analgésicos para aliviar siquiera una pizca del dolor que siento en este momento.

La noticia sobre Russell ya ha llegado a los principales canales informativos y hay un vídeo de Davina, su mujer, hablando ante las cámaras. Hago clic en él y me trago las pastillas mientras el vídeo se carga.

Russell era mi vida, comienza. *Hemos estado juntos desde que éramos adolescentes y crecimos el uno con el otro. Estoy cansada de las especulaciones de que mi marido se habría quitado la vida. Russell no se habría quitado la vida. Nunca. La vida era demasiado preciosa para él. La mía, la de su hija y la suya propia también.*

Su voz se quiebra. Me preguntaba si lo haría. A veces puede ser muy dura.

Lo que ha sucedido es simplemente un terrible accidente, e insto a los vecinos y a los medios a que respeten la memoria de mi marido. También pediría que se dé privacidad a mi hija y a mí para que podamos llorar en paz.

Se seca los ojos con un pañuelo.

Me quedo mirando la pantalla del ordenador mucho después de que el vídeo haya terminado. Russell ya no amaba a Davina y estaba esperando el momento oportuno. ¿Habría existido alguna vez un buen momento para abandonarla a ella y a su hija de cinco años? Probablemente no. Pero, al igual que yo, Russell sabía que no podía vivir una mentira para siempre. Por mucho que quiera a mis hijos, nunca debería haberlos tenido. Solo me han arrastrado más profundamente a una situación en la que no debería haber estado. Me he permitido formar parte de esta falsedad de ser un hombre de familia con dos coma cuatro hijos. Un marido. Pero la voz de mi mujer es el sonido más irritante del mundo, y la visión de su cuerpo desnudo me repugna.

Saco el móvil del bolsillo de mi chaqueta. Todavía está en silencio desde la reunión de ayer. Conecto el cable USB antes de que se apague y activo el sonido. Treinta y dos llamadas perdidas. Joder. La mayoría son del móvil de Kerry o del fijo. Un par son de otras personas. Me va a matar. Aunque no me apetece, será mejor que le mande un mensaje.

Lo siento, cariño. Estaba cansado y empecé con el whisky. Me emborraché y me quedé dormido en la oficina.

En cuestión de minutos está sonando. No hay premios por adivinar quién es. Sí, por supuesto, es Kerry. No voy a hablar con ella todavía. No puedo. Vuelvo a silenciar el teléfono y lo coloco boca abajo sobre mi escritorio. El teléfono de la consulta suena en

recepción y escucho cómo el contestador automático recoge la llamada.

Escribo *Russell Lawson* en Google. Hay un montón de noticias locales ahora. Todas dicen más o menos lo mismo. De todos modos, solo les permitirán publicar las declaraciones oficiales.

Padre de un hijo encontrado muerto en una habitación de hotel el sábado. La policía pide a cualquiera que haya podido hablar con él en los días y horas inmediatamente anteriores que se presente. Aunque su muerte está siendo tratada como un presunto suicidio, aún no han descartado la posibilidad de la participación de un tercero.

Tiendo a estar de acuerdo con Davina. De ninguna manera Russ se habría suicidado, pero ¿de qué implicación de terceros podrían estar hablando? Que yo sepa, no tenía un solo enemigo en el mundo.

Paso a Facebook, a la página de Russell. Su imagen de portada es una de él y Davina, con Eloise columpiándose entre ellos cuando era una niña pequeña. Los mensajes de condolencia ya han comenzado.

Russell. Un auténtico caballero. Se fue demasiado pronto.

Mis más sentidas condolencias a Davina y Eloise. Pensando en vosotras. DEP Russell.

No me lo puedo creer. Lo vi la semana pasada. Un abrazo para Davina y Eloise. x

No entiendo por qué no hablaste conmigo, Russ. Siempre me preguntaré esto. Te echaré de menos, colega.

Davina ha respondido a este último. *Si estás insinuando que mi marido se quitó la vida, por favor, para. Él no lo haría y no lo hizo. Dejadnos hacer el duelo en paz.*

Hace eco de lo que dijo en las noticias locales.

Doy un respingo cuando alguien llama a la puerta y mi secretaria, Annie, asoma la cabeza. —Buenos días, Ed. ¿Puedo traerle un café antes de su primer paciente? —Me observa y luego suelta la puerta. Se cierra suavemente tras ella mientras entra en la habitación. Su mirada recorre mi abrigo convertido en manta extendido sobre el sofá, la persiana aún cerrada y la botella de

whisky vacía. Me siento avergonzado al darme cuenta de que debe apestar aquí dentro.

—¿Está bien? —pregunta—. ¿A qué hora ha llegado?

—Cancela mis citas de hoy, Annie, por favor. Discúlpate por el poco aviso —me levanto y camino hacia la ventana para dejar entrar algo de aire. El teléfono está sonando otra vez en recepción—. Si es mi mujer, dile que no estoy.

—Eso le dije ayer —Annie muestra una expresión que no sé si es de preocupación o curiosidad. Probablemente un poco de ambas—. ¿Y si pregunta dónde está usted?

—Dile que no lo sabes. Lo siento, Annie. Tengo algunas cosas que resolver ahora mismo.

Me acomodo en mi Audi. Probablemente no debería conducir esta mañana. Bebí suficiente whisky anoche como para hundir una pequeña embarcación. Pero estará bien, no es que vaya muy lejos.

Me siento aliviado cuando al entrar en nuestra entrada no veo el Range Rover. Probablemente esté en el trabajo o con sus amigas mamás perfectas en el gimnasio. Saco mi maletín del asiento trasero y hago el corto trayecto hacia el porche, con la grava crujiendo bajo mis pies. Es uno de esos días en los que, en otro tiempo, me habría sentido feliz de estar vivo. El aire primaveral antes habría llevado una promesa, pero ahora solo ofrece miseria. Russell está muerto. Me quito los zapatos de una patada. Vagamente aterrizan en el zapatero. Meto la llave en la cerradura de la puerta interior. Los trastos habituales de los chicos abarrotan nuestro amplio vestíbulo. Sin embargo, la casa está en silencio y no podría estar más agradecido. Necesito estar solo. Necesito pensar.

En la cocina, paso por alto los platos abandonados del desayuno y las botellas de vino vacías para llegar a la botella de Jack Daniels que está encima de la nevera. Aunque no sea la bebida más sensata a las 9:45 de un martes por la mañana, es lo único que me calmará. Me sirvo una generosa medida, me la bebo de un trago y luego me sirvo otra. Me la llevo mientras subo los dos tramos de escaleras hacia el dormitorio mío y de Kerry. Parece que nadie ha dormido en

nuestra cama. Podría haberla hecho ella, lo que es muy improbable, así que probablemente ni siquiera subió a acostarse anoche. Habrá estado preocupándose por dónde estaba yo y se habrá quedado dormida abajo. Intento sentirme culpable, pero me cuesta sentir *algo* en este momento.

Russell está muerto.

El agua caliente corre por mi cuerpo mientras permanezco de pie en el baño, enjabonándome. Meses, no, años, intentando vivir una vida que no es la mía han dado como resultado que tome el control de mí mismo de la única manera que puedo. Físicamente. Ya no me queda ni un gramo de grasa. Cada centímetro de mi cuerpo está esculpido y tonificado. Quizás vuelva al gimnasio más tarde, si puedo salir de aquí antes de que Kerry y los chicos regresen. No puedo enfrentarme a ella. Verá cómo me siento en mis ojos. ¿Cómo es posible que no sepa quién soy realmente y lo que he perdido?

Sin siquiera secarme, me meto bajo las sábanas. Huelen ligeramente a detergente y al champú de Kerry. Antes olían a sexo. Cuando era mejor fingiendo.

5

KERRY

—No te olvides de pasar a firmar esas facturas —la voz de Mandy retumba a través de los altavoces del Range Rover—. Y hay una entrega a la una que necesitará que estemos dos personas para gestionarla.

—Haré lo que pueda, Mandy. Tengo bastantes cosas entre manos ahora mismo. Quizás todo tenga que esperar.

—¿Está todo bien? —la voz de Mandy rebosa preocupación en el silencio del coche—. ¿Tiene algo que ver con que tuvieras que marcharte corriendo ayer?

—No puedo hablar ahora mismo. —Aparco en el estacionamiento del gimnasio junto al nuevo BMW de Jo. Llego un poco tarde a la clase de piernas, glúteos y abdominales, pero obviamente no voy a decírselo a Mandy. He tenido que echar una buena bronca a George cuando le he dejado en el colegio por decir cosas desagradables. Lo último que necesito es que la señora Richardson me llame para una reunión. Ya tengo suficientes problemas. Mientras paso mi tarjeta por las barreras de entrada, compruebo otra vez el móvil. Ed no ha intentado devolverme la llamada. La preocupación ha dado paso a la furia, y el gimnasio es definitivamente el mejor lugar para desahogarme. ¿Quién demonios se cree que es, quedándose fuera toda la noche?

—¡Tarde otra vez, Kerry! —se ríe Alison cuando entro precipitadamente en la sala del gimnasio. El calentamiento ha terminado y la instructora de la clase, que debe de estar sustituyendo, me mira como si fuera a echarme.

—Está bien —le dice Jo por encima de la música mientras me señala—. Está con nosotras.

Disfruto siendo una más del grupo. Tuve que luchar por tener amigas en el colegio y antes de casarme, pero aquí ha sido todo muy fácil. Tuve que hacer una gran "compra de gimnasio" para asegurarme de que mi ropa deportiva estuviera a la altura de las demás. Nada de los pantalones anchos de chándal y camisetas que se ven en algunas principiantes. Es un poco engorroso tener que maquillarme *antes* del gimnasio, eso sí.

Al final de la clase, la instructora me dice unas palabras: —En el futuro, si llegas tarde a la clase, no te permitiré participar. No quiero lesiones de personas que no han calentado adecuadamente.

—Inténtalo tú corriendo detrás de unos gemelos de cinco años desde las seis de la mañana —respondo—. Si eso no es calentar, no sé qué lo es. —Pero no me está escuchando. Está hablando con otra persona. Me hago una nota mental para quejarme de su hostilidad cuando salga. Al fin y al cabo, los clientes somos el alma de su negocio.

—Estás callada, Kerry. —Jo me mira mientras nos secamos después de la ducha—. ¿Estás bien?

—Sí. Ha sido una mañana temprana con los niños, eso es todo. Estoy bien. —No quiero contarles que Ed no ha venido a casa en toda la noche. Todas tienen casas perfectas, hijos perfectos, vacaciones perfectas y maridos muy perfectos. Me he pasado la vida intentando encajar y ahora que lo hago, no voy a estropearlo.

Todavía no estoy en el punto en que están las demás, donde pueden pasearse desnudas por el vestuario, como pavos reales. En cambio, me mantengo cubierta bajo mi toalla. Me queda una talla más por perder. Si Ed sigue así, no tendré ningún problema de todos modos. He perdido totalmente el apetito.

—Voy a estar en los espejos —anuncia Lindsey, doblando su toalla dentro de su bolsa—. ¿De quién es este champú? ¿Es de Jo?

—Mira hacia los espejos donde Jo ya está secándose el largo pelo rizado con el secador.

Alison deja escapar algo entre un resoplido y una risa. —¡Jo no usaría esa porquería! No sé quién lo haría, sinceramente. Ella solo usa *Paul Mitchell* del salón.

Aparto la mirada cuando una mujer agarra los botes, una novata en el gimnasio por lo que parece. Tiene pinta de haberse caído de la cama para venir aquí. Me hago una nota mental para investigar este champú *Paul Mitchell*. Para cuando me crezca un poco más el pelo.

Las cuatro estamos parando y encendiendo los secadores para mantener nuestra conversación. Claire ha elegido la tela para las cortinas del invernadero, que ya están encargadas. Va a invitarnos a un té de la tarde para que las veamos cuando esté todo terminado. Especulamos sobre las fotos de Facebook de Cath en las Seychelles. Su vientre al descubierto en bikini ha adquirido una apariencia más redondeada, lo que da lugar a la posibilidad de un tercer bebé. También nos preguntamos dónde podría estar Lorraine. Nadie ha sabido nada de ella.

—Quizás esté *demasiado* relajada después de su fin de semana en el spa —sugiere Claire.

—*Todas* deberíamos ir a uno —dice Alison mientras pasa su pelo por las planchas.

—¿Un fin de semana en el spa? —Jo vuelve a colocar el secador en su soporte—. ¿Todas nosotras?

—Sería maravilloso —digo. Y lo sería. Es justo lo que necesito. Pero ¿qué pasa con los niños?

—¿Ed se ocuparía de los niños todo el fin de semana? —Alison repite mis pensamientos.

—Estoy segura de que podría arreglar algo.

—Me toca pagar el café —Jo se cuelga su nuevo bolso Mulberry al hombro—. ¿Lo de siempre, señoras?

Estoy a punto de hacer un pedido de Mulberry para las tiendas; no puedo esperar a elegir uno nuevo. Miramos colectivamente con mala cara a un grupo de recién llegados que han ocupado nuestro sitio en el bar. Nos vemos obligadas a sentarnos en las sillas duras

cerca de la zona familiar en vez de en nuestros sofás de piel junto a la chimenea.

Mientras espero mi café con leche desnatado, llamo rápidamente al colegio de los niños para apuntarlos a las actividades extraescolares, luego envío un mensaje a Mandy para decirle que estaré en la tienda en un par de horas. Quiero hablar con Ed antes de ir al trabajo.

—Ese hombre del Parkside —empieza Alison—. Mi Andy trabaja con su mujer, Davina.

—Me da mucha pena —Jo desliza la bandeja de bebidas sobre la mesa—. ¿La visteis en las noticias?

—¿Cuándo? —No les digo que estuve demasiado ocupada bebiendo vino y buscando a mi escurridizo marido toda la noche.

—Anoche —Jo me pasa mi café—. Está diciendo que él *jamás* se habría quitado la vida. Justo lo que yo vengo diciendo. El novio de Sophia, Dan, cree que algo está a punto de salir a la luz.

Cambio de tema. No quiero hablar de esto. Me siento mejor que cuando llegué y quiero mantenerme así, no pensar en el hombre muerto. Puede que ocurriera en el lugar de mi boda, pero él y su mujer no son nadie para mí. Especialmente ahora. Tengo otras cosas en mente.

Se me corta la respiración cuando aparco en la gravilla junto al Audi de Ed. No sé qué es mayor: la ira o el alivio. Necesito saber por qué no vino a casa en toda la noche. Sé que tenemos problemas, pero es difícil admitirlo. No quiero que mi vida aparentemente perfecta se venga abajo. Haré cualquier cosa para mantenerla. Quizás necesitemos terapia o algo así.

—¿Ed? —llamo en el silencioso vestíbulo. La casa está igual que cuando la dejé. Eso sí, excepto por la botella de whisky que ha sido movida. Seguramente no estará bebiendo whisky un martes por la mañana. Subo las escaleras, con cuidado de no tropezar con un balón de fútbol, un coche teledirigido y un oso. ¿Dónde está?

La puerta de nuestro dormitorio raspa la gruesa moqueta. Está profundamente dormido. —¿Ed? —Me siento a su lado en la cama, sintiendo el calor de su cuerpo contra mi cadera. Me gustaría acurrucarme junto a él. Por un momento me pregunto si podríamos aprovechar este momento sin gemelos. Reprimo estos pensamientos inmediatamente. Ed ya no me desea. Podría entrar aquí vistiendo un corsé con una cereza en el escote y aun así no me notaría.

—Ed —lo sacudo—. Despierta.

—¿Eh? —Abre un ojo—. ¿Qué hora es?

—La una —respondo—. ¿Dónde has estado?

—¿A qué te refieres? —Se incorpora y se apoya contra el cabecero. Tiene mal aspecto. Su cara está arrugada y puedo oler su aliento agrio aunque nuestras caras están a varios centímetros de distancia—. Te envié un mensaje. Ya sabes dónde estuve anoche.

—No te creo. ¿Por qué dormirías en tu oficina cuando tienes una cama perfectamente buena aquí?

Lo observo cuidadosamente. Definitivamente le pasa algo. —Habla conmigo, Ed.

—No puedo.

—No quieres, querrás decir. ¿Qué estás tramando?

—Nada.

—Apesta aquí dentro —me levanto de la cama y abro la ventana.

—Me he duchado —se sube el edredón hasta el cuello.

—Es alcohol —digo—. ¿Por qué estás bebiendo un martes por la mañana? ¿Hay algo que debería saber?

—Déjame en paz, ¿quieres? Siempre estás encima de mí. Mejor me habría quedado en casa con mi madre.

El alivio y la perplejidad dan paso a la ira mientras vuelvo a sentarme en la cama. —¿Qué has dicho?

—Te estás comportando como mi madre. Regaño, regaño, regaño, regaño, regaño. Déjame tranquilo. Voy a dormir un par de horas más y luego recogeré a los niños.

—No te vas a acercar al colegio en ese estado —me sorprendo al alzar tanto la voz. ¿En qué nos hemos convertido? —No te importamos nada, ¿verdad? No puedo vivir así.

—Ya te he dicho que me dejes en paz. Si no puedes hacer eso, me largo otra vez.

—¿Así que ahora me estás amenazando? —me fijo en su ropa, tirada en el suelo, en un montón cerca del baño. Normalmente dobla su ropa antes de meterse en la cama—. No puedes entrar y salir cuando te plazca, Ed. Esto no es un hotel. Tienes responsabilidades.

—Observa cómo lo hago.

Las lágrimas calientes me punzan los ojos. —¿Por qué me tratas así? ¿Qué he hecho tan mal?

Su rostro se suaviza, pero sigue sin mirarme a los ojos. —No eres tú, soy yo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—No puedo seguir con esto, Kerry.

No sabes los sacrificios que he hecho por ti, quiero decirle. No sabes cuánto deseo quedarme contigo. Pero no voy a suplicarle. Entrará en razón. En su lugar, digo: —¿No puedes seguir con *qué*?

—No te quiero, Kerry. De hecho, creo que nunca lo hice.

Me levanto de un salto de la cama, sintiéndome sin aliento mientras retrocedo tambaleándome, sin apartar los ojos de su rostro. Voy a perderlo. ¿Cómo lo voy a soportar? ¿Qué voy a hacer? ¿Qué pensará la gente de mí? —Por favor, Ed. No digas eso. No hagas esto —Las lágrimas corren por mis mejillas. Ya no puedo contenerlas.

Saca las piernas de la cama. —Déjame vestirme, Kerry. Sin que me mires.

Maldito cabrón. Como si quisiera verle vestirse después de que acaba de admitir que no me quiere. En realidad, sabía que esto iba a pasar. Solo pensaba que las cosas podrían cambiar antes de que llegáramos a esta situación. Realmente creí que cambiarían después de... bueno, no tiene sentido pensar en lo que podría haber sido. Solo tengo que lidiar con lo que está pasando. —¿Qué tal si nos tomamos un día o dos separados y tienes algo de tiempo para pensar? —Creo que estoy siendo generosa, dadas las circunstancias. Miro por la ventana mientras hablo.

—Nada va a cambiar, Kerry. Lo siento.

Está vestido y metiendo ropa en su bolsa de deporte.

—¿Adónde vas?

—No importa. Me pondré en contacto.

—¡No puedes simplemente dejarme! ¿Qué pasa con los niños?

—Solo déjame aclarar mis ideas y luego vendré a recogerlos. Pasaré tiempo con ellos.

—¡Ed! ¡Por favor! ¡No hagas esto! —Retrocedo, bloqueando la puerta del dormitorio.

—Apártate de mi camino, Kerry. Necesito estar solo.

—¿Por qué?

Esto no está pasando. En cualquier momento me despertaré empapada en sudor frío y descubriré que mi mundo no se está desmoronando después de todo. Al final, no tengo más remedio que dejarle marchar.

Observo desde la ventana cómo arroja su bolsa en el asiento trasero de su coche. Luego me desplomo sobre la colcha de satén, sollozando lágrimas calientes mientras escucho cómo se aleja el motor del Audi.

6

ED

En realidad no había tenido la intención de venir aquí y estoy sorprendido conmigo mismo cuando aparco en el estacionamiento. Lo que le dije a Kerry también me sorprendió a mí. Pero no podía soportar pasar otra noche cerca de ella. No veo una salida a esto y no puedo seguir fingiendo. Necesito espacio para pensar. Y para poder llorar mi pérdida en paz.

Me sorprende la familiaridad que me envuelve al salir por las puertas giratorias hacia la recepción del Parkside. Mi cara, enfriada por la tarde de finales de marzo, recibe una ráfaga de calor procedente de la estufa de leña en la esquina. Mis pies se hunden en la alfombra carmesí mientras me dirijo hacia el mostrador. Apenas ha cambiado desde que nos casamos aquí. Kerry había elegido este hotel por su ambiente "rústico". Mientras hago el registro, me preocupa que la recepcionista pueda reconocerme. Mi manto de temor, miedo y soledad pesa más sobre mí que de costumbre.

Esto se intensifica cuando dejo caer mi bolsa de viaje sobre la cama doble de la habitación. La bandeja de té está preparada para dos personas. Normalmente no bebo café instantáneo, pero cafeína de cualquier tipo debería reanimarme un poco. Ya tengo dos llamadas perdidas de Kerry. Sé que estará destrozada, pero es un enorme

alivio haberle dicho que ya no la quiero. Conociéndola como la conozco, probablemente le preocupará más lo que piensen sus amigos elegantes y los posibles cambios en su opulento estilo de vida. Esos dos aspectos serán más importantes que perderme a mí.

Soy un tipo decente en muchos aspectos y adoro a mis hijos. Nada cambiará para ellos excepto que yo no estaré allí. Seré uno de esos padres de fin de semana. Y si Kerry me deja ir sin armar un escándalo, recibirá un buen acuerdo económico. Aunque no puedo imaginar que eso ocurra.

Probablemente ya habrá recogido a los niños del colegio. Me pregunto si les habrá dicho algo ya. *Papá no vendrá a casa.* Mentiría si dijera que no me siento culpable por los niños. Pero ¿cómo puedo pensar en eso en este momento?

El repentino timbre del teléfono me sobresalta. Es Annie.

—Ed, espero que no te importe, pero pensé que debía llamarte. Solo para comprobar que estás bien.

—Estoy bien. Solo hay algunos problemas en casa.

—Esta mañana no tenías buen aspecto. He reorganizado todas tus citas y Nathan se ha encargado de las urgentes.

—Volveré mañana por la mañana.

Probablemente me hará bien mantenerme ocupado. Cualquier cosa para evitar pensar en lo que ha pasado. Aunque sea por un segundo. Los pensamientos sobre Russ siguen golpeándome en el estómago.

—¿Estás seguro de que estás bien? Si necesitas más tiempo libre, por tus asuntos.

Respiro hondo. —Podría contártelo directamente, Annie. Kerry y yo nos estamos separando. Me he mudado.

—¿Qué? ¡Oh, no! ¡Lo siento mucho, Ed! ¡No lo vi venir!

—Todavía no se lo hemos dicho a nadie. Aunque ya se veía venir desde hace tiempo. Así que si pudieras mantenerlo en secreto por ahora. Todo es muy reciente y tenemos muchas cosas que resolver.

—¿Quieres que le diga algo a Nathan?

—No. Se lo diré yo mismo. Te veré por la mañana.

—De acuerdo. Cuídate, ¿vale?

Me recuesto en la cama. Es irregular en comparación con nuestra cama de matrimonio en casa. Nos gastamos dos mil libras en ella, pero no me importa. Me siento libre. Pero la sensación de liberación dura poco cuando la realidad vuelve a golpearme en cuestión de segundos.

Russell está muerto.

No puedo soportar el silencio aquí. Me inclino para coger el mando a distancia y enciendo el enorme televisor montado en la pared. Normalmente nunca vería la televisión a esta hora de la tarde. *Pointless. The Chase.* Una repetición de *Judge Rinder.* Uf. Sigo cambiando de canal. Las noticias. Eso servirá. Aunque no pasa mucho tiempo antes de que me arrepienta de haberla encendido.

—Continúan las investigaciones sobre la muerte de Russell Lawson, un padre de familia de treinta y seis años, cuyo cuerpo fue descubierto en una habitación de hotel a principios del pasado fin de semana.

Trago saliva mientras la cara de Russell aparece en la pantalla. Es una foto reciente. Todavía no puedo creer que esté muerto.

—Su muerte está siendo tratada ahora como sospechosa y se pide que cualquier persona que pueda tener alguna información, especialmente si vieron al señor Lawson en los días previos a su muerte, se presente.

Sospechoso. Dios mío. Siento que no puedo respirar.

Ahora muestran una imagen de la fachada del Parkside. Es surrealista ver en la gran pantalla el edificio donde estoy en este momento.

—Se estima que la hora de la muerte fue entre las 5 y las 6 de la tarde del jueves pasado. El Sr. Lawson se registró en el Hotel Parkside en Harrogate Road a las 4:25 de la tarde y se cree que estaba acompañado por otro hombre.—

Trago saliva. Necesito una copa. Bajaré al bar en un momento.

—La policía está interesada en seguir esta línea de investigación y está realizando análisis forenses. Se dice que el acompañante masculino es de raza blanca, de entre cuarenta y cuarenta y tantos años, con pelo castaño oscuro corto y con entradas. Llevaba

vaqueros, zapatos tipo brogue, una camisa con el cuello abierto y una chaqueta acolchada corta.—

Me quedo mirando fijamente cuando aparece en la pantalla una imagen borrosa de una cámara de seguridad.

—La policía está trabajando actualmente en un retrato robot del hombre con el que desean hablar y este será publicado en breve. Instan a cualquiera que crea que puede tener información, por insignificante que les parezca, a ponerse en contacto llamando al 101 y citando el registro 2764.—

Cojo mi cartera y bajo al bar. Es ese momento de calma entre la gente que sale del trabajo y la que llega aquí. Este lugar tiene instalaciones para conferencias y un gimnasio, así que sin duda pronto estará a rebosar. Pido un JD y me sitúo junto a la ventana, bien lejos de la barra y de un grupo de mujeres que hablan animadamente cerca de ella.

Ha habido dos llamadas perdidas más de Kerry. Ojalá me dejara en paz. La llamaré mañana desde el trabajo cuando tenga la cabeza un poco más clara. Me ha sentado bien salir de la habitación del hotel; ahora estoy más tranquilo, aunque quizá sea por el JD.

Recorro la lista de contactos en mi teléfono y mi pulgar se detiene sobre el nombre de Russell. Pulso llamar, solo quiero escuchar su voz en el mensaje del buzón de voz. Casi se me cae el teléfono cuando responde una voz femenina.

—Hola.

—Eh, yo... solo estaba...

—¿Quién es? ¿Ed?

Mierda. Mi nombre habrá aparecido en la pantalla. No tiene sentido colgar. Solo volverá a llamar o, peor aún, pasará mi número a la policía como alguien que ha intentado llamar a Russell. ¡Solo quería oír su voz!

—Sí. Soy amigo de Russell. ¿Está ahí? —Es lo primero que se me ocurre. ¿Por qué otro motivo estaría llamando al teléfono de un muerto? Difícilmente puedo admitir que sé que está muerto.

—¿No ves las noticias? —Su voz es áspera. Nunca nos hemos conocido, pero he oído hablar mucho de ella. La aversión que me provoca su voz hace que se me erice el vello de la nuca—. ¿No te has enterado de que ha muerto?

—¿*Muerto*? ¡No! Lo vi hace solo unas semanas. ¡No puede ser! ¿Cómo?

—Todavía no lo sé. Con suerte, ya estarán tras la pista de quien más estuviera implicado.

—¿Eres su esposa? —Doy un trago a mi bebida. ¿Cómo demonios me he metido en esto?

—¿Quién más iba a ser? ¿De qué conocías a Russell?

—Soy amigo suyo desde hace tiempo.

—¿Y cómo es que nunca te ha mencionado? Conozco a *todos* sus amigos. Nunca ha hablado de ningún Ed.

—Le conozco del gimnasio.

—No ha ido allí en mucho tiempo.

—Estuvo allí la semana pasada, de hecho. —En cuanto digo estas palabras, me doy cuenta del error que he cometido.

—¿Le viste la semana pasada? Pero acabas de decir que no le habías visto desde hacía *unas* semanas.

—Quizá fue la semana anterior.

—¿Cuánto conocías a mi marido? Lo suficiente como para tener su número de teléfono, en cualquier caso. Supongo que no te importará si paso tus datos a los agentes que se están ocupando de su muerte.

—No tiene sentido. No sé nada.

—Dejemos que ellos decidan eso, ¿de acuerdo?

Joder. ¿Por qué he tenido que hacer esto? Davina tiene mi número de teléfono y mi maldito nombre.

7

KERRY

—Mamá. Despierta.

Por un momento no puedo abrir los ojos. Me he desmayado en el sofá después de las dos botellas de vino que me bebí. ¡Dos botellas! La televisión se ha apagado automáticamente, pero la chimenea de efecto llama sigue expulsando aire caliente. No es de extrañar que esté sudando. Me duele la cabeza. No puedo seguir así.

—Mamá. Tengo hambre —Alex me está tirando del brazo.

Me incorporo hasta quedarme sentada y siento que la habitación da vueltas a mi alrededor mientras apoyo los pies descalzos en la alfombra. Ed se ha ido. No me quiere. Nunca lo hizo. Quiero llorar, pero los dos niños me miran expectantes.

No puedo lidiar con ellos esta mañana. Estoy rígida como una tabla después de dos noches en el sofá y tengo la peor resaca del mundo. ¿Cómo diablos voy a arreglármelas para escuchar a los lectores en el colegio esta mañana? O vomitaré encima de alguno o me quedaré dormida. Nadie te habla de las altas expectativas cuando tu hijo está en un colegio privado. De alguna manera, tanto el colegio como las otras madres desaprueban que no te *involucres regularmente.*

—Mamá. Vamos —Y es como si ya no fueras dueña de ti misma una vez que has tenido hijos. Tu vida consiste en satisfacer sus

necesidades y ponerte a ti misma en último lugar. No importa lo mal que te sientas, tienes que seguir adelante. Y esta mañana, me siento fatal.

Me tambaleo hasta la cocina, lleno dos cuencos con Choco Krispies y dos vasos con zumo de naranja, y los coloco en la barra del desayuno. —Mamá volverá en un minuto —Luego corro al baño de abajo justo a tiempo para vomitar todo.

Me siento un poco mejor después. Es como si hubiera purgado parte de la miseria. Mientras bebo un vaso grande de agua fría, siento una firme determinación. Voy a tener que luchar. Luchar contra Ed si es necesario. Luchar para mantener lo que tengo.

En el aparcamiento del colegio, deslizo el Range Rover entre los coches pertenecientes al director y al administrador: un Jaguar y un Jeep. He tomado un poco de tostada y un par de analgésicos, así que me siento más humana. No beberé ni una gota esta noche. Pero difícilmente se me puede juzgar por ello; no todos los días tu marido te dice que no te quiere. (Y que nunca lo ha hecho).

Y sé por qué.

—Buenos días, niños —dice la señora Richardson a los doce niños sentados en la alfombra.

—Buenos días, señora Richardson. Buenos días, señora Huntington-Barnes.

—Mi mamá durmió en el sofá anoche —anuncia George.

Alex añade: —Y la noche anterior.

Gracias, chicos.

—¿Está todo bien? —me pregunta la señora Richardson mientras rebusco en la caja de libros de lectura unos minutos después—. Parece agotada.

—Em, tanto da que lo sepa. —Mis ojos se llenan de lágrimas—. Ed, mi marido, bueno, me ha dejado. Por favor, no diga nada, los niños ni siquiera lo saben todavía.

—Pobrecita. —Apoya su mano en mi brazo—. ¿Estás segura de que deberías estar aquí?

—No sea amable conmigo, me hará llorar. —Siempre me pasa lo mismo cuando las cosas van mal: es mejor que me dejen sola. En el momento en que alguien es amable conmigo, tiendo a derrumbarme.

—Lo siento. Niños, tranquilizaos. —Se gira y se dirige a la ruidosa pandilla en la alfombra—. Déjame hablar con la señora Huntington-Barnes. —Vuelve hacia mí—. Estoy segura de que lo arreglaréis. Todas las parejas tienen sus altibajos.

Casi sonrío por la ironía de lo que dice. Luego recuerdo las palabras de Ed. *No sé si alguna vez te he querido.* —No lo creo —digo.

—Vete a casa —dice amablemente—. Tómate un tiempo para ti.

—Creo que necesito mantenerme ocupada.

—Estoy segura de que puedes mantenerte ocupada en un entorno mejor para ti que *aquí*.

—Está bien, lo haré. —Me limpio una lágrima—. Estaré bien para la semana que viene, estoy segura. No le dirá nada a nadie, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Cuídate.

Todavía estoy luchando contra las lágrimas mientras avanzo por el pasillo del colegio hacia la puerta giratoria.

La señora Wilkes me mira con curiosidad. —¿Está todo bien, señora Huntington-Barnes?

—Sí, gracias. Solo necesito irme.

—Muy bien. —Libera la puerta y corro hacia mi coche con lágrimas deslizándose por mis mejillas. Es lo que necesito, un buen llanto, y tan pronto como doblo la esquina del colegio, me detengo y rompo a llorar. *No me quiere,* repito una y otra vez. *¿Qué voy a hacer?*

Doy un respingo cuando una transeúnte con un perro golpea la ventanilla. —¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento en respuesta y luego me marcho conduciendo. La preocupación que me han mostrado esta mañana, aunque ha

reafirmado la bondad de la naturaleza humana, también me ha hecho sentir peor.

Llego al parque. Está tranquilo, salvo por algunos paseadores de perros. Me quedo mirando dos veces a uno de ellos cuando se acerca de frente. Por un momento, pienso que es Adam, mi hermano. Debería llamarle. Éramos muy unidos de pequeños. Me seguía a todas partes y nos lo contábamos todo. Problemas con nuestros padres, tareas escolares, relaciones amorosas, todo. Era genial. Digo *era* como si estuviera muerto o algo así. Supongo que el hermano que *era, lo está.* Se ha convertido en otra persona ahora: obsesionado con el trabajo y negando sus orígenes. He oído por nuestra madre que no la visita muy a menudo, pero yo soy igual de mala. Dicho esto, tengo más excusa: vivo mucho más lejos de ella y tengo que organizar a los niños.

Adam se fue de casa tan pronto como pudo. Estaba harto de vivir con la humedad y los muebles que se caían a pedazos. También estaba cansado de tener que esconderse de los cobradores de deudas y ver a nuestra madre trabajar hasta el agotamiento. Nunca llevábamos amigos a casa, era demasiado vergonzoso. Nuestro padre estuvo a las puertas de la muerte durante años. Cuando finalmente murió, casi fue un alivio. Es difícil para ambos volver de visita; nuestra infancia estuvo llena de tanta desesperanza y miseria.

Mamá se ha recuperado un poco ahora. Está jubilada con una pequeña pensión y por fin tiene su propia vida. Pero cada vez que la veo, me deprime. Representa lo que nunca quiero llegar a ser. Así que esa es otra razón por la que no la visito tan a menudo como podría.

El viento de marzo seca mis lágrimas y me alegro de que la señora Richardson me aconsejara tomarme un tiempo. Esto era lo que necesitaba. Con cada paso, mis pensamientos se vuelven más claros y me siento más fuerte. Lucharé por Ed. No me rindo. Esto es solo un bache, todo ha sido un bache. Una vez que todo se calme,

podemos recuperar lo que solíamos tener. Lo que *espero* que tuviéramos, al menos.

—Kerry —la voz frente a mí suena familiar, pero no puedo ubicarla—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que ayudabas en el colegio los miércoles.

Entrecierro los ojos contra el sol bajo para ver la figura borrosa que se acerca al banco donde me he sentado a descansar. —Jo. Hola. ¡Casi no te reconozco sin tu ropa de gimnasio! —Se ve bien con esos vaqueros ajustados y zapatillas de marca. Con su maquillaje perfecto y el pelo recogido en un moño, parece más preparada para una noche de fiesta que para pasear a un perro.

Se ríe. Luego mira más detenidamente lo que probablemente sea una cara manchada de lágrimas. —¿Estás bien? ¿Has estado *llorando*?

—No seas amable conmigo —Un nuevo torrente de lágrimas brota y soy consciente de mi cara sin maquillaje, pelo descuidado y ropa menos que perfecta. No es de extrañar que la señora Richardson me mandara salir del colegio. Me vestí con tanta prisa esta mañana, especialmente después de que los niños terminaran de hacer el tonto.

—¿Qué demonios pasa? —Se sienta a mi lado en el banco y pone su brazo alrededor de mi hombro—. ¿Es por Ed?

Asiento. —¿Cómo lo sabes?

—Bueno, normalmente hay un hombre en la raíz de todos los problemas, ¿no?

Me río, a pesar de mi miseria. —¿Tienes tiempo para un café?

—Uno rápido —dice—. Voy a llevar a Sophia de compras de ropa dentro de un rato. Solo quería sacar a esta primero a pasear —señala a su spaniel, sentado perfectamente, probablemente esperando más movimiento.

—¿Un latte? Quédate con Maisie. Iré a pedir.

Cojo la correa del perro y me hundo miserablemente en el asiento fuera de la cafetería. Hace demasiado viento para sentarse fuera, pero tenemos al perro. Siento que necesitaría más vino para aliviar esta resaca. ¡Dios, son las 10:30 de un miércoles y estoy pensando en vino! Observo a Jo en el mostrador. Qué daría yo por

intercambiar lugares con ella. Tener una vida sencilla y feliz, con hijos mayores y un marido que me quiera. Me estoy hundiendo rápidamente. Quería que las cosas llegaran a un punto crítico, pero no así.

—Bien. Suéltalo —coloca la alta taza de cristal frente a mí.

—El latte no, espero —Al menos todavía puedo hacer bromas, aunque sean malas—. Ed me ha dejado —digo, mirando fijamente el vapor que sale de mi bebida.

—¿Te ha dejado? ¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Cuándo?

Tengo toda su atención. Este es el peor temor de todas las mujeres. Especialmente cuando vivimos los estilos de vida que llevamos. Con las apariencias que debemos mantener.

—Ayer —levanto la mirada hacia un corredor que pasa.

—Oh, volverá —pone su mano en mi brazo—. ¿Qué pasó? ¿Tuvisteis una discusión? —Luego se inclina y acaricia a Maisie—. Buena chica.

—No exactamente. Las cosas no han ido bien desde hace tiempo.

—¿Por qué no dijiste nada?

—No podía. No se lo he contado a nadie —mi voz tiembla—. Pensé que se arreglaría solo.

—Para eso están las amigas —vuelve a tocarme el brazo—. Para escuchar.

—La verdad es que no hay mucho que contar —miro fijamente mi regazo. No puedo mirarla—. Para ser sincera, ni yo misma sé bien lo que está pasando.

—¿Has intentado hablar con él?

—Sí, pero se cierra en banda.

—¿Y la terapia de pareja?

—No me lo imagino accediendo a eso ni en un millón de años.

—Hombres.

—Lo sé. Mira, estoy bien, de verdad. Solo necesito seguir adelante. Intentaré hablar con él otra vez.

—No estás sola, ¿sabes? —se coloca un mechón detrás de la oreja mientras la compasión emana de sus ojos—. Estamos todas

aquí para lo que necesites. ¿Te importa si se lo cuento a las demás?

—Supongo que se acabarán enterando tarde o temprano —estoy destrozada. Todas me juzgarán. Seré diferente a ellas.

—Todas te cuidaremos, ya lo sabes.

—Gracias.

Intento dirigir la conversación hacia temas más normales: las posibles residencias universitarias de Sophia, las próximas vacaciones de Jo, la artritis de su padre, los gemelos. Para cuando Jo apura su taza, he representado bien el papel de recuperación.

—Bueno, será mejor que me vaya. Te mandaré un mensaje más tarde para ver cómo estás.

—Gracias. Me alegro de haberme encontrado contigo —y es cierto. Aunque me cueste admitirlo, a menudo corro el peligro de ahogarme en mi propia compañía.

Me abraza, lo que hace que me entren ganas de llorar otra vez. Luego se va.

Me quedo sentada en el banco. Me siento en paz pero completamente desorientada. Mi vida ha cambiado más allá de todo reconocimiento y en unas horas habrá pasado un día entero desde la última vez que hablé con mi marido. He intentado llamarle varias veces, pero no responde. No puede hacerme esto... ¡tenemos dos hijos en quienes pensar! Voy a intentarlo de nuevo.

—Kerry.

Me sorprende que conteste. —¿Así que ahora sí respondes?

—¿Qué quieres? Ya dije todo lo que tenía que decir ayer.

Así que definitivamente iba en serio. Una parte de mí había estado rezando para que fueran cosas del calentón del momento. —Ed. Te quiero. Quiero que vuelvas a casa.

—Lo siento, Kerry. No voy a volver a casa. Lo he pensado mucho y quiero el divorcio.

Me siento mal otra vez. —¡No puedes! ¡¿Por qué?! —La angustia en mi voz atrae la atención de alguien que pasea a su perro, que se detiene, me mira y luego continúa—. No es posible que hayas decidido eso desde ayer. Al menos date unos días para pensarlo.

—Lo veía venir desde hace tiempo. Lo siento.

—¿Y ya está? ¿Así sin más? ¿Y los niños?

—Seguiré siendo su padre.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —Siento como si me hubieran dado un puñetazo. Esto es horrible—. ¿Y qué pasa con la casa?

—Mira, dame un par de días para aclarar mis ideas y deja de llamarme, por el amor de Dios. Hablaremos el fin de semana.

—¿El fin de semana? ¡Pero eso está a días de distancia! —Los días que seguiré en el limbo se extienden ante mí como un abismo.

—Por favor. Necesito espacio.

—¿Y yo qué, pedazo de egoísta? ¿Se supone que debo mantenerlo todo bajo control y ocuparme de los niños, de una casa y de un negocio?

—Kerry, estoy en una maldita habitación de hotel. Difícilmente puedo quedarme con los niños ahora mismo.

—Esa es tu elección. ¿Por qué no vuelves a casa? Podrías quedarte en la habitación de invitados. Seguro que podemos solucionar esto —recuerdo lo que dijo Jo—. Podemos ir a terapia. Dicen que Relate es muy bueno —sé que sueno desesperada y me odio por ello.

—No lo entiendes. Nunca lo has entendido. No soy quien tú crees que soy.

—Sé exactamente quién eres —le espeto antes de colgar. Que le den. Es la última vez que me arrastro para que vuelva. No puedo creer todo lo que he invertido en esta relación. Todo lo que he sacrificado. Para que todo acabe así.

8

ED

APARCO EN EL ESTACIONAMIENTO, a unos coches de distancia de la furgoneta de la policía. Pensarías que cinco días serían suficientes para encontrar lo que sea que estén buscando en la habitación del hotel. Pero parece que no lo es.

Ha sido bueno mantenerme ocupado hoy. Annie y Nathan han sido estupendos. Ambos saben sobre la "situación de Kerry". No han hecho preguntas y simplemente me han dejado seguir con mis asuntos.

Nathan se ha encargado de todos los casos de emergencia, dejándome solo con citas rutinarias. Obviamente, tengo que mantener mi profesionalidad cuando trato con pacientes que no tienen forma de saber que mi vida se ha desmoronado espectacularmente. Tuve un breve momento antes cuando estaba tan inmerso en asuntos del trabajo que me di cuenta de que había pasado media hora sin pensar en Kerry, los niños, o incluso en Russell. Y con suerte, estoy fuera de peligro después de mi llamada telefónica con Davina ayer. Estoy seguro de que ya habría tenido noticias de la policía si estuvieran interesados en mí.

La recepcionista sonríe mientras recojo mi tarjeta llave de la recepción. No hace preguntas, y si me reconoce de nuestra boda, no lo menciona. Seguramente sabrá por su ordenador que mi domicilio

está a menos de tres kilómetros, pero supongo que forma parte de su descripción de trabajo ser discreta.

En lugar de tomar el ascensor hasta mi habitación, primero echo un vistazo al gimnasio y a la zona de la piscina. Nos dieron tres meses de uso antes de nuestra boda, así que sé que vale la pena utilizarlo. Podría probar más tarde. Mis niveles de energía están bajos en este momento, así que probablemente mañana. Camino por el bar, al que definitivamente volveré hoy, y luego paso por las puertas francesas que se abren al jardín. Las tardes son cada vez más largas ahora. Recuerdo que este fin de semana hay que adelantar los relojes, algo que normalmente me anima, pero ahora mismo, haría falta una grúa para levantarme de donde estoy.

Me encuentro en el rellano del primer piso, fuera de la habitación. Hay un cartel de no molestar en el pomo de la puerta y cinta policial a ambos lados, cruzando todo el pasillo. Me detengo. Todo está en silencio, excepto el sonido de mi propia respiración. Él murió ahí dentro. Russell. *Mi Russell.* Cierro los ojos, tratando de imaginar cómo podrían haber sido sus últimos momentos, sintiéndome cerca de él, estando fuera de la misma habitación, pero sintiéndome a kilómetros de distancia. Después de todo, se ha ido.

Un mozo aparece de la nada y me mira con curiosidad. —¿Puedo ayudarle, señor?

—Eh, no, solo estaba...

—¿Se ha perdido?

Más perdido de lo que podrías imaginar. —Creo que me he bajado del ascensor en el piso equivocado. Debería subir otra vez.

—Mientras esté bien, señor.

Trago saliva y me alejo de él, pronto dentro del entorno ya familiar de mi habitación de hotel. Mi hogar improvisado, por ahora, al menos. Esto me va a costar una fortuna. Todo lo que puedo decir es gracias a Dios por mi trabajo de consultoría privada.

Me preparo un café y me estiro en la cama, alisando el Yorkshire Evening Post sobre mis piernas. Las mismas fotos que aparecieron en las noticias locales ayer me miran desde la parte inferior de la página dos. Las observo fijamente. Podrían ser cualquiera. Un hombre común. Pelo corto oscuro, sin características distintivas

reales, y la borrosa imagen de la cámara de seguridad apenas vale el papel en que está impresa. Están agarrándose a un clavo ardiendo. Aunque me interesa saber qué podrían estar examinando en la habitación del hotel. Sin duda eso saldrá a la luz en breve.

Mi teléfono suena a mi lado. Maldita Kerry. No puede dejarme en paz.

Los niños están disgustados. Les he dicho que ya no vives aquí. Han estado preguntando dónde estás y quieren verte.

Por un momento, considero no responder. Pero tengo que hacerlo, realmente.

Los llevaré a dar una vuelta el sábado y pasaré tiempo con ellos. Les explicaré. Dales un abrazo enorme de mi parte.

Deberías dárselo tú mismo. No puedo creer lo que nos has hecho a todos.

Hablaré contigo el sábado.

Le debo al menos eso, supongo. Haré que mi madre se quede con los niños y llevaré a Kerry a tomar un café o algo así. Quizás sea hora de contárselo todo. Y me refiero a *todo*

Hola Mamá, perdona que no me haya puesto en contacto contigo durante un par de semanas. Me preguntaba si estás libre el sábado, creo que a media mañana. X

Mamá siempre responde rápido. Me preocuparía si no lo hiciera.

Sí, creo que sí. ¿Por qué? X

Necesito hablar contigo. Y luego necesito que cuides de los niños durante una hora más o menos. X

Suena preocupante. ¿Está todo bien?

Hablaré contigo el sábado. Estaré allí a las 11. X

¿Estás seguro de que estás bien? ¡Ahora me tienes preocupada! X

Estoy bien. De verdad.

Como estoy de humor para enviar mensajes, le mando uno a Carl.

¿Qué tal, colega? Me estoy quedando en el Parkside unos días. Me preguntaba si te apetecería acompañarme al gimnasio algún día. ¿Podríamos tomar una cerveza después?

Espero que responda. Me vendría bien algo de compañía por la noche. Quiero decirle que también me uniré al Club Ciclista Farrier's, pero supongo que primero debería ordenar mi vida.

Recuerdo cuando conocí a Kerry. Había llegado a los treinta y mi madre siempre me daba la lata. *¿Cuándo vas a conocer a alguien? ¡Estás más casado con tu trabajo!* Conocí a Kerry por internet y pasaron cinco semanas después de que hiciéramos "match" antes de vernos. Lo tomamos con calma y solo nos veíamos una vez al mes durante los primeros cuatro meses. Me caía bien, nos llevábamos bien, pero no hacía que mi pulso se acelerara. Pero durante un tiempo, conseguí reprimir mi "verdadero yo". Era una mujer atractiva —todavía lo es. Más entonces, cuando tenía el pelo más largo y estaba más delgada. No es que nada de eso me importe. Yo estaba más interesado en su mente astuta y su ambición. Trabaja duro, y es una madre maravillosa para nuestros hijos. Incluso mi madre la aprueba, y siempre cuesta ganársela.

Pero no me siento atraído por ella y nunca lo estuve. Era una tapadera, una cortina de humo. Alguien detrás de quien esconderme. Una persona que, esperaba, podría ser capaz de cambiar quién soy. Permitirme vivir una vida normal con nuestra casa independiente, vacaciones regulares y dos coma cuatro hijos. Lo intenté, realmente lo intenté y supongo que lo que le he hecho es injusto. Una persona no puede cambiar quién es por dentro. Lo que es. Todo ha sido una farsa. Una mentira. Porque soy gay. Ya está, lo he dicho. Lo he admitido.

Y la única persona que he amado de verdad es Russell.

9

KERRY

Aparco frente a la tienda. No tengo clase de gimnasio esta mañana, así que voy a dar la cara por aquí. No he venido mucho esta semana con todo lo que ha estado pasando. Después iré a nadar y al baño de vapor. Necesito calmar mi mente acelerada y relajarme. No puedo comer. No puedo dormir, y me siento jodidamente fatal.

He resistido las ganas de enviarle un mensaje a Ed desde anoche. Haré lo que me ha pedido y le daré espacio. Con suerte, dentro de poco, nos echará de menos y entrará en razón. No tengo ninguna otra estrategia que intentar. Su marcha ha dejado un vacío enorme y siento que mi vida pende de un hilo. No puedo soportarlo. Quiero que sea sábado para ver qué tiene que decir, pero al mismo tiempo, no quiero que sea sábado porque sé que no querré escuchar lo que me va a decir. Todo se volverá definitivo después de que hablemos.

—Buenos días, Mandy —entro y dejo mi bolso en el mostrador. Mandy está impecablemente arreglada como siempre. Siempre lleva nuestra ropa, le doy un conjunto nuevo cada mes de nuestro stock y puede comprar lo que quiera con un cincuenta por ciento de descuento. Se esfuerza mucho por sus beneficios. Sé lo afortunada

que soy de tener a alguien en quien puedo confiar. Es una pena que no se pueda decir lo mismo de mi marido.

—Vaya, Kerry, ¿estás bien, cielo? —La forma preocupada en que me mira invita a las ya demasiado familiares lágrimas a mis ojos—. Pareces agotada.

Probablemente sea una combinación del hecho de que he bebido al menos una botella completa de vino, cada noche, durante los últimos cinco días, y ahora tengo a los niños durmiendo conmigo, ya que están muy disgustados por lo de su padre. Al menos he vuelto a nuestra cama en lugar de dormir en el sofá. Son los niños quienes me mantienen en pie. Cuando tienes gemelos de cinco años, ¿qué más puedes hacer?

—¿Kerry?

—Ed nos ha dejado —Una lágrima rueda por mi mejilla y la aparto con rabia. No voy a derrumbarme delante de la encargada de mi tienda.

—Dios mío. ¿Por qué?

Veo un millón de preguntas en sus ojos, probablemente entre ellas las relacionadas con esta tienda y la próxima apertura de la nueva tienda, y su trabajo. Ed es un socio silencioso en todo esto y ha aportado una cantidad considerable de capital. Dependiendo de lo que diga el sábado, probablemente debería ver a un abogado.

—No estoy segura por el momento. Solo necesito seguir adelante. Hablaré con él el fin de semana, así que sabré más entonces.

—¡Pobrecita! ¿Están bien los gemelos?

—Un poco disgustados. Pero estarán bien.

—¿Tú estás bien?

Me aparto de ella y alcanzo los cheques y papeles que necesitan una segunda firma. —Voy a revisar estos y luego iré una hora o dos al gimnasio —Espero que mi voz transmita mi mensaje: que el tema de mi matrimonio está completamente cerrado.

—Claro —Coge su plumero y reanuda el pulido de los espejos, que es lo que estaba haciendo cuando llegué—. Pero sabes, ¿verdad?, que si hay algo en lo que pueda ayudarte, aunque solo sea para escucharte...

—Gracias. Lo aprecio.

—¿Puedes gestionar todo? Sola, quiero decir.

—Estoy haciendo mucho del papeleo y los pedidos de nuevo stock por la noche cuando los niños están en la cama. Simplemente tengo que hacer lo que pueda, cuando pueda, por el momento. Organizarlo todo alrededor de los niños.

—Por supuesto. Y nunca tienes que darme explicaciones. Eres la jefa.



Alison está en la recepción cuando llego al gimnasio, discutiendo con la recepcionista sobre la falta de plaza de natación para su hija. Intento pasar discretamente por el torno, pero la recepcionista me saluda, desviando la atención de Alison lo suficiente como para que se gire. Quiero estar sola esta mañana ya que nadar de un lado a otro de la piscina normalmente me despeja la mente.

—Kerry —exclama—. ¿Les han devuelto a tus hijos sus plazas de natación?

—Ed lo solucionó —digo, sintiéndome desolada mientras hablo de él como si nada estuviera mal—. ¿Dónde están las demás?

—No he visto a nadie todavía —Se vuelve hacia la recepcionista —. Volveré a verte cuando salga —Luego, sin esperar una respuesta de ella, me toma del brazo—. ¿Tienes tiempo para un café?

—Te lo contaré —digo mientras remuevo mi café con leche—. Ed se ha mudado. Pero estoy bien, o al menos, lo estaré.

Los ojos de Alison, fuertemente maquillados, se agrandan. Siempre viene al gimnasio como si estuviera lista para salir por la noche. —No tenía ni idea de que algo iba mal. ¿Por qué?

—En realidad no me ha dicho nada todavía. Solo quería que todas lo supierais. Por si estoy un poco callada. Me encontré con Jo ayer. Así que ella lo sabe —De ninguna manera voy a contarles nada más que esto.

Alison da un sorbo a su bebida. —Qué horrible para ti. Aunque me alegro de que me lo hayas dicho. Al menos si todas sabemos lo que está pasando, podemos cuidar de ti.

—Gracias —Me inclino hacia delante para coger mi café con leche, deseando tener todavía el pelo largo para cubrirme la cara. Las lágrimas amenazan con volver. Nunca están lejos. Realmente no vi *esto* venir. No así, y no puedo creer lo mal que me siento.

—Malditos hombres —continúa Alison, obviamente con buena intención.

—Solo voy a darme un tranquilo baño esta mañana —no voy a ponerme a criticar a Ed. Me siento demasiado entumecida en este momento—. Necesito aclararme las ideas.

—¿Quieres que les cuente a las demás lo que está pasando si las veo? —Cruza una pierna perfectamente formada y enfundada en lycra sobre la otra.

La miro con envidia, pero también soy consciente de la *dieta del divorcio*. Mi apetito es inexistente, así que si Ed no vuelve, perderé peso a toda velocidad. *Si Ed no vuelve.* La idea me destroza—. Puedes hacerlo. Aunque apenas estoy segura de lo que está pasando ahora mismo. Te mantendré informada.

—Debes hacerlo —me mira con tal preocupación que me entran ganas de echarme a llorar. Me pongo de pie, trago saliva y digo—: Vale. Voy a nadar un poco. Necesito mantenerme ocupada.

—Yo voy a correr por la pista mientras organizan esa cosa de las clases de natación. Te veo mañana. Mantén la barbilla en alto.

Me apresuro a marcharme. Solo quiero estar sola.

Me alegra que la piscina esté tranquila. Me escuecen los ojos, no solo por el cloro al entrar en el agua sino también por las lágrimas que me han atormentado frecuentemente. La última vez que estuve aquí, todavía éramos una familia. Hace menos de una semana y aunque sabía que teníamos problemas, entonces aún podía fingir. He oído en alguna parte que el divorcio es como un duelo y pasas por todas sus etapas, como si alguien hubiera muerto. Probablemente estoy en la fase de shock en este momento. Espero que las cosas no

vayan más lejos, o todo por lo que hemos trabajado y pasado habrá sido en vano.

En realidad, no tengo energía para nadar. Voy arriba y abajo de la piscina unas cuantas veces, intentando acallar mis pensamientos. Si Ed no vuelve a casa, me pregunto si mantendrá su abono al gimnasio aquí. La idea de encontrarnos como pareja separada me llena de tristeza. De repente, siento frío y me dirijo al baño de vapor. Eso me hará sentir mejor. Me siento, con el cerebro aún dando vueltas mientras me envuelve el vapor, pensando si debería haber dejado las cosas como estaban. Quizás todo se habría solucionado solo.

Me siento marginalmente más humana mientras regreso al vestuario. Me he dado un baño en el jacuzzi y he descansado en una de las tumbonas junto a la piscina. Creo que incluso me quedé dormida cinco o diez minutos, arrullada por las salpicaduras intermitentes de los otros nadadores. El vestuario está tranquilo, pero aun así traslado mis pertenencias de la taquilla a uno de los tres cubículos del rincón. No quiero conversar. Con *nadie*. Corro la cortina, agradeciendo la soledad.

Cuelgo mi abrigo en la percha y me hundo en el asiento mientras echo un vistazo rápido a mi teléfono. *Nada*. Me seco con la toalla y me extiendo crema corporal. Entonces oigo dos voces familiares acercándose. Justo cuando estoy a punto de apartar la cortina para saludar, algo me detiene en seco.

—¿Crees que podrá permitirse mantener la casa?

—Quién sabe. Tiene la casa más pequeña de todas nosotras, pero debe valer fácilmente medio millón.

—Solo tiene esa tienda, y probablemente fue él quien la financió.

Son Jo y Alison. No hay premio por adivinar de quién están hablando. Traslado mis zapatos del suelo al asiento para que no los noten bajo la cortina. Bien puedo escuchar qué más tienen que decir.

—Tienes que sentir lástima por ella. Es una de las peores cosas que le pueden pasar a *cualquier* mujer. Y tiene esos dos pequeños —

Al menos Jo está diciendo algo medio solidario.

—¿No lo viste venir? Yo sí. Siempre he pensado que hay algo sospechoso en él. Y siempre pareció un matrimonio de conveniencia.

—¿Qué quieres decir?

—En aquella cena que organizó Claire, ¿no te acuerdas? Llegaron por separado y él parecía distraído toda la noche. Como si no quisiera estar allí. Apenas se hablaron. Carl siempre está encima de mí cuando salimos. Nunca me suelta la mano.

—¿Cómo convierte eso su matrimonio en uno de conveniencia? Quizás habían discutido o algo.

—Él la mantenía, Jo. Y ella mantenía las apariencias. Ya verás. Todo saldrá a la luz.

—Pero ¿quién le pagará el bótox ahora? Esa es la cuestión.

No puedo creer que Jo acabe de decir eso. Mientras ambas se ríen, me siento como si me hubieran golpeado. Sí, he empezado a ponerme algunas inyecciones. ¿Y qué? Luego mueven su conversación hacia los secadores y no puedo captar mucho de lo que dicen. Creo que se han aburrido de hablar de mí y han pasado a otra cosa o a alguien más. Pero estoy destrozada. Pensaba que formaba parte de su grupo, pensaba que eran mis amigas.

Permanezco en el cubículo hasta que estoy segura de que se han ido. No me lleva mucho tiempo secarme el pelo, y desear una vez más que me vuelva a crecer y no habérmelo cortado. No me he maquillado esta semana pero me pongo un poco de delineador y máscara de pestañas. Las palabras que me dijo mi madre cuando me dejaron en mi adolescencia vuelven a mí, *fíngelo hasta que lo consigas. Hombros hacia atrás, pecho afuera, mantente erguida*. De repente, la echo de menos.



—¡Kerry! —La voz de Alison resuena desde la cafetería mientras me dirijo hacia los torniquetes de salida. No me habrían visto si hubieran estado sentadas en su sofá habitual. Alguien debe haberlo ocupado

de nuevo. Pero las dos están sentadas a plena vista de la salida. Por un momento, contemplo fingir que no la he oído, pero no creo que pudiera salirme con la mía. Así que me doy la vuelta y camino hacia ellas.

—Hola —digo, probablemente con demasiado entusiasmo.

—No me di cuenta de que seguías aquí —dice Alison, dejando su taza manchada de pintalabios sobre el platillo. Es más una pregunta que una observación.

—¡Me quedé dormida en las camas de descanso! —río, sin ganas —. Estoy agotada últimamente.

—Debe ser así. —La cara de Jo rezuma preocupación. Aunque nunca volveré a confiar en ella después de lo que acabo de escuchar. Otra cosa que solía decir mi madre era *quien escucha a escondidas, su mal oye*. Es tan cierto.

—¿Te apetece un café con leche? —Alison alcanza su nuevo bolso de Gucci. Todas babeamos por él hace unas semanas cuando Carl se lo regaló por su cumpleaños.

—No, para mí no, gracias. Tengo un millón de cosas que atender en la boutique. Ya he estado aquí bastante tiempo. *El tiempo suficiente para oíros a vosotras dos, arpías*, quiero añadir.

—Vale, pero cuídate, ¿me oyes?

—No te excedas —añade Alison.

Una parte de mí quiere reírse de su falsa preocupación. La otra parte quiere dormirse y no despertar jamás.

Tienes recuerdos con Ed Huntington, me informa Facebook mientras estoy sentada en el capullo de mi Range Rover. Me habría apetecido un café, pero no me veía capaz de sentarme con Alison y Jo.

Contra mi buen juicio, hago clic en la notificación de hace dos años.

Fantástico Lunes de Pascua con mi preciosa familia, había escrito con suficiencia. Hay una fotografía de Ed con Alex de tres años y George a cada lado, todos preparados para rodar huevos colina abajo.

Hace cuatro años. *Con Ed Huntington en el Aeropuerto de Leeds Bradford, emocionada. Rumbo a Florida con mi apuesto marido y los niños*. La foto es de Ed inclinado sobre el carrito doble, sonriendo de una manera que no le he visto sonreír en mucho tiempo.

Hace siete años. *Con Ed Huntington en el Lago Windermere, Cumbria, sintiéndome amada. Cena romántica. Me encanta estar aquí*. Hay una foto del sol poniéndose sobre el lago. Fue un fin de semana tan bueno. Solo llevábamos juntos un año más o menos.

Me desplazo por las publicaciones principales de mi Facebook. Hay una publicación de la Policía de West Yorkshire en la página "Nuestra Ciudad" con una nueva imagen de CCTV del hotel.

Hay un montón de comentarios en la publicación.

Tina Westerman *Lo conocía. Creo que fuimos al mismo colegio.*

Darran Franks *Yo también. Siempre pensé que era majo.*

Lee Sellars *¿Quién? ¿El muerto o el de la foto?*

Tina Westerman *Russell. No sé quién es el otro.*

Lee Sellars *He oído que era gay. Llevaba una doble vida.*

Tracey Fellows *Qué desperdicio, era bastante guapo xx.*

Tina Westerman *Parece gay.*

Lee Sellars *¿Quién, el muerto?*

Tina Westerman *Los dos.*

Tracey Fellows *El otro también tiene buena pinta xx*

Sara Billes *Creo que deberíais tener algo de respeto y quitar vuestros comentarios. ¿Cómo os sentiríais si fueran vuestros seres queridos?*

Cat Butler *Eso, eso.*

Kev Lyle *He oído que fue algún tipo de juego sexual que salió mal. Así es como murió.*

Debi Hughes *Eso difícilmente serían circunstancias sospechosas.*

Kev Lyle *Depende.*

Debi Hughes *¿Cómo se llama? Asfixia autoerótica.*

Kev Lyle *¿Qué es eso?*

Debi Hughes *Búscalo en Google. No lo voy a explicar aquí.*

Tracey Fellows *Un juego sexual pervertido. Deberíais probarlo todos xx*

Diane Williams *Dios mío. ¿Qué os pasa? Administrador, ¿no puedes hacer algo?*

Estos comentarios acaban de publicarse. Supongo que los quitarán dentro de poco. Su mujer seguro que tendrá algo que decir al respecto. Ojalá nunca hubiera abierto Facebook. Todo esto me ha dejado helada.

10

ED

MAMÁ ESTÁ SENTADA JUNTO a la ventana cuando aparco frente a su casa. Me alivia ver que solo *su* coche está en la entrada. Lleva saliendo con Alistair casi un año, pero debe de haberse deshecho de él antes de mi visita. Es un tipo aceptable, bueno con mamá, supongo, pero no se molesta mucho con su familia. Aunque, siendo sincero, cualquiera es mejor que PB (padre biológico). No puedo obligarme a referirme a él como *Papá*. No después de lo que me hizo.

Mamá me saluda con la mano mientras cierro el coche y me dirijo hacia su porche. Ya está en el vestíbulo cuando entro. —Hola, cariño. Vaya, ¿a qué debo este placer?

Me río. —Déjame pasar por la puerta, mamá —voy a abrazarla, sintiéndome un poco mejor solo por estar en su compañía y en la familiaridad de la casa donde crecí. Todavía huele a hogar, a pesar de los malos recuerdos. Mamá hizo lo que pudo. Siempre había de todo en abundancia, especialmente amor, cosa que no puede decirse de PB. Cuelgo mi abrigo al pie de la barandilla y me quito los zapatos.

—Recuerdo cuando tenía que insistirte una y otra vez para que te quitaras los zapatos y el abrigo en casa —mamá se ríe—. Aunque a veces echo de menos aquellos días. En fin, pondré la tetera.

La sigo por el iluminado pasillo hacia la cocina. Por un momento se me pasa por la cabeza que podría quedarme aquí; probablemente a ella no le importaría que me quedara en mi antigua habitación un tiempo. Ciertamente me ahorraría los gastos del hotel. Luego pienso en Alistair y lo descarto. A decir verdad, la perspectiva de quedarme en mi antiguo cuarto me deja frío de todos modos. Una vez que has dejado el hogar, no puedes volver. Está bien visitar, pero dormir aquí es otra cosa completamente distinta.

—¿Estás bien? —la voz de mamá interrumpe mis pensamientos —. He estado preocupada por ti desde que me enviaste el mensaje el otro día. ¿Cómo están los niños? ¿Dónde están?

—Con Kerry —me siento en la barra del desayuno—. ¿Dónde iban a estar si no?

—Deberías haberlos traído —mamá llena la tetera y la pone en la cocina—. Hace mucho que no los veo.

—Bueno —respiro hondo—. Eso está relacionado con un favor que quiero pedirte. Esperaba que pudieras cuidarlos una hora o dos mientras voy a dar un paseo con Kerry. Necesito hablar con ella.

Mamá pone algunas galletas en un plato y luego las coloca en una bandeja junto a la tetera. Siempre hace un acontecimiento de tomar una taza de té. La observo mientras prepara la tetera. Está en buena forma para su edad y no parece que se esté acercando a los sesenta. Todavía se tiñe el pelo y da clases de aeróbic. Kerry siempre ha envidiado su figura.

Me mira por encima de sus gafas. —¿Por qué necesitáis ir a dar un paseo para hablar? Vivís en la misma casa.

—Nos hemos separado.

—¿Que habéis *qué*? —me mira con tanta preocupación que me siento culpable.

—Me fui el martes.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando? —rodea la barra del desayuno y acerca un taburete junto a mí—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡*El martes!* ¡Eso fue hace cuatro días!

—No la quiero, mamá. Oh, es todo un desastre —golpeo con la palma de la mano la barra del desayuno. Por un momento quiero

contárselo todo, pero luego me resisto. No necesita saberlo. ¿Qué derecho tengo yo a cargarla con mis problemas?

—¿Desde cuándo? —dice mamá—. Pensaba que las cosas iban bien entre vosotros. Parecéis tener una buena vida juntos.

—Está bien. En la superficie. Pero no realmente —me siento como un idiota. Mamá tiene razón, teníamos una buena vida, para alguien que mira desde fuera. Tenemos dos niños gemelos increíbles y sanos, una casa preciosa, vacaciones emocionantes, y con mi trabajo, el dinero nunca ha sido un problema. Pero eso fue antes de Russell. Sin embargo, no puedo contarle eso a mamá.

—¿Y qué pasa con George y Alex? —mamá me mira mientras doy la vuelta con el Audi en su calle sin salida—. ¿Cómo están llevando todo esto?

—No lo sé —suspiro—. No los he visto desde hace unos días. Pero Kerry dice que están disgustados.

—Es normal. ¿Has pensado en ir a terapia de pareja? Yo cuidaría a los niños mientras vais.

—Las cosas han ido demasiado lejos para eso —casi me paso un cruce. Freno en seco. Mi concentración es inexistente.

—Tranquilo, Edward. En fin, no puedes abandonar a tu esposa y a dos niños de cinco años. ¿No te he educado mejor que eso? Después de todo lo que pasó con tu padre, además.

—No empecemos con el pasado, mamá. Lo hemos superado, ¿no? —Lo último que quiero pensar ahora mismo es en PB.

—Quizás el pasado sea más relevante de lo que piensas, Edward.

—No quiero ir por ahí.

—Bueno, al menos ven a quedarte conmigo mientras os aclaráis. No me gusta la idea de que te quedes en un hotel.

—Estoy seguro de que Alistair no querrá *me* rondando por aquí —no añado que preferiría estar en el hotel. Me siento más cerca, de alguna manera. De Russ.

—Olvídate de Alistair. Él lo entenderá. Y no es como si fuera para siempre. Sigues siendo mi hijo, no importa la edad que tengas.

—Gracias por la oferta, mamá, pero estoy bien donde estoy. Estoy cerca de los niños, de la consulta y del gimnasio.

—¿Estás bien en el trabajo?

—Es lo único que me mantiene cuerdo ahora mismo. Con todo lo que está pasando, quiero decir. —Mi estómago se contrae conforme me acerco a casa y al inevitable enfrentamiento que tendré con Kerry.

—Ese es el problema: no sé a qué te refieres, Edward. Todavía no me has contado nada realmente.

—No necesitas saber más. En serio, mamá. Confía en mí, sé lo que estoy haciendo.

—Casi siento lástima por Kerry, y *jamás* pensé que diría eso. Siempre has sido tan cerrado*,* Edward, tan autónomo. Por eso creo que deberías ir a terapia. Arreglar lo que sea que pasa en esa cabeza tuya.

—Hará falta algo más que terapia para arreglar mi cabeza, mamá. —Giro en la última curva hacia nuestra calle—. Gracias por venir, de todos modos. Los gemelos se alegrarán de verte. —Lo que realmente quiero decir es *tema cerrado.*

—Bueno, con un poco de suerte, mi presencia les distraerá de todo esto.

Camino detrás de mamá hacia el porche, con la ansiedad revolviéndome el estómago. Si hubiera estado solo, habría llamado al timbre. Pero mamá entra directamente, como siempre. A Kerry siempre le ha molestado que mamá no use primero el timbre. Una vez dijo: *¿y si quiero andar sin ropa por casa?*

Solo he estado fuera unos días, pero aún no me parece bien entrar así sin más. Aunque *nunca* me he sentido como en casa aquí. El hogar es el *quién,* no el *qué*. Recuerdo la celebración cuando aceptaron nuestra oferta por esta casa y pudimos contar las semanas hasta poder mudarnos. A eso le siguió pronto el nacimiento de los gemelos. Fue una época emocionante, sin embargo, no pasó mucho tiempo después para que toda la situación se convirtiera en una soga alrededor de mi cuello.

—¡Uh-uh! —llama mamá desde el pasillo, incapaz de ocultar su gesto de desaprobación. La casa está en su estado habitual. Abrigos,

zapatos, juguetes, papeles y otros enseres por todas partes. Es familiar y extraño al mismo tiempo, lo que me hace sentir aún más fuera de lugar. Me veo en el espejo al final del pasillo. He perdido peso y necesito un corte de pelo. La parte fina de arriba siempre se nota más cuando necesito cortarme el pelo. Aunque todo parece inútil ahora. Una parte de mí ya no está aquí.

—¡Abuela! —George y Alex se lanzan hacia mamá, una vez que su presencia los ha distraído de la porquería que están viendo en la tele. Kerry y yo hemos tenido tantas discusiones sobre eso. *La niñera electrónica,* la llamaba yo. Pero apenas estoy en posición de desafiarla. En efecto, la he convertido en madre soltera durante la última semana. Ella argumentaría que ya lo era incluso antes. Lo cual es una completa mentira.

—¿Dónde está mamá? —observo cómo mamá saca dos paquetes de botones de chocolate de su bolso.

—En la ducha. —Alex me empuja el paquete, presumiblemente para que se lo abra—. ¿Por qué no has dormido aquí, papá?

Es una pregunta justa. —Mamá y yo solo tenemos algunas cosas que resolver, cariño.

—¿Y luego volverás? —George se mete un puñado de botones en la boca.

—No hables con la boca llena. Después de hablar con mamá, buscaré la manera de pasar tiempo con vosotros, chicos.

—Siempre puedes traerlos a mi casa. —Mamá se sienta en el sofá, dando palmaditas a los espacios a ambos lados. Los niños corren a sentarse con ella y, como siempre, empiezan a pelearse por quién se sentará en su regazo—. Puedo arreglar la habitación de invitados.

—Lo tienes todo planeado, ¿verdad? —La voz gélida de Kerry me sobresalta—. ¿No deberías consultarme antes de organizar llevar a George y Alex a casa de tu madre?

—Aún no hemos organizado nada. —Me giro para mirarla—. Mamá solo estaba...

—Solo quiero ayudar, cielo. —Mamá se levanta—. No sé qué está pasando, pero claramente necesitáis hablar entre vosotros.

Kerry se pasa un cepillo por el pelo húmedo. Parece agotada. Si la conozco bien, probablemente ha estado bebiendo vino toda la semana.

—¿Damos un paseo? —digo—. Te invito a un café.

—¿Podemos ir? —De repente tengo a los gemelos a mis pies—. ¿Y la abuela también?

Me río, a pesar de la conversación que sé que estoy a punto de tener. No importa lo que esté pasando y la distancia que sienta hacia Kerry, amo a mis hijos y los extraño terriblemente. Son lo que me ha mantenido aquí. —Primero hablaré con mamá. —Levanto la mirada de Alex hacia Kerry—. ¿Puedo llevarlos al parque una hora después de eso?

—¿Y tu madre? —dice. La odio por su grosería, pero obviamente no puede separar a mamá de mí en este momento.

—No te preocupes por mí —dice mamá con suavidad—. Siempre puedo pedirle a Alistair que me recoja. O puedo ir al parque con vosotros, Edward. Id vosotros dos ahora.

—¿Y bien? —Apenas hemos llegado al final de nuestro camino cuando se gira para mirarme—. ¿Qué es lo que no podías decirme delante de tu madre y los niños?

—No se trata de lo que necesito decirte, Kerry. —Sigo caminando y paso junto a ella. No voy a discutir con ella a la vista de los vecinos. Ellos ya deben haber notado que no he estado aquí, de todos modos—. Es más bien que tenemos cosas que hablar.

—Por supuesto que sí. —Acelera el paso tras de mí—. Has sido un completo imbécil, Ed. ¿Quién te crees que eres, dejándonos así?

—Ya no puedo seguir con esto.

—Hacer qué.

—Estar casados. Quiero el divorcio.

—Ya lo has dicho. Pero no entiendo por qué. No puedes querer un divorcio así, de repente. —Su voz se eleva, pero está menos enfadada de lo que yo habría predicho. Quizás lo veía venir—. ¿Y crees que voy a quedarme de brazos cruzados y dejarte hacer lo que quieras?

El cartero pasa junto a nosotros. Estoy seguro de que me mira arqueando una ceja.

—Si crees que voy a dejarte tirar por la borda la vida que hemos construido y nuestro hogar y... —Hace una pausa—. He apostado *todo* por ti.

—¿De qué estás hablando? No voy a dejaros sin hogar.

—Por supuesto que no. Y si crees que vas a tener algo que ver con alguna de las tiendas.

—Recuerda quién las financió, Kerry, antes de empezar con tus ultimátums.

—Me has dejado hacer todo el trabajo en ellas. Gestionar la actual. Y cuidar de la casa y de los niños.

—No te preocupes, recibirás lo que te mereces. —Mi tono es más sarcástico de lo que pretendía. Una mujer me lanza una mirada de desaprobación al pasar junto a nosotros.

—¿Qué se supone que significa eso? —Se vuelve hacia mí de nuevo.

Otra señora nos mira desde donde está arrodillada haciendo algo en su jardín. Definitivamente somos la excepción y no la norma, comportándonos así en nuestro barrio residencial.

—Si nos dejas, te dejaré sin un céntimo. Lo digo en serio, Ed.

—Sigue caminando, Kerry. No quiero que toda la calle nos oiga. —Mi mal genio va en aumento. Ya sabía que empezaría con amenazas—. Te recordaré lo que aportaste al matrimonio, ¿quieres? Cuando eras Kerry Barnes. —Respiro hondo—. No mucho, que yo recuerde.

—Trabajo muy duro. Y todo por un marido que ya no me quiere ni me desea.

—En eso has acertado. —Me siento como un auténtico cabrón, pero tiene que oír esto. No puedo seguir viviendo esta mentira. No puedo vivir con quien soy, con lo que ya está hecho y no estoy seguro de poder vivir con todo lo que está pasando ahora o lo que está por venir. Soy un completo desastre.

—¿Entonces cuándo decidiste que ya no me querías? —Sus ojos están llenos de dolor, lo que hace que me odie aún más a mí mismo.

—Nunca lo hice. —Igual puedo seguir siendo sincero ya que esto se está convirtiendo en una conversación sin tapujos. En realidad, quiero ir hasta el final y contarle exactamente lo que he estado haciendo durante los últimos meses. Pero parte de mí sospecha que ella ya lo sabe.

—¿Qué? —Sus ojos se llenan de lágrimas—. ¿Entonces por qué demonios te casaste conmigo?

—Lo siento mucho, pero simplemente no lo sé.

—No puedes tratarme así... no te lo permitiré. Si estás empeñado en seguir adelante con esto, Ed, te arrepentirás, lo digo en serio.

—Si crees que soltar amenazas va a mejorar algo... ¿sabes? Pensé que podríamos hablar como dos adultos civilizados.

—Sobre cómo arreglar las cosas, no sobre divorciarnos. —Su voz quejumbrosa me recuerda a George cuando no consigue lo que quiere.

Nos acercamos a las puertas del parque. La idea de sentarme con ella en una cafetería en el estado de ánimo en que se encuentra no me atrae en absoluto. Acabará haciendo más espectáculo del que ya ha montado.

Resulta que me salva la campana. Pero no de la manera que habría elegido. Kerry me observa atentamente mientras saco mi teléfono que está sonando del bolsillo superior.

—¿Es Edward Huntington?

—Al habla.

—Soy de la Policía de West Yorkshire. Me llamo Inspector Detective Terence Milner del Equipo de Incidentes Graves de Weetwood. Nos gustaría hablar con usted lo antes posible.

—¿Sobre qué? —Como si realmente necesitara preguntárselo.

—No es algo que pueda comentar por teléfono. Hemos intentado llamar a su casa y nos dijeron que no estaba.

—¿Cuándo?

—Hace poco. ¿Cuándo está disponible? Puedo enviarle un coche si quiere.

Miro a Kerry. No voy a tener esta conversación delante de ella. Ni de coña—. ¿Puedo llamarle en un momento? Estoy en medio de algo.

—Necesitamos que venga a la comisaría, señor Huntington. Lo antes posible, por favor.

—Justo ahora iba a recoger a mis hijos. ¿Podemos quedar mañana a las 2:00?

—Nos gustaría verle hoy si no le importa. Es muy importante.

Mejor terminar con esto de una vez. Además, si soy sincero, quiero alejarme de Kerry—. De acuerdo, puedo estar allí en media hora. —Cuelgo y me enfrento a ella.

—¿Quién era?

—Tengo que ir a un sitio.

—¿Qué? ¿Ahora? —Su rostro se ensombrece.

—Sí, me temo que sí.

—¿Qué puede ser más importante que llevar a tus hijos al parque, como les has prometido?

—Nada, normalmente. ¿Quizás pueda volver más tarde?

—Ni te molestes. —Se da la vuelta y se aleja de mí.

11

KERRY

—¿Dónde está Edward? —Marie levanta la mirada desde el sofá del invernadero, donde está sentada leyendo a los gemelos, rodeada de juguetes. La casa es un desastre, pero ya no me importa—. La policía estuvo aquí antes, buscándole.

—Vinieron en un coche de policía —añade George, con expresión emocionada.

—¿Qué está pasando? —Marie deja el libro a un lado y se levanta para mirarme de frente.

—¿Dónde está papá? —Alex también se levanta de un salto—. ¿Podemos ir ahora al parque con él?

—No sé qué está pasando —murmuro mientras me dirijo a la nevera y saco la última botella de vino, haciendo una nota mental de salir a comprar más. No puedo creer que Ed se haya marchado otra vez, y justo cuando se suponía que íbamos a tener una conversación seria.

—¿No crees que es un poco temprano para eso?

—No, la verdad es que no. —Me giro para enfrentar a Marie, que se ha acercado sigilosamente por detrás—. Y a ti ¿qué más te da?

—Tienes dos pequeños que cuidar. —Se apoya contra la barra del desayuno. Sé que tiene razón, pero me siento tan mal que no puedo evitarlo. Y quiero saber de qué iba la llamada telefónica de Ed.

Simplemente se marchó y me dejó plantada en el parque. Se ha ido en su coche sin decirle nada ni siquiera a su madre.

—No es asunto tuyo, Marie.

—Son mis nietos, así que sí lo es. Mira, no sé qué está pasando entre Edward y tú, pero beber vino temprano un sábado por la tarde no es la solución. Y sí quiero saber por qué estuvo aquí la policía antes.

—No tengo ni idea —tendrás que hablar con tu hijo. Si es que puedes encontrarlo, claro.

—¿Cuándo podemos ir al parque? —George está sacando sus botas de agua de la caja de zapatos.

—Papá se ha ido —digo secamente.

—¿Ido *adónde*? —Marie levanta los brazos al aire—. Te guste o no, soy parte de esta familia y tengo derecho a saber qué está pasando.

—¿No te ha dicho nada? *Debe* habértelo contado.

—No. Pero supongo que debe estar pasando algo bastante grave para que se haya mudado al Parkside.

—¿Está quedándose en el *Parkside*? —No puedo creerlo. De todos los lugares que podría elegir para quedarse. Menuda forma de hurgar en la herida.

—¿No lo sabías? He intentado convencerle de que se quede conmigo, pero no quiere ni oír hablar de ello.

—No me cuenta *nada*. —Lleno un vaso de agua, deseando secretamente el vino pero *no* los juicios de Marie—. Ni siquiera me responde al teléfono. No sé cómo contactarle si hubiera una emergencia con alguno de los niños.

—Bueno, al menos no está lejos. —Su rostro se suaviza—. Y está quedándose en un lugar que significa algo para ambos, así que podría ser una buena señal.

—Sabía que estaba en un hotel, pero no en el *Parkside*. —Me siento como si me hubiera atropellado un autobús—. Probablemente estarás contenta ahora, ¿verdad, Marie? Nunca creíste que yo fuera lo suficientemente buena para tu precioso hijo.

Parece genuinamente herida por mis palabras. Siempre hemos tenido una relación un poco difícil, Marie y yo, aunque ha mejorado

un poco desde que llegaron los gemelos.

—No hay necesidad de eso. Solo quiero que todos seáis felices.

—¡Entonces, haz entrar en razón a tu hijo! —Quizás ella pueda. Tal vez la escuche a ella. Desde luego a mí no me está escuchando.

—Lo intentaré, te lo prometo. Lo último que quiero es que os separéis. Mira, ¿por qué no me llevo a los niños conmigo esta noche? Para darte un respiro.

Vacilo. El vacío del resto del día ya se extiende ante mí. Una parte de mí no soporta perder la compañía de mis niños, y otra parte quiere simplemente emborracharse hasta el olvido. Sin embargo, una pequeña parte de mí ya está preguntándose qué podría hacer con el resto del día para mí sola.

Marie debe percibir que estoy dispuesta a aceptar su oferta. —En lugar del parque —les dice a los niños—, ¿os gustaría venir a casa de la abuela? Podríamos hacer algo de repostería.

Siguen saltando de emoción mientras subo las escaleras para llenar una bolsa con lo necesario para pasar la noche. Nunca me he sentido tan apartada en mi vida.

Cuando regreso, hay un taxi esperando y todos tienen puestos sus abrigos. Beso las pequeñas caras de mis hijos antes de volverme hacia Marie. —Siento lo que dije antes. Sobre que tú estabas feliz.

—No pasa nada, cariño. Estás bajo mucha presión. Pero estoy segura de que todo saldrá bien, ya verás.

—Eso espero.

—Los traeré de vuelta mañana por la tarde. Aprovecha el descanso. Y no quiero darte un sermón, pero guarda el vino. ¡Al menos hasta más tarde! —Coge las manos de los niños—. Solo te hará sentir peor.

—Adiós, mamá —corean antes de que la puerta se cierre tras ellos. Escucho el coche retroceder y el sonido del motor alejándose. De repente, la casa está en silencio y rompo a llorar. Nunca pensé que fuera posible sentirse tan sola.

Finalmente, me obligo a levantarme. Resisto el impulso de rellenar mi vaso de agua con vino y en su lugar agarro una bolsa de patatas.

Luego cojo el móvil y llamo a Ed. Salta el buzón de voz, qué sorpresa.

No sé qué estás tramando, pero quiero que sepas lo cabreada que estoy contigo. Se suponía que íbamos a hablar y sin embargo atiendes una llamada y luego crees que está bien simplemente desaparecer. No puedo soportar más esto, Ed. Intento suavizar mi tono. *Solo quiero que vuelvas a casa. Tu madre se ha llevado a los niños por esta noche. ¿Por qué no vienes para que podamos hablar?*

Cuando pulso el botón para finalizar la llamada, nuevas lágrimas resbalan por mi cara. Espero unos momentos pero él no devuelve la llamada. Luego, al abrir mis correos electrónicos, me doy cuenta de que hay ofertas especiales en el salón de belleza del gimnasio. Sin dudarlo ni un momento, llamo y reservo para hacerme las uñas y una limpieza facial.

Estoy increíblemente aliviada de no haber empezado con el vino y me siento un poco mejor mientras cierro la casa y camino hacia el Range Rover.

~

Me deslizo por la recepción del gimnasio. Las clases han terminado por hoy, así que es poco probable que me encuentre con ninguno del grupo. Normalmente los buscaría, pero todavía me duele que hablen de mí.

El aroma del aceite de ylang-ylang y la suave música de fondo me calman en cuanto entro en la zona del spa.

—¿Qué color va a elegir? —pregunta la esteticista con su voz aguda.

Contemplo la gama de opciones de Shellac como una niña en una pastelería, incapaz de decidir. Mi mente está tan confusa que apenas puedo elegir qué zapatos ponerme ahora mismo. Si me preguntan cómo me llamo, tendría que pensarlo dos veces.

—El naranja champán está muy de moda en este momento —aconseja—. Perfecto para la primavera. Y mire, tiene un brillo especial.

Me quedo mirándolo.

—O podría elegir el sorbete. O el rosa —saca otros dos frascos de la exposición—. ¿Le gustaría probarlos?

En este momento, me siento tentada de elegir el negro. —Me quedo con el rosa —digo.

—Perfecto —hace rodar el frasco entre sus palmas.

Extiendo mis manos ante ella y acepto agradecida el café que me ofrece otra señora.

—¿Está disfrutando de su fin de semana hasta ahora? —Comienza a limar mis uñas.

—No ha estado mal del todo —Qué chorrada. ¿Qué le digo a esta jovencita? *Mi marido me ha dejado. Mi vida entera se está desmoronando. Todos mis amigos están cotilleando sobre mí.* —Desde luego *ha mejorado* ahora que estoy aquí —intento sonar alegre pero fracaso miserablemente.

—No hay nada como un poco de mimos.

Disfruto del silencio durante unos momentos hasta que ella lo rompe una vez más. —¿Ya tiene algún viaje reservado para este año?

La pregunta típica de los salones. —No, todavía no, ¿y usted?

—Estoy esperando a ver qué días libres tendrá mi novio. Supongo que a usted le pasa lo mismo. Está casada, ¿verdad?

—Mmm, sí. *Por Dios, déjame en paz.* Miro su boca de capullo y su figura perfecta. Es al menos diez años más joven que yo con toda su vida por delante. La mía parece que ha terminado.

—¿A qué se dedica su marido?

Así es como nos miden a todos aquí, dentro de esta comunidad del gimnasio. Por lo que hacemos. Con quién estamos casados.

—Es dentista consultor.

—Vaya. ¿Y tú? —empieza a aplicarme la capa base.

—¿Y yo *qué*? —Espero que no vaya a seguir hablando durante toda la manicura.

—¿A qué te *dedicas*?

—Tengo una tienda de ropa y estoy a punto de abrir otra.

Eso despierta su interés. Pasamos el resto de la manicura hablando de moda, intercalado con momentos de silencio que

aprovecho al máximo. Agradezco poder tumbarme en el sofá de la sala de tratamiento. Al menos apenas me hablarán mientras me hacen la limpieza facial.

Son las dos horas más rápidas de mi vida. Es agradable sentir las manos de alguien en mi cara. Aparte de los niños, nadie me toca *jamás*. Cada vez que he intentado dar un abrazo a Ed en los últimos meses, ha sido tan receptivo como un trozo de madera. Y en cuanto a algo más que eso, ni hablar. Me quedo dormida mientras disfruto de mi mascarilla facial.

Pido otra cita para volver la próxima semana para un masaje. Tengo que cuidarme *yo misma*. Nadie más lo va a hacer. El maldito Ed puede llevarse a los niños el próximo sábado.

Pido un café en el bar, todavía incapaz de quitarme a Ed de la cabeza. Cada vez que mi mente divaga, él aparece en ella. La breve relajación que he sentido es reemplazada por furia otra vez. Su llamada telefónica anterior le llevó a abandonar lo que se suponía que iba a ser una conversación importante entre nosotros. Y no solo me decepcionó a mí, también decepcionó a los niños.

Saco el teléfono de mi bolso para intentar llamarle de nuevo. Esta vez suena pero no contesta. —Ed, por favor, llámame*,* —siseo al teléfono, mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie está escuchando. Entro en Facebook, la distracción definitiva.

Marie ha publicado una fotografía de los niños cubiertos de harina*. Cocina de sábado con mis dos personitas favoritas*. Intento tragar las punzadas de celos al ver que se divierten sin mí. Ya no soy precisamente muy divertida, ¿verdad? Apenas puedo recordar la última vez que sonreí. A veces, cuando miro a la gente sonriendo, me pregunto qué demonios podría haber para sonreír. Debería estar agradecida a mi suegra, pero esto intensifica mi actual sensación de soledad*.* Podría llamar para ver cómo están, pero no hay necesidad. Obviamente están bien.

Sigo desplazándome. Mi hermano Adam tiene una nueva novia. Ella lo ha etiquetado en una foto. ¿Cuánto durará esta? Él tiende a huir de las mujeres una vez que la seriedad cruza cierta línea; siempre ha sido un poco "lobo solitario", especialmente desde que se fue de casa.

Y luego está el habitual ruido de tambores de Facebook en relación con la muerte de Parkside, ahora apodada el ahorcamiento de Parkside.

Terry Speight *Han detenido a alguien.*

Francis Kaye *¿De verdad? ¿A quién?*

Terry Speight *El hermano de mi cuñado conoce a alguien en la policía y ha dicho que están interrogando a alguien.*

Francis Kaye *Siempre han dicho que les parecía sospechoso.*

Wendy Cullingworth *He oído que fue un juego sexual que salió mal. Eso no es sospechoso. Es un accidente.*

Eva Harrison *¿Cómo puedes morir por un juego sexual?*

Claire Steeton *Si tenéis que cotillear sobre un duelo privado, ¿no creéis que deberíais llevar vuestra conversación entrometida a un mensaje privado en lugar de airear vuestros comentarios en el dominio público?*

Susan Johnson *Administrador, ¿no puedes hacer algo al respecto?*

Matt Taylor *Yo conocía a Russell. Quiero saber a quién han detenido.*

Francis Kaye *Todo saldrá a la luz.*

Entro en la página de la Policía de West Yorkshire. Pero no hay nada al respecto.

12

ED

—¿Tiene alguna idea de por qué le hemos pedido que venga, señor Huntington?

—La verdad es que no —Son dos, Burnley y Milner – uno habla, el otro toma notas. No es una entrevista formal, según parece. He venido voluntariamente y soy libre de marcharme en cualquier momento.

—Nos facilitó su número la señora Davina Lawson —dice el policía de la Criminal de pelo claro—. ¿Le suena ese nombre?

Lo sospechaba. No podía imaginarme por qué otro motivo querrían hablar conmigo. —Sí, aunque no la conozco personalmente.

—¿Pero conoce a su marido?

—¿Su marido?

—Russell Lawson. Le telefoneó hace dos días. A las 15:42 para ser exactos.

—Sí, ella me dijo que había muerto. No sabía qué le había pasado. Todavía no lo sé. —Echo un vistazo a la sala de interrogatorios. Joder, qué calor hace. Ni siquiera hay una ventana aquí dentro.

—¿Cuánto conocía a Russell Lawson? —El policía se afloja un poco la corbata.

—Solo del gimnasio. Éramos amigos.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Solo unos meses.

—¿Y se conocieron en el gimnasio?

—Sí.

—¿Cómo se llama el gimnasio?

—Fountains Hall. —Observo cómo su compañero lo apunta.

—¿Y se veían en algún otro lugar?

—No realmente. —La luz fluorescente me está provocando dolor de cabeza.

—*No realmente*. ¿Qué significa eso?

—A veces tomábamos un café juntos después de entrenar.

—¿Y eso es todo?

—Sí. —Las preguntas y respuestas rebotan entre nosotros como una pelota de ping-pong.

—Lo que me sorprende, señor Huntington, es que llamara a su móvil después de su muerte.

—No estaba al tanto de su fallecimiento.

—¿A pesar de que ha salido en todas las noticias?

—He tenido algunos problemas en casa. No he estado prestando mucha atención a nada más.

—¿Qué tipo de problemas?

—Mire, prefiero no entrar en eso. Es un asunto privado. —¿Quién demonios se cree que es?

—Como desee, señor Huntington. Sin embargo —se aclara la garganta—. Necesito pedirle que confirme dónde estuvo el jueves pasado, diecisiete de marzo, entre las cuatro y las ocho de la tarde.

Maldita sea, ya me imaginaba que Davina me señalaría con el dedo de la sospecha. —Estaría trabajando. Pueden comprobarlo con mi consulta si quieren. —El que toma notas apunta los detalles laborales que le doy.

—Si necesitamos hablar con usted de nuevo, ¿podemos encontrarle en su domicilio, Hawthorn Close, 8, Farndale?

—Eh, no. Me separé de mi mujer hace una semana.

—¿Ah, sí?

—Actualmente me alojo en un hotel. Hasta que encuentre algo más permanente. —Noto que mi voz tiembla un poco. Espero que no

vayan a sacar conclusiones sobre el lugar donde me estoy quedando. Quizás debería haber involucrado a un abogado. Aunque me dieron la impresión de que esto era solo una "charla" informal.

—¿De verdad? ¿Qué hotel?

Se me sube el color a la cara. —El Parkside.

Los dos agentes se miran entre sí. —Interesante.

—¿Hay alguna razón en particular por la que haya elegido el Parkside para alojarse?

—Está cerca de mis hijos *y* de mi oficina. Y me casé allí, así que conozco bien el lugar.

—Habría pensado que ese sería el último lugar donde querría alojarse, dada su separación matrimonial. —Hace una mueca.

—Eso realmente no me molesta. —Mantengo el contacto visual con él—. Es simplemente práctico.

—Y aun así sigue afirmando que no sabía nada sobre la muerte de Russell Lawson. ¿A pesar de la actividad policial que hay allí?

—Para ser sincero, he estado totalmente absorto en mis propios problemas. Ya sabe cómo es... —Mi voz se apaga. A juzgar por la gruesa alianza de oro en su dedo anular, probablemente no lo sepa.

—Puede que necesitemos hablar con usted de nuevo. ¿Puedo llamarle Edward?

—Sí, si te parece bien.

—Perfecto. Gracias, Edward. Nos pondremos en contacto después de hacer algunas averiguaciones más.

Ya de vuelta en el santuario de mi coche, suelto un largo suspiro mientras alcanzo mi móvil. Mentiría si no admitiera que me preocupa que quieran hablar conmigo de nuevo.

Solo quiero volver a sentir algo de normalidad, si es que tal cosa existe. El único momento en que me siento algo parecido a mí mismo es cuando estoy trabajando.

Mi móvil vibra inmediatamente con un airado mensaje de voz de Kerry. No puedo culparla, la verdad; me fui con bastante prisa. Hay un mensaje de mi madre diciendo que tiene a los niños. Dirijo el coche hacia su casa, ansioso por un poco de compañía.

Los niños se me echan encima en cuanto entro, queriendo abrazos y atención. Están desesperados por enseñarme algo que han horneado y me llevan a la cocina, uno colgando de cada brazo. El olor a comida me da náuseas. Apenas he comido hoy.

—¿Una taza de té? —pregunta mamá, abriendo la nevera mientras la sigo a la cocina—. ¿O una cerveza? Parece que te vendría bien una.

—Solo una. Estoy conduciendo, ¿no?

—Podrías quedarte aquí, Edward. Me quedaré con George y Alex durante la noche.

—Me parece buena idea —. He pagado por esta noche en el Parkside, pero la perspectiva de pasar la velada aquí con un poco de compañía es más atractiva que una habitación de hotel silenciosa y mi mente acelerada. Los niños, obviamente aburridos ya de nuestra conversación, corren de vuelta al salón.

—Puedes contarme qué ha estado pasando, ¿verdad? Y qué era tan importante para que salieras corriendo esta tarde. Pero primero, ¿has comido?

Típico de mamá. Siempre vuelve a la comida. —¿Cómo es que tienes a los niños? —destapé mi cerveza—. ¡Parad ya vosotros dos! —les grito. Están discutiendo por galletas—. Discutirán por cualquier cosa —me río, a pesar de mi ansiedad.

—Deja de cambiar de tema y cuéntame qué está pasando en casa.

Doy un largo trago a mi cerveza. —¿Por dónde empiezo?

—Tengo toda la noche —mamá se sienta a mi lado en la barra del desayuno. Su preocupación solo aumenta mi miseria, aunque sé que pase lo que pase, siempre estará ahí para mí—. Empieza por el principio. Y tampoco has contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Has comido algo?

—No realmente —. No importa qué edad tenga, o cuán avanzado esté en mi carrera, es algo que siempre me pregunta.

Se levanta de un salto y empieza a preparar un sándwich. Es lo último que me apetece, pero sé que tengo que intentar seguir adelante.

—¡George me ha pellizcado! —grita Alex, entrando corriendo en la cocina.

—No, no lo hice. ¡Él tiene *mi* galleta! —George corre tras él.

—Devuélvele su galleta, Alex. ¡Ahora! —se me erizan los pelos, lo que es inusual en mí.

—Id a ver el final de vuestro programa —mamá señala en dirección al salón—. Vuestro padre necesita un poco de paz durante unos minutos y luego os prepararemos un baño. Todavía tienes masa de pastel en el pelo, George.

Afortunadamente, mi irritación con los niños se desvanece tan rápido como llegó. Me alegra que mamá se haga cargo de ellos, ya que no tengo ni la voluntad ni la energía para hacer mucho con ellos. Con todo lo que está pasando, no sé qué pensar, cómo sentirme, o qué vendrá después. Sin embargo, me siento mejor estando cerca de ella. Tiene un aire sereno que siempre me calma. Y es genial estar cerca de los niños, a pesar de mi falta de iniciativa.

—No me has dicho por qué acabaste trayendo a George y Alex aquí. ¿Kerry iba a salir?

—Necesitaba un descanso —mamá desliza un plato con un sándwich muy relleno delante de mí—. Parecía agotada.

—¿No vas a tomar una copa conmigo? —levanto mi cerveza e ignoro mi sándwich. Puedo prescindir de que mi madre tome partido por Kerry o sienta lástima por ella.

—Quizás después de que los niños se acuesten —rodea su taza con las manos mientras se sienta de nuevo a mi lado—. Los pondré en la cama doble de la habitación de invitados, y tú puedes tener tu antigua habitación.

No estoy seguro de eso, pero parece que lo tiene todo planeado. No puedo imaginarme tumbado allí, mirando al mismo techo que miraba a los dieciséis años. Tal vez no duela tanto, ahora que tengo treinta y tantos, y soy padre. Pero es más probable que de alguna manera me transporte a ese entonces, escuchando a BF moviéndose fuera de mi habitación. Me pondré tenso y no podré respirar, esperando a que venga y me saque de la cama como hacía entonces.

Después de su incesante insistencia, acabo bañando a los niños. Mientras estoy sentado en el suelo del baño, observándolos distraídamente, la puerta principal se cierra de golpe y la voz de Alistair resuena por toda la casa. Es la última persona que quiero ver esta noche. Somos cordiales, de manera superficial, pero tengo la sensación de que le molesta cualquiera que aparte la atención de mamá de él. Hago callar a los niños para poder escuchar lo que dice. Ellos parecen pensar que es un juego.

—¿Por qué nos mandas callar, papá? —pregunta Alex.

—¿Por qué no has llamado antes? —está hablando mamá.

—No debería tener que hacerlo. ¿Así será cuando me mude aquí?

—Todavía no hemos decidido eso, Alistair.

—¿Esto va a ser algo habitual ahora? ¿Que toda esa gente se quede aquí?

No alcanzo a oír la respuesta de mamá, ya que George salpica a Alex con agua fría, haciéndole chillar.

—¡Chicos! —siseo—. Silencio. Solo un minuto.

—Sus problemas no tienen nada que ver contigo. —Alistair está en forma, como siempre—. Tenemos nuestras propias vidas que vivir, ¿no?

—¿Mi hijo y mis nietos no tienen nada que ver conmigo? Lo siento, Alistair. Con ese argumento no vas a ninguna parte.

—Ya es mayorcito para resolver sus propios líos. Y para no tener que venir corriendo a refugiarse con mamá. —El odio gotea de su voz. *¿Por qué mi madre tiene tan mal gusto para los hombres?* Y no tengo por qué quedarme aquí escuchándole.

—¡Te estoy oyendo, Alistair! —grito desde la puerta del baño. ¿Quién demonios se cree que es?

En cuestión de segundos, la puerta se cierra de golpe y el motor de su coche ruge antes de perderse en la distancia mientras se aleja conduciendo. Me alegra que se haya ido.

—¿Qué diablos le pasaba? —le pregunto a mamá mientras ayudamos a George y Alex a ponerse el pijama—. ¿Tanto nos resiente a todos?

—Su velada se ha arruinado, eso es todo. Íbamos a cenar juntos.

—Lo siento, mamá, por haber interferido en vuestra noche. Deberías haberlo dicho.

—No pasa nada. La familia va primero. —Frota el pelo de George con una toalla—. Siempre será así. Alistair lo superará.

—No entiendo cuál es su problema. Con nosotros, quiero decir.

—Ya sabes cómo puede ser. Le gusta el cara a cara y no mucha gente. No puede evitar no ser la persona más sociable del mundo.

—Me da igual. Es un grosero.

—Lo sé y hablaré con él. Tómate otra cerveza. Yo subiré a los niños con un poco de leche.

—¿Podemos escuchar un cuento, abuela?



Me alegro de haber tomado algunas cervezas mientras estoy tumbado en mi vieja cama. Le he contado a mamá lo suficiente para aplacar su curiosidad. Ya sospechaba de mis sentimientos, o la falta de ellos, hacia Kerry. Supongo que me conoce mejor de lo que le doy crédito. Espero que no sospeche nada más.

No puedo creer que *eligiera* esta habitación cuando era adolescente. Apenas hay espacio para una cama individual, una mesita de noche y un armario. Está en el otro extremo del pasillo respecto a la habitación de mamá, la que solía compartir con BF. Creo que ese fue el motivo por el que la quería: para estar lo más lejos posible.

No soportaba escuchar su voz a través de la pared y, si cierro los ojos, casi puedo oírle todavía.

Los abro de nuevo. *Por esto* no disfruto quedándome aquí. Todo vuelve a mi memoria. Nunca olvidaré aquella última noche cuando estaba borracho: sus burlas desde el otro lado de la puerta me habían despertado, diciéndome *lo que yo era* y *lo que él pensaba de mí.* Había enterrado la cabeza bajo mi almohada, pero entonces la puerta del dormitorio se estrelló contra la pared y sentí sus puños golpeándome a través del edredón. Me acurruco en posición fetal, igual que hice entonces. Era un desgarbado adolescente de dieciséis

años, todo extremidades, con un ridículo flequillo que le dio algo a lo que agarrarse.

Nunca olvidaré los gritos de mamá mientras él me sacaba de la cama en calzoncillos y me arrastraba escaleras abajo. No era rival para él: al fin y al cabo, estaba construido como un armario empotrado y me dio una paliza descomunal en el jardín.

Desperté en el hospital con el pómulo fracturado, tres costillas rotas y dos dientes menos. Tenía una conmoción cerebral por la patada que me había dado en la cabeza y necesité cirugía en la rodilla. Durante el juicio se supo que llevaba las botas con punta de acero.

No le he vuelto a ver desde entonces, pero le clavaría un cuchillo si lo hiciera. Especialmente si alguna vez intentara acercarse a George y Alex.

Esta casa está llena de fantasmas. Una lágrima rueda por el lateral de mi cabeza y se acumula en mi oído. Ojalá pudiera hablar de verdad con mamá. Sin embargo, no puedo hablar con nadie.

Y Russell está muerto.

13

KERRY

—¡No tienes que llamar al timbre! —Marie me mantiene la puerta abierta—. Eres de la familia.

Sus palabras me animan un poco, pero estoy demasiado deprimida para esbozar una sonrisa. —Por ahora —respondo—. Si Ed se sale con la suya, pronto estaremos divorciados. —La sigo por el pasillo hasta la cocina.

—Estoy segura de que no se llegará a ese extremo. —Enciende la tetera con un interruptor—. Y pase lo que pase, eres la madre de los chicos. También seguirás siendo mi nuera. Sin importar lo que ocurra.

—Gracias. —Una lágrima se desliza por mis mejillas. Mierda. Estoy harta de llorar. Y me siento como una idiota delante de Marie.

Viene corriendo hacia mí y me rodea con sus brazos. —¡Oh, pobrecita! Todo irá bien, estoy segura.

—No irá bien. De verdad que no. —Me limpio las lágrimas con el dorso de la mano, pero siguen cayendo. Sollozo sobre su hombro, agradecida de que alguien me abrace, aunque sea la madre de Ed—. Lo siento mucho por ponerme así.

Finalmente, me aparto, así que Marie coge el rollo de papel de cocina.

—¿Has hablado con él? —Me seco los ojos con el trozo de papel que me ha dado—. Me refiero a Ed. Todavía no me responde al teléfono.

—Lo he intentado, pero ya sabes cómo es. Es reservado incluso en los mejores momentos. Y ha sido difícil hablar con los niños aquí.

—Por cierto, ¿dónde están? —Miro alrededor—. Están muy callados. —De repente me siento avergonzada. Estaba tan sumida en mi miseria que no me di cuenta de que no aparecieron cuando llegué a la puerta.

—Oh, Edward se los ha llevado al parque de bolas por un par de horas. —Marie vuelve a la tetera y coloca dos tazas junto a ella.

—¿Ah sí? —Me irrita saberlo.

Debe leerlo en mi expresión. —Al menos habrán gastado algo de energía antes de que te los lleves a casa.

—Supongo que sí. Gracias. —El olor del café que coloca frente a mí me produce cierta náusea, una combinación del vino de anoche, la falta de sueño y no haber comido suficiente.

—Vamos a llevar esto al salón, ¿te parece?

La sigo. La vista de las fotografías en su alféizar me deprime aún más. Ed y yo el día de nuestra boda. Ed y yo con nuestros gemelos recién nacidos. Ed de niño. Aparto la mirada.

—Maldita *Peppa Pig*. ¡La música me perseguirá el resto del día! —Apunta el mando a la tele, sintonizando las noticias locales—. La dejaré puesta. Quiero ver el pronóstico del tiempo. Se supone que iré a caminar con Dorothy más tarde. —Deja su taza y se desploma en un sillón—. Vaya, todavía siguen hablando de este hombre.

—¿Qué? —Sigo su gesto hacia la tele. Es la primera noticia del boletín.

—Esta muerte en Parkside. No puedo creer que ocurriera en el lugar donde os casasteis. Es demasiado cercano si me preguntas.

—Lo sé. —La miro, y luego vuelvo rápidamente a la pantalla, queriendo hacerla callar para escuchar lo que están diciendo. Entre sus comentarios, capto fragmentos del reportaje.

Varias personas colaborando con la policía en sus investigaciones.

Las investigaciones ya han concluido en la habitación del hotel donde se descubrió el cuerpo del Sr. Lawson el jueves 17 de marzo.

La policía sospecha de un posible homicidio.

Ligadura.

Estrangulamiento.

Eso capta la atención de Marie, aunque parece incómoda. —¿No es ese tipo de práctica lo que hacen los hombres homosexuales? Pensaba que estaba casado.

—Probablemente una pantalla de humo —digo, resistiendo el impulso de establecer paralelismos.

—Me da tanta pena su esposa —continúa Marie—. Según parece, también tiene una hija. Viven en el pueblo de al lado. Esto demuestra que nunca se sabe, ¿verdad?

Mientras ella parlotea, el Audi de Ed se detiene detrás de nuestro Range Rover. Mi nivel de ansiedad se dispara inmediatamente. —Ed está aquí.

Me apresuro hacia la puerta principal, lista para saludar a los niños y hablar con Ed aparte. Pero cuando corren hacia mí, me doy cuenta de que Ed vuelve a subirse al Audi.

—Oye. ¿No te irás sin hablar conmigo, verdad?

—Tengo cosas que hacer. —No me mira—. Lo siento.

—Marie, ¿te importaría llevar a los niños adentro? Volveré en unos minutos. —Me dirijo hacia Ed y él vuelve a salir del coche.

—Ahora no, Kerry. Tengo que irme.

—¿Irte *adónde*? Esto es importante, Ed. ¿Es que nuestro matrimonio no significa nada para ti?

—No puedo hacer esto ahora —mira al suelo.

—Entonces *¿cuándo*? ¿Y por qué no quieres hablar conmigo?

—Estoy hecho un lío en este momento. Necesito tiempo para mí.

—¡Tienes dos hijos en los que pensar! ¡Y soy tu maldita esposa! —Soy consciente de que mi voz resuena por todo el tranquilo callejón sin salida, pero no me importa—. ¡Me estás tratando como una mierda! ¿Quién demonios te crees que eres?

—Vuelve adentro, Kerry. Tus hijos te necesitan.

—¡Pero yo te necesito a *ti*! —Estoy llorando. Otra vez. No recuerdo la última vez que pasó un día entero sin que llorara.

—Se acabó. Tienes que empezar a aceptarlo. No voy a volver contigo.

—Pero... no lo entiendo. Él ya se ha ido. Podemos volver a como éramos antes.

—¿Quién se ha ido? ¿De qué hablas? —Ed está alzando *su* voz ahora.

—Sabes perfectamente de quién hablo —Sé que me he pasado, pero ya estamos aquí.

—Venga ya, vosotros dos, que yo tengo que vivir por aquí —Marie está detrás de mí, agarrándome del hombro—. Entra, cariño.

—¡Suéltame! —Me doy la vuelta para mirarla—. ¡Dijiste que hablarías con él! Tú sabes la verdad, ¿no? ¿Quién es él *realmente*? Tienes que saberlo.

—¿Qué quieres decir?

No le contesto mientras entro furiosa. —Vamos, niños. Recoged vuestras cosas. ¡Ahora! Nos vamos a casa.

—¿Por qué lloras, mamá? —La preocupación en la cara de Alex desata nuevas lágrimas.

El motor de Ed ruge en la entrada. Es su respuesta para todo. Huir.

Marie vuelve a estar detrás de mí. —Kerry. Mírate. No vas a conducir en este estado.

—Obsérvame.

—No te vas a llevar a los niños en ese coche hasta que te hayas calmado —Intenta coger mis llaves de la mesa, pero yo llego primero y golpeo la palma encima de ellas.

—Son mis hijos, no los tuyos. Ocúpate de tu propio hijo.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Y a qué viene lo de "*quién es él realmente*"? Estás hablando en acertijos —Se gira hacia los niños—. George, Alex, id a poner *Peppa Pig* otra vez durante unos minutos.

Espero a que desaparezcan. Tiene razón, debería estar protegiéndolos de todo esto, pero mi miseria me ha vencido. —No finjas que no lo sabes, Marie.

—¿Que no sé *qué*? De verdad que no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Que Ed está en el otro equipo. Que batea para el otro lado —No puedo creer que sea *mi* amarga voz la que sale de mí—. Como

quieras llamarlo. Por lo que parece, es un milagro que acabaras teniendo nietos.

Se queda callada. Y puedo ver por su cara que lo que acabo de decir no le ha pillado por sorpresa. Nos mantenemos la mirada durante unos segundos. Luego ella aparta la vista.

—¿Estáis listos, niños? —Descuelga sus abrigos del perchero.

—¿Así que ahora sí que nos permites irnos? —La miro—. Este tema no está cerrado —susurro—. Está aparcado, por ahora, y solo por *ellos*.

Estoy tranquila, o quizás entumecida sería mejor palabra, mientras Marie y yo abrochamos a George y Alex en sus sillas sin hablarnos.

—Dale un beso a la abuela —dice Marie a George, antes de rodear el coche para hacer lo mismo con Alex. Me dice *conduce con cuidado* sin siquiera mirarme*.* No es que *yo* le importe, solo los niños.

Llego a casa, incapaz de recordar el trayecto. Los niños están profundamente dormidos, probablemente porque Marie les habrá dejado acostarse tarde. Saco el móvil del bolso, pero no hay nada de Ed. En su lugar, abro WhatsApp para leer la conversación que mis "amigas" han estado teniendo.

Jo ¿Alguien va al gimnasio hoy? Me apetece nadar y tomar un café.

Claire Puede que me una. Consultaré con Simon si puede quedarse con los niños. X

Lindsey Lo siento, chicas. Tendré que veros mañana. Estamos teniendo un día familiar. x

Claire Ooooh. ¿Vais a hacer algo bonito? X

Lindsey Tenemos que visitar a mi madre en la residencia, pero después daremos una vuelta en coche. Pensamos dar un paseo y comer en algún pub. X

Lorraine Yo tampoco puedo ir. Hoy vienen mis suegros. ¡Estoy hasta las cejas pelando patatas mientras hablamos! x

Jo ¿Y tú, Kerry? ¿Qué planes tienes para hoy? x

Siento ganas de escribir*, estaré intentando sobrevivir hasta que pueda acostar a mis gemelos y luego abriré una botella de vino porque le doy asco a mi marido.* En su lugar, respondo,

Kerry *Solo pasar tiempo con los niños y ponerme al día con algunas tareas.*

Alison Yo iré mañana. ¡Tengo un poco de cotilleo para todas vosotras, chicas! x

Lorraine ¡Qué emoción! ¿¿¿Qué???

Alison Tendréis que esperar hasta mañana. Todavía no es de dominio público.

Lindsey ¡No puedes tenernos en vilo durante todo un día! x

J**o** No, no puedes. ¡Suéltalo ya! x

Claire ¡¡¡Sí!!!

Alison Vale, vale. ¿Sabéis que mi marido trabaja con Davina?

Claire ¿¿¿Davina???

Alison La mujer del hombre de Parkside. Al parecer está de baja en el trabajo, pero el viernes fue a hablar con su director. Salió muy disgustada, así que mi Andy charló con ella.

Jo ¿¿¿Y???

Alison Al final la llevó a la cafetería de enfrente. Él estaba en su hora libre pero no había ningún otro profesor cerca. Ella estaba hecha un desastre.

Claire ¿Trabajan en Harlow?

Alison No, en el otro. El que tiene los caballos.

Lindsey En fin. ¿Cuál es el cotilleo? x

Claire ¡Sí, venga, suéltalo!

Alison Tenéis que mantenerlo en secreto porque Davina se lo contó confidencialmente. X

Jo Por supuesto que lo haremos. X

Alison El marido de Davina. Ya han descubierto de qué murió.

Jo ¿No fue suicidio?

Alison No. Al parecer no.

Lorraine Escuché en Facebook que fue un juego sexual que salió mal.

Lindsey Sí, yo también he oído eso.

Jo Nunca me creo mucho de lo que veo en Facebook

Alison Pero no un juego sexual cualquiera.

Puedo imaginar su cara, llena de alegría por compartir su escandaloso cotilleo. Al menos esto ha hecho que dejen de hablar de mí y de mi actual predicamento matrimonial.

Alison Era sexo gay, según parece. Llevaba una doble vida.

Lorraine Vaya. ¿Ella sabía algo? Antes de que muriera, quiero decir.

Alison No estoy segura. En fin, la policía le ha informado de lo que está a punto de salir en los periódicos.

Claire Perdón por el juego de palabras.

Alison Pero es terrible, ¿verdad? Pobre mujer. No volverá al trabajo pronto.

Debería probablemente unirme a la conversación. Todas podrán ver que he leído los comentarios.

Kerry Ya basta de eso. ¿Habéis tenido un buen fin de semana?

Jo Fabuloso, gracias. ¿Y tú? x

Kerry Supongo. ¿Os va bien a todas ir al gimnasio mañana? X

Lorraine Yo no puedo. Viene alguien a tomar medidas para la conversión del ático. x

Jo Qué pena. x

—Mamá, ¿ya estamos en casa? ¿Podemos poner la tele un rato, por favor?

Hago entrar a mis dos adormilados niños y me preparo para otra noche de soledad.

14

ED

APARCO UN RATO, con la cabeza dándome vueltas. No puedo soportar todo esto más. Tengo a Kerry en un oído y todavía puedo oír a Russell en el otro. Mis hijos fueron una distracción bienvenida durante un tiempo, pero ahora, el resto del día se abre ante mí como un abismo. Siento que debería estar haciendo algo. Resolviendo algo. Mejorando las cosas de alguna manera.

Me doy cuenta de que he acabado frente a la casa de Russell y ni siquiera estoy seguro de cómo he llegado aquí. Estoy aparcado al otro lado de la calle, mirando fijamente la puerta principal que probablemente él pintó, el garaje por el que habrá entrado y salido muchas veces y las ventanas desde las que habrá mirado. Me siento más cerca de él aquí.

¡No! Reconozco a Davina de las noticias locales —ha entreabierto una persiana de la planta baja y me está devolviendo la mirada. Cojo mi teléfono e intento parecer indiferente, pero antes de darme cuenta, está junto a mi coche. Bajo la ventanilla. —¿Puedo ayudarle?

—Podría preguntarle lo mismo. Lleva diez minutos mirando fijamente mi casa.

Es más guapa en persona que en la televisión. Puedo pensar eso sobre las mujeres, aunque no me atraigan. Parece exhausta y por un momento siento el peso de la responsabilidad.

—¿Ah, sí? Lo siento. Solo estaba pensando. No pretendía...

—Vale. Bueno, siempre que sepa que me estaba poniendo nerviosa. Acabo de perder a mi marido —camina hacia la parte delantera del coche. Gracias a Dios. Vuelve a entrar.

Pero mi momentáneo suspiro de alivio rápidamente se convierte en una brusca inhalación cuando me doy cuenta de que ha visto mi matrícula. ED H321.

—Eres tú, ¿verdad? —regresa a mi ventanilla abierta.

—¿Qué?

—Ed. El hombre que ha estado llamando a mi marido. Perdona el eufemismo.

—Sí. Hablé contigo la semana pasada —esquivaré su sarcasmo—. Cuando no sabía que había fallecido.

—Fallecido —exclama—. ¡Lo haces sonar como una muerte apacible!

¿Por qué demonios he conducido hasta aquí? ¡Qué idiota! Salgo del coche y me acerco a ella. No soporto ver a una mujer llorando.

—¡Aléjate de mí! Ni siquiera debería estar hablando contigo... he dado tu número de teléfono a la policía.

—Lo sé —retrocedo un paso.

—¿Ya han hablado contigo?

—No voy a decirlo —en el fondo de mi estómago, sé que esta conversación es muy, muy inadecuada y necesito alejarme de aquí.

—Les diré que has estado aquí. Hay leyes contra este tipo de cosas —un par de sus vecinos están observando nuestra discusión ahora.

Menuda manera de empeorar las cosas. —Lo siento. No pretendía...

—¿Qué estás ocultando, Ed? ¿Aparte de tu relación con mi marido?

—Éramos amigos.

—Sí. Y todo lo demás —su miseria es reemplazada por veneno mientras me mira fijamente, con el labio curvado—. Tendrás lo que te mereces. ¿Lo sabe tu mujer?

—¿Saber qué? —No debería haber salido del coche. No debería estar aquí. Es probable que ahora vaya corriendo a contárselo a

Kerry. Sin embargo, estoy casi seguro de que Kerry, al menos, *sospecha* ya de mi relación con Russ.

—¡Mamá! —Una niña pequeña, con el pelo exactamente del mismo color que el de Russell, baja corriendo por el camino de entrada. Me duele terriblemente verla. La niña que lleva la mitad de su sangre en las venas. Él hablaba de ella constantemente.

—¡Quédate ahí! —grita Davina, corriendo de vuelta al otro lado de la calle hacia ella.

Salto de nuevo a mi coche y aprovecho la oportunidad para marcharme, maldiciéndome a mí mismo.



Entro por las ya familiares puertas giratorias y camino con decisión hacia la recepción de Parkside para recoger mi llave. Hay la habitual multitud de gente en el bar junto al mostrador y un leve murmullo de conversación. Sonrío al otro lado del mostrador, pero la recepcionista, normalmente amable, no me mira a los ojos.

—No tardaré un momento, señor Huntington. El director necesita hablar con usted.

Segundos después, regresa con un hombre impecablemente vestido y sin sonreír. —Señor Huntington —dice—. Si pudiera acompañarme por aquí.

Me conduce a una habitación lateral y mantiene la puerta abierta, invitándome a entrar. Es tan alto que tiene que agacharse para pasar bajo el marco de la puerta. Me quedo perplejo al ver mi maleta sobre la mesa.

—¿Qué está pasando?

—Me temo que le pedimos que desaloje su habitación en Parkside, señor.

—¿Qué? ¿Por qué? No entiendo —mi nivel de ansiedad, ya elevado, se dispara. No quiero conducir otra vez. Solo quería asentarme durante el resto del día. Quiero tomarme un JD con cola, rápido.

—Tiene que ver con su implicación en el caso de Russell Lawson. Creemos que es mejor que se marche.

—No entiendo por qué.

—¿Quizás debería explicárselo? —Mira hacia la puerta y luego me mira de nuevo—. Sin embargo, esperaba que no fuera necesaria una explicación.

—Creo que debería explicármelo, especialmente porque no he hecho nada. —Menudo idiota engreído. Apenas pasa de los veinte años y no puedo creer que me estén tratando así. Después del dinero que he gastado aquí a lo largo de los años.

—Sabemos que está ayudando a la policía con sus investigaciones y esa es razón suficiente para pedirle que se vaya. —Camina hacia la mesa—. Han estado aquí, revisando las cámaras de seguridad y haciendo muchas preguntas sobre usted. Estoy seguro de que no necesito explicarle las posibles alteraciones que su presencia aquí podría causar en nuestro negocio. —Coge mi maleta y la coloca erguida frente a mí—. Por lo tanto, nos gustaría que saldara su cuenta y se marchara con efecto inmediato.

—Pero tengo pagado hasta el próximo fin de semana. No pueden obligarme a marcharme, no tienen motivos para ello. Sí, he hablado con la policía. Russell era un conocido. Pero nada más.

—Todos los huéspedes se alojan aquí a discreción del gerente y hay otros hoteles cerca. —Señala hacia la ventana—. Consideramos apropiado que ya no se aloje en este. Por supuesto, se le reembolsará cualquier dinero que haya pagado de más.

—Pero aquí es donde me casé. No tuvieron problema en aceptar mi dinero entonces, ¿verdad?

No responde a eso, pero señala mi maleta. —¿Le gustaría que un mozo le ayudara, señor Huntington?

—No tenía derecho a entrar en mi habitación y tocar mis pertenencias. Presentaré una queja oficial sobre esto.

—De acuerdo. Le daré la dirección para que la envíe por escrito. —Su voz es irritantemente serena.

Agarro mi maleta y le sigo de vuelta al área de recepción.

—Ellie, dale al señor Huntington una tarjeta de atención al cliente de la oficina central, por favor. —Luego asiente hacia un hombre que

está junto a la puerta—. Daniel, ¿podrías llevar la maleta del señor Huntington a su coche, por favor?

—Puedo hacerlo yo. —No tiene sentido montar una escena aquí. Varias personas ya están mirando—. No será lo último que sepa de mí.

El mozo pulsa el botón de la puerta de acceso para discapacitados, que se abre de golpe. Subo mi maleta al maletero y luego me siento en mi coche durante unos momentos, intentando determinar qué demonios voy a hacer a continuación, pero me cuesta pensar con claridad.

Mi teléfono suena. Si no fuera por los niños, bloquearía a Kerry para que no pudiera contactarme.

Tu madre lo sabe, ¿verdad? Lo tuyo. No eres más que un mentiroso y un tramposo. Has arruinado mi vida, Ed, y voy a dejarte sin un céntimo.

No, no lo harás. Creo que es hora de adelantarme a ella. Llegó al matrimonio sin prácticamente nada, así que no va a conseguir *nada* más allá de la casa, el coche y su negocio tal como está *ahora*. Russell se ha ido, y es hora de que yo luche. Mañana buscaré asesoramiento. De hecho, hay unos abogados buenísimos en Harrogate.

Así que dirijo el Audi en esa dirección.

Treinta minutos después, estoy entrando en los terrenos palaciegos del Old Swan Hotel, completo con su spa y un precio de casi trescientas libras por noche. Bien podría disfrutar de un poco del dinero que tengo.

—¿Puedo ayudarle, señor? —Me encuentro frente al mostrador de roble y ladrillo. Un enorme reloj de pie suena a mi lado. No puedo creer que ya sean las 4 de la tarde. Ha sido un fin de semana infernal.

—Estoy en la ciudad por negocios —respondo—. No estoy seguro de cuánto tiempo me llevará resolver las cosas. Necesito una habitación por tiempo indefinido.

—Por supuesto, señor. ¿Es solo para usted?

—Sí.

—¿Y necesitará una mesa en el restaurante esta noche?

Me doy cuenta de que no he comido desde el desayuno que mamá me puso delante esta mañana. —Sí, por favor, para las 7. ¿Podría ser una mesa en un sitio tranquilo si hay alguna disponible?

—¿Le acompañará alguien, señor...?

—Huntington. No. Solo una mesa para uno, por favor.

Noto que la recepcionista de buena dicción me mira la mano izquierda. Probablemente se pregunta si soy un soltero elegible. Todavía llevo mi anillo de boda, pero creo que ha llegado el momento de quitármelo.

He vivido una mentira durante demasiado tiempo.

15

KERRY

Me doy la vuelta en la cama, buscando instintivamente a Ed. Hay momentos fugaces en los que olvido que me ha dejado. Ya sea cuando me acabo de despertar o cuando estoy realmente absorta en algo. Si soy sincera, hay una parte de mí que siempre sospechó que esto ocurriría tarde o temprano, pero aprendí a ignorarla. Una vez tuvimos una conversación sincera aproximadamente un año después de conocernos, y Ed me habló de lo que él llamó un incidente de bicuriosidad cuando tenía dieciséis años.

Aunque no ofreció detalles sobre el incidente en sí, profundizó mucho más sobre su padre, a quien llama BF, y su reacción. En ese momento, lo descarté como cosas de adolescentes. Después de todo, no es raro que los adolescentes estén confundidos sobre su sexualidad. Pero un par de años después, volvió a surgir. Recuerdo que íbamos conduciendo a algún sitio y de repente, dijo: «¿Alguna vez te ha atraído una mujer?»

Acabábamos de comprometernos, así que la pregunta me desconcertó.

—No puedo decir que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Entonces, ¿me estás diciendo que nunca te lo has planteado siquiera?

—¿Plantearme qué? —Este no era el Ed que yo conocía. Era un hombre de postura del misionero, de las noches de sábado. Me pregunté si de repente estaría teniendo fantasías conmigo y otra mujer o algo así.

—¿Cómo sería estar con una mujer, en lugar de con un hombre?

—No, no me lo he planteado —le miré de reojo. Su mirada permanecía fija en la carretera. No me devolvió la mirada.

—Leí en algún sitio que ocho de cada diez personas experimentan de alguna manera en algún momento de sus vidas —cambió de marcha con una mano que yo esperaba que solo me tocase a mí, pero la forma en que insistía con la conversación me estaba preocupando.

—¿Experimentar con qué? —Quería cambiar de tema, pero otra parte de mí necesitaba saber qué pasaba por su cabeza. Sin embargo, también sabía que podía sobrellevar cualquier cosa. Le amaba sin medida, y él era el hombre que sería mi billete para salir de la normalidad. Ya me había prometido «la casa». También había prometido financiar mi negocio de boutique. Con él, tendría las vacaciones, el coche, el estilo de vida. De ninguna manera iba a dejarle escapar.

—Con personas del mismo sexo —me miró entonces—. Así que, aunque no hayas pensado en experimentar aún, lo más probable es que lo hagas en algún momento.

—Ed, soy cien por cien heterosexual. Me voy a casar contigo. Nunca te sería infiel con *nadie*, ni mujer ni hombre.

—No creo que cuente como infidelidad. Si te fueras con una mujer, quiero decir.

Me reí, pero sonó hueco, incluso para mí. —Bueno, no lo voy a hacer. ¿Y tú? ¿Es eso lo que intentas decirme? ¿Que vas a serme infiel?

—Esperemos que no —me miró ahora—. Lo siento, cariño. Acabamos de comprometernos, lo sé. Es solo que para siempre es mucho tiempo.

—*¿Esperemos que no*? —algo se retorció en mi estómago. No podía perderle—. ¿Te estás echando atrás, Ed?

—No, claro que no. No te preocupes. Solo estaba pensando en voz alta, nada más.

Pero me inquietó seriamente. No podía quitarme esa conversación de la cabeza. Y desde entonces, he buscado señales. Siempre me han amenazado más sus amistades con hombres que con mujeres. La gente que conozco comenta sobre su sensibilidad y su amaneramiento. Al principio, esto formaba parte de por qué me había enamorado de él.

Cuando, en nuestra noche de bodas, no pudo estar a la altura de las circunstancias, lo atribuí a todo el champán que había bebido. Estaba constantemente cansado durante nuestra luna de miel, culpando al estrés de los preparativos de la boda, excepto dos veces... en dos semanas. Me sentí tan desgraciada por ello. Aunque debe de estar hecho de una pasta especial porque una de esas dos ocasiones resultó en mi embarazo.

No se me acercaba cuando estaba esperando a los gemelos. Lo acepté en ese momento; de todas formas, yo estaba enorme y agotada. Durante varios meses después, fui definitivamente una *zona de no-sexo*. Sin embargo, nos quedamos así. Nunca había tenido un alto deseo sexual, pero habíamos empezado a disminuir de los sábados por la noche a cuando yo le perseguía y le insistía lo suficiente. Me di cuenta de que tenía que estar borracho para acercarse a mí. Era desgarrador. Y en el fondo de mi mente, persistía aquella conversación sobre lo «gay» que habíamos tenido una vez.

Saco las piernas de la cama y cruzo la alfombra hacia el baño en suite para beber agua. Como siempre, el vino nocturno que ahora es mi medicina me ha dejado deshidratada. La luna llena se filtra por el tragaluz, proyectando un resplandor plateado por nuestro hermoso dormitorio. Amo esta casa y lucharé por ella, pero se siente tan vacía sin él.

No puedo creer lo que he hecho con mi vida. Casarme con alguien cuando, en el fondo, siempre supe que me sería infiel. Y con alguien con quien nunca podría competir. Qué desesperada debí estar entonces. No tengo ni idea de cuántas veces pudo haber sido

infiel con diferentes hombres. Y lo peor es que aborrezco a los hombres gay. Bueno, no a los hombres en sí, sino el acto. Normalmente me guardo mis opiniones para mí misma; no es particularmente correcto políticamente sentirse así. Mi padre era la persona menos políticamente correcta que he conocido, refiriéndose a los hombres gay como "maricones". Algunas de sus opiniones también las ha heredado mi hermano.

Cuando le presenté a Ed por primera vez, Adam se mostró frío. Había ido a la cocina en casa de mi madre para ordenar los platos. Adam me siguió mientras mamá se quedaba en la sala, hablando con Ed. Parecía bastante encantada con él.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —le pregunté a Adam.

—Parece estar bien si te gusta ese tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas? —le siseé.

—Está en el otro equipo —ni siquiera intentó bajar la voz mientras metía los platos en el lavavajillas.

—¿Quién? *¿Ed?* No seas tan ridículo. Acabamos de comprometernos.

—Ya me darás la razón —me miró con esa media sonrisa que siempre reservaba para cuando me delataba por algo—. Lo puedo ver a kilómetros.

—No lo es. Solo está en contacto con su lado femenino, en vez de ser un neandertal como tú.

—Te vas a hacer daño, hermanita. Te lo advierto.

Sus palabras me atravesaron con miedo, pero se sintió reconfortante que me llamara hermanita. Hacía años que no me mostraba ningún afecto. Desde que nadie lo había hecho, realmente. Mirando atrás, supongo que pensé que Ed era todo lo que merecía y que las ganancias materiales podrían compensar todo lo demás que faltaba.

Era reservado con las mujeres, es cierto. Sin embargo, esto me sorprendió en un hombre que parecía razonablemente cercano a su madre. Sus amistades siempre eran con otros hombres. Viejos amigos del colegio, conocidos del trabajo, tipos del gimnasio. Sus conversaciones tenían una profundidad que nunca había visto en mis novios anteriores. Me sentaba con él en bares y cafeterías,

escuchándole entablar conversaciones, o le oía por teléfono, hablando animadamente. Recordaba de mis dos relaciones serias anteriores a Ed, hombres que hablaban de fútbol, del precio de la cerveza, de su último coche.

Al principio el nivel de conversación de Ed le daba ventaja. Me encantaba lo interesado que estaba en otras personas y con qué atención las escuchaba. Sus temas eran la religión, la filosofía y los derechos humanos. Me di cuenta de lo táctil que era con sus amigos. Abrazándolos al saludarlos o tocándolos en el brazo mientras hablaban. Cuando alguien tenía la atención de Ed, era como si fuera la única persona en el mundo que existía. Excepto yo. Yo nunca pude conseguir eso. No estoy segura de por qué se casó conmigo. Ahora cuando lo pienso, quizá fueron las terribles palizas y burlas constantes que recibió de su padre lo que le obligó a reprimir algo en sí mismo.

Seguía deseando que quizá su orientación fuera bisexual y que de alguna manera pudiera inclinarlo a mi favor. Después de tener a los niños, sentí que tendría la influencia adecuada. Estaría obligado a conformarse con una vida familiar con nosotros.

Me doy la vuelta en la cama y golpeo mi cabeza contra la almohada. Necesito dormir y escapar de mis pensamientos acelerados. Estoy harta de estar aquí tumbada, sin él, dándole vueltas a las cosas en mi mente. El odio que siento me consume y no me deja en paz.

16

ED

ESTA SUITE del hotel es magnífica. El portero me guía hacia dentro y lo primero que noto es la enorme bañera con hidromasaje. La sala de estar conduce a un dormitorio con vistas al campo de golf.

Le doy propina y después desempaco el escaso contenido de mi maleta para sentir que estoy viviendo en algún sitio, mientras me hago una nota mental de recoger más cosas de casa. Casa... realmente ya no siento que tenga una. Sí, aquí cuesta ciento ochenta libras la noche, pero me lo puedo permitir sin problemas. Además, mejor gastar los frutos de algunas de mis inversiones antes de que Kerry intente echarles mano. Ella no conoce todo lo que tengo, y pienso mantenerlo así.

Me hundo en la cómoda cama con un suspiro, cruzando los brazos sobre el pecho. Tengo suerte de tener dinero. Pienso en los innumerables hombres que deben abandonar a sus esposas por cualquier razón y pasan cada noche, como yo hice anoche, encerrados en las habitaciones de su infancia o en algún horrible estudio en cualquier parte. Los recuerdos de BF vuelven a burbujear y me froto la cicatriz de la frente. No quiero pensar en él. Me obligo a dirigir mis pensamientos a otro lado, así que, inevitablemente, giran hacia Russell.

Conocí a Russell en los entrenamientos de triatlón. Los gemelos eran bebés, y la esposa de Russell esperaba su primer hijo. Me había impresionado verlo hacer flexiones en posición de pino. Estaba musculado y tenía un cuerpo que muchos hombres matarían por tener. Nos duchamos uno al lado del otro después, y tuve que forzar mi mirada hacia arriba mientras charlábamos. Luego me invitó a tomar una cerveza en el bar del gimnasio.

—Estoy aprovechando al máximo la libertad, mientras dure —se rio, manteniendo mi mirada mientras bebía su pinta—. ¿Qué tal te va con eso de ser padre? ¿Es tan duro como parece?

—La vida nunca vuelve a ser la misma —respondí, observando a un grupo de hombres más jóvenes irrumpir en el bar—. Míralos. Yo solía ser así. Lleno de energía y liberación. Juré que todo ese ritual de los hijos nunca me atraparía.

Sus ojos se arrugaron con diversión. —Tienes gemelos, ¿verdad? —Ojos realmente azul profundo.

—Sí. Un minuto era Ed, centrado en mi carrera y disfrutando con coches nuevos y vacaciones, y al siguiente tengo dos hijos, un pez dorado, una hipoteca y un coche familiar. A menudo pienso *¿cómo ha pasado esto?*

—¿Y tu mujer? —preguntó Russell.

—¿Qué pasa con ella?

—No has mencionado a tu mujer. *Estás* casado, ¿no?

No quería hablar de Kerry. Estaba más interesado en este hombre de ojos azules y pelo rubio frente a mí. Me gustaba cómo pasaba los dedos arriba y abajo por su pinta y me encantaba la forma en que me miraba. —Sí, estoy casado. De nombre, al menos. *¿Qué estaba diciendo?*

—¿Las cosas se han torcido un poco desde que llegaron los niños? —La manera en que me miraba. Era como si pudiera ver dentro de mí, hasta mi núcleo.

—No creo que las cosas hayan estado bien nunca. Creo que simplemente me dejé llevar por lo que pensaba que debía hacer y lo que se esperaba de mí. Dios, no puedo creer que esté diciendo todo esto a un virtual desconocido. Es solo que... —Mi voz se quebró—. Eres tan fácil de hablar.

—Me lo tomaré como un cumplido —respondió—. Tengo la sensación de que podríamos estar hablando mucho más.

El entrenamiento de triatlón duró más de seis semanas. Se convirtió en algo habitual. Russell y yo, tomando una pinta juntos. Esperaba los miércoles por la noche con inmensa ilusión. Fue en la sexta semana cuando me hice tiempo antes del gimnasio para cortarme el pelo. También descubrí que estaba poniendo un pensamiento fuera de lo normal en lo que me pondría para nuestra bebida después del entrenamiento. Me di cuenta de que estaba en problemas, pero, al fin y al cabo, no podía evitar sentirme atraído por quien me atraía.



—Echaré de menos nuestras copas juntos —dijo Russell después de nuestra última sesión de entrenamiento—. Se acabará después del triatlón del sábado.

—Podemos seguir quedando, ¿no? —Me sentía verdaderamente vivo cuando estaba con él y no me había sentido así desde que tenía dieciséis años. Cuando ocurrió lo que *ocurrió*, antes de que BF lo arruinara todo y me hiciera sentir *sucio* por quien era, por quien *soy*. Aunque estaba traicionando a Kerry, se sentía tan correcto.

—Davina podría tener el bebé en cualquier momento —miró fijamente su vaso—. Pero veré qué puedo hacer. Ella y yo tenemos un acuerdo, ¿sabes a lo que me refiero?

Algo se revolvió dentro de mí. —No, no sé a qué te refieres.

—Ella sabe quién soy. Lo que soy. Pero me quiere. Y quiere quedarse conmigo. A toda costa. Especialmente ahora que tenemos al bebé en camino.

—¿Lo que eres? ¿Qué quieres decir?

—Vamos, Ed. Tú y yo. Estamos cortados por el mismo patrón. Ten paciencia por ahora, y de alguna manera haremos que esto funcione —colocó su mano sobre la mía, enviando oleadas de electricidad que me recorrieron entero. Kerry nunca, jamás me había provocado algo ni remotamente parecido.

Me incorporo en la cama. Necesito salir de esta habitación y estar entre gente. Ni siquiera me apetece ducharme. Ya hay poco sentido en esforzarse demasiado. Russell está muerto.

Y es su cara la que aparece de nuevo en la portada del periódico local. Cojo uno del expositor al pie de la escalera mientras me dirijo al comedor.

Historia completa en la página cinco, dice el pie de foto bajo su fotografía. Pido vino y le digo a la camarera que pediré comida dentro de media hora más o menos.

La policía revela más información sobre la muerte en el hotel

Ayer, los dos detectives que dirigen la investigación sobre la muerte de Russell Lawson revelaron más información sobre sus últimos momentos. Al principio, se pensó que la tragedia había sido un suicidio o un accidente. La causa de la muerte ha sido citada como asfixia por ahorcamiento.

Las pruebas encontradas en la habitación del hotel y en el cuerpo del hombre de treinta y seis años ahora sugieren la participación de una tercera persona. Y las imágenes de las cámaras de seguridad del Hotel Parkside de Leeds han mostrado al Sr. Lawson recorriendo el hotel con otro hombre. Originalmente parecía que podrían haber entrado en el hotel por separado, pero esto se contradice con la reciente aparición de imágenes de una segunda cámara, cerca de la habitación donde se descubrió su cuerpo.

Los periodistas han hablado hoy con su esposa, Davina Lawson. Se dice que está indignada por los rumores de que su marido de seis años llevaba una doble vida. En las redes sociales han proliferado historias sobre que el Sr. Lawson podría haber muerto durante una experimentación sexual gay tras ser encontrado desnudo y colgado de una ligadura. Todavía se están realizando pruebas toxicológicas en su cuerpo.

Un examen más detallado de las cámaras de seguridad no mostró que la misma persona que entró con él saliera del hotel. La

cobertura inadecuada dentro del edificio podría haber significado que pudiera haber abandonado el hotel por otra salida.

La policía sigue apelando a cualquiera que haya visto al Sr. Lawson en las horas previas a su muerte a que se presente. Varias personas están ahora ayudando a la policía en sus investigaciones.

17

KERRY

—¡Mamá!

Antes me encantaba la sensación de dos cuerpecitos cálidos trepando a mi cama, pero *nada* me hace sonreír ya. Estoy agotada, después de haber estado despierta durante casi tres horas por la noche.

El hecho de que Ed no esté aquí vuelve a golpearme. Mi miseria se agrava por el hecho de que, si soy sincera, siempre supe que esto iba a ocurrir. No solo he destrozado mi propia vida, sino también la de mis hijos. Debería haberme sentado con él antes de que nos casáramos. Exigido la verdad. Admitirme a mí misma que nunca podría ser suficiente para él.

—¿Cuándo podemos desayunar?

Acaricio el pelo de Alex mientras apoya la cabeza en mi pecho. Algún día mis niños pequeños se convertirán en hombres fornidos, con suerte desarrollándose de manera diferente a su padre. He oído que estas cosas pueden ser genéticas. No es que haya nada malo en ser gay, solo cuando se trata de mi marido. La verdad sobre Ed sigue golpeándome en la cabeza como una bofetada.

—¿Cómo van las cosas, señora Huntington-Barnes? —pregunta la señora Richardson mientras me muevo apresuradamente por el guardarropa—. Para ser una clase de nueve niños, están armando un buen alboroto esta mañana.

—Más o menos igual. Llevas las zapatillas en los pies cambiados —digo mirando hacia abajo e intentando sonreír a George.

—¿Tu marido aún no ha vuelto a casa?

Frunzo el ceño por encima de la cabeza de George mientras intento meterle el pie en la zapatilla. —No, aún no —noto que una de las otras madres se tensa, probablemente escuchando las últimas novedades. Los chismes se propagan como un resfriado común en este barrio.

—¿Estarás bien para venir a escuchar a los lectores el miércoles por la mañana? ¿O debería buscar un sustituto? Niños, silencio —se gira y llama al resto de la clase—. Estaré allí en un momento. Venga, id, chicos —les dice a George y Alex.

—Estaré aquí —digo—. Es mejor mantenerse ocupada.



—Pareces cansada —observa Mandy cuando entro a zancadas en la tienda—. ¿Las cosas van mejor?

¿Por qué es esto lo primero que todos me preguntan? ¿Realmente les importa o solo son cotillas? —Ed no ha vuelto, si es eso lo que quieres saber. Y no va a volver.

—¿Estás segura? —Mandy está colocando etiquetas de precios en un montón de vestidos sobre el mostrador. Siempre me siento más tranquila cuando vengo aquí. Me encanta la iluminación suave, la decoración relajada y el olor a ropa nueva—. ¿Has pensado en buscar algún tipo de terapia de pareja o algo así?

—¡No hay terapia que pueda arreglar esto! —suelto una risa hueca antes de recomponerme—. Mira, siento haber estado tan poco fiable últimamente, es que tengo muchas cosas que afrontar. ¿Cómo ha ido todo?

—Bastante bien, para ser sincera. Ahora que el tiempo está mejorando un poco, la gente viene en masa buscando prendas de primavera. Es un momento estupendo para abrir la segunda tienda. ¿Ya tienes una encargada? Para la otra tienda, quiero decir.

—¿Por qué no organizas hoy un anuncio para eso? Y siempre puedo gestionarla yo misma al principio, si es necesario.

—¿Seguimos con la apertura el 1 de mayo? —Coloca los vestidos en la percha y empieza a quitar el polvo de las estanterías de cristal donde se exhiben los zapatos.

—Sí. Cuanto antes, mejor. Por si Ed intenta retrasar algo. ¿Quieres un café? —paso junto a ella hacia la trastienda.

—Sí, por favor. ¿No vas al gimnasio esta mañana? —Mira el reloj.

—No. Voy a concentrarme en asegurarme de que nuestra nueva tienda abra —continúo hacia la parte trasera de la tienda y enciendo la tetera—. Me quedaré aquí, ya que tengo que hacer algunas llamadas. Quizás salga a nadar un poco más tarde. No me siento con ánimos de participar en las charlas del gimnasio sobre vacaciones, ampliaciones, invernaderos y cosas así. Anhelo volver a ese mundo seguro y aislado en el que solía vivir. Pero parece que lo he dejado atrás y no sé si alguna vez podré regresar.

—Una de tus amigas del gimnasio vino el sábado, justo antes de cerrar —grita Mandy desde la tienda—. Lorraine, creo que dijo que se llamaba. Estaba preguntando si yo sabía algo.

—¿Sobre qué? —asomo la cabeza por la esquina hacia la tienda.

—No te preocupes. No me involucré. De todas formas, no sé nada. Venía con otra mujer. Me la presentó, pero no recuerdo su nombre.

—¿Qué aspecto tenía?

—Alta. Glamurosa. Figura perfecta. Pelo rubio. Parecía que tenía mechas.

Mandy hace una pausa por un momento, como si estuviera considerando algo. —Estaba hablando sobre esa muerte en Parkside que ocurrió el otro fin de semana. Dice que la esposa del hombre trabaja con su marido. Al parecer, alguien había sido llevado para ser interrogado.

—Alison —respondo—. Ten cuidado con lo que le dices. Es una auténtica cotilla. *Como tú*, quiero decir. Pero necesito a Mandy ahora mismo. Ella lo mantiene todo unido mientras yo apenas puedo.

—¿Has *tú* oído algo más? —Sigue con el tema. Quiero cambiar de asunto.

—¿Sobre qué? —Me mira de una forma que no me gusta.

—Sobre el hombre que se han llevado.

—¿Cómo iba a saberlo yo? —Puedo notar por su expresión que sabe que es Ed. Él y yo no lo hemos hablado directamente, pero seguro que Davina habrá corrido la voz. Una parte de mí desea que Mandy simplemente diga lo que quiere decir y lo saque a la luz, pero sé que no lo hará.

—Pensé que podrías haber oído algo. Especialmente porque ocurrió en The Parkside, donde te casaste.

—Pues no.

Pienso en mi fría infancia y en mi tensa adolescencia, en comparación con la vida que he tallado y construido cuidadosamente desde entonces, y no puedo quitarme la sensación de que todo está a punto de desmoronarse.

Es la hora de comer cuando llego al gimnasio. Conozco la rutina de las demás y sé que ya se habrán ido. Me alegro de estar aquí. Bajo las escaleras hacia el vestuario y cierro la cortina de un cubículo detrás de mí. Ya no me avergüenza mi cuerpo. En tan solo dos semanas, el peso se ha esfumado.

El cubículo me ofrece la soledad que necesito. No quiero que nadie intente charlar conmigo. Necesito pensar, y me cuesta fingir amabilidades sobre el tiempo o destinos vacacionales. Entonces escucho una voz inoportuna.

—Obviamente, nunca lo vio venir. —Es Alison. ¿Está hablando de mí? ¿Otra vez? ¿No tiene nada mejor en qué pensar?

—Ya lo sé, pero le puede pasar a cualquiera. Ninguno de nosotros puede saber nunca lo que hay a la vuelta de la esquina.

—Siempre es la gran *yo soy.* Y sigue pavoneándose como si fuera algo que no es. Espero que consiga un buen abogado. La conocí

cuando era simplemente Kerry Barnes. Créeme, es él quien la ha puesto donde está.

—Deben de haber sido infelices durante un tiempo. Son sus hijos los que me dan pena. Con suerte, él hará lo correcto y les dejará quedarse en la casa. —La suavidad en la voz de Jo equilibra la brusquedad en la de Alison. No puedo creer que sigan aquí, a esta hora.

—Algo saldrá a la luz, algo grande y jugoso. —La voz de Alison está cargada de alegría—. Estaba hablando con la encargada de su tienda el otro día.

—¿Qué te dijo?

Mis puños se cierran en mi regazo mientras me hundo en el asiento del cubículo. Siento que podría explotar.

—Lo suficiente. Coincide con lo que Andy me ha contado sobre Davina.

—¿Davina? —Jo parece confundida.

—La esposa del hombre muerto en el Parkside.

—Pero, ¿qué tiene que ver con Kerry y Ed? No entien...

No puedo escuchar más, así que abro la cortina de golpe y avanzo hacia ellas. —¡Deberíais comprobar quién está escuchando antes de soltar vuestros cotilleos!

—Kerry. Pensaba que no venías hoy. —Jo parece horrorizada.

—Evidentemente. No es la primera vez que os escucho a todas criticándome. —Agarro mi bolso, ya sin ganas de nadar.

—¡No lo estábamos haciendo! —Jo se acerca a mí—. Solo sentimos lástima por tu situación. Vamos, Kerry. Tomemos un café. Podemos aclarar esto.

—Déjame en paz. —Salgo a zancadas del vestuario, con lágrimas de rabia pinchándome en el fondo de los ojos. Genial. Cuando más necesito a mis amigas, consigo enfadarme con ellas. Me siento como si estuviera otra vez en el colegio.

—¿Estás bien? —La chica de recepción parece sobresaltada cuando me dirijo hacia la puerta giratoria—. Acabas de llegar.

La ignoro y me dirijo furiosa hacia mi coche, haciendo caso omiso de la voz de Jo a mi espalda. —¡Kerry! ¡Espera! —Está corriendo hacia mi Range Rover mientras salgo chirriando del aparcamiento.

Me detengo en un arcén a un kilómetro del gimnasio, apago el motor y dejo que las lágrimas caigan. Estoy tan harta de llorar.

Mi teléfono emite un pitido.

Kerry. Lo siento muchísimo. Nos importas de verdad. Es solo que... hemos estado muy impactadas por lo que estás pasando. Por favor, llámame.

Me llega una notificación de que Alison ha comentado una publicación en el grupo de Facebook «Nuestra Ciudad». Con una sensación de temor, pulso sobre ella. Me lleva directamente a su publicación.*Deberíamos dejar de especular sobre esto. Son las vidas reales de personas.*

Qué irónico, viniendo de... escribo, pero luego lo borro. No quiero llamar la atención sobre mí. En vez de eso, me desplazo hacia arriba para ver el resto de la conversación. Hay una imagen pixelada de Russell Lawson en un pasillo con un hombre. Pulso sobre ella para leer el artículo y luego me desplazo hacia los comentarios.

Claire Aylesbury *Estoy harta de oír hablar de esto.*

Jo-Ann Bowyer *No seas tan horrible. Es el marido y padre de alguien.*

Claire Aylesbury *¿Y qué? La gente muere todo el tiempo.*

Jo-Ann Bowyer *Pero lo estrangularon.*

Kev Lyle *Se lo hizo a sí mismo, ¿no? ¿Mientras se daba placer?*

Claire Aylesbury *??????*

Kev Lyle *De la misma forma que murió aquel cantante de rock. ¿Cómo se llama? Asfixia erótica.*

Lee Sellars *Pero no estaba solo. De eso se trata todo esto.*

Dawn Henley *Ese hombre me resulta familiar.*

Sally-Ann Turner *¡Se parece a mi dentista!*

Jo-Ann Bowyer *Jaja.*

Ruth Kettle *Me alojé allí hace solo un mes. Esto no puede estar haciéndole ningún bien al hotel.*

Lee Sellars *No existe la mala publicidad*.

Alison Hughes-Watts *Deberíamos dejar de especular sobre esto. Son las vidas reales de personas.*

La vida es una mierda. La vida *es* una mierda. Nada es como pensé que sería. Pero tengo la sensación de que todo está a punto de empeorar aún más.

18

ED

—Buenos días, señor —dice el hombre en la puerta del comedor—. ¿Ha dormido bien? ¿Está todo a su gusto?

—Sí, gracias. —Difícilmente puedo responder que me pasé media noche dando vueltas en la cama y que mi mundo se ha desmoronado. Una cosa que he decidido durante la noche es que ahora toca limitar los daños. Tengo que proteger lo que me queda y dejar que las cosas sigan su curso.

—Si desea servirse del bufé, señor. —Hace un gesto hacia esa dirección—. Hay un desayuno inglés completo disponible en la zona caliente o quizás prefiera la opción continental. ¿Puedo traerle un café?

—Sí, por favor. —Echo un vistazo a la comida. No tengo hambre, pero necesito seguir adelante. Además, me está costando bastante quedarme aquí. Al menos debería comer. Luego aprovecharé el resto de las instalaciones cuando regrese más tarde.

Mientras mordisqueo un cruasán con una mano, uso la otra para buscar en Google, *Mark Smeaton-Barrie*. He oído a varios compañeros hablar de él: cobra un precio elevado pero aparentemente es la hostia. Y tengo mucho que perder. Aunque nada puede compararse con lo que ya he perdido. No necesito leer

las reseñas, es el hombre adecuado. Hago clic en el botón para reservar una consulta inicial y me alegra ver que tiene un hueco de media hora esta misma mañana. Tendré que reorganizar algunas cosas, pero qué más da. Esto es más importante.

El camarero regresa hacia mí, sus pasos silenciosos sobre la gruesa alfombra. —¿Está todo bien, señor?

—Sí, gracias. —Mientras sorbo mi café, intento ignorar BBC Breakfast, que parlotea en la gran pantalla sobre mí. Ya tengo suficientes problemas propios.

Miro alrededor, intentando encontrar algo en lo que centrarme que no sean las noticias. Una pareja cercana se toma de las manos por encima de su mesa. Pienso una vez más en Russell. Le habría gustado este sitio.



—Buenos días, Annie. —Su cabeza rubia está inclinada sobre el teclado mientras entro a grandes zancadas en la consulta y me dirijo directamente a la cafetera.

—Buenos días, Ed. ¿Qué tal tu fin de semana? —Levanta la mirada y hurga entre los papeles de una bandeja en su escritorio—. Tengo algunos mensajes para ti.

—Ni preguntes. ¿Y el tuyo?

—Bien, gracias. Fuimos a la costa. —Hace un gesto hacia la foto de sus hijos mientras habla. Siento una punzada. Ella lleva a sus hijos a la costa mientras yo he abandonado a los míos.

—De hecho, necesito un favor. ¿Puedes reorganizar mis citas? Necesito que mis dos citas de media mañana se trasladen al final del día o se reprogramen por completo.

—Claro, haré lo posible.

—Gracias. Tengo una cita urgente a las once en Harrogate. —Intento mantener un tono despreocupado; no necesita saber exactamente adónde voy.

—¿Estás bien, Ed? —Inclina la cabeza hacia un lado, con la preocupación reflejada en todo su rostro.

—Solo son cosas de familia. En fin, será mejor que me ponga en marcha. Mi primera cita estará aquí pronto.

Laura, mi ayudante, está preparando los instrumentos en mi consulta cuando entro. —Buenos días, Ed. —Su voz es aguda y me recuerda a Kerry—. ¿Buen fin de semana? Ha pasado tan rápido. No puedo creer lo bien que ha estado el tiempo.

Parlotea sin parar y yo asiento en lo que espero sean los momentos adecuados. Es una chica agradable. Habla demasiado, pero es buena con los pacientes y siempre consigue tranquilizarlos. Yo probablemente soy un poco distante, prefiero simplemente dar instrucciones y hacer mi trabajo.

Todavía compruebo mi teléfono con la misma frecuencia que cuando esperaba mensajes de Russell. Me sorprendí a mí mismo sintiendo una emoción cuando me enviaba aunque solo fuera un emoji con forma de corazón. Me volví loco por un tiempo. Daría cualquier cosa por sentirme así de nuevo. El único mensaje de esta mañana hasta ahora es de mamá.

Necesito verte. ¿Comemos?

Me pregunto de qué se tratará. La vi solo ayer. Quizás ha estado hablando con Kerry.

Tengo una reunión de 30 minutos en Harrogate a las 11. ¿Puedes encontrarte conmigo allí después?

Solo si me invitas a un café matutino en Betty's.

Hecho. Nos vemos pronto.

~

—Buenos días. Despacho del señor Smeaton-Barrie.

No tengo más remedio que escuchar a su secretaria por teléfono mientras espero, sintiéndome algo nervioso. La sala de espera está bien amueblada. Supongo que tiene que serlo, dados los honorarios que cobra.

—Señor Huntington. —Tiene exactamente el mismo aspecto que en la foto de su página web. Pelo canoso y una sonrisa que dice *no*

te metas conmigo. Es un hombre atractivo, pero no debería estar pensando en eso. Estoy en tan graves problemas que es sorprendente que no me haya escaldado.

—Tome asiento, señor Huntington. —Señala hacia un sofá en la esquina. Su despacho no es muy diferente al mío. Es de un tamaño similar, pero él no tiene modelos ni imágenes de dientes en cada rincón. Apuesto a que tampoco tiene que dormir aquí nunca.

—Llámeme Ed.

—¡Llámame Mark! —Se ríe—.

—¿En qué puedo ayudarte? —Se recuesta en su asiento. Estoy en buenas manos aquí, lo sé. Ha conseguido acuerdos increíbles para muchos hombres divorciados y tiene fama de asegurarse de que las exesposas codiciosas no dejen a sus clientes sin un céntimo.

—Me he separado de mi mujer —empiezo—. El divorcio probablemente esté en camino, pero por ahora necesito organizar algunas cosas. La casa, mis bienes, ese tipo de cosas.

—De acuerdo. Esta es solo una consulta de treinta minutos para poner las cosas en marcha. Después, mis honorarios son de cuatrocientas sesenta libras por hora.

Asiento. —Me parece bien.

—Así que por hoy, tomaré algunos datos tuyos. Me aseguraré de que puedo aceptar tu caso, y después concertaremos una cita formal.

—Me parece perfecto.

—Bien. ¿Cuál es tu nombre completo?

—Edward Anthony Huntington.

—¿Tu fecha de nacimiento?

Se la digo. —Tengo treinta y un años.

—¿Y tu dirección, por favor?

—Actualmente me alojo en el Old Swan.

Michael deja escapar un silbido bajo. —¿En Harrogate?

—Sí.

—¿Y la dirección de tu casa?

—Ocho Hawthorn Close, Farndale, Yorkshire. —Observo cómo su pluma plateada se desliza por la página.

—¿Cuál es el valor de la casa?

Vaya, no se anda con rodeos. —Alrededor de novecientas cincuenta mil libras. Bueno, eso era hace cinco años, cuando nos mudamos.

—¿Cómo se llama tu mujer?

—Kerry-Ann Huntington-Barnes.

—¿Y cuál es su fecha de nacimiento?

Tengo que pensar. Nunca he podido recordar su cumpleaños y me lleva un momento o dos traerlo a la memoria. —Es un año menor que yo, treinta.

—Supongo que sigue en el domicilio conyugal. —Su teléfono suena. Lo coge y dice: —Tome nota, por favor —y luego se vuelve hacia mí.

—Sí, con nuestros dos hijos, George y Alex.

—¿Su apellido es el mismo que el de su madre? ¿Huntington-Barnes?

—Sí. Y son gemelos. Cinco años.

—Gracias. Entonces, ¿cuál es el motivo de la separación? —La pregunta queda suspendida por un momento mientras me pregunto cuánta verdad contar.

—Nos hemos ido distanciando durante un tiempo. No la amo.

—¿Hay alguien más involucrado? —pregunta, todo muy objetivo.

—Sí —respondo en voz baja. Necesita saber la verdad—. O al menos lo *había*.

—¿Tu mujer lo sabe?

—No estoy seguro, para ser sincero.

—¿La otra mujer sigue presente en tu vida de alguna manera?

—No. —Podría decirle que *no* es una mujer y que la persona que amaba ahora está muerta, pero dejaré eso para otra reunión.

—Entonces, ¿qué quieres que suceda en esta etapa?

—Necesito proteger lo que tengo. Lo que he trabajado para conseguir. He conocido a compañeros cuyas esposas se han cebado con ellos. —Pienso en un antiguo colega, Nigel. Su mujer había sido la que tenía una aventura, y aun así él acabó sin hogar, teniendo que negociar los acuerdos de acceso para sus hijos, y luego la Agencia de Manutención Infantil reclamó un tercio de su salario.

—¿Tú y tu mujer tenéis una cuenta conjunta sustancial?

—Depende de lo que entiendas por sustancial. Tengo una orden permanente mensual que va a ella. Cubre todos los gastos del hogar, una asignación personal para mi mujer y cualquier cosa que mis hijos puedan necesitar.

—¿Y la hipoteca?

—La casa es totalmente nuestra. Me fue muy bien con Bitcoin.

—¡Sí, a algunos nos fue bien! ¿Tu mujer tiene ingresos independientes?

—Los tiene, pero fui *yo* quien montó su negocio. En realidad, ella llegó a nuestra relación sin nada. Dirige una boutique de ropa exitosa y estoy en proceso de financiar una segunda para ella. —Dejo escapar un largo suspiro—. Estoy dispuesto a seguir adelante con eso si ella está dispuesta a jugar limpio. Por el momento, amenaza con quedarse con la casa y con todo.

—¿Firmó un acuerdo prenupcial?

—No. —Por costumbre, alcanzo el dedo en el que solía girar mi alianza de matrimonio. Todavía no me he acostumbrado a no llevarla —. Ahora lo lamento. En ese momento, un acuerdo prenupcial parecía frío y clínico. La retrospectiva es maravillosa. —Hago una pausa, pensando en Russell—. Como he dicho, Kerry entró en nuestro matrimonio con muy poco y, aunque ha trabajado duro en su negocio y cuida de nuestros hijos, tiene un estilo de vida acomodado y fácil. Y eso se debe a *mis* ahorros, *mis* inversiones y *mi* negocio.

—¿A qué te dedicas, Ed?

—Soy consultor en odontología estética. Tengo una clínica privada en Ilkley con tres socios que han invertido.

—¿Cuánto sacas de ahí? ¿Por año?

—Varía. Alrededor de 300.000 libras de media. También tengo ingresos de mi cartera de propiedades. Luego tengo ahorros y bastante dinero en inversiones. —Lo miro a los ojos—. Me preocupa que mi mujer se quede con la mitad de *todo*. Ciertamente no me importa que se quede con la casa, pero darle la mitad de todo por lo que he trabajado, bueno, no parece justo.

—¿Sabes si ya ha contratado a un abogado?

—Si lo ha hecho, no me lo ha dicho. Probablemente no.

—Bien. Bueno, sugiero que, en primera instancia, le escribamos, informándole de que has puesto las cosas en marcha —añade otra nota y luego me mira—. Eso esperemos que le dé el impulso para nombrar a su propio abogado. Esto suponiendo que hayas decidido definitivamente contratarme para que te represente.

—Sí, por supuesto. Pero, ¿puedo preguntarte algo?

—Pregunta lo que quieras.

—¿Puede gastarse todo mi dinero mientras tanto o moverlo a otro lugar?

—Bueno, sí, cualquier cuenta a la que tenga acceso podría ser vaciada o transferida.

—Afortunadamente, la mayor parte de lo que tengo no puede tocarlo. Pero quizás debería mover algunos fondos de nuestra cuenta de ahorros conjunta.

—Como desees.

—Vale... entonces... ¿cómo seguimos con esto ahora?

—Probablemente estableceremos una mediación para empezar. Con los ingresos que describes, es obvio que ella tendrá derecho a quedarse en vuestro hogar conyugal mientras vuestros hijos estén cursando estudios a tiempo completo. ¿A qué colegio asisten?

—Harlow Boys. En Poole-in-Wharfedale.

Anota eso. Ya tiene dos páginas de notas. «Bien, Ed. Le escribiré a tu mujer, enviándote una copia». Deja su bolígrafo sobre su bloc de notas. «También redactaré tu contrato y los términos de instrucción. Concertaremos otra cita para la semana que viene, para la cual se requerirá un pago a cuenta. ¿Te parece aceptable?»

—Sí. Solo me alivia haber puesto la pelota en movimiento.

—¿Dónde puedo escribirte?

—Al Old Swan, por ahora. Te avisaré si me mudo de allí.

—Bien. Necesitaré ver tu certificado de matrimonio, y si pudieras hacer una lista de tus bienes exactos, conjuntos y separados, sería útil. Tanto los actuales *como* los que tenías en el momento de tu matrimonio —se levanta y me estrecha la mano—. Primero arreglaremos lo de los bienes, como dijiste, luego podremos seguir adelante con el divorcio.

—Eso suena genial —no puedo creer que esté diciendo esto sobre iniciar nuestro divorcio—. Gracias por tu tiempo.

—De nada. Mi secretaria te concertará otra cita.

Estuvimos exactamente media hora. Cambio la oficina con aire acondicionado por el calor de principios de abril. Parece julio en cuanto al sol, aunque podría comparar mi tristeza con enero. Me siento aliviado por tomar cierto control y haber visto a Mark, pero siempre me sentiré miserable por haber abandonado a mis hijos. Tendré que encontrar un sitio donde vivir pronto para poder empezar a alojarlos. No puedo llevarlos exactamente al Old Swan Hotel.

Mamá se hace eco de esto mientras hacemos cola en Betty's. «¿Por qué no vienes a quedarte conmigo?», dice. «Los niños serían bienvenidos cuando sea. Te debe estar costando un riñón alojarte en el Old Swan».

—Solo estás celosa —me río mientras seguimos a la camarera impecablemente vestida hasta una mesa en la esquina—. Entonces, ¿qué es tan urgente como para que *tengas* que verme?

Me mira de la manera que siempre solía hacer cuando había hecho algo malo de niño. «No sé cómo puedes reírte, Edward. Deberías estar intentando arreglar el lío que has creado».

Genial, estoy aquí para recibir una lección. «Gracias, mamá. Pensaba que se suponía que estabas de mi lado».

—No se trata de lados. Pero si lo fuera, estaría del lado de esos dos hijos tuyos. ¿Crees que está bien dejarlos así? —fulmina con la mirada a una mujer en una mesa cercana, vestida de beige de pies a cabeza, que claramente está escuchando la conversación que hemos iniciado.

—No se trata de los niños, mamá. Se trata de Kerry. Sabes que no puedo amarla —si la mujer no deja de mirar pronto, pediré un cambio de mesa.

Pero mamá no se deja disuadir por ella. «No creo que te des cuenta de las consecuencias de tus acciones. Cómo has afectado a

tantas vidas. Incluida la mía».

—¿La *tuya*? ¿Cómo llegas a esa conclusión?

—Son mis nietos, Edward. No entiendo por qué seguiste adelante con todo esto en primer lugar.

—¿Con qué?

—¿Puedo tomar su pedido, por favor? —antes de que mamá tenga la oportunidad de responder, una camarera vestida de blanco y negro está delante de nosotros, bolígrafo en mano.

—Deberías comer algo —mamá me empuja un menú—. Pareces un perchero. Tomaré sopa con un panecillo y una tetera, por favor.

—Gracias por el cumplido, mamá. Ciertamente estás en forma hoy —coloco el menú de vuelta en su soporte—. Lo mismo para mí, por favor.

—¿No quiere saber qué sopa es, señor?

—No. Está bien, gracias —se queda un momento más pero en respuesta a mi mirada penetrante, gira sobre sus talones y se aleja.

—Ni siquiera sé por qué seguiste adelante con casarte con Kerry.

—Sé lo que estás diciendo, mamá.

—Pero no vamos a hablar de eso ahora mismo. Las paredes tienen oídos —fulmina con la mirada a la mujer de beige que inmediatamente se ocupa con su montón de sándwiches y pasteles —. Pero hay otra razón por la que te he pedido que te reúnas conmigo —mira hacia abajo y baja la voz—. Tu padre se ha puesto en contacto conmigo.

Algo se retuerce en mis entrañas. «No tengo padre. No después de lo que hizo».

—Sé cómo te sientes, pero quería advertirte —todavía no me mira a los ojos—. Sabe dónde vives *y* dónde trabajas. Y sigue culpándote por *hacer* que lo enviaran a prisión —dibuja comillas en el aire alrededor de la palabra *hacer*.

—¡¿Advertirme?! ¿Acaso no me ha hecho ya suficiente daño?

—No podía creerlo cuando le abrí la puerta.

—Es un narcisista total, mamá. Cualquier cosa que hace en la vida, siempre es culpa de otra persona —De repente he perdido aún más el apetito.

—Lo sé. Es un ser despreciable y nunca le perdonaré lo que te hizo.

—Pero han pasado años. ¿Por qué *ahora*? —La imagen de su rostro contorsionado aparece en mi mente y la aparto con un parpadeo. Como si no tuviera ya suficientes problemas. Esto es lo *último* que necesito.

Nuestra conversación se ve interrumpida una vez más por la camarera de rostro impasible, que procede a extender una servilleta frente a cada uno de nosotros antes de colocar cucharas de sopa y cuchillos para la mantequilla. —Su pedido no tardará.

—Gracias —Vuelvo a dirigirme a mamá—. ¿Qué es exactamente lo que quiere?

Ella toma una brusca bocanada de aire. —Dijo que sabe algo sobre ti... para ser sincera, sonó bastante amenazador.

—¿Qué?

—No lo sé... solo dijo que quería hablar contigo, para aclarar las cosas. Ojalá Alistair hubiera estado allí.

—¿Qué podría *saber* él de mí? Hace años que no veo a ese hombre. —Maldita sea... se supone que almorzar en Betty's es una experiencia agradable. Con el pianista en la esquina y el aroma a café y pastel, no puedo creer que estemos teniendo esta conversación. Sin embargo, mis pensamientos inmediatos son para la seguridad de mis hijos. Según mamá, BF conoce mi dirección, y obviamente yo no estoy allí. Pero ellos sí...

—Deberíamos avisar a Kerry —Mamá saca el teléfono de su bolso, lo mira y lo guarda de nuevo. Eso no es propio de ella. Normalmente me regaña por revisar el teléfono cuando estamos juntos—. Su aparición me ha alterado tanto que siento ganas de mudarme.

—¿Te estaba amenazando? Quizás podríamos conseguir una orden de alejamiento o algo así.

—Fue más su actitud que otra cosa... no creo que sea suficiente para una orden de alejamiento. Además, no sabemos dónde vive para notificarle nada.

—Podríamos averiguarlo —A nuestro alrededor resuenan vajillas y conversaciones—. Es obvio que ha descubierto cosas sobre mí.

—No eres precisamente difícil de encontrar. Tu negocio está por todo internet. Gracias —Sonríe débilmente a la camarera que coloca un plato de sopa delante de cada uno.

—No señor —Cuando voy a elegir un panecillo de la cesta ofrecida, la camarera saca unas pinzas de su delantal—. No tocamos la comida con las manos.

—Vaya por Dios —Observo cómo se aleja—. Con la reputación que tiene este lugar, pensarías que contratarían camareras más amables.

—Olvida eso —Mamá sostiene su cuchara sobre la sopa—. Tu padre...

—Te he dicho que no lo llames así —Varios comensales me miran. Bajo la voz—. Dejó de ser mi padre el día que me dio una paliza y me mandó al hospital.

—No sabes cuánta culpa siento por eso —Mamá aún no ha tocado su sopa—. Después de todo, fui yo quien se lo dijo. Sobre tu confusión, quiero decir.

—Desearía que dejaras de describirlo como *confusión* —Me siento mal por hablarle bruscamente a mi madre. Sin embargo, siento que siempre se ha avergonzado de mí. Y probablemente todavía lo haga—. ¿Dijo algo más?

—Solo estaba despotricando, ya sabes, como solía hacer. El típico *ruido blanco*. No podía asimilarlo.

—Lo recuerdo bien —Seguía hablando, hablando, hablando. Repitiéndose para que nadie pudiera responder u ofrecer su propia opinión.

—Bueno —Mamá deja su cuchara—. No paraba de decir *sé lo que es, y sé lo que ha hecho*.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Qué cree que he *hecho*?

—No lo sé, Edward, pero estaba convencido de que ha llegado el momento en que vas a experimentar algo de lo que él ha pasado, sea lo que sea que quiera decir con eso —Pobre mamá... parece completamente miserable. Ella creía que había salido de nuestras vidas tanto como yo.

La camarera deja una bandeja cargada de jarras de plata y teteras en el borde de nuestra mesa. —¿Puedo traerles algo más?

¿Señor? ¿Señora?

—No, gracias.

—¿Hay algo que debas contarme, Edward, aparte de lo obvio?

—¿Como qué?

—Bien, dejaré eso por ahora. Entonces, volviendo a *él*, ¿vas a advertir a Kerry sobre la situación o lo hago yo?

—Deja que lo hagas tú. A mí solo me morderá la cabeza. Especialmente después de que reciba una carta de mi abogado en un día o dos —Como si no tuviera ya suficientes problemas.

Normalmente, disfruto de la compañía de mi madre. Su aire tranquilo siempre me serena. Pero no me gusta cómo me está mirando hoy. O se ha puesto completamente del lado de mi futura ex esposa, o cree que sabe algo sobre alguna otra cosa. Pero sea lo que sea, no lo dice.

Lo único que sé es que si BF se acerca a mí o a mis hijos, lo atropellaré. Probablemente me juzgarían por actuar bajo responsabilidad disminuida, después de la forma en que se comportó conmigo.

19

KERRY

Dudo antes de contestar la llamada de mi suegra. Ella sabe más de lo que jamás ha dejado entrever. Pero la curiosidad me puede. —¿Qué quieres?

—Oh, Kerry. No hay necesidad de ponerse así. Quiero ayudar, si me dejas.

—Mira, lo siento —y es verdad. No debería estar desquitándome con Marie—. Solo estoy harta de todo, para ser sincera. Y no he estado durmiendo bien.

—No me sorprende. ¿Por qué no me llevo a los niños otra vez este fin de semana? Para que tengas un poco de tiempo para ti.

—¿Es por eso que llamas? Espera un momento, George —me alejo de él y camino hasta la ventana de la sala, observando a los vecinos de al lado besarse antes de subir a sus respectivos coches. Siento una enorme punzada de envidia—. Ed debería estar con ellos, Marie. Estos niños también son su responsabilidad. Simplemente nos ha dejado tirados.

—Lo sé. Es solo que, al estar él en un hotel, es difícil. En cuanto se organice, los llevará con él, estoy segura.

—*¡Por mí!* ¡También son sus hijos!

—Lo siento, cariño, no lo he dicho con esa intención.

—Siempre lo defiendes, ¿verdad?

—¡Mamá! —Alex tira de mi falda.

—Dame solo cinco minutos. Estoy hablando con la abuela.

—En fin, siento llamarte tan temprano, cuando sé que estarás preparando a los niños para el colegio, pero necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué? —Inmediatamente me pongo a la defensiva—. *¿Y ahora qué?*

—¿Podemos quedar para tomar un café?

—¿Cuándo?

—Esta mañana, si tienes tiempo. ¿En el Caffè Nero de la calle principal?

Suspiro. —Se supone que tengo clase en el gimnasio —sin embargo, quizá me alegre tener una excusa para no ir. Para no tener que enfrentarme a mis supuestas amigas. Con sus vidas tan-jodidamente-perfectas que les da derecho a especular sobre la mía.

—Es importante, cariño.

—¿Es sobre Ed?

—En cierto modo. Pero no quiero hablar de esto por teléfono.

—Llevaré a los niños, pasaré por la tienda y luego nos vemos. ¿Sobre las diez y media?



Son poco más de las diez cuando llego. Parece que no voy tan apurada como antes de que Ed se marchara. En cuanto a llegar temprano a algún sitio, era impensable. Aparte de con los niños, parece que he perdido mi sentido de propósito. Mandy está cuidando bien de la tienda. Quizá cuando se abra la nueva, debería plantearme subirle un poco el sueldo.

Me quedo sentada un rato, dándome cuenta de repente de que tengo la cabeza entre las manos mientras miro fijamente mi café americano. Estoy rodeada por suaves melodías de jazz y conversaciones agradables, pero nunca me he sentido tan sola. Mi vida es irreconocible comparada con lo que era hace un mes, y perder a Ed es como un dolor físico.

No debería estar tomando café. El olor dulce y almibrado a mi alrededor está empeorando aún más mis ya revueltas náuseas. Mi Fitbit muestra que mi ritmo cardíaco está a noventa y nueve pulsaciones por minuto. Tal vez se deba a la cafeína con el estómago vacío, pero lo más probable es que sean los nervios por lo que Marie quiere hablar conmigo con tanta urgencia. De cualquier manera, debería haber pedido una manzanilla.

Un hombre en la mesa de enfrente se estira para coger la mano de su acompañante. Recuerdo cuando Ed era así, al principio, y sin previo aviso, se me llenan los ojos de lágrimas. Probablemente estaba destinado a dejarme desde el principio; después de todo, siempre había sabido la verdad sobre él en el fondo.

Dos hombres se sientan en la mesa de al lado. Uno aprieta el muslo del otro y casi siento ganas de tirarles mi café.

Entonces Marie se acerca a mi mesa. Se ve increíble para su edad, a pesar del matrimonio que sé que soportó cuando era más joven.

—¿Quieres otro?

—¿Puedo tomar una manzanilla, por favor? Con más café acabarás despegándome del techo.

Me aprieta el hombro y luego va a unirse a la cola. Marie y yo nos hicimos amigas cuando Ed y yo empezamos a salir, y ahora siento que la estoy perdiendo, junto con Ed. Sin embargo, no puedo evitar alejarla ahora, de alguna manera me hace sentir más en control en una situación donde, de repente, no tengo ningún control en absoluto. Supongo que, pase lo que pase, ella siempre estará ahí para Alex y George. Pero en cuanto a mi relación con ella, su lealtad siempre será con Ed.

Mi propia madre ni siquiera sabe que nos hemos separado. Ni mi hermano tampoco. Pronto tendré que contárselo y prepararme para los inevitables ya te lo dije. Por ahora, prefiero que no lo sepan, así parece menos real.

Cuando llegué, la música jazz me resultaba ligeramente relajante, pero ahora está empezando a irritarme. Marie desliza una bandeja sobre la mesa y me sonríe, aunque es una sonrisa débil. —

¿Cómo estás? —Coloca una taza, un platillo y una tetera frente a mí y un vaso lleno de agua con hielo frente a ella.

—He estado mejor. ¿Y tú?

—Igual.

Nunca me di cuenta de lo cansada que parecía cuando llegó. Aunque aparte de que su hijo casado y padre de dos niños sea secretamente gay, no puedo imaginar qué le causa tanto estrés. Parece tener una vida bastante estable.

—¿Qué es tan importante como para que tuviera que perderme mi clase de gimnasio? —Me he sorprendido a mí misma. Hace un mes, no habría faltado a mi clase y a mis amigos por nada del mundo. Aunque ahora estoy perdiendo peso, vaya o no al gimnasio. No tengo apetito en absoluto. Ya no disfruto de la comida... ya no disfruto de *nada*.

—El verdadero padre de Ed ha ido a la casa.

—¿De verdad? ¿Cuándo? —Nunca he conocido a ese hombre. Sé que aterrorizó a Ed y le envió al hospital una vez. Aunque él nunca ha querido hablar de ello con detalle.

—El domingo por la tarde. Es una lástima que Alistair no estuviera allí. Fue bastante intimidante, por decir lo mínimo.

—¿En qué sentido?

—Simplemente en su manera de ser.

—¿Y cuál es el problema? ¿Es probable que me *moleste* a mí?

—No puedo decirte nada concreto, solo que quiero que tú, George y Alex tengáis cuidado. —Evita mi mirada y sigue observando la puerta.

—¿Qué quieres decir con *cuidado*? ¡Nunca le hemos conocido! —Ahora estoy desconcertada, por no mencionar irritada. Como si no tuviera ya suficientes problemas en este momento.

—Va a por Ed —Marie toma un sorbo de agua—. Cumplió dieciocho meses por lo que le hizo. Pero parece que hay algo más que le está molestando ahora.

—¿Por qué le dio una paliza? —Me preparo. ¿Será sincera o no?

—Ed quería salir del armario. Había estado viendo a alguien cuando era más joven.

—¿Te refieres a un hombre? —Me siento mal. Marie lo había sabido, incluso entonces. ¿Por qué no pudo haberme advertido? Aunque en realidad, ¿habría escuchado? No escuché cuando mi hermano intentó advertirme.

—Bueno, un chico. Pensé que solo era una cosa de adolescentes. Una fase. Al menos eso esperaba en aquel momento. —Mira de reojo a la pareja de al lado y baja la voz—. Mi exmarido era la persona más homófoba que he conocido jamás. Todo venía de cuando *él* era joven... le pasó algo.

—Continúa. —Remuevo mi manzanilla en la tetera, esperando que me calme.

—Le siguieron a casa desde un club juvenil cuando tenía trece años. Dos hombres que se turnaron para abusar de él. Y nunca se trató el asunto porque estaba demasiado avergonzado para denunciarlo. Se lo contó a su madre, quien se lo dijo a su padre, quien luego se volvió contra él. Otro homófobo. Y un bruto, por lo que cuentan. Su madre lo pasó fatal con él.

—No sabía nada de esto. Ed nunca quiso hablar de él. —Me sirvo el té—. ¿Ella sigue viva?

—No. Hace mucho que se fue.

—Entonces, ¿cómo es que te casaste con el padre de Ed? ¿Sabiendo lo trastornado que estaba?

—No conocía toda la historia por aquel entonces. Era joven e ingenua. Me sedujo y prometió cuidar de mí. —Suspira—. Solo cuando Edward crecía vi realmente su verdadera cara. —Vuelve a mirar hacia la puerta como si esperara que su exmarido irrumpiera en cualquier momento—. Siempre tenía que proteger a Edward de él.

—¿Es por eso que no tuvisteis más hijos juntos?

—Supongo que sí. Me habría encantado tener una hija, pero de ninguna manera habría arriesgado tener más hijos.

—¿Por qué te quedaste con él tanto tiempo? Quiero decir, Ed tenía dieciséis años cuando os separasteis. Son muchos años perdidos. *No somos tan diferentes*, casi añado, pensando en los años que yo he desperdiciado hasta ahora.

—Lo sé. —Baja la mirada—. Hizo falta que Edward recibiera una paliza de él para que yo encontrara algo de coraje. —Sus ojos se llenan de lágrimas y aparta la mirada—. Supongo que pensaba que podía arreglarlo. A mi ex, quiero decir. Y constantemente buscaba excusas para su comportamiento. Lo cierto es que te vas desgastando tanto al vivir en un matrimonio horrible que empiezas a creer que es todo lo que mereces.

—No puedo imaginarte viviendo así. Pareces tan fuerte.

—He trabajado mucho en mí misma desde entonces. —Se frota la cabeza—. Y he tenido que perdonarme por quedarme tanto tiempo... por hacer pasar a Edward por todo eso también.

—¿Para qué ha vuelto?

—No estoy segura. Dice que sabe algo y también estaba gritando que Edward le *debe* algo. No le escuché mucho tiempo. Pero oí lo suficiente para descubrir que sabe de ti, de los chicos y dónde vivís.

—¿*Dónde vivo*? ¡Pero si no me conoce! —Mi voz alcanza un tono tan alto que la gente de otras mesas se gira para mirarme.

—Lo sé. Pero tenía que advertirte. Es una mala persona —. Sus ojos están llenos de disculpas—. Mira, probablemente no haya nada de qué preocuparse, pero tienes derecho a saber lo que está pasando... por si acaso.

—Pero Ed ni siquiera está viviendo con nosotros —. De repente, un rayo de esperanza me atraviesa. Este último acontecimiento podría hacerle volver—. ¿Se lo dijiste? A su padre, me refiero. Sobre nuestra separación.

—Por supuesto que no. Pero quiero que tú y los niños tengáis cuidado. Si quiere vengarse de Edward, podría ir a por aquellos que más le importan.

—Te refieres a los niños —digo, con amargura en mi voz—. Ya no le importo.

—Siento lo que está pasando —. Marie extiende la mano por encima de la mesa y me aprieta el brazo—. Es un desastre absoluto. Pero estoy aquí para ayudarte —. Me mira directamente a los ojos—. No me voy a ninguna parte, te lo prometo.

—Gracias —. Sé que lo dice en serio—. De todos modos, ¿a qué te refieres con *ir a por*?

—Desafortunadamente, no puedo responder a eso. Solo mantente alerta durante una semana o dos —. Una sombra cruza su rostro—. Mantén las puertas cerradas y no dejes que los niños jueguen en el jardín.

—Estás de broma —. Miro por la ventana el hermoso día primaveral—. Ya están bastante hiperactivos sin tenerlos encerrados dentro. Seguro que *ellos* no están en peligro por un hombre que técnicamente es su abuelo.

—Precisamente por eso *están* en peligro —. Marie apura su vaso.

—Tal vez Ed vuelva a casa. Si no por mí, por *ellos* —. Me siento ligeramente esperanzada. Si todos podemos volver a estar bajo el mismo techo, quizás él quiera recuperar su antigua vida. Tal vez podamos arreglar las cosas cuando todo se calme. Ya ha estado confundido sobre sí mismo antes y ha vuelto de ello.

—Estaba pensando lo mismo —. Marie guarda su monedero en el bolso.

—¿Crees que definitivamente es gay, Marie? ¿Hay alguna posibilidad de que siga confundido?

—Lo siento, cariño. Creo que es gay pero ha tratado de ocultarlo durante mucho tiempo. Es una situación horrible y de verdad que lo siento por ti.

—¿Quizás es bisexual? —Pero incluso mientras lo digo, sé que estoy diciendo tonterías.

Ella niega con la cabeza, con una expresión triste en su rostro. —No creo que se hubiera marchado como lo ha hecho si ese fuera el caso.

La pequeña esperanza que acababa de sentir se desvanece al instante. —Simplemente no puedo lidiar con todo esto —. Me froto las sienes, sintiendo el impulso de derrumbarme y llorar, aquí mismo en Caffé Nero. Ya he tenido suficiente.

—Superarás esto. Te lo prometo —. Marie se mueve alrededor de la mesa hasta mi lado y se sienta junto a mí—. Escucha, ¿por qué no venís tú y los niños a quedaros conmigo unos días?

—Gracias, pero de ninguna manera voy a dejar que un tipo raro me eche de mi propia casa. Sin embargo, tendré cuidado, como has dicho.

—Bueno, si cambias de opinión, puedes presentarte en cualquier momento. Y no lo olvides, *siempre* estoy aquí para ti.

~

Llego temprano para recoger a los niños y no puedo evitar mirar a mi alrededor en busca de hombres de mediana edad con aspecto desagradable. Me siento desconectada del murmullo de conversaciones que resuena a mi alrededor mientras estoy de pie en el patio, esperando. Me he enterrado en el trabajo todo el día, rechazando los intentos de Mandy por averiguar las últimas novedades. Es eficiente y confiable como gerente, pero como mujer, es entrometida, chismosa y no confío en ella para nada.

Siempre me he sentido desplazada respecto a las otras madres de este colegio. Es como si sospecharan de dónde vengo, y hoy, soy simplemente Kerry Barnes. A un lado de mí, la conversación gira en torno a cuántos grados centígrados es probable que haga en cierto destino de vacaciones y lo fabuloso que es el hotel. Al otro lado, se está discutiendo el estrés de la Selectividad en relación con una oferta universitaria, y detrás de mí, dos señoras están hablando sobre una invitación a una boda y lo que podrían ponerse. Me trago los recuerdos de mi propia boda e intento concentrarme en la ventana del aula. Hay un revuelo de actividad dentro mientras los niños se organizan con abrigos, zapatos, mochilas y pinturas. Alex me saluda con la mano a través de la ventana y alguien baja la persiana. Encantador.

—Siento lo que estás pasando.

Se me corta la respiración mientras me doy la vuelta. —Eh, gracias.

Es la madre de un niño pequeño que es amigo de George y Alex. Hay auténtica simpatía en su rostro, no solo está siendo entrometida. —Debe ser muy difícil. No puedo imaginar...

—Ni lo intentes. Pero gracias de todos modos —. Su amabilidad me dan ganas de llorar. He sido razonablemente fuerte desde que Ed se marchó, pero hoy me siento seriamente inestable.

Las puertas dobles del vestuario se abren de golpe y todos avanzamos. Hay dos clases de infantil con nueve niños en cada una. Mientras busco a los míos, noto un par de miradas de reojo en mi dirección, pero nadie más me habla. Durante las últimas semanas, las otras madres me han hablado incluso menos de lo normal. Es como si el hecho de que tu marido te abandone fuera algo contagioso.

Sosteniendo la mano de cada gemelo, caminamos hacia el Range Rover. Sigo escudriñando los alrededores en busca de alguien merodeando y no puedo creer que tenga que hacer esto.

Tampoco me apetece ir a casa. —¿Os gustaría ir a Ikea, chicos? —intento poner alegría en mi voz mientras los abrocho en sus sillas de coche.

—¿Qué es Ikea, mamá?

—Podemos merendar allí y comprar cajas nuevas para los juguetes de vuestra habitación.

—¿Podemos comprar también juguetes nuevos?

Me río. —George, tienes muchos juguetes. No necesitas más. Mamá quiere mirar algunas cosas para la nueva tienda. Va a haber una oficina en la parte de atrás, y necesito algo de mobiliario. —Me siento más animada. Tal vez pueda mirar hacia el futuro después de todo.



Espero que no vean la zona de juegos y la piscina de bolas cuando entremos. Pero por supuesto la ven. —¿Podemos entrar? —chillan al unísono.

—Si os portáis muy bien, podréis estar un rato a la salida. Vamos.

—¡Joooo!

—No estoy segura de a qué hora cierra la cafetería. Y queremos merendar, ¿verdad? Pero la piscina de bolas está abierta hasta muy tarde.

Al principio, los gemelos parecen interesados en todas las habitaciones de muestra mientras seguimos las flechas. Algunas son

impresionantes. Antes de establecernos, Ed y yo una vez deambulamos por aquí, tomando fotos de ideas de distribución y planeando lo que compraríamos. Nos tumbamos en una cama juntos, con los pies colgando por el borde, y recuerdo sentirme feliz y emocionada por lo que nos depararía el futuro.

Hay una joven pareja frente a nosotros, de una edad similar a la que teníamos entonces. Él está de pie detrás de ella con los brazos alrededor de su cintura y ella está tomando una fotografía de una cocina. Él le besa la parte superior de la cabeza y mientras continúo mirando, siento ganas de llorar otra vez. Ed nunca me amó así.

Pero me dio a mis hijos. Los observo ahora, correteando por un apartamento de estudio montado, riendo juntos, y mi corazón se hincha. Son niños encantadores y puedo llevarlos a cualquier sitio, sabiendo que normalmente se comportarán. Pueden ser bulliciosos pero en general son educados y, hasta cierto punto, hacen lo que los adultos les piden. Es sorprendente las ventajas que puede ofrecer un buen comienzo. Han tenido lo mejor de todo hasta ahora, a diferencia de la pobreza que yo conocí de niña. Por el momento, parecen relativamente ilesos por la marcha de su padre. Es como si estuviera trabajando fuera o algo así y ya están acostumbrados a eso de todos modos.

Quizás, dentro de poco, pueda persuadirle para que vuelva. Especialmente ahora que existe la amenaza de que aparezca su padre. Me inquieta esta posibilidad, pero no me asusta. Así que podría decir algunas cosas desagradables, pero en serio, ¿qué daño puede hacer? He superado lo peor, estoy segura de ello.

Tengo que creer, por mi propia cordura, que Marie se equivoca respecto a Ed. Puede que esté confundido sobre su sexualidad, pero puedo recuperarlo. Solo unos días de vuelta en casa le mostrarán que puede tener una vida feliz y normal con nosotros otra vez. Muchas personas son bisexuales. Tal vez pueda vivir con ello.

Es como un comedor escolar en el restaurante de Ikea. Hago cola con los niños detrás de otra familia. Observar su fácil interacción me produce el ya demasiado familiar nudo en la garganta. El hombre

aprieta el trasero de la mujer, lo que por un lado me divierte, pero por otro me hace sentir tan sola que quiero gritar por la injusticia de todo.

—No, vosotros dos *no* vais a llevar ninguna bandeja —se la quito a Alex—. La llevará mamá, si no, la merienda acabará por todo el suelo.

—Tengo hambre —Esperamos en la cola durante cinco minutos, aguardando para pagar. Acaricio la cabeza de George. Yo también empiezo a sentirme impaciente. Su comida estará fría cuando la reciban, aunque pueden ser unos comedores tan lentos que ya están acostumbrados a la comida fría de todos modos. Me alegro de haber cogido un sándwich, aunque mi apetito no es lo que era. Me siento enferma con energía nerviosa todo el tiempo. Y desde que Ed se ha ido, siento una sensación de total desplazamiento. Me cuesta concentrarme en cualquier cosa y ni siquiera me siento yo misma.

—Vale, chicos. Una vez que hayamos comido esto, vamos a mirar cajas para juguetes. Eso significa que tendréis que ordenar vuestras habitaciones.

—¿Y luego podemos ir a la zona de juegos?

—Si os portáis muy bien mientras mamá mira los muebles de oficina. Y también necesito mirar algunos cuadros.

Tengo un pedido considerable para cuando llego al almacén y la zona de pago. Lo haré enviar todo directamente a la nueva tienda. Firmaré el contrato de arrendamiento la semana que viene, así que es seguro pedirlo ahora. Hay espacio para una oficina adecuada allí, en lugar del pequeño escritorio junto al fregadero que tenemos en la tienda actual. He encargado un pequeño archivador, un escritorio electrónico de altura regulable, una silla ejecutiva de cuero, una estantería, cuadros y una alfombra. Y las cajas de juguetes para los niños y una librería para ordenar sus libros, ya que tienen toneladas de ellos. Siento un destello de emoción ante la idea de montar mi oficina en la nueva tienda. Si solo mi vida personal pudiera ir tan bien como mi negocio.

Los niños están irritables mientras esperamos en la larga cola para pagar.

—Recordad lo que dije sobre la zona de juegos. —Inmediatamente se ponen firmes. Les sonrío. Fue una idea excelente venir aquí. Me siento mejor que en semanas, a pesar de la conversación que tuve con Marie esta mañana. Le entrego mi tarjeta de débito a la cajera.

—Lo siento, ha sido rechazada. —Arranca un recibo. Me quedo mirándolo, como si eso pudiera cambiar algo.

Un eco de cuando era más joven me envuelve. Solía ser habitual que siempre tuviera fondos insuficientes, normalmente debido a algún cargo bancario o algo así. —No puedo entenderlo —le digo—, ¿podría intentarlo de nuevo, por favor?

—Por supuesto, señora. Si quiere volver a introducir la tarjeta en el lector.

Hago lo que me pide y tecleo el PIN de la cuenta conjunta con mucho cuidado. Casi inmediatamente, aparece en pantalla: *transacción rechazada*. —Quizás mi marido ha cambiado el número PIN. —Mi cara arde de vergüenza. *Mierda.*

—No, el PIN está bien, habría dicho *PIN incorrecto* si no lo estuviera. ¿Tiene otra tarjeta de pago, señora?

Desearía que dejara de llamarme *señora*. Saco otra de mi monedero y la introduzco en la máquina.

—¡Mamá!

—Un momento, cariño.

Tecleo mi número. —Esta funcionará. —Intento sonreír a la dependienta, pero probablemente sea más bien una mueca mientras rezo en silencio para que funcione.

—Lo siento. Me temo que esa también ha sido rechazada.

Parece desconcertada y oigo chasquidos de desaprobación procedentes de la cola que serpentea por el pasillo detrás de mí.

—¿Le gustaría probar con otro método de pago?

—Mamá. Venga.

Solo quiero que la tierra me trague. Este escenario me resulta demasiado familiar y no puedo pensar con claridad. Ed debe de haber vaciado nuestras dos cuentas conjuntas. La tarjeta de la

cuenta del negocio está en la tienda y estoy esperando una tarjeta de débito de reemplazo para mi propia cuenta corriente. —¿Ofrecéis facilidades de crédito? —Pasaría una verificación crediticia. No sé qué más hacer. No sé por qué no me voy de aquí sin más. Todo el mundo me está mirando.

—Lo siento, señora. No las ofrecemos. ¿Quizás podría pagar con tarjeta de crédito?

—No tengo. —Nunca hemos necesitado una. Siempre hemos tenido suficiente dinero, gracias a Ed. Maldito sea Ed. Como si no me hubiera hecho suficiente daño.

—¿Quiere que llame a un encargado?

—Lo dejaré, gracias. Vamos, chicos. —Agarro las manos de George y Alex y me alejo de los cuadros y cajas de juguetes apilados en la cinta transportadora.

—¿Y nuestras cosas, mamá?

—Volveremos a por ellas otro día.

—¿Podemos ir a la zona de juegos ahora, por favor?

—No. —Solo quiero llegar a casa, servirme una copa grande de vino y averiguar qué demonios está pasando.

—Pero, mamá, dijiste...

Literalmente tengo que arrastrarlos a ambos hasta el aparcamiento, mientras lloran al unísono y todo el mundo nos mira. Cuando llegamos al coche, casi estoy llorando con ellos.

—¡Callaos, los dos! —les grito mientras lucho por abrocharles los cinturones. Lloran aún más fuerte. Normalmente no les diría que se callen, pero estoy al límite. Cuando llegamos a casa, ambos están profundamente dormidos y soy *yo* quien ha pasado todo el viaje con lágrimas corriendo por la cara. Me lo merezco por sentirme momentáneamente normal en Ikea.

—Directos a la cama esta noche, chicos —digo mientras los guío hacia la puerta, recogiendo el montón de cartas del felpudo al entrar —. Poneos el pijama.

—¿Y nuestro baño?

—¿Y nuestra leche?

—Os la subiré enseguida y esta noche os laváis solo con una toallita.

—¿Y un cuento? —Alex me mira.

Me siento muy culpable. No tengo energía para ellos esta noche. —Subid. Iré enseguida.

Cuando se alejan, hojeo las cartas que tengo en la mano. La mayoría son para Ed. Una tiene el sello de MSB Abogados y está dirigida a mí. Con el corazón acelerado, la abro.

Hemos recibido instrucciones del Sr. Edward Huntington sobre su intención de iniciar los trámites de divorcio. Le escribimos para recomendarle que obtenga asesoramiento legal independiente si aún no lo ha hecho. Debe proporcionar nuestros datos a su representante para que ambas partes puedan estar representadas. Quedamos a la espera de su respuesta a la mayor brevedad posible.

Dios. Mío.

20

TONY

NUNCA IMAGINÉ que acabaría en este tipo de trabajo. Todo comenzó cuando andaba escaso de dinero a finales de mis veinte. *Muy* escaso de dinero *y* con bastantes problemas por una deuda.

Mi colega, Laura, digo colega, pero en realidad me gustaba, estaba recibiendo una cantidad enorme de maltrato de su marido. Por lo visto, había empezado a *chocarse con demasiadas puertas.*

Fue Mick, su hermano, quien me pagó para ocuparme de él. No se suponía que debía acabar con él del todo, solo darle una paliza que nunca olvidaría. Pero una rabia ciega, alimentada por lo que yo mismo había sufrido en mi adolescencia, se apoderó de mí.

No mucho después, Mick tuvo un encontronazo con alguien que le debía *muchísimo* dinero. Había sido un negocio turbio y su socio amenazaba con acudir a las vías oficiales para resolver la situación. Esta vez recibí instrucciones y me pagaron por el "servicio completo".

Después, uno de los colegas de Mick quería deshacerse permanentemente del ex de su novia, y luego otro colega, esta vez mío, tenía a alguien que le había estafado. La voz se estaba corriendo. La gente sabía que yo hacía un trabajo minucioso y que sería discreto.

En realidad, me veo como un proveedor de servicios. Elimino a la escoria de la sociedad. Y con el paso de los años, he podido aumentar sustancialmente mis honorarios —después de todo, soy un lobo solitario y se necesita mucha reflexión y preparación para hacer lo que hago. Sin mencionar el riesgo personal. En fin, me estoy desviando del tema.

Era la primera vez que me pagarían para eliminar a alguien de esta manera. *Asfixia sexual.* Con un hombre —me revolvía el estómago. Realmente tenía mis dudas sobre este caso, aunque me iban a pagar el doble de lo que normalmente cobraba. Diez mil por adelantado y otros diez mil al completarlo. Tenía que parecer un acto sexual que había salido mal. Y algo que él mismo podría haber decidido hacer solo.

Russell Lawson no era el tipo habitual de tío por el que pondrían un contrato. Cuando empecé a recopilar información, no me lo podía creer. Vivía en las afueras rurales de Yorkshire y era un tipo de familia normal con un trabajo estable y bien pagado.

Me habían dicho que había algo más en él de lo que se veía a simple vista, pero seguía sin estar convencido, al menos al principio, de que estuviera haciendo lo correcto. Tenía un crío pequeño, por el amor de Dios. Sin embargo, un aumento en la tarifa hizo el truco. Diez mil más. Muchas gracias. Treinta mil —apenas podía decir que no después de eso.

En la semana que le vigilé, *estaba* poniéndole los cuernos bastante a su mujer, probablemente propagando Dios sabe qué por ahí. Le vi reunirse con seis hombres diferentes y llevar a cuatro de ellos a habitaciones de hotel. Debía tener algún tipo de adicción al sexo. Esto haría mi trabajo más fácil de lo que pensaba. Mucho más fácil. Y estaría haciendo un gran servicio a la sociedad.

Creé un perfil falso en Grinder y quedé con él en un pub frente a Leeds Parkway. Ojalá fuera igual de fácil convencer a las mujeres para quedar conmigo.



—Te ves diferente a tu foto de perfil —había dicho, mirándome. Estábamos sentados en la esquina, yo, con la espalda hacia la sala por razones obvias. No había otro lugar donde mirar más que a él. No era nada del otro mundo, pero tenía aire de chulería. Podía ver por qué no tenía problemas para atraer a la gente.

Como he dicho, odio a los maricones, y con este, había algo penetrante en la forma en que me miraba. Despertó algo que me enfureció, de hecho, me hizo despreciarlo, si soy sincero. Lo cual no era algo malo realmente, dado el trabajo que tenía por delante.

—Es increíble lo que pueden hacer un corte de pelo y una buena noche de sueño —le respondí, manteniendo su mirada, esperando que no pudiera ver el desprecio en mi expresión. Había encontrado la foto de "mí" en imágenes de Google —no era tan diferente. Había utilizado varios cafés y bibliotecas para investigar a Russell Lawson y mensajearme con él una vez que hicimos "match". Nunca dudé de que haríamos "match" —obviamente se follaba cualquier cosa que se moviera— hombre o mujer.

—¿Entonces juegas en ambos equipos o eres un hombre totalmente de hombres? —Cruzó una pierna sobre la otra mientras llevaba la pinta a sus labios.

—Estoy empezando, para ser honesto. Siempre he estado un poco confundido conmigo mismo. —Puedo ser un maldito buen mentiroso cuando quiero y esta era una actuación digna de un Óscar. Para el resto del pub, probablemente parecíamos dos colegas tomando una copa después del trabajo.

—¿Hasta dónde has llegado? Con un hombre, quiero decir.

—Ni siquiera he llegado a primera base todavía. —¡Joder! ¿Estoy teniendo esta conversación? Me sentía enfermo del estómago—. Busco algo sin compromiso, alguien que me enseñe las cuerdas.

—Pues has venido al lugar adecuado. —Se pasó el pulgar y el índice arriba y abajo por ambos lados de su garganta mientras hablaba.

—Estoy nervioso, para ser sincero.

Pero no tan nervioso como estarás cuando estés jadeando por tu vida.

—No lo estés. —Se lamió la espuma de cerveza del labio superior —. Carne fresca. Me gusta eso.

Jodido maricón. Lo odiaba. —¿Entonces qué tienes en mente? —Miré alrededor. Había sugerido este lugar porque sabía que la nueva entrada lateral estaba libre de cámaras de seguridad. Russell había ido a la barra a pedir cuando llegamos por primera vez, y yo había agradecido una cerveza para calmarme.

—Hay un hotel agradable al otro lado de la calle —inclinó la cabeza y sus ojos parecieron vagar hacia mi entrepierna mientras hablaba.

—¿Bonito? Aparta tus putos ojos de mí.

—Ya sabes. Conveniente. Es una habitación, al fin y al cabo. Una donde podemos cerrar la puerta y disfrutar el resto de la tarde —como era tan rubio, pude ver que se había ruborizado hasta la raíz del pelo.

—Tengo mucho que perder —dije.

—¿Esposa? ¿Hijos?

—Ambos —no tenía ninguna de las dos cosas. Las tuve una vez pero lo jodí todo. He permanecido soltero desde entonces ya que haría falta un tipo especial de mujer para entender lo que hago.

—Podemos ser discretos.

—Eso es lo que esperaba que dijeras. Iré contigo. Siempre que entremos al hotel y vayamos a la habitación de uno en uno.

—Ya he hecho la reserva —Russell sonrió.

—Qué presuntuoso —pero le devolví la sonrisa. Tenía un papel que interpretar, después de todo. Y lo estaba haciendo muy bien.

—Podía ver que estabas maduro. Por tus mensajes, quiero decir —apuró lo último de su pinta.

—¡Maduro! ¡Me haces sonar como un melocotón! ¿Supongo que no tomaremos otra? —una parte de mí quería retrasar lo que estaba a punto de suceder, pero la otra parte sabía que tenía que acabar con ello. Realmente quería más cerveza. Sin embargo, tendría que ser una bebida sin alcohol, se requiere la mente despejada y todo eso. También tendría que hacer que Russell fuera otra vez. No podía arriesgarme a que los camareros me vieran.

—No. Creo que podríamos aprovechar mejor nuestro tiempo juntos, ¿no crees? Iré primero. Habitación veinticuatro. Primera planta. A través de la puerta giratoria, luego toma el ascensor que está frente a ti. Después sal a la izquierda, sigue hasta el final del pasillo y gira a la derecha.

—Obviamente has hecho esto antes.

Russell se dio un toquecito en el lateral de la nariz. —He hecho el check-in online y he dejado algunas cositas en la habitación que deberían hacer las cosas más interesantes.

Señalé hacia mi bolsa de viaje en el suelo. —Yo también. *¿No te encantaría saber qué hay aquí dentro?*

—¿A qué estamos esperando? —se levantó, con los brazos sobresaliendo de las mangas de su camisa—. Si quieres seguirme en unos minutos, estaré esperando.

—¿Puedo entrar directamente? ¿Necesito decir algo en recepción? —ya sabía la respuesta a esto. Había visto que este era el lugar favorito de Russell una vez que había ligado, y había comprobado la distribución del hotel en su página web.

—Sí, tengo la tarjeta —se palmeó el bolsillo superior—. Simplemente sígueme.

Se dirigió a la entrada principal, exudando confianza, abrió la puerta, se giró y me sonrió antes de salir. Me bebí el resto de mi pinta, con el pecho oprimido por la tensión. Era lo más nervioso que había estado durante un contrato. Aunque me estoy volviendo un experto en este juego, esta situación era una primera vez, con mucho dinero en juego y mucha mierda dentro de mí mismo que superar. *Contrólate, por el amor de Dios,* me dije. Tomé un par de respiraciones profundas antes de escabullirme por la puerta lateral.

O Russell se había entretenido, o yo había sido demasiado rápido. De cualquier manera, tan pronto como pasé por las puertas giratorias de The Parkside, lo vi desaparecer en el ascensor. Ralenticé mi paso y, evitando la mirada de cualquiera, me dirigí despreocupadamente en la misma dirección.

Le había alcanzado antes de llegar a la habitación.

—Qué casualidad verte por aquí —sonrió.

—Sí, qué casualidad —mantuve la cabeza agachada mientras avanzábamos por el pasillo hasta la puerta de la habitación veinticuatro.

—Así que aquí estamos —deslizó su tarjeta en la manilla de la puerta—. Puedo pensar en peores formas de pasar un jueves por la tarde.

—Yo también —como saltar a una bañera llena de ácido.

Dejé caer mi bolsa sobre la cama, observando los artículos que había traído. Lubricante, una especie de vibrador, aceite de masaje, unas cosas que parecían pinzas, condones. Ahora entendía lo que significaba la expresión *se me puso la piel de gallina*.

Se dio cuenta de que los miraba. —Siempre practico sexo seguro. Yo también tengo esposa.

—¿Ella sabe... sobre todo esto?

—Más o menos. Sabe que tengo necesidades que ella no puede satisfacer. He intentado ser heterosexual, de verdad. Pero siempre me siento atraído de nuevo —se hundió en la cama, observándome todo el tiempo—. ¿Qué hay en tu bolsa de trucos entonces?

Abrí la cremallera de la bolsa y saqué la ligadura. —Siempre he querido probar esto, pero he oído que no deberías hacerlo solo —se la tendí—. Pensé que podrías ser el hombre que me enseñara cómo se hace.

—Hace tiempo que no pruebo eso —la tomó de mi mano y la examinó—. Pero es alucinante... ven aquí.

Me senté a su lado en la cama, con el estómago revuelto. He eliminado a personas una y otra vez, casi sin sudar. Pero esto era otra cosa.

—No, justo aquí.

—Me gustaría verte a *ti* primero —dije—. Quiero verte desnudo —apenas podía creer que estas asquerosas palabras estuvieran saliendo de mi boca. *Treinta mil. Treinta mil.*

—De acuerdo, siempre y cuando prometas unirte a mí.

—Recuerda, es mi primera vez... necesito ir poco a poco.

Se desabotonó la camisa, luego los vaqueros, sin apartar sus ojos de los míos en ningún momento. No sabía dónde mirar cuando se

quitó los calzoncillos, revelando su excitación.

—Continúa.

Ya has recibido diez mil libras. Puedes hacer esto. Servicio a la sociedad. Servicio a la sociedad.

Se agarró con una mano y extendió la otra hacia mí.

—Todavía no. Déjame mirar un rato —quité la tapa del aceite y se la ofrecí.

Gimiendo, se lo frotó por encima.

—Para —dije, después de unos momentos—. Déjame verte llegar realmente al límite —señalé la correa de cuero sobre la cama.

—¿En serio?

—Yo también quiero probarlo. Pero primero quiero verte a ti.

—Directo a la yugular. Me cubrirás las espaldas, ¿verdad?

—Por supuesto —me levanté—. Golpéate el pecho si se vuelve demasiado. Esa será nuestra señal.

—¿Por qué no te pones cómodo entonces? —extendió la mano hacia mi bragueta—. Quiero ver qué tienes para mí.

—Todo a su tiempo. Como he dicho, soy nuevo en esto.

Estaba tan excitado que fue mucho más fácil convencerlo de lo que jamás había imaginado. Tomando la correa de mi mano, se dirigió hacia la puerta del baño. Estudió la correa por un momento, antes de abrir la puerta un poco y engancharla sobre ella y a través del mecanismo automático de cierre.

—Una vez que te haya observado, podrás ayudarme a llegar al mismo punto.

Sujetó el collar a la correa, luego metió la cabeza por el collar, ajustando la hebilla alrededor de su cuello. Todo estaba saliendo como un reloj.

—Hace tiempo que no hago esto, pero como pronto descubrirás, es la hostia.

—Como dije, siempre he querido probarlo. Dicen que es mejor que la heroína.

Me quedé frente a él mientras volvía a agarrarse. En pocos minutos, estaba colgando del collar con las rodillas ligeramente dobladas, sus pies rozando la alfombra, jadeando, gimiendo, frotándose frenéticamente. Tenía los ojos cerrados; claramente

estaba en su propio mundo. No quería estar mirando, pero con otros veinte mil libras en juego, había que llevar esto a cabo correctamente.

Me deslicé hacia el otro lado y moví la puerta con mi hombro, para que quedara un poco más abierta. Como ya había comprobado, la correa se acortó y ahora estaba realmente colgando. Incluso si estiraba las piernas, solo podría apoyarse de puntillas. Empezó a jadear. Me moví más detrás de la puerta del baño mientras eyaculaba. Empujé la puerta más abierta para que sus pies ya no pudieran tocar el suelo. Para entonces estaba realmente luchando, tratando de volver a bajar los pies, mientras se golpeaba el pecho. Mantuve mi hombro presionado contra la puerta, sosteniéndola abierta mientras él se retorcía, haciendo un sonido gutural como nunca había escuchado. Era la primera vez que eliminaba a alguien por estrangulamiento; normalmente es una buena paliza con un bate de béisbol o un disparo rápido y fácil.

Pareció una eternidad antes de que perdiera el conocimiento. El apuesto Russell no era una visión agradable. Con el pene aún en la mano, su cara estaba morada, su lengua colgando de la boca. Todavía hacía ruidos guturales, aunque el sonido se había desvanecido. Decidí esperar unos minutos antes de salir.

Escuché a algunas mujeres pasar por fuera de la puerta de la habitación del hotel y noté las cortinas cerradas ondeando con la brisa. Treinta mil libras. Era lo más que me habían pagado nunca por un trabajo. Dinero fácil, aunque tuviera que comprometerme un poco más de lo habitual. Podía *decir* eso ahora que había terminado. Solo tenía que salir de allí.

Quería comprobar su pulso, pero no quería arriesgarme a tocarlo. No había tocado nada en la habitación. Recogiendo mi bolsa, luché contra las arcadas mientras pasaba por encima del rastro de semen y salía. Normalmente tengo un estómago de hierro, pero este trabajo me había afectado. Sabía que probablemente vomitaría en algún sitio, pero primero necesitaba alejarme bastante.

Ya había planeado mi salida. Si bajaba por las escaleras, estaría cerca de donde los pasillos se unían a los vestuarios del spa, donde podría salir por las puertas de la terraza, cerca del jacuzzi exterior.

Había comprobado que la cámara de seguridad estaba dirigida hacia el jacuzzi y no hacia la salida.

Desaparecí en el bosque cercano, que emergía en el borde del parque. Tragué bilis, intentando alejarme más. No podía vomitar allí, así que empecé a correr, antes de darme cuenta de que esto podría llamar la atención. Respira. Respira. No sirvió de nada. En cuestión de momentos, estaba doblado, vomitando la pinta que había bebido y el sándwich que me había obligado a comer antes.

Eché un montón de hojarasca y corteza encima, maldiciendo. Con suerte, no harían búsquedas por aquí abajo.

Lo había planeado con suficiente cuidado. Parecía un juego sexual en solitario que había salido mal.

Fin de la historia.

21

ED

Son casi las siete y media cuando regreso al Old Swan. He trabajado hasta tarde para compensar las citas que tuvieron que reprogramarse de ayer. Al menos trabajar mantiene mi mente ocupada. No importa lo que esté haciendo, Russell nunca está lejos de mis pensamientos, pero tengo menos momentos de 'mazazo' mientras atiendo a los pacientes, hasta que de repente recuerdo que se ha ido.

—Buenas noches, señor —el hombre tras la recepción ya me reconoce—. ¿Cenará con nosotros esta noche? —Echa un vistazo al reloj de pie—. Servimos hasta las ocho y media.

—Gracias, pero creo que aprovecharé la piscina esta noche —Miro a través del panel de cristal donde me espera, vacía y tentadora. Solo hay una persona en el jacuzzi y con suerte se habrá marchado cuando yo entre—. Saldré más tarde a alguno de los restaurantes locales.

—Me parece un excelente plan para la noche, señor. Ah, y antes de que se me olvide, debo entregarle esto —Busca bajo el mostrador y coloca un sobre y una nota de mensaje frente a mí.

El sobre tiene el sello de MSB Solicitors y la nota lleva mi nombre en la parte superior, con la casilla de visitante marcada y la hora de

la visita indicada como 17:30. *No dejó mensaje.* Miro al hombre—. No hay mucha información aquí.

—Lo sé. Lo siento, señor, pero su visitante no dejó su nombre.

—¿Qué aspecto tenía?

Entrecierra los ojos como si intentara recordar—. Era más o menos de su estatura, diría yo. Y con pelo oscuro que se le estaba cayendo, si mal no recuerdo.

—¿Qué edad tenía?

—No se me da muy bien calcular edades, señor. ¿De mediana edad, quizás? Sonaba de por aquí. Vaya, debería trabajar para la policía, ¿verdad?

—¿Qué llevaba puesto? —No me gusta cómo suena esto. Nadie sabe dónde me alojo.

—¡Ah, eso sí lo recuerdo! Como recibimos a tantos hombres de negocios aquí, me llamó la atención que llevaba vaqueros y zapatillas deportivas.

Una mujer que está detrás de mí suspira. Puede suspirar todo lo que quiera—. ¿Cómo preguntó por mí? ¿Parecía conocerme?

El hombre se ríe—. ¡Cuántas preguntas! Creo que utilizó su nombre completo.

—¿No dijo Ed?

—No creo, eso sería muy informal, ¿no le parece?

—Gracias, agradezco su ayuda.

—Estoy seguro de que si realmente quiere hablar con usted, volverá.

La mujer me lanza una mirada impaciente mientras me alejo de la recepción. Pienso en la conversación de ayer con mi madre. ¿Sería posible que BF tuviera la audacia de presentarse *aquí*? La perspectiva es completamente inquietante y desearía que quienquiera que fuese hubiera dejado su nombre. No descansaré hasta averiguarlo.

Tomo el ascensor hasta mi habitación, luego me hundo en el sillón para abrir mi carta. Es la confirmación de que Mark Smeaton-Barrie me representará, con una página completa con sus condiciones y

luego una copia de la carta que ha enviado a Kerry. Me pregunto si ya la habrá recibido y una punzada inesperada de culpabilidad me recorre. Tal vez debería haberle advertido que llegaría.

Lucho contra el impulso de servirme un whisky del minibar, pero lo descarto y, en su lugar, saco del armario mi bañador y ropa para cambiarme.

No tardo en dejarme arrullar por el sonido de mis brazos impulsándome a través del agua mientras recorro la piscina de un lado a otro. Por fin puedo permitir que mi mente divague. Sin embargo, mis pensamientos pronto se dirigen a los niños y la última vez que los llevé a nadar. Los echo muchísimo de menos y sé que necesito resolver esta situación. Pero Kerry, con todos sus defectos, es una madre excepcional y sé que los estará cuidando bien.

Un hombre de pie junto a la ventana cerca de la recepción del hotel me deja paralizado. Todavía imagino ver a Russell *por todas partes*, pero he oído que es común cuando alguien a quien amas ha muerto. Cuando giro al final de mi siguiente largo, ya se ha ido. Literalmente estoy pasando por los movimientos en este momento, pero sin ningún propósito ni alegría. Es como si todo por lo que tenía que vivir hubiera muerto con Russell. Separarme de Kerry también me ha dejado desorientado. Aunque no podría haber seguido con ella ni un momento más, ella me anclaba en un sentido de normalidad y rutina. Ahora mismo, solo el trabajo me ofrece algún tipo de continuidad.

Mientras giro de nuevo en el extremo cercano de la piscina, veo a alguien más. Ha envejecido considerablemente y parece más pequeño de alguna manera desde la última vez que lo vi, sin embargo, no hay duda de que es BF. Soy un hombre adulto con dos hijos propios, pero el miedo surge en mí de todos modos. No sé cómo me ha encontrado aquí, pero según mi madre, no será una visita social.

Necesito llegar a donde haya gente. Si entra en la zona de la piscina, probablemente intentará ahogarme o algo así. Especialmente si sus acciones pasadas hacia mí son un indicio.

Tendría que pasar su tarjeta de la habitación para entrar aquí, pero si le dice al hombre de recepción que soy su hijo, quizás le dejaría entrar. *¡Hijo!* El pensamiento me hace hervir de rabia.

Agarro mi toalla y me pongo los vaqueros que he dejado a un lado. Cuesta ponérselos sobre la piel mojada pero debo salir de aquí. Meto la cabeza por mi camiseta, me pongo las chanclas y me dirijo a la salida de la piscina. No hay señal de él cuando emerjo en recepción y no estoy seguro de si eso es bueno o malo.

Me adelanto a una mujer que espera en recepción. —El hombre que estaba aquí hace un momento, ¿sabe adónde ha ido?

—¿Qué hombre? —La chica detrás del mostrador recorre con la mirada de un lado a otro del vestíbulo—. Lo siento, acabamos de cambiar de turno y acabo de salir del traspaso.

—Es que... hay un hombre buscándome... podría estar aquí para causar... es mi...

Parece desconcertada. Claramente, no estoy teniendo sentido y necesito calmarme. «Lo siento». Me pedirán que me vaya de *aquí* también si no tengo cuidado. Subo por las escaleras hasta mi planta, donde al menos podré ver la puerta de mi habitación desde lo alto, y bajar de nuevo si él está esperando allí. El ascensor está orientado en la otra dirección, así que no voy a arriesgarme. Cuando he subido los seis pisos corriendo, estoy jadeando. Miro arriba y abajo del pasillo. No hay señales, así que me dirijo rápidamente hacia mi habitación y entro.

Examino el aparcamiento desde mi ventana y luego corro las pesadas cortinas. Dando la vuelta a un vaso de la bandeja de bebidas, lo lleno con un whisky del minibar y me lo bebo de un trago. Otro más vendría bien pero probablemente lo mejor sería irme de aquí. *Sabe dónde estoy. P*iensa, Ed, piensa. ¿Y si ha ido después a casa de Kerry? Podría haber estado comprobando mi paradero antes de ir a verla. Echo todas mis pertenencias en la maleta. Tendré que ir allí. Me *necesitan* allí.

La recepcionista parece sorprendida cuando le digo que me marcho. —¿Está todo bien, señor? Creía que se quedaba indefinidamente.

—Ha surgido algo. Si pudiera liquidar mi cuenta, por favor.

—Por supuesto. —Pulsa algunas teclas en su ordenador.

Miro hacia las puertas. —Si alguien viene preguntando por mí, por favor no les dé ninguna información sobre si me he marchado.

—No lo haríamos. —Desliza un papel de la impresora y lo coloca delante de mí—. Todo lo concerniente a nuestros huéspedes es completamente confidencial.

—Bien. —Le entrego mi tarjeta de pago.

Al aparcar frente a la familiaridad del hogar, soy un manojo de nervios. El Range Rover está en la entrada, así que definitivamente están en casa. No hay señales de vida dentro de la casa, pero son más de las nueve, así que George y Alex probablemente ya estarán en la cama. Probablemente debería haber avisado a Kerry de que venía.

No hay señales de nadie merodeando, ni coches que no reconozca. Cierro el Audi y me dirijo a la puerta principal. Está cerrada. En lugar de usar mi llave, toco el timbre. Después de todo, estamos separados ahora. No hay respuesta, así que vuelvo a tocar. La casa está en silencio. O ha salido o me está ignorando.

—¿Qué quieres? —espeta después de un timbrazo.

—Estoy fuera —digo—. ¿Puedo entrar? Necesito hablar contigo.

—¿Es sobre la carta?

—No. Es sobre mi padre. Anda merodeando por aquí. Necesito hablar contigo.

—Ya lo sé. Y no tengo nada que decirte, cabrón sin corazón.

—Kerry, déjame entrar. Quiero hablar de todo esto.

—Ni hablar. Piérdete, Ed. —Cuelga.

Meto mi llave en la puerta, pero ha echado el cerrojo por dentro. *Zorra.* —¡Esta casa es mía! —grito—. No puedes simplemente dejarme fuera.

—Deberías haber pensado en eso antes de vaciar todas las cuentas bancarias. —Su voz resuena a través de la puerta—. ¡Ya verás!

—¡Mami! —La voz de Alex suena pequeña desde el piso de arriba.

—Vuelve a la cama. Mami subirá en un momento.

—Kerry, por favor.

—No, déjame en paz.

¿Qué demonios hago ahora? Podría ir a otro hotel aunque quiero estar *aquí*, protegiendo a mis hijos. Sin embargo, si Kerry no me deja entrar, no hay nada que pueda hacer.

Vuelvo a mi coche y doy la vuelta antes de dirigirme hacia la casa de mi madre.

22

KERRY

Los niños tardaron una eternidad en volver a dormirse anoche. Tenía las puertas y ventanas cerradas como si fuera Fort Knox y el timbre parecía sonar toda la noche. No es el estilo de Ed seguir insistiendo cuando lo han rechazado. Supongo que era él, de todos modos. Todavía no puedo creer que haya vaciado nuestras cuentas bancarias y que solo me quede lo que tengo en mi cuenta corriente y de ahorros; con eso no voy a llegar muy lejos.

He dejado a los niños sin ir al colegio hoy y vamos a casa de mi madre en coche. No me siento segura aquí. A pesar del vino que bebí, he estado despierta la mitad de la noche, oyendo ruidos. Además, Ed me ha enviado un mensaje diciendo que quiere volver a casa. Pensaba que era lo que yo quería, pero después de lo que ha hecho con el dinero, ya no estoy tan segura. Con suerte, mamá me echará una mano con los niños también. Los quiero con locura, pero ahora mismo no puedo pensar con claridad.

—¿Por qué estabas enfadada anoche, mamá?

—¿Por qué no llevamos el uniforme del colegio?

—Quiero Nutella en mi tostada.

—Venga, niños. Tenemos un largo viaje por delante, así que quiero que os portéis lo mejor posible —ya he hecho las maletas. Solo quiero alejarme de aquí.

—Pero ¿adónde vamos? ¿Y el colegio?

—Vamos a ver a la abuela —apuro mi café y me muevo apresuradamente por la cocina, recogiendo las cosas del desayuno.

—Pero *eso* no está lejos.

—Vuestra otra abuela —me entristece un poco que piensen inmediatamente en la madre de Ed cuando oyen la palabra «*abuela*». Aunque, claro, apenas ven a mi madre. Nunca olvidaré lo nerviosa que estaba la primera vez que llevé a Ed a conocerla. Parecía enorme en su pequeña sala de estar, su aire pulido haciendo que los alrededores parecieran aún más destartalados en comparación. Me molestó que no se hubiera molestado en ordenar, ni en arreglarse un poco. Sabía que él venía a conocerla y que era importante para mí.



El viaje hasta el norte de Gales consiste en una mitad con los niños peleándose y la otra mitad durmiendo. No dormirán esta noche, pero agradezco la paz cuando puedo conseguirla. Ciertamente tengo mucho en que pensar.

Mientras subo por el sendero del jardín de mamá hacia la puerta de la casa donde crecí, ya echo de menos mi propio espacio. El jardín está descuidado, lo que es una pena porque solía ser su orgullo y alegría.

Hace un par de años, pagamos una pequeña reforma, pero tristemente, no ha seguido manteniéndolo.

—Entonces, ¿a qué debo este placer? —su voz rezuma sarcasmo mientras la seguimos hasta el salón.

La casa es un desastre también. Nunca fue así. Cuando éramos niños, trabajaba en tres empleos para cuidar de nosotros, y la casa estaba impecable. Su lema era que debías apreciar y cuidar lo que tenías, entonces era más probable que llegara algo mejor. Pero en su caso, nunca llegó. Odio volver aquí. Me recuerda los años en que me daba vergüenza traer a mis amigos y me hacían usar la ropa de segunda mano de mi prima.

Los niños se pegan a mí, uno a cada lado. Es muy distinto a cuando llegamos a casa de Marie. Allí entran como una tromba y se lanzan sobre ella. Aun así, es en parte culpa mía que sean tímidos con su otra abuela. —No seas así, mamá. ¿Necesitamos una excusa para visitarte?

—Ha pasado más de un año —resopla, apagando la tele con el mando—. Desde que te he visto, quiero decir. De hecho —parece pensativa—, ¡creo que ni siquiera hemos hablado por teléfono desde Navidad!

—Lo sé. Pero ahora estamos aquí.

—¿Qué pasa con esa bolsa? —mira la gran bolsa de viaje mientras la dejo sobre el brazo desgastado del sofá.

—Esperaba que pudiéramos quedarnos unos días —no puedo mirarla. Mi cara seguramente me delataría.

—¿Por qué? ¿Has discutido con el chico maravilla?

—Algo así... es una larga historia —me hundo en el sofá y los niños se hunden conmigo, flanqueándome por ambos lados—. Niños, dad un abrazo a vuestra abuela.

Me agarran con más fuerza y me arrepiento de mis palabras tan pronto como las he dicho. —Necesitarán tiempo para aclimatarse, mamá. Se han puesto un poco tímidos.

—Será mejor que ponga la tetera entonces —. Se dirige hacia la puerta y no puedo evitar notar cuánto peso ha ganado. Lleva una falda anticuada hasta la rodilla con cintura elástica y una camiseta holgada. Su pelo gris acerado le cae por la espalda. Nunca me dejaré estar así.

—Niños, ¿queréis que os ponga algo en la tele mientras hablo con la abuela?

Asienten. Alargo la mano hacia el sillón de mamá para coger el mando y encuentro *Peppa Pig.* Quedan inmediatamente hipnotizados.

Mamá está haciendo ruido en la cocina. —¿Quieren zumo los niños?

—Sí, por favor —le contesto, mirando alrededor a sus fotografías enmarcadas. Puedo notar en su voz que *realmente* no está tan enfadada conmigo por presentarme así. Mis ojos se posan en una

foto de los cuatro. Adam y yo teníamos doce y catorce años, justo después de que diagnosticaran a papá. Estábamos de vacaciones financiadas por una organización benéfica. Papá había dejado de trabajar y mamá trabajaba todas las horas que Dios enviaba.

Hay una de nosotros a los cuatro y seis años. Me sorprende cuánto de los niños puede verse en mi hermano y en mí. Siempre pensé que George y Alex se parecían a Ed. Luego mi mirada se posa en una fotografía de boda bellamente enmarcada. En su momento, pensé que era el día más feliz de mi vida, pero ahora, al mirarla, parece el más triste. Nunca me había fijado antes, pero el lenguaje corporal de Ed se aleja de mí. Al menos ahora puedo admitir que enterré lo que llevaba tiempo sospechando. Y enterré mis sospechas para escapar de la vida que había conocido *aquí*.

Mamá vuelve con una bandeja. Coloca un plato de galletas y zumo para los niños en la mesa de centro.

—Vaya, has sacado la tetera. ¡Me siento honrada!

—Bueno, yo también lo estoy —. Vierte leche en las dos tazas—. Deberías visitarme más a menudo, aunque tengo que decir que será un poco apretado. Tu antigua habitación está llena de trastos. Tendréis que usar la habitación de Adam y compartir cama con los niños. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? ¿Solo esta noche?

—No estoy segura. ¿Cómo *está* Adam? He visto un par de sus publicaciones en Facebook, pero no hemos hablado desde hace siglos.

—Está demasiado ocupado con sus novias y su trabajo, como siempre —. Baja la mirada a sus pies y noto sus uñas demasiado largas asomando por las zapatillas. Me anoto mentalmente invitarla a una pedicura para su próximo cumpleaños—. De todos modos, algo habré hecho *bien* —continúa—. Al menos los dos habéis sido capaces de ganaros bien la vida a medida que habéis crecido. Y trabajáis duro, como tuve que hacer yo. Simplemente nunca sospeché que os olvidaríais de dónde venís.

—No lo hemos olvidado. Pero siento si parece así —. Y realmente lo siento. Pienso en las amigas que he hecho en el gimnasio y cómo han hablado mal de mí a mis espaldas. Al menos mamá se preocupa genuinamente por mí.

—Entonces, ¿qué ha pasado? En casa, quiero decir.

—Nos hemos separado —. Remuevo mi té.

—Eso pensaba. Puedo verlo en tus ojos. ¿Por qué?

—Es una larga historia. ¿Queréis ver otro, niños? —Apunto con el mando a la televisión y elijo otro episodio de *Peppa Pig.*

—¿Le has dejado en vuestra casa? ¿Es por eso que has venido aquí? —Se mete una galleta entera en la boca.

—No. Él se ha marchado.

—Espero que te hayas buscado un buen abogado entonces.

—Todavía no —. Suspiro—. Pero lo necesito. Él ya tiene uno. Y tengo mucho que perder.

—Eso sigue sin explicar por qué has venido *aquí*. Seguramente deberías estar aferrándote a esa casa tuya con uñas y dientes —. Sigue mi mirada hacia la ventana—. Además, pareces muy nerviosa.

—¿Ah, sí?

—Cuéntame qué ha pasado —. Deja su taza sobre la mesa de centro llena de marcas.

—Soy del género equivocado, eso es lo que ha pasado —. Bajo la voz, aunque George y Alex no entenderán de qué estoy hablando.

Ni se inmuta. —Adam lo adivinó en cuanto lo conoció.

—Lo sé. Debería haberle escuchado.

—Eso sigue sin explicar por qué has dejado tu casa y has venido aquí. Especialmente si él ni siquiera está allí.

—Hay algo más detrás de todo esto. Pero, honestamente, cambiemos de tema. Hablemos de ti.

—No hay mucho que contar, la verdad. Todo igual. Lo de siempre.

Empiezo a relajarme. Después de todo, aquí huele como en casa. A aceite de freidora y lavanda. Y al menos me siento segura, aunque un poco preocupada por mi casa y el negocio. Necesito informar a Mandy de dónde estoy. —Voy a llamar a la encargada de mi tienda. Necesito avisarle que estaré fuera unos días.

—¡¿Unos días?! Pero no tengo suficiente comida para todos.

—No te preocupes. Compraré algo. Eso sí, cuando arregle lo de mis cuentas bancarias. Ed parece haber hecho algo con ellas.

—Quizás deberías llamar a un abogado ya que estás.

—Sí, tienes razón. ¿Te importaría vigilar a los niños mientras hago un par de llamadas? Me sentaré en el pasillo. Ponles otro capítulo de Peppa Pig.

—Yo voy contigo, mamá —Alex se levanta conmigo, George permanece donde está, con los ojos pegados a la pantalla del televisor.



—Se ha realizado una retirada importante de la cuenta —dice Mandy —. En efectivo, desde la sucursal principal del centro. Pero no hay más información que esa. ¿Qué está pasando?

—Simplemente mantén todo funcionando por mí. —Intento mantener un tono alegre—. Veré a un abogado a finales de esta semana. Todo va a solucionarse.

—¿Fue Ed? ¿Hay algún problema con las finanzas o algo así? Sé todo sobre vuestros...

—No hay absolutamente nada de qué preocuparse —le digo—. Realmente aprecio cómo has asumido responsabilidades estas últimas semanas. Sé que he tenido muchas cosas encima y habrá un aumento de sueldo para ti tan pronto como solucione las cosas.

Entro en mi cuenta corriente personal. Hay suficiente para mantenerme durante un par de meses. Apenas. Puede que tenga que solicitar una tarjeta de crédito a este paso. Luego escribo *Abogados en Harrogate* y empiezo a desplazarme. El primero que aparece es MSB. Típico de Ed, nombrarse un abogado tan elegante.

Me siento como Kerry Barnes de nuevo y necesito desesperadamente ayuda. Hago clic en una especialista en Derecho de Familia y reservo una cita en línea con Annette Waller dentro de dos días. Tendré que volver a casa. Sé que tengo derechos y probablemente pueda forzar a Ed con las facturas domésticas y las cuotas escolares. Apenas puedo soportar imaginar que no se paguen las cuotas escolares. Tendría que meter a los niños en un colegio

público. No solo les estaría perturbando aún más, sino que ni siquiera puedo imaginar lo que todo el mundo diría de mí.



Mientras estoy tumbada en la antigua habitación de mi hermano, mirando al techo, apenas puedo creer que mi vida haya llegado a esto. Al no haber bebido vino esta noche, estoy completamente despierta mientras los minutos pasan. Tengo a George a un lado y a Alex al otro. Es un poco apretado, pero me alegra tenerlos conmigo. Se sienten como lo único positivo en mi vida ahora mismo.

Me quedo helada cuando escucho el sonido de una rama rompiéndose en el jardín trasero. Luego una tos ahogada, también procedente del jardín unos minutos después. Me deslizo por el centro de la cama, para no despertar a los niños, y miro a través de una rendija en las cortinas, pero no puedo ver nada. Entonces, hay un golpe. Mierda. Son las 2:40 de la madrugada y alguien está llamando a la puerta de mi madre... le dará un ataque. Me deslizo fuera del dormitorio y me quedo en el pasillo, intentando controlar mi respiración. Toc. Toc. Toc. Suavemente en la ventana del salón ahora. Me arrastro hasta el final de las escaleras, rezando para que sea Ed pero sabiendo que este no es realmente su estilo.

No puedo ver nada a través de la mirilla de la puerta principal y tengo demasiado miedo para entrar en el salón... creo que mamá no cerró las cortinas. La puerta de un coche se cierra de golpe y arranca un motor. No suena como el Audi de Ed. Debería saberlo. Lo he escuchado lo suficiente cuando he estado esperando a que llegara a casa.

—¡Kerry! ¿Qué estás haciendo?

Doy un respingo al oír la voz de mamá. Está atándose el albornoz mientras baja las escaleras hacia mí.

—Lo siento, mamá. No podía dormir. —No voy a contarle que he estado oyendo ruidos. No necesita saberlo. Sin embargo, he decidido que igual podría volver a casa mañana. Estoy tan segura aquí como

allí. Los niños tampoco han llevado bien que los hayan sacado de su rutina.

Veré al abogado y luego todo se calmará. Al menos, eso espero.

23

ED

Me despierto una vez más en mi vieja cama individual, pero en lugar de evocar gratos recuerdos de mi antigua habitación, los recuerdos de BF no me abandonan. Y ahora ha vuelto. Su momento no podría ser peor, como si las cosas no estuvieran ya bastante mal.

Anoche mamá volvió a hablar de vender la casa. Está realmente alterada por su reaparición. Creo que solo la está utilizando para llegar a mí, primero intimidándome y luego haciendo lo que sea que esté planeando hacer. Así es como solía actuar cuando yo crecía. Recuerdo una vez que me había escapado de clase con otros chicos. Mamá había intentado ocultárselo al principio, pero enviaron una carta a casa confirmando mi castigo y él logró interceptarla.

Después de la bronca, pensé que lo iba a dejar así cuando salió de la habitación, pero entonces reapareció un par de minutos más tarde con su cinturón. De niño me golpeaba con lo que tuviera a mano. Decía que a él nunca le había hecho daño. Mamá se odia por haberse quedado con él y yo tampoco podía entenderlo en aquel entonces. Solo fue después de que perdiera los estribos y me mandara al hospital durante una semana cuando finalmente ella abrió los ojos.

—¿Quieres un té, Ed? —mamá está fuera de mi puerta—. Ya son casi las ocho.

—Si estás haciendo uno, gracias —balanceo las piernas por el borde de la cama individual y arrastro mi maleta hacia mí. No puedo seguir viviendo así. Anoche me había ilusionado pensando que Kerry me dejaría volver, aunque solo fuera porque BF rondaba por ahí, pero la carta del abogado ha acabado con eso. Por no mencionar que he vaciado nuestras cuentas conjuntas. Por supuesto, ella tendrá derecho a algo, pero de ninguna manera voy a dejar el dinero para que ella simplemente se lo lleve.

Podría haber sido Kerry quien vaciara las cuentas en lugar de mí, y no iba a arriesgarme a eso. Tendré que pagarle una buena suma de manutención y ella tendrá derecho a quedarse en la casa. Estoy tratando de luchar contra mi culpa: después de todo, ella llegó a nuestra relación directamente desde su miserable casa de protección oficial, y luego fue mi esfuerzo y mi éxito con Bitcoin lo que nos compró el estilo de vida y los ahorros que tenemos.

—Buenos días —acepto el café que mamá me pasa—. Se siente extraño despertar aquí. Especialmente en esa habitación.

—Me lo imagino. Sin embargo, lo que sucedió allí ya es agua pasada —mamá parece cansada mientras aprieta el cordón de su bata.

—Pero él ha vuelto. Dormí con un oído alerta, medio esperando que apareciera de nuevo.

—Yo también —mamá se pasa los dedos por el flequillo—. Pero en serio, ¿qué puede hacer? Ya no es un hombre joven, tiene más de cincuenta años, por el amor de Dios. Probablemente podríamos derribarlo con una pluma.

Meto un trozo de pan en la tostadora. —Ese hombre es capaz de cualquier cosa, mamá.

—Necesito unas vacaciones —mamá suspira mientras limpia las superficies. Parece estar sumida en sus pensamientos por un momento—. Y además está el maldito Alistair con el que lidiar también.

—Él es bastante inofensivo —digo, cogiendo un cuchillo del cajón —. Solo te quiere toda para él.

—Pero incluso tiene celos de los chicos.

Yo sabía esto, pero es la primera vez que escucho a mamá decirlo en voz alta. Normalmente lo defiende o pone excusas por su ridículo comportamiento. —Menuda pareja formamos, ¿no? ¡Con nuestras relaciones disfuncionales!

—La vida es corta —mamá se seca las manos—. Demasiado corta para desperdiciarla en relaciones que nunca nos harán felices.

—¿Hablas de ti o de mí?

—De ambos, supongo. Por mucho que me duela vuestra ruptura con Kerry, eres mi hijo y lo único que me importa es que seas feliz —nos quedamos en silencio un momento y luego mamá vuelve a hablar—. En fin, ¿cuáles son tus planes ahora? ¿Vas a quedarte aquí un tiempo?

—Todo el tiempo que pueda soportar dormir en esa habitación. Realmente, debería pensar en alquilar algo para poder tener a los niños. Supongo que todo estará en el aire hasta que se finalice el divorcio.

—¿Y después qué?

—Supongo que podré vivir como siempre estuve destinado a hacerlo.

—Solo queda tu padre por afrontar.

—Deja de llamarlo así, mamá. En serio, si esto continúa, tendré que ver cómo conseguir una orden de alejamiento. Pero no puedo involucrar a la policía todavía, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Para empezar, no sé dónde está viviendo, así que no podrían notificarle la orden. En cualquier caso, creo que tendré que enfrentarme a él, para poder librarme de él.

—No sé yo... —mamá me pasa una tostada—. De hecho, no me parece una buena idea en absoluto —se queda en silencio de nuevo unos segundos—. Voy a pedir que valoren esta casa hoy mismo. Ya es hora de seguir adelante.



—Había más de *cuarenta* mensajes en el contestador —me informa Annie mientras reviso la agenda de mis citas—. Pero todos eran en silencio.

—¿Te importaría revisar la línea? —respondo, aunque mi instinto me dice que es BF asegurándose de que siento su presencia tanto en mi lugar de trabajo como en todas partes. Genial. El chalado definitivamente me está acosando. Recojo mi correspondencia del casillero y camino por el pasillo hasta mi consulta. Cómo ha cambiado la vida en las últimas semanas. Hace tres semanas, Russell aún estaba vivo. El pensamiento casi me deja sin aliento. Su funeral podría celebrarse en cualquier momento, pero no me informarían, así que debo seguir revisando las esquelas.

Me alegra que Laura llegue tarde esta mañana. Normalmente me molesta, pero me da unos momentos para comprobar algunas cosas. Escribo Russell Lawson en Google. Aparecen los habituales reportajes de noticias: siguen buscando más testigos. Añado las palabras *esquela* a su nombre. Efectivamente, aparece lo que estoy buscando. Solo se publicó ayer.

*Russell Lawson, de 36 años, amado esposo de Davina, padre de Eloise e hijo de Joyce y Allan. Falleció trágicamente el jueves 19 de marzo. El funeral se celebrará en el Crematorio de Leeds el martes 9 de abril*º *a las 11:30 h. Solo flores de la familia, por favor, los donativos deben hacerse a CRUSE.*

Es dentro de seis días. Deben haber tomado todas las pruebas necesarias de su cuerpo y lo han liberado. *Tengo* que asistir. Él significaba más para mí que todos los demás en su vida juntos. Me sentaré en la parte de atrás, presentaré mis respetos y luego me iré. Apenas notarán que entro y salgo.

—¡Buenos días, Ed! —Laura entra enérgicamente en la consulta —. Tenemos un día ocupado, según la agenda. —Cuelga su abrigo en el respaldo de la puerta—. También hay una cita de última hora que acaba de llegar para la hora de comer. Annie pregunta si podrías atenderla. Aparentemente han pedido específicamente por ti.

—Sí, está bien. Nunca rechazamos a los clientes, ¿verdad?

—Probablemente sea alguien que quiere blanquearse los dientes antes de una boda o algo así. —Ajusta las persianas.

Laura sigue parloteando y realmente no para durante el resto de la mañana. Quizá sea una distracción bienvenida para los pacientes mientras están en el sillón, pero a mí me resulta irritante. Incluso más de lo normal hoy. Normalmente la soporto desconectando como hago con los gemelos. Puedo decir *sí* y *de verdad* en todos los momentos adecuados y actuar como si estuviera pendiente de cada palabra. Es una habilidad que todos los padres necesitan dominar.

A la una mi estómago está rugiendo. Estoy pensando en pedirle a Laura que llame a la sandwichería y haga un pedido para ambos, pero recuerdo que tengo ese paciente extra programado y su llegada es inminente.

—Voy un momento al baño, Laura. Si llega ese paciente, acomódale. Volveré enseguida.

—Como digas.

Me entretengo en el servicio, agradecido por los pocos minutos de paz. Respiro profundamente antes de volver a la consulta. Mi paciente está sentado en el sillón, sonriendo estúpidamente mientras dejo que la puerta se cierre tras de mí.

—¿Qué demonios...? ¿Cómo diablos has entrado *tú*? —le miro fijamente.

—¡Ed! —exclama Laura, mirando a la persona en el sillón—. ¿Qué ocurre?

—¡Fuera! —me dirijo hacia el sillón y tiro de su brazo. No se mueve.

—¿Os conocéis? —Ella retrocede hacia la ventana, mirando de mí a él y luego de nuevo a mí.

—Tengo una cita. —Su voz no ha cambiado ni un ápice. *Todavía* me provoca miedo por la espina dorsal. Vuelve a sonreír—. Edward. ¿Es esa forma de recibir a tu padre después de tanto tiempo?

—¡Tu padre! —pregunta Laura—. ¡Dijiste que estaba muerto!

—Para mí lo está —respondo—. Y lo estará de verdad si no se marcha... ahora. —Agarro su brazo de nuevo—. He dicho *fuera*.

Entonces se levanta de un salto, ya no me supera en altura pero aún es capaz de provocarme el mismo escalofrío de temor que

siempre pudo. —No voy a *ninguna parte*. Tenemos asuntos pendientes. Quizá podrías pedirle a tu ayudante que nos dé unos minutos de privacidad.

Ella ya está retrocediendo hacia la puerta de todos modos. —¿Quieres que llame a alguien, Ed?

—No. Tómate ahora tu descanso para comer. —Hablo sin apartar la mirada de BF. Hay objetos punzantes por todas partes y no confío en él ni un ápice—. Siéntate allí —digo, señalando el sofá en la esquina.

—No acepto órdenes tuyas —responde, sin moverse—. Estoy bien aquí.

Me aparto de él y traslado la bandeja de instrumentos quirúrgicos desde la mesa auxiliar hasta la repisa trasera. —¿Qué es lo que quieres?

—Sabes lo que quiero. *Tú* arruinaste mi vida, y ahora vas a pagar por ello.

—Arruinaste tu *propia* vida*.* Y ya no hay nada más que puedas hacer para herirme.

—Oh, creo que ambos sabemos que eso no es cierto, ¿verdad? —Tiene exactamente el mismo aspecto. Su pelo ha retrocedido un poco y su cara tiene arrugas, pero apenas ha envejecido. Parece estar en plena forma y me pregunto cómo me irá si llegamos a las manos.

—Quiero que te largues y dejes de acosarme. O iré a la policía.

Se ríe ahora. —Eso no sería buena idea, ¿verdad, hijo?

—¡No me llames así! ¡*No* soy tu hijo!

—¿Sabes lo dura que ha sido mi vida por *tu* culpa? ¿Lo difícil que es encontrar una relación o conseguir cualquier tipo de trabajo después de la vergüenza que me hiciste pasar? —Me agarra por la nuca, como solía hacer cuando era más joven. La fuerza de su agarre me deja sin aliento.

—¡Suéltame!

—Lo haré cuando consiga lo que vine a buscar. —Se da una palmadita en el bolsillo superior con la mano libre—. No eres el único con instrumentos afilados. Lo que tengo aquí asegurará que nunca vuelvas a ver la luz del día.

Lo sabía. Y si no hago algo ahora, no tengo ninguna duda de que llevará a cabo sus amenazas. Así que me lanzo a por la inyección anestésica, que está preparada en mi bandeja, le clavo la aguja y presiono. Apuntaba al lado de su cuello pero le di en el hombro.

—Aaargh. —Se arranca la jeringa—. ¿Qué coño llevaba eso?

Laura vuelve a la puerta flanqueada por el personal de seguridad del edificio. Dos hombres fornidos levantan a BF y lo dirigen hacia la puerta.

—No puedo sentir el brazo —grita—. El cabrón me ha clavado algo. ¡Deberíais estar arrastrándole a *él* fuera, no a mí!

—¿Necesitamos llamar a la policía? —pregunta uno por encima del hombro.

—Nada de policía —digo—. Es malo para el negocio... a menos que vuelva, claro.

—¿Estás bien? —Laura camina hacia mí.

Uno de los socios principales, Justin, aparece enmarcado en la puerta. Hace un gesto con la cabeza a Laura—. ¿Nos das un minuto, por favor?

Ella sale rápidamente. No puedo evitar compararme con Justin mientras se dirige hacia mí: él tan seguro de sí mismo, con todo perfectamente organizado en su vida. Mientras que la mía es un absoluto desastre.

—¿Qué ha pasado, Ed?

—*Ese* era mi padre.

—No lo entiendo. —Justin entra en la consulta y la puerta se cierra suavemente tras él. A lo lejos, todavía puedo oír gritos y golpes mientras, espero, escoltan a BF fuera del edificio—. ¿Tu *padre?*

—Me dio una paliza cuando era adolescente. Grave. Y me mandó al hospital. Fue a la cárcel por ello.

—Y ahora ha vuelto... ¿es eso lo que estás diciendo?

—Me está acosando.

—¿Y por qué no llamar a la policía? —Justin parece impasible—. ¿Por qué clavarle una aguja? Podríamos perder nuestra licencia para ejercer.

—Por supuesto que no. Además, ¿quién está al mando aquí? Esta es *mi* consulta.

—Como socio principal, tengo todo el derecho a intervenir, en realidad. Perderemos a todos nuestros pacientes con un episodio como este.

—No es *tan* grave. —¿De qué estoy hablando? Por supuesto que lo es.

—Ed, sé que tienes un montón de cosas pasando en tu vida ahora mismo. —Justin me toca el hombro—. ¿Por qué no te tomas un tiempo libre? Ponlo todo en orden.

—Porque no me gusta que me digan lo que tengo que hacer. —Mi mandíbula palpita por el estrés.

—Ya lo sé. Pero no te estoy *diciendo* qué hacer... no puedo. Sin embargo, como colega*,* y como amigo, te lo *aconsejo*. Todos mantendremos el fuerte, así que no tienes que preocuparte.

Sé que tiene razón. Pero sin alguna apariencia de rutina y normalidad, probablemente me derrumbaré. Aun así, si no estoy *aquí*, es un lugar menos donde BF puede encontrarme.

Es una lástima que me quedara un par de centímetros corto cuando le di con el anestésico. Debería haberle dado en la tráquea.

24

TONY

CUANDO ACORDAMOS NUESTRA «TRANSACCIÓN», usted me aseguró que sería un proceso claro y sencillo sin peligro de repercusiones.

Sin embargo, había cámaras donde no debería haberlas y gente saliendo de la nada con historias sobre por qué la gente podría haber querido matar a Lawson. Así que quiero otros treinta mil como liquidación total y definitiva.

De momento estoy manteniendo un perfil bajo, pero quiero alejarme bastante de aquí. Más dinero significa que puedo hacerlo. Si se niega, le arrastraré conmigo. Encuéntrese conmigo en el mismo lugar que antes. Mañana a las nueve de la noche. Solo en efectivo, obviamente.

Así que tiene veinticuatro horas. Si no aparece, le haré a usted lo mismo que le hice a él. Sin la parte placentera, entiéndame. Usted tiene más que perder que yo. Mucho más.

Nos vemos mañana.

25

KERRY

—Tendrás que dejar una nota en secretaría —dice la señora Richardson, levantando la mirada del registro—. ¿Estuvieron enfermos los dos al mismo tiempo?

—Eh, no —empiezo.

—Fuimos a ver a nuestra abuela —explica George mientras se une al resto de la clase en la alfombra.

—A nuestra *otra* abuela —añade Alex, dejándose caer a su lado —. Vive muy lejos.

Gracias, chicos, quiero decir, pero en lugar de eso, muestro mi cara más arrepentida y digo: —Tenemos muchas cosas pasando en este momento, yo...

Ella parece impasible. —¿Sabes que el colegio tiene una política de tolerancia cero con las ausencias durante el período lectivo?

—Se trata de una circunstancia atenuante. —No voy a quedarme aquí discutiendo con esta profesora engreída, rodeada de oídos atentos de todos estos niños de cinco años. Probablemente solo esté molesta porque no vine ayer a escuchar a los lectores—. Iré a ver a la directora ahora.

—Una nota será suficiente. —Su voz es cortante—. La directora está ocupada esta mañana.

—Dado que estoy pagando casi dos mil quinientos cada mes por mis hijos para que estén aquí —espeto—, estoy segura de que puede dedicarme cinco minutos de su precioso tiempo. —Mientras digo esto, soy muy consciente de que si Ed no paga las cuotas del mes que viene, puede que tenga que sacarlos de aquí y llevarlos a la escuela pública.

Camino por el opulento pasillo que está repleto de trofeos y reconocimientos. La directora *está* demasiado ocupada para verme y la administradora me dice secamente que escriba una nota que será "considerada".

—Aunque es posible que recibáis una multa —añade.

Adelante. Me pregunto si son igual de bruscas con todos los padres o solo conmigo. Quizás pueden ver a través de mi esencia de "Kerry Barnes". Estoy desesperada por seguir mi rutina habitual de ir al gimnasio, pero sé que hoy me llama el deber. Mi cita de asesoramiento legal con Annette Waller para empezar a contraatacar a Ed no es hasta dentro de dos horas. Estoy aceptando que nuestro matrimonio se ha acabado —tengo que hacerlo—. Luchar por la supervivencia parece ser en lo que tengo que concentrarme ahora. Primero, voy a pasar por la tienda.

El indicador de gasolina del Range Rover está casi vacío. Suspiro, sabiendo cuánto cuesta llenarlo y el solo hecho de tener que considerarlo me deprime enormemente. Este tipo de pensamientos no ha sido necesario durante mucho tiempo.

Estoy agotada esta mañana después del viaje de vuelta desde casa de mi madre ayer, que casi acabó conmigo. Los niños durmieron durante gran parte del viaje, lo que significó que fueron unos demonios a la hora de acostarse.

Luego durante la noche, igual que me pasó en casa de mi madre, escuché golpes en la puerta. Con suerte, solo es mi mente jugándome malas pasadas. Seguramente si alguien viniera a nuestra puerta, ¿no tocaría simplemente el timbre? Pero oí un motor de coche —y estoy segura de que era el mismo motor otra vez—, un

diésel. En fin, me llevó mucho tiempo conciliar el sueño después de eso. Tal vez era Ed comprobando qué hacía yo... no lo sé.

Mandy está atendiendo a alguien cuando entro. La señora me sonríe mientras pasa junto a mí hacia la salida con una bolsa rebosante.

—¿Cómo va todo? —digo con alegría, echando un vistazo a mi preciosa boutique. Espero por Dios poder conservar todo esto.

—No podemos quejarnos —responde Mandy—. La gente está comprando ropa para las vacaciones ahora. Estamos llegando al punto en que necesitaríamos comprar más existencias.

—Lo sé. Pero tendrá que esperar una o dos semanas.

—¿Averiguaste algo sobre esa gran retirada de dinero? —Mandy se sienta en el taburete detrás de la caja y se echa el pelo hacia atrás—. ¿Y qué pasa con la nueva tienda?

—Todo está un poco en el aire en este momento. Lo siento, no puedo decirte más que eso; ni siquiera yo lo sé.

Su rostro se ensombrece. —¿Habrá suficiente en la cuenta para pagarme el sueldo de este mes? No puedo trabajar gratis, ¿sabes?

—No esperaría que lo hicieras.

Puede que tenga que hacerme cargo de esto yo sola y prescindir de Mandy, por cómo pintan las cosas.

—Voy a ver a una abogada dentro de una hora. —Hago una pausa, y luego decido que podría contarle—. Está bien, si quieres saberlo, Ed ha vaciado *todas* nuestras cuentas, así que voy a ver qué puedo hacer al respecto. Pero no te preocupes, tu salario será prioritario.

—Dios, debes estar muy estresada. —El filo ha abandonado su voz—. Seguramente tendrás derechos, ¿no?

—Eso es lo que necesito averiguar —respondo—. Y te he contado esto con la más estricta confidencialidad. Por favor, no repitas nada de esto a nadie más.

—Por supuesto que no. —Pero mi instrucción debe tocarle un nervio porque añade—: Tu amiga, ¿Alison, verdad? Estuvo aquí de nuevo ayer, preguntando por ti y preguntándose por qué no has ido al gimnasio. —Noto que su cara está sonrojada mientras habla.

—Bueno, como dije antes, no le cuentes nada. No es asunto de nadie más. Todo se solucionará, de una manera u otra. —Hablo con una convicción que realmente no siento—. Me tomaré un té rápido y luego iré a ver a esta abogada en Harrogate.

—Pondré la tetera. —Mandy se levanta de un salto y noto lo bien que le queda uno de los vestidos de nuestra colección de primavera. Tiene una figura espectacular y las clientas suelen pedir lo mismo que ella lleva puesto. Mientras tanto, yo apenas puedo permitirme ropa nueva en estos momentos.



Pongo una hora en el parquímetro del centro de Harrogate. Estoy bastante segura de que mi consulta gratuita no superará los treinta minutos asignados. Paseo por el nuevo centro comercial y las elegantes casas de té, hacia la calle donde parecen concentrarse todos los abogados. Me indican que me siente mientras la impecable recepcionista anuncia mi llegada a través de un interfono.

—Señora Huntington Barnes —anuncia unos momentos después. Soy la única persona en la sala de espera, así que no sé por qué miro alrededor—. La señora Waller la recibirá ahora.

Al ponerme de pie, me siento mareada —no he desayunado, así que no es de extrañar. Tampoco comí casi nada anoche. Sin embargo, bebí bastante vino, lo que redujo aún más mi apetito. Rebusco en mi bolso y encuentro una barrita de Rice Krispies. Una de las ventajas de la maternidad es que casi siempre hay algo en mi bolso para todo tipo de emergencias. Me dejo caer de nuevo en la silla—. Lo siento. Me he mareado. Creo que es todo el estrés y porque no he comido.

—¿Puedo traerle algo de agua? —pregunta la recepcionista, levantándose de detrás de su escritorio. Me siento fatal al fijarme en su impecable falda de tubo y sus tacones. Miro mis vaqueros y zapatillas, dándome cuenta de que debería haberme arreglado más. Pero ahora mismo voy dando tumbos de un día para otro —

intentando sobrevivir y apenas recordando cepillarme el pelo la mitad del tiempo.

—Sí, gracias. Estaré bien en un momento. Cuando recupere el azúcar en sangre. Creo que me levanté demasiado rápido.

—Informaré a la señora Waller.

Cuando por fin entro, he desperdiciado más de diez minutos de mi cita. —Lo siento muchísimo —le digo a la mujer elegantemente vestida detrás del escritorio—. Me he sentido indispuesta.

—¿Se encuentra mejor ahora? —Se levanta y me ofrece la mano —. Anita Waller. Especialista en Derecho de Familia. Tome asiento.

—Sí, gracias. Soy Kerry Huntington-Barnes. Gracias por recibirme con tan poca antelación. —Recorro con la mirada su despacho donde se exhiben todos sus reconocimientos enmarcados.

—No hay problema. Sin duda sabrá que esta es solo una consulta inicial. Desafortunadamente, tengo otra cita justo después de usted, así que solo disponemos hasta y media.

Me maldigo a mí misma. No puedo creer que haya metido la pata en una cita tan importante. Será mejor que hable rápido.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Mi marido acaba de abandonarme a mí y a mis dos hijos. Y ahora ha vaciado todas nuestras cuentas conjuntas y ha sacado una cantidad considerable de mi cuenta del negocio.

—Un momento. ¿*Su* cuenta del negocio? ¿A qué tipo de negocio se dedica?

—Tengo una boutique de ropa. Se supone que iba a abrir otra, pero Ed —Edward, mi marido, es un socio silencioso. Él aportó la mayor parte del dinero, cuando empecé, quiero decir.

—¿Y a qué se dedica *él*? —Está apuntando cosas.

—Tiene su propia clínica de odontología cosmética. Además, ganó una fortuna con Bitcoin hace unos años. Tiene muy buena posición económica, así que no entiendo por qué vaciaría nuestras cuentas.

—¿Puede demostrar lo que había en ellas antes de que las vaciara? —Tiene un rostro severo. Confío en que defenderá mis intereses. Parece tener unos cincuenta y pocos años y, según los testimonios de su página web, parece haber conseguido acuerdos

para muchas esposas en proceso de divorcio. Me gustaría preguntar sobre su tasa exacta de éxito en términos de inclinar la balanza a favor de la mujer, pero de alguna manera parece grosero.

—Puedo conseguir extractos. No puede cerrar las cuentas, ¿verdad?

—No si son conjuntas. Su firma tendría que estar en un formulario de cierre de cuenta. ¿Qué hay de su casa?

—Está todo a su nombre. La compró al contado. Y apareció la otra noche, queriendo que le dejara entrar. Verá, su padre está rondando por ahí. Le dio una paliza cuando era adolescente y fue a prisión. Y ahora le está amenazando. —Estoy parloteando, probablemente dándole demasiada información en el proceso.

—¿Por qué les ha dejado a usted y a sus hijos?

Trago saliva. —Es todo un desastre. Es homosexual. Ha estado teniendo una aventura con alguien.

—¿Un hombre?

—Sí. —Ya está. Lo he dicho en voz alta. Todavía no puedo creer que Ed se casara conmigo. Debía saber que algún día me haría esto.

Me mira, pero su expresión no revela nada. Supongo que lo habrá oído todo a lo largo de los años.

—¿Tiene a alguien que le represente?

—Sí. —Saco mi carta de MSB Abogados y se la pongo delante.

—Bien, de acuerdo. Le pediré a mi asistente que haga una copia de esto. —Pulsa un botón con un dedo perfectamente manicurado—. Clare, ¿podrías hacer una copia de una carta de la señora Huntington-Barnes cuando vuelva a recepción dentro de unos momentos? Y que rellene un formulario de información personal. —Hace una pausa—. Gracias. —Se vuelve hacia mí, su rostro iluminado por la ornamentada lámpara de escritorio que tiene al lado —. Necesitaremos un pago a cuenta. En este caso, serán 1.000 libras para que yo abra su expediente y comience a trabajar en él. Puede pagar por transferencia directa o con tarjeta en recepción. No podremos redactar su documentación hasta que se haya pagado, y mi tarifa de contratación es de 280 libras por hora.

—Como acabo de mencionar, mi marido ha vaciado prácticamente nuestras cuentas y tengo que cuidar de dos niños de

cinco años. ¿No puedo obtener asistencia jurídica gratuita o algo así?

—Me temo que la asistencia jurídica gratuita ya no está disponible para asuntos familiares —responde—. Por supuesto, podría representarse a sí misma, pero le aconsejaría que no lo hiciera. Puede ser un proceso complicado y prolongado, y necesitará representación para asegurarse de recibir lo que le corresponde. —Mira su reloj.

Probablemente está intentando deshacerse de mí, pero continúo. —¿Qué quiere decir? ¿A qué tengo derecho?

—Bueno, así de primeras, como mínimo, tendrás derecho a quedarte en la casa hasta que tu hijo menor termine la educación a tiempo completo, y tu marido estará obligado a pagar la manutención de los niños. Será necesario un proceso de liquidación respecto al dinero que ha retirado de las cuentas conjuntas, y tendrás derecho a una parte de sus otros bienes. Pero como te digo, no puedo empezar a representarte hasta que reciba tu pago a cuenta.

—Lo conseguiré. —No puedo creer que tenga que considerar cómo voy a reunir mil libras. Qué pesadilla.

—Tan pronto como tengamos eso, escribiré a los abogados de tu marido y pediré una explicación sobre la situación del movimiento de dinero. ¿Alguno de vosotros planea solicitar el divorcio en esta etapa?

—Él sí.

—Bueno, podemos discutirlo más a fondo en nuestra próxima cita. Rellena el formulario al salir y concierta una cita de sesenta minutos para una discusión más detallada cuando hayas realizado tu pago. —Mira hacia la puerta.

—Gracias por su tiempo —digo, levantándome y ofreciéndole mi mano nuevamente.

Ella mira mis vaqueros y zapatillas deportivas y me siento como un espécimen bajo su microscopio. —Cuídate —dice.

Las lágrimas están punzando en la parte posterior de mis ojos mientras salgo de su oficina para volver a recepción. Como si las cosas hubieran llegado a este punto. Hago cálculos mentales sobre el pago a Mandy, llenar el coche de gasolina, mi cuota del gimnasio,

las tasas escolares y la comida. Quiero llorar. Tendré que pedirle ayuda a alguien, pero mi lista de personas potenciales es más que corta. Nunca me he sentido tan sola.

Echo más dinero en el parquímetro y luego me dirijo a Wetherspoons. Necesito comer algo y quiero una copa de vino. Una no hará daño. Necesito aclarar mis ideas y averiguar qué demonios voy a hacer. Normalmente almorzaría en un lugar un poco más elegante, pero me siento cada vez más como Kerry Barnes de nuevo. Odio a Ed. No puedo creer a lo que me ha reducido.

La copa grande de vino blanco no me dura nada mientras espero mi almuerzo entre el murmullo de conversaciones animadas a mi alrededor. Entro en la banca online. 836 libras disponibles y eso incluyendo mi descubierto de 200 libras. Mierda.

Luego accedo a la cuenta bancaria de mi negocio. No puedo creer que solo haya dos mil quinientas libras allí. Le debo a Mandy más de cuatro mil por el salario de este mes y el próximo. Saco mi lista de contraseñas del monedero y entro en nuestra cuenta corriente conjunta y nuestra cuenta de ahorros conjunta. Me pregunto si se habrá ablandado y habrá devuelto el dinero. No lo ha hecho. Solicito un extracto para ambas cuentas, listo para la abogada.

—Gracias —digo mientras una camarera aparentemente muy ocupada deja un plato frente a mí. No es la mejor ensalada que he visto jamás, pero tengo que meter algo de comida en el cuerpo. Pero ¿cómo voy a conseguir reunir mil libras para pagar a esta abogada? Pienso en mamá, en Marie, en mis amigos del gimnasio y luego en Adam. Sí, le pediré a mi hermano. No hemos estado en contacto por un tiempo, pero estoy segura de que me ayudará.

¡No puedo creer que me estés pidiendo dinero! ¿Estás bien?

Siempre es rápido respondiendo mensajes. Me he reído de él antes por estar pegado al móvil.

He estado mejor. Las cosas están un poco difíciles en este momento.

Mamá me lo contó. Intentaré pasarme a verte pronto.

Me gustaría.

Envíame tus datos bancarios y te haré una transferencia.

Las lágrimas llenan mis ojos otra vez. Nunca están lejos. Estoy tan contenta de que mi hermano esté dispuesto a ayudarme. Me siento un poco menos sola, pero todavía completamente deprimida. Mastico un trozo de pepino; me está costando tragarme esta ensalada pero tengo que absorber esta copa de vino. No quiero añadir conducir bebida a mi lista de catástrofes.



Estoy sola al borde del patio esperando a que salgan los niños. La señora Richardson ha bajado la persiana otra vez. Supongo que la noticia se ha extendido entre todos y ya saben que mi matrimonio se está rompiendo. Estoy segura de que las otras madres me evitan más desde que Ed se fue, quizás porque no saben qué decir, y ¿qué pueden decir sin parecer entrometidas?

Una vez más, no puedo afrontar la idea de volver a casa. Es una tarde agradable y los gritos de emoción de los niños me proporcionan un mínimo de calidez mientras aparcamos en el estacionamiento al borde del parque. Quiero tumbarme en la hierba y simplemente verlos jugar, pero no me permitirán ese lujo.

—Empújame, mami.

—¡Mira lo que puedo hacer, mami!

—¿Puedes atraparme al final del tobogán?

—¿Podemos tomar un helado?

Eso parece mantenerlos callados durante unos minutos. Se sientan, uno al lado del otro en los columpios para niños pequeños, lamiendo sus helados mientras yo me siento en un banco frente a ellos y dirijo mi atención a ver si Adam ya me ha transferido el dinero. Cuando levanto la mirada unos momentos después, un hombre está hablando con ellos. Me levanto de un salto y corro hacia delante. ¿Cómo he podido ser tan descuidada y quitarles los ojos de encima?

—¿Puedo ayudarle? —digo.

—Creo que probablemente sí. —Sonríe a los niños, luego a mí. Algo en él me resulta familiar y me esfuerzo por ubicarlo.

—¿Quién es usted? —Aunque en realidad, lo sé.

—Kerry. —Se ríe. *¿Detecto un trasfondo de amenaza en esa risa?* —¡Sabes perfectamente quién soy!

26

ED

No le he contado a mi madre que voy a ver un piso esta tarde. Creo que le gusta tenerme cerca, especialmente con todo lo que está pasando. No puede decirse lo mismo de Alistair. Siempre me ha dejado al margen, pero ahora me ignora totalmente. No soporto el ambiente y tampoco quiero meter a los niños en esto. Además, no aguanto dormir en mi antigua habitación. Cada noche que me acuesto en esa cama, vuelvo a tener dieciséis años y eso no me está haciendo ningún bien.

Soy un hombre de treinta y dos años con recursos económicos. No debería estar durmiendo en el dormitorio de mi infancia. El piso que voy a ver hoy no está muy lejos de la casa de Kerry. Los niños estarán encantados si lo cojo, ya que da al parque. *Parkside Mews.* La ironía del nombre no se me escapa.

Llego antes que el agente inmobiliario y me quedo esperando en la zona del interfono. Parece seguro y además tiene parking subterráneo. La seguridad es justo lo que necesito en este momento, ya que estoy harto de mirar por encima del hombro, comprobando si BF aparece en cada esquina.

Una mujer finalmente llega en un Mercedes. Al principio la miro dos veces porque es idéntica a Kerry. El mismo pelo corto rubio fresa. Como Kerry, no es muy alta y, aunque no puedo ver sus ojos

detrás de las gafas de sol, apuesto a que también son verdes. Aunque viste completamente diferente. Estira una pierna fuera del coche, revelando tacones y un traje de pantalón. Kerry vive en vaqueros y Converse estos días. Puede que no me atraigan las mujeres, pero puedo apreciar cuando alguien se ha esforzado por arreglarse o, en el caso de Kerry, cuando no lo ha hecho.

—Penny Foster —anuncia la mujer, ofreciéndome su mano—. Usted debe de ser el señor Huntington. Estoy aquí para enseñarle el piso.

—Gracias —acepto su apretón de manos—. Sí. Genial. Bueno, hasta ahora todo bien. ¿Es un piso en un piso superior?

Saca un manojo de llaves de su bolso. —Mmm sí, creo que sí. ¿Será eso un problema?

—No. Es lo que estoy buscando.

—¿Y es solo para usted? —pulsa el número tres dentro del ascensor.

—Sí. Principalmente. Y mis dos hijos los fines de semana.

—¿Qué edad tienen?

—Gemelos de cinco años —sonrío. Les encantará subir y bajar en el ascensor. Solo espero que me guste el interior del piso. Todo parece un paso positivo hacia adelante.

La agente inmobiliaria frunce el ceño. —Normalmente no permitimos niños menores de diez años. Los otros residentes podrían quejarse.

—Se portan muy bien —mi voz hace eco en las paredes de mármol del ascensor—. Y solo hablamos de una o dos noches a la semana. Les encantaría estar tan cerca del parque.

—Bueno, si fueran bebés, sería un rotundo no. Tendré que consultarlo con mi jefe; probablemente dirá que sí, ya que él también tiene niños pequeños, pero eso podría cambiar si otros residentes se quejasen.

Joder. Podría comprar y vender este lugar una y otra vez, pero quiero un alquiler de inmediato. No tengo tiempo para esperar a que se complete una compra. Y probablemente tendría que esperar hasta que se resuelva todo este asunto del dinero de todos modos.

Llegamos a la puerta del piso catorce. Lo primero que busco al entrar es la seguridad. Una casilla marcada: hay una cerradura de seguridad de cinco pestillos, cerrojos en el interior y una mirilla.

—¿Esta es la única entrada y salida?

—Así es —apunta la llave hacia la cerradura—. Y todos los pisos tienen alarma.

Mientras miro alrededor, casi puedo oír a George y Alex peleándose por quién se quedará con qué habitación. Los dos querrán la que da al parque en lugar de a la calle y tendrán que pelear en silencio por lo que parece.

El Parkside Hotel es apenas visible en la distancia. A Russell le habría gustado esto. Creo que es donde habríamos acabado eventualmente, buscando un lugar juntos.

—Lo cojo —digo, después de pasear por las habitaciones y hacer preguntas sobre el aparcamiento, el depósito y las referencias—. ¿Cuándo puedo mudarme?

El interfono interrumpe su respuesta. Observo mientras levanta el receptor y habla con la pantalla. —Lo siento, señor, este ya está alquilado —dice—. Pero le abriré para que pueda ver el que tenemos al lado.

—¡No! —exclamo, mirando la pantalla—. No le dejes entrar. Es peligroso. Es...

Parece aterrorizada cuando le agarro la mano para evitar que pulse el botón. Su mano vuela inmediatamente a su bolso y saca su teléfono, mientras simultáneamente se dirige hacia la salida.

—No salgas ahí —vuelo hacia la puerta—. Ciérrala con llave. ¡Lo digo en serio!

—¡No puede hacer esto! —su voz suena estridente en el piso vacío—. ¡No puede retenerme aquí!

—¡No estoy intentando retenerte aquí! —Mierda. Piensa que estoy intentando secuestrarla—. ¡Estoy intentando evitar que salgas ahí! Confía en mí, ese hombre de ahí fuera... es realmente peligroso.

—Policía, por favor. Rápido.

Le quito el teléfono de la oreja. —No hay necesidad de llamar a la policía.

—¡Devuélvamelo! ¡Socorro! —grita—. ¡Rastrearán mi llamada! ¡Por favor! ¡Déjeme salir!

—No voy a hacerle daño. Ese hombre de ahí fuera... me está acosando. Es mi padre. Es violento. Dios, siento que se haya visto arrastrada a esto.

Sus hombros se hunden. —Gracias a Dios. Por un momento pensé que estaba en problemas.

—Todavía podríamos estarlo —digo, comprobando el cerrojo de la puerta—. Si alguien más lo deja entrar.

Me precipito hacia la ventana, pero no hay rastro de él. Hay un coche de color oscuro que no estaba allí cuando llegué. Espero por Dios que no haya conseguido entrar en este edificio. Que esta mujer esté aquí conmigo también lo hace mucho peor. Odio haber involucrado a una inocente en todo esto.

—Supongo que ya no querrá alquilarme este piso, ¿verdad? Es una lástima. Me gustaba bastante este sitio. Aunque, pensándolo bien, él ya sabría dónde encontrarme —señalo con la cabeza hacia la ventana—. ¿Cómo ha conseguido concertar una visita aquí a la misma hora que yo?

Parece pensativa. —Ah, sí... Me llamó la atención que tuvierais el mismo apellido. No es un apellido muy común, ¿verdad? En fin, él telefoneó justo después de que te marchases de la tienda ayer.

—¿Cómo habría sabido en qué piso estaba interesado? ¿Se lo dijo usted?

—Por supuesto que no. Quizás te vio mirando los anuncios de fuera. Como te dije, solo habían pasado unos minutos antes de que preguntara. Y tenía sentido programar las visitas a la misma hora.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Será mejor que llame a mi oficina y les informe de dónde estoy. Creo que también deberíamos volver a llamar a la policía. Quizás vengan de todos modos si mi llamada anterior se conectó, pero si este hombre, tu *padre*, es tan peligroso como dices, entonces los necesitamos aquí.

—Preferiría que no se involucrasen —digo, y luego—: Oh, qué demonios. No puedo luchar contra él yo solo nunca más. Estoy de acuerdo, los necesitamos aquí.

—Hola. Soy Penny. Pensé que debería informaros de que estoy enseñando uno de los pisos en Parkside Mews, y hay un hombre desagradable merodeando fuera. Actualmente estoy encerrada en un piso con su hijo —hace una pausa por un momento.

—Sí. Sé cómo suena, pero estoy bien, creo. No sé si la policía está en camino... intenté llamarlos, pero...

Ambos damos un respingo al oír los golpes en la puerta. —¡Policía!

—Debe de haberse conectado. Gracias a Dios —Penny se levanta de un salto y abre la puerta—. ¿Había alguien merodeando? Abajo, quiero decir.

—No que hayamos notado.

Ambos agentes de policía llevan todo tipo de equipamiento. Mi mirada se detiene en la pistola táser. Es una pena que no hayan venido con armas de verdad. Si BF hubiera seguido aquí, podrían haber disparado al cabrón. No puedo creer que esté merodeando así.

—Bien. ¿Quiere contarnos qué ha estado pasando y por qué la llamada al 112 se cortó?

—Fui yo quien cortó la llamada —me siento estúpido ahora. Debería estar usándolos para que me ayuden—. Estaba entrando en pánico con él intentando entrar. Es mi verdadero padre, ¿sabe? Me está amenazando.

—Con mayor razón deberías habernos querido aquí —dice el otro —. Entonces, ¿cuál es la historia?

—Me dio una paliza bastante grave cuando tenía dieciséis años y me hospitalizó. Incluso cumplió condena por ello. Y ahora me ha localizado, después de años sin molestarme. Me ha estado acosando y amenazando a mi madre. Me preocupa que mis gemelos de cinco años y mi ex mujer también estén en peligro por su culpa. Es un desastre.

—Bueno, será mejor que lo encontremos, por lo que parece —mira alrededor—. ¿Hay algún sitio donde sentarse mientras tomamos algunos datos?

Penny señala un asiento empotrado en la ventana con vistas al parque. —Soy la agente inmobiliaria —dice—. Estaba enseñándole el

piso a este caballero. Ah, mi jefe está aquí.

Sigo su mirada hacia donde un Golf azul está aparcando. Pero el coche de color oscuro ha desaparecido. Maldita sea, ojalá hubiera anotado la matrícula.

Una hora después, me alejo conduciendo de lo que podría haber sido mi nuevo hogar. He prestado declaración y he dado a la policía lo que he podido. No tengo una dirección para BF ni la matrícula de su coche, pero tienen algo con lo que empezar. Me han aconsejado que lleve un registro de todo y que consiga su número de matrícula la próxima vez que tenga la oportunidad, para que puedan ocuparse de él.

Seguramente, ¿cómo me atacó antes tendrá algún peso ahora? Estoy tan desestabilizado con todo el asunto que estoy pensando en contratar a alguien para averiguar dónde se aloja, lo que debería acelerar las cosas para la policía. Ha afectado mi vida durante demasiado tiempo. Y ahora incluso está interfiriendo con mi capacidad para llorar a Russell.

Russell.

Cada vez que pienso en él, es como recibir golpes en la cabeza. Su ausencia ha dejado un vacío indescriptible dentro de mí. Voy a buscar un piso diferente con una agencia inmobiliaria distinta.

Sin haberlo planeado realmente, me encuentro frente a la casa de Kerry. Me sorprendo a mí mismo por pensar en ella como *la casa de Kerry*, después de todo, no hace mucho que era mi hogar. Pero quiero ver a los niños.

Kerry parece sobresaltada cuando abre la puerta. Puedo ver de inmediato que ha estado bebiendo. Ha perdido un montón de peso y parece realmente miserable. Me siento terrible. No puedo evitar ser quien soy, pero nunca debería haberla arrastrado a esto.

—Lo siento —digo, sorprendiéndome con mis propias palabras. No había planeado decirlas.

—¿Por qué? —se apoya contra el marco de la puerta y se cruza de brazos.

—Por todo. Lo arreglaré.

—Bueno, puedes empezar por solucionar lo de las cuentas bancarias. No sabes cuánto estrés me has causado esta semana.

—Vas a recibir una indemnización, manutención y quedarte con la casa —miro por detrás de ella hacia donde los niños vienen corriendo por el pasillo hacia nosotros—. Pero quiero que se haga oficial por los cauces adecuados.

—¡Papá! —George y Alex se lanzan hacia mí. Los acojo a cada lado.

—Es un milagro que se acuerden de cómo eres —resopla Kerry—. No puedo creer cómo te has comportado, Ed.

—Lo sé. Pero yo también he tenido muchas cosas —mi voz resuena por el porche—. Mira, mañana vuelvo a ver al abogado. Solo estoy siguiendo su consejo. Conseguiremos una mediación y buscaremos una solución. Tenemos que pensar en los niños, ¿no?

—¿Y qué hay de mi segunda tienda? —se yergue—. Lo has retirado todo. Has vaciado incluso todas las cuentas. ¿Por qué?

—Pero no soy el único que ha estado haciendo grandes retiradas, ¿verdad? Tú también te has dado un buen festín.

—¿Qué quieres decir?

—¿No vas a entrar, papá?

—Un segundo, cariño —atraigo a Alex más cerca de mí—. ¿Pensabas que no me daría cuenta? Solo moví el resto del dinero antes de que lo hicieras tú —bajo a los niños al suelo donde se quedan, flanqueándome a ambos lados.

—Papá, ¿vas a volver a casa ahora?

—Sí, papá. Necesito que me arregles la bici.

—¿Y si me los llevo a casa de mi madre? —revuelvo el pelo de George. Necesito desesperadamente pasar tiempo con ellos. Cada vez que me encuentro con BF, me hace querer ser un mejor padre. Últimamente no he sido muy bueno.

—Necesito que los lleves al colegio el martes por la mañana —dice Kerry sin responderme—. Tengo una reunión importante.

Me quedo pensando un momento. ¿Qué pasa el martes por la mañana? Entonces me golpea como un mazazo. Es el funeral de Russell.

—No puedo. Lo siento.

—He estado cuidando a nuestros hijos las veinticuatro horas del día, todos los días, ¿y tú no puedes ni llevarlos al colegio una sola mañana? Tienes tu propio negocio, Ed... seguro que puedes reorganizar las cosas.

—Estoy en un funeral —ella no sabe de quién, al menos, eso espero—.

—¿Qué funeral? —la sospecha habitual flota en sus ojos mientras seguimos mirándonos frente a frente desde el umbral.

—De un amigo.

—Odio lo que nos has hecho a todos. Odio...

—¡Deja de gritar, mamá!

Pobre Alex. *¿Qué les estamos haciendo?* —Id a esperar en el coche, chicos —doy un paso adelante—. Prepararé algunas cosas para vosotros. Podemos quedarnos en casa de la abuela esta noche. ¿Puedes vigilarlos un momento?

—No vas a poner un pie dentro de esta casa —Kerry se desplaza hacia un lado, bloqueando mi entrada—. No me fío de ti ni un pelo.

—Entonces esperaré aquí mientras les preparas los pijamas. Y asegúrate de mantener la puerta cerrada con llave esta noche —igual se lo digo—. Estaba mirando un piso antes y BF andaba por allí.

Los niños corren hacia el coche que hace un pitido cuando lo desbloqueo para ellos. —Poneos los cinturones y no toquéis nada —les grito. —Estaré allí en un segundo.

—¿Estabas mirando un piso? ¿Así que realmente se acabó?

Le interesa más el hecho de que haya estado mirando un piso que BF acosándome. —Sabes que se acabó. Nunca podré ser lo que tú quieres que sea. Lo siento mucho, Kerry.

—Así que preferirías haber estado persiguiendo a un cualquiera que no podía importarte menos. Se acostaba con todo el mundo.

Miro alrededor, esperando que ninguno de los vecinos esté en sus jardines. Es la primera vez que es tan directa sobre mi relación con Russell. —No quiero discutir esto contigo.

—Podrías haberme puesto en riesgo de sabe Dios qué —continúa—.

—Pero ese aspecto de nuestra relación no estaba sucediendo, ¿verdad, Kerry? —Es lo más amable que puedo decir. No necesito que me recuerde que Russell se acostaba con otros. Normalmente, podía apartarlo de mi mente y decirme a mí mismo que tarde o temprano, se daría cuenta de que yo era el único que podía satisfacerlo por completo. Sin embargo, a veces, su promiscuidad me carcomía como una enfermedad.

—Como si necesitara que me lo recordaras. De todos modos, te alegrará saber que ya tengo abogado.

—¿De verdad? —miro alrededor. Voy a tener que ocuparme de los niños en un minuto. Están rebotando por todo el coche—. Al menos pronto podremos empezar a arreglar las cosas oficialmente.

—Quiero algo de manutención y las tasas escolares para final de semana. Y hay facturas que pagar.

—No voy a pagar nada hasta que haya un acuerdo establecido, y entonces pagaré con efecto retroactivo. Al parecer, deberíamos ir a mediación.

—¿Cuánto tiempo va a llevar eso? ¡Tengo que cuidar de tus dos hijos, Ed!

—Intentaré que ocurra rápidamente. Tampoco quiero que las cosas se alarguen. Bueno, me voy a esperar con los niños —retrocedo un paso—. Tráeles sus cosas al coche cuando las tengas listas. Y no olvides lo que te dije sobre mantener la puerta cerrada con llave.

—Ya lo he visto —responde ella—. Y no me da miedo.

27

KERRY

La casa se siente vacía sin George y Alex. Incluso cuando están profundamente dormidos, puedo sentir su presencia aquí. Es difícil creer que hayamos pasado de ser, aparentemente, una familia feliz de cuatro a esto, en menos de un mes.

Me siento con una copa de vino en la mano mientras miro un programa en la televisión que ni siquiera me interesa. He intentado leer, coser y escuchar música para distraerme, pero nada funciona. Alargo la mano hacia la botella de vino para rellenar mi copa, derramándola cuando alguien llama a la puerta.

Miro por la mirilla de la puerta principal, pero está demasiado oscuro para ver algo. Doy un respingo cuando alguien golpea la ventana del salón, apenas atreviéndome a descorrer las cortinas por miedo a quién pueda encontrar allí.

Dije que no tenía miedo del padre de Ed, pero mentiría si dijera que antes no me inquietó. La forma en que nos miró me preocupó. Y lo que dijo no me dejó ninguna duda sobre el individuo peligroso e impredecible que ya sospechaba que era.

Echo un vistazo a través de las cortinas y no veo nada más que mi reflejo devolviéndome la mirada. Alguien está intentando abrir la puerta lateral.

—¿Quién es? —pregunto, con la voz temblando tanto en el silencio que apenas la reconozco. Unos pasos se alejan de la puerta y sigo su sonido mientras recorren todo el lateral de la casa, volcando el cubo de basura a su paso. Mierda. Mierda. Mierda.

—¿Quién anda ahí? —vuelvo a llamar. Dos figuras se reflejan en el cristal del invernadero y no puedo recordar si está cerrado con llave. Me apresuro hacia la puerta de cristal, y mis ojos se encuentran inmediatamente con los de uno de ellos que intenta abrir el tirador desde el otro lado.

—¡Adam! —abro la puerta de golpe y lo miro con alivio—. ¿Qué haces aquí? Me has dado un susto de muerte.

—¿Es esa forma de recibir a tu hermano pequeño? —Se agacha bajo la puerta y me envuelve en un abrazo—. He venido a comprobar que estás bien. Tienes un aspecto horrible.

—Gracias, hermanito —me recuesto en su hombro, incapaz de recordar el último abrazo que recibí. Se siente bien. La mujer que está a su lado se aclara la garganta.

—Perdona. Esta es Laura.

—Encantada de conocerte —ofrece su mano.

Me aparto de Adam e inmediatamente me siento inadecuada. Ella es alta y delgada, con largo cabello rubio y una tez de melocotón que se puede apreciar incluso con la luz del atardecer. Si no me sentía lo suficientemente desaliñada antes, ahora sí—. Igualmente —digo—. Pasad. Te gustan jóvenes, ¿eh? —le susurro mientras caminamos por el invernadero hacia la cocina—. ¿Un café?

—¿No tienes algo más fuerte? —Adam cuelga su abrigo en el respaldo de una de las sillas de la barra de desayuno—. ¿Y esperaba que pudiéramos quedarnos a dormir? —Da unas palmaditas en la silla a su lado. Laura se desliza obedientemente en ella y se aparta el flequillo de los ojos. Parece nerviosa.

—Sí, por supuesto. La habitación de invitados está bastante ordenada, creo. A menos que los niños hayan entrado allí. ¿Vino? ¿Cerveza? ¿Ginebra?

Sirvo tres generosas ginebras con tónica y me acomodo en un taburete, frente a ellos al otro lado de la barra de desayuno. Ojalá Adam hubiera venido solo. Podría haber confiado en él en este

momento, pero no puedo con esta chica aquí. Ya me está irritando, acariciándolo como si tuviera miedo de que se fuera a escapar—. ¿A qué debo este placer? —pregunto—. ¿Y por qué no pudisteis simplemente tocar el timbre como personas normales?

—No quería despertar a los niños —Adam aprieta la mano de Laura cuando ella la coloca en su muslo cubierto de vaqueros—. Y quería que conocieras a Laura.

Soltaos un poco. Sin embargo, la familiaridad de la presencia de Adam es reconfortante. Aunque me haya dado un susto de muerte, me alegro de que esté aquí—. Los niños están con Ed por la noche. Es solo la segunda vez que los lleva desde que nos separamos.

—Me enteré de todo por mamá —los ojos de mi hermano, del mismo verde que los míos, emiten un destello de simpatía—. Intenté advertirte sobre él, ¿no te acuerdas? —Sus ojos se estrechan—. Lo vi claramente desde el principio.

—No hay nada peor que un *te lo dije*.

—Está en la otra acera, ¿verdad? —la voz de Laura es empalagosamente dulce—. ¿No es eso lo que dijiste?

Adam la mira con el ceño fruncido—. Es un tema un poco delicado, cariño.

Cariño. Puaj. —Realmente no quiero hablar de ello, si no os importa. *No contigo, al menos.*

—¡Nos vamos a casar! —chilla de repente, empujando su nudillo adornado con un diamante hacia mí—. Adam me lo propuso la semana pasada. Esa es la *principal* razón por la que hemos venido — Su mano extendida permanece ahí.

Obviamente quiere que examine su dedo enjoyado más de cerca y le diga lo maravilloso que es su anillo, pero no tengo ningún deseo de hacerlo.

—Queríamos preguntar si a los niños les gustaría ser pajes. No tengo familia más joven, ¿sabes? Los he visto en los álbumes en casa de la madre de Adam y se verían adorables en las fotos de la boda. ¿Qué talla crees que tendrán el próximo junio? Quiero encargar los trajes.

La miro fijamente, atónita por el hecho de que apenas ha respirado en el último minuto. —Enhorabuena —digo entre dientes

—. Perdona si no estoy en modo boda. Estoy en proceso de divorciarme.

—Te dije que no lo soltaras directamente —se ríe Adam—. Se está convirtiendo en una novia obsesiva. ¡No puedo hacer que deje de hablar de ello!

—¿Habéis comido? —quiero cambiar de tema—. No me apetece cocinar, pero os puedo hacer un sándwich a los dos. —Me levanto y abro la puerta de la nevera—. No quiero acostarme muy tarde, la verdad. Mañana tengo un día de locos. Reuniones y todo eso. —Me habría quedado despierta hasta tarde si solo hubiera venido Adam. Él y yo hemos pasado muchas noches en vela, conversando hasta altas horas, arreglando el mundo. Decíamos que eran tonterías inducidas por el alcohol, pero abarcábamos muchos temas en esas charlas, recordando cosas de la infancia y dando sentido a las personas en las que nos habíamos convertido. Echo de menos lo unidos que estábamos y cómo la vida se ha interpuesto.

—¿Te llegó bien el dinero, hermanita?

—¿Qué dinero? —Laura gira y lo mira.

Me erizo. ¿Por qué demonios tenemos que hablar de esto delante de ella?

—Kerry necesitaba ayuda con los honorarios del abogado. Ed la ha dejado sin nada.

—Pero ahora tenemos que pagar una boda. —Su voz suena como un lamento. Ya la detesto. Evita mi mirada y resisto las ganas de decirle que madure.

—Te lo devolveré, Adam. Hasta el último céntimo, no te preocupes. —Sigo fulminando a Laura con la mirada.

—No quiero que me lo devuelvas. Y si necesitas más, solo dímelo.

No estoy segura de qué le ha pasado. Quizás es culpabilidad porque ha pasado mucho tiempo desde que estuvimos juntos. Y desde que vio a los niños. Si le hubiera pedido un préstamo cuando éramos pequeños, me habría cobrado intereses. Aun así, agradezco su ayuda. He podido contratar a un abogado y puedo empezar a recomponer los pedazos de mi vida gracias a que ha estado tan dispuesto a ayudarme.

Aguanto a Laura exactamente una hora y treinta y siete minutos más antes de escapar. Me entero de todo sobre la propuesta de matrimonio, la reacción de sus padres, el champán, las rosas, el carruaje tirado por caballos, la feria nupcial a la que va a ir, el hecho de que quiere que haga una lectura y sea testigo —voy a ser su cuñada *después de todo*. Su voz aguda todavía resuena en mis oídos mientras subo las escaleras hacia mi dormitorio, esperando que solo se queden una noche.

Estoy alterada mientras yago en mi cama, intentando leer. He bebido lo suficiente para no estar sobria, pero no tanto como para tener sueño. Todavía no he tenido la oportunidad de procesar mi conversación anterior con Ed. Aún no podía admitir a qué funeral va a asistir. Debe saber que yo lo sé.

Una cosa es obvia: nunca volverá. Y parece que se necesitará una orden judicial para que empiece a llegar algo de dinero. Nada de esto está bien, pero me alegro de ver al abogado de nuevo por la mañana y poder empezar a obtener algunas respuestas. No sé cómo Ed puede vivir consigo mismo.

Adam y Laura suben por la primera escalera, Laura riendo tontamente mientras Adam cierra la puerta de la habitación de invitados en el piso de abajo del mío. Suspiro en la oscuridad y cojo mi Kindle para intentar cansar mis ojos. No soporto leer nada relacionado con relaciones en este momento, así que intento leer novelas de suspense. Sin embargo, me cuesta concentrarme en algo durante más de unos minutos.

Apenas he conseguido retener un párrafo entero cuando oigo que los muelles de la cama de la habitación de abajo empiezan a crujir rítmicamente. Me pongo una almohada sobre la cabeza mientras se vuelven más fuertes, más rápidos y acompañados de gemidos y chillidos. Quiero entrar y echarles un cubo de agua fría a los dos. ¿Cómo se atreven a venir aquí, comportándose así, con lo que estoy pasando? Y tampoco saben ni la mitad. Si ella no hubiera estado aquí, tal vez habría podido hablar con mi hermano.

El lunes por la mañana llega, brillante y en todo su esplendor. He dormido fatal como siempre, viendo pasar cada hora mientras avanzaba la noche. Finalmente, alrededor de las cinco de la mañana, parece que caí en un sueño más profundo. Me siento aturdida y con resaca. Miro el reloj: 8:55 de la mañana. Por un momento entro en pánico, y luego recuerdo. Ed llevará a los niños al colegio. Me doy el lujo de quedarme en la cama unos momentos más.

Es demasiado tarde para ir a mi clase habitual del gimnasio y no podría ir aunque quisiera, no con Adam y Laura aquí. Simplemente deseo una vez más que hubiera venido solo. Cruzo el dormitorio y enciendo el interruptor de la ducha en el baño. Me demoro más de lo normal, intentando eliminar con el agua esa respuesta envidiosa a la actividad nocturna de mi hermano. ¿Por qué no pude encontrar yo también una relación normal?

Cuando por fin bajo, me sorprende encontrar la casa en silencio. Hay una nota apoyada contra la tetera.

Lo siento, hermanita – teníamos que irnos corriendo. Teníamos que dar la noticia a algunas personas más. Ánimo y comunícale a Laura las tallas de los gemelos. X

Otro día. Otra semana. ¿Cómo voy a sobrevivir a esta?

28

TONY

Así que ha ignorado usted mi última carta.

Me ha cabreado de lo lindo, así que ya no es solo usted quien corre peligro. Al ignorarme, ha firmado las actas de defunción de aquellos que dice apreciar.

La única manera de detener esto es pagando lo que debe. Y a modo de compensación, he subido la apuesta en diez mil.

Tiene hasta el cierre de oficinas del martes para hacerme llegar cuarenta mil o el funeral del maricón no será el único que sucederá esta semana. Lugar habitual. 18:00 h.

No habrá más oportunidades.

29

ED

Después de toda la mierda con BF en la consulta la semana pasada, he cedido y me he tomado un mes libre. Como socio principal, no es como si estuviera perdiendo dinero. Ciertamente, nuestros beneficios generales se verán un poco reducidos, pero van a contratar a un suplente asalariado para cubrir el próximo mes, así que nuestros ingresos deberían mantenerse. Simplemente tendremos que asumir el coste del salario del suplente.

El enfrentamiento con BF se minimizó entre el personal y los pacientes de la consulta. Ese tipo de cosas pueden ser terribles para el negocio. Quiero decir, ¿a quién le gusta ir al dentista de todas formas? Pero cuando hay un maníaco enloquecido merodeando, especialmente uno que no tiene reparos en infligir daño, hasta el punto de que el dentista tiene que apuñalarlo con una jeringuilla... no es de extrañar que los otros accionistas principales cerraran filas y me convencieran de tomarme al menos un mes libre. No estoy acostumbrado a no trabajar. La rutina y la responsabilidad siempre me han definido. Un mes se extiende ante mí como un bostezo agotado.



Me encanta llevar a los niños al colegio. Hace mucho que no lo hago. Pero siento cómo la mirada de su profesora me taladra mientras les ayudo a ponerse sus zapatos de interior.

—Les animamos a que hagan ese tipo de cosas por sí mismos —dice con un resoplido—. Buenos días, niños. ¿Habéis pasado un fin de semana agradable? —No hay calidez en su voz y hay frialdad en sus ojos mientras sigue observándome. Me pregunto qué les habrá contado Kerry, y cuánto material les habrá dado para cotillear en la sala de profesores.

—Ah, y ahora que me acuerdo —continúa—. Había una nota en el registro del viernes diciendo que a la señora Wilkes le gustaría hablar con usted o con la señora Huntington-Barnes.

—¿La señora Wilkes?

—Nuestra administradora escolar. Puede usar la entrada principal del aula y seguir por el pasillo.

—Me temo que no tengo tiempo. En realidad, tengo una cita. —Es verdad. Me siento inquieto por ello, pero he concertado una cita con un detective privado esta mañana. Me lo recomendó Phillip del trabajo. Aparentemente lo contrató para demostrar lo que su mujer estaba haciendo. A la larga le ahorró una fortuna cuando ella intentó sacarle hasta el último céntimo—. Haré que mi mujer hable con ella. —Sé de qué se trata de todas formas. Serán las tasas escolares, de las que evidentemente también soy responsable. Pero no quiero llegar tarde a esta cita.



Aparco a un par de calles de distancia, cerca del parque Valley Gardens. Pensaba que nuestra casa era grande, pero muchas de las casas en esta urbanización de Harrogate la hacen parecer un piso pequeño. Me meto en el parque, junto al lago, y compruebo la calle arriba y abajo antes de aventurarme en ella.

Camino por el camino de guijarros hacia la cabaña de madera en un jardín desde donde opera el detective privado. Si la casa y el jardín paisajístico son indicativos de algo, debe estar cobrando

honorarios considerables. Según Phillip, están en la misma categoría que lo que le estoy pagando al abogado. Aun así, todo valdrá la pena al final. Llamo a la puerta.

—¿Señor Fitzpatrick? —digo cuando abre la puerta de madera—. Edward Huntington.

—Señor Huntington. Encantado de conocerle. Pase.

—Llámeme Ed —digo mientras le sigo dentro. Es un lugar impresionante y completamente diferente a mi sala de consultas, perfectamente organizada. Un sofá de cuero de aspecto confortable se acomoda en un rincón y su escritorio está lleno de archivos. Las paredes están cubiertas con certificados y recortes de prensa.

—Llámeme Trevor. Disculpe el desorden. —Se agacha bajo una viga y me indica un asiento frente a su escritorio mientras recoge una pila de archivos y los coloca en una mesa a su lado. Observo sus enormes pies mientras se dirige hacia una máquina de café en la esquina—. ¿Puedo tentarle? —dice.

Sé lo que Russ diría a eso. Intento acallar esos pensamientos mientras respondo. —Un café estaría bien, gracias. Es un gran lugar el que tiene aquí.

—Gracias. Está bien escondido. Bueno, tiene que estarlo, ¿no? —Se ríe—. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Ni una ni otra. Gracias.

Observo su espalda mientras sirve el café. Es evidente que se cuida. Supongo que debe mantenerse en forma si se mete en líos. Qué trabajo tan emocionante. Mejor que enderezar, blanquear y poner carillas a los dientes de la gente.

Coloca una taza frente a mí y luego regresa a su asiento. —Entonces, ¿cómo puedo ayudarte, Ed? Y, ah, ¿puedo preguntarte cómo te enteraste de mí?

—Me lo recomendó un compañero de trabajo. Bien. —Tomo aire profundamente—. Lo que ocurre es que necesito averiguar los datos de residencia de un hombre que me está causando problemas. Además de información sobre sus actividades y el número de matrícula de su coche.

—De acuerdo. Bueno, antes de que procedamos y tome más información, debo decirle que cobro quinientas libras por hora. A eso

se le añaden los gastos por conceptos como billetes de viaje, entradas y tasas acumuladas por cualquier certificado o búsqueda en internet, cuando corresponda. Sin embargo, no cobro por comida o bebida durante el trabajo.

—Todo eso está bien —digo, mirándole a los ojos para transmitir que puedo permitírmelo. Tiene más o menos mi edad, quizás un poco mayor, ya que su pelo muestra signos de canas alrededor de las orejas. Está bien afeitado y realmente no es como me imaginaba que sería un detective privado, aunque no estoy seguro de cuáles eran mis ideas preconcebidas. Simplemente no alguien bien afeitado.

—Debido a la investigación preliminar que sería necesaria, pediría un pago a cuenta, equivalente a cuatro horas.

—Está bien —mantengo su mirada—. Puedo hacer una transferencia mientras estoy aquí. ¿Quieres que lo haga ahora?

—Eso sería fabuloso —hace clic con su bolígrafo, escribe algunos números y luego me lo desliza por la mesa—. Aquí tienes el código de sucursal y el número de cuenta. Buscaré los formularios que necesitamos completar mientras te ocupas de eso.

Accedo a la nueva cuenta que he tenido que abrir. Es bueno saber que ahora solo yo puedo acceder a ella. Todo el dinero de mi cuenta personal, de la cuenta de ahorros mía y de Kerry y de nuestra cuenta corriente está ahí. Tiene buen aspecto. Dos mil libras no son nada. —Ya está —digo, un par de minutos después, y le pongo mi teléfono delante para que pueda ver un resumen de la transacción.

—Perfecto. Bien, ¿procedemos?

Le cuento todo lo que puedo. Mi historia con BF y todo lo que sé sobre él. Apariencia, nombre, fecha de nacimiento. Me dan náuseas pensar en él de manera detallada, pero debo darle a Trevor cualquier cosa y todo. Le cuento lo que sé sobre sus recientes visitas a mí y a mi madre. Kerry también tuvo algún tipo de trato con él, aunque no me ha contado exactamente qué le dijo, solo que se cruzaron en el parque. Como le digo a Trevor ahora, son mis hijos los que más me preocupan. BF querría golpearme donde más duele y no hay nada que me doliera más que verle cerca de George y Alex.

—Por lo que me estás contando, te está acosando —dice Trevor —, lo cual es un delito. ¿Has tenido algún contacto con la policía ya?

—Un poco. Sin embargo, sin detalles sobre su ubicación, no pueden solicitar a los tribunales que emitan una orden de alejamiento ni nada. Me han pedido que lleve un registro de todo e intente averiguar más sobre su paradero. Dijeron que la matrícula de su coche sería útil.

—Siempre que no esté usando placas falsas —Trevor toma notas mientras habla—. ¿Qué puedes decirme sobre su coche?

—No mucho. Es oscuro y quizás un Volvo... lo siento, eso es todo lo que tengo. Pero te advierto, es un tipo peligroso. Yo no me acercaría demasiado a él.

—No te preocupes. No tienes idea de los tipos que he encontrado en mi carrera.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en conseguir lo que necesito?

—Empezaré investigando en internet. Necesitaré comprobar una foto suya contigo, solo para verificar que estamos tratando con el hombre correcto. Mientras avanzamos en esta etapa inicial, hazme saber de inmediato si tienes más encuentros con él. Así, con suerte, podré llegar a donde estés y seguirlo.

—Parece que tendrás lo que necesito bastante rápido.

—Es lo que hago, Ed —Trevor da un sorbo a su café y luego sus ojos se encuentran con los míos—. Me pagan por conseguir resultados y, créeme, lo haré.

—Solo quiero que lo detengan.

La reunión dura cuarenta y cinco minutos. En contraste, la reunión con el abogado después de esa, se extiende por casi dos horas. Tengo que hacer una declaración financiera antes de cualquier proceso de mediación. Me hago una nota mental de hablar con mi contable y ver si se puede mover algo más fuera del alcance de Kerry.

—Me siento un poco cabrón, para ser honesto —digo—. Mi ex tiene a nuestros hijos que cuidar y he movido todo el dinero de

nuestras cuentas conjuntas, fuera de su alcance.

—Bueno, aunque entiendo por qué lo has hecho, debo informarte que estás obligado a conservar todo ese dinero que has movido hasta que el divorcio se finalice —hojea los extractos que he traído —. Sin embargo, parece que ella tuvo un pequeño despilfarro antes de que movieras el dinero. ¿Sabes en qué lo estaba gastando?

—Probablemente en la nueva tienda, pero no lo sé con seguridad. ¿Qué dice en los extractos? No creo que hubiera detalles aparte de *retirada*.

—Efectivo —responde, pasando el dedo por la hoja de papel—. Para mí, parece que estaba tratando de ocultar a qué cuenta estaba moviendo el dinero. Definitivamente sería útil para nosotros conocer los propósitos detrás de sus transacciones, si puedes averiguar algo.

Es poco probable que me diga algo. Pienso en Trevor Fitzpatrick. Sin embargo, luego decido que no necesito contratar sus servicios para sacar trapos sucios sobre Kerry. No es tan lista como cree. Nunca lo fue.

—Pase lo que pase, conseguiré el mejor resultado para ti —me asegura Mark—. Su abogado está presionando para esta reunión de mediación. Podríamos igualmente quitárnosla de encima. Junto con la Declaración de Arreglos para tus hijos. ¿Has pensado ya cuándo y dónde te gustaría tener acceso a ellos?

—Justo estoy buscando un sitio donde quedarme. He estado quedándome con mi madre y en un par de hoteles. Me he tomado un mes libre del trabajo para poder organizarme.

Antes de regresar a mi coche, compro una corbata negra y una camisa en unos grandes almacenes. A Russ siempre le gustaba verme con traje mientras salíamos juntos. Estoy temiendo lo de mañana, pero nada podría impedir que esté allí, aunque tenga que colarme por la parte de atrás.

En realidad, debería ser yo quien acompañe su ataúd por la iglesia y debería estar sentado en primera fila. Soy *yo* quien debería colocar una rosa sobre su ataúd y haber elegido la música. Yo le amaba. Más que nadie. Especialmente más que Davina.

30

TONY

DEBERÍA RELAJARME AHORA que van a incinerar al Maricón. Pero no puedo. Tengo una sensación en el fondo del estómago que nunca he tenido después de otros trabajos. Este siempre iba a ser un desafío. Solo lo acepté por la etiqueta de treinta mil libras. Todo parecía claro y sencillo. Pero no lo ha sido.

Los sórdidos detalles de la muerte de Russell Lawson han terminado en un montón de mierda en redes sociales y mucha más cobertura de prensa de la que merecía. He escuchado a su esposa de rostro duro despotricar sobre cómo él no era gay. Parece más preocupada por eso que por su muerte.

He observado al novio gay de Russell mientras abandonaba su hogar y su familia. Yo era un desconocido en esa zona, así que las imágenes del vestíbulo de entrada no me preocuparon. Sin embargo, con lo que no había contado era con una cámara interna. Ahora se sabe que Russell Lawson podría no haber estado solo.

He quemado la bolsa en la que llevé la ligadura y he mantenido un perfil bajo. Pero encontraron un rastro de semen de Russell en la moqueta del pasillo.

Ya no parece un suicidio. Y como sospechan que no estaba solo, también hay dudas de que fuera un accidente. Si la policía amplía su búsqueda aunque sea un poco, podrían encontrar donde vomité, o

rastrear la ligadura hasta mí. También existe el riesgo de que las conexiones de este trabajo puedan llevarles a mí por otros contratos que he resuelto.

Necesito mantenerme oculto por un tiempo. Alejarme. Reconsiderar la situación.

Este trabajo me ha desestabilizado. Necesito más dinero para escapar. Y no soy la única persona con todo que perder.

31

KERRY

APENAS PUEDO CREER que Ed y yo hayamos alcanzado la cuarta semana desde nuestra separación. Un mes completo. Mientras ha pasado, las horas se han arrastrado, pero cuando miro atrás ahora, parece haber pasado rápido. Mi mayor estrés es el dinero. Estoy pensando que quizás tenga que pedir prestado más dinero a Adam para pagar el sueldo de Mandy. La mediación no puede llegar lo suficientemente rápido. Sin embargo, mi abogada ha dicho que podría conseguir una orden contra Ed incluso antes.

Los niños siguen durmiendo en mi cama conmigo, y de alguna manera, voy cojeando día a día. Hoy voy a intentar tener un día lo más normal posible. Intentar olvidarme del maldito funeral que está teniendo lugar.



—Señora Huntington-Barnes —apenas entro en el guardarropa cuando la señora Richardson se abalanza sobre mí—. La señora Wilkes necesita verla urgentemente. Le pedimos ayer a su marido que se ocupara de los asuntos, pero nos remitió a usted.

Suena típico, pienso para mis adentros. Luego, buscando el inhalador de Alex, digo—: ¿Es sobre las tasas escolares?

—Creo que sí.

—No puedo hacer nada ahora mismo. Mi marido ha vaciado nuestras cuentas.

—Oh —parece desconcertada por la franqueza de mi respuesta —. ¿Podría pedirle que hable de esto con la señora Wilkes? Podría haber algo que ella pueda hacer para ayudar.

—No tengo tiempo esta mañana. Si pudiera decirle que llame al padre de los niños. Él es el único que puede pagar sus tasas.

—Pero él ya la ha remitido a usted.

—Sabe perfectamente que tiene el control de nuestro dinero — miro dentro de la bolsa de libros de Alex mientras hablo, sin estar segura de si he recordado su libro de lectura—. No tiene sentido hablar conmigo de esto. Si eso cambia, se lo haré saber.

—Debo advertirle —continúa la señora Richardson, haciendo pasar a George y Alex al aula— que más de tres meses de atrasos en las tasas resultan en una carta de *expulsión del colegio*.

—Dígale a su colega que llame a mi marido —repito, mirándola directamente a los ojos—. Y si cree que voy a venir a ayudar en su aula mañana por la mañana, cuando está lanzando amenazas sobre alguna carta, entonces está muy equivocada.

Salgo airadamente del patio hacia el aparcamiento, decidida, si es necesario, a dar la misma respuesta cortante a cualquiera que se me cruce en el gimnasio también.



—No la he visto. ¿Está bien? —oigo la voz de Jo tan pronto como entro en el vestuario.

—¿Estáis hablando de mí otra vez? —no miro a ninguna de ellas. Al menos no es nada despectivo por una vez.

—No seas así, Kerry —Alison desliza sus pertenencias a lo largo del banco para que pueda dejar mi bolsa. Me siento honrada. Normalmente ocupa toda la zona de un banco pensada para dos o

tres personas, y ni soñaría con mover sus cosas por nadie—. He dicho que lo siento. Incluso pasé por la tienda el viernes para hablar contigo, pero no estabas allí.

—Ya lo sé. Le estabas preguntando a Mandy sobre la relación de mi marido con el hombre de Parkside, ¿verdad? Bueno, ¿sabes qué? —Me doy la vuelta para asegurarme de que me está mirando—. Me importa un bledo lo que penséis de mí o de lo que queda de mi matrimonio. He pasado toda mi vida intentando encajar con la gente y estoy harta.

—Hoy es su funeral —dice Alison, como intentando desviar el tema de la discusión entre Jo y yo—. Mi Andy ha ido. Algunos de sus compañeros de trabajo han ido también... quieren apoyar a Davina.

—Supongo que entonces verá allí a mi marido —digo, alegremente. Se hace el silencio como si estuvieran esperando a que me explique. Disfruto del poder momentáneo durante unos segundos.

—Vamos, chicas —Claire mantiene la puerta abierta—. Llegaremos tarde a nuestra clase si no nos damos prisa.

El martes toca piernas, glúteos y abdominales. Soy la última en la fila, mientras hacemos cola para entrar en el armario del estudio a por una esterilla. Una mujer se cuela delante de mí y agarra la última. «Me llevo esta», le dice a Jo, que ya me la estaba tendiendo.

—No pasa nada —le digo a la mujer—. Tú eres, por supuesto, mucho más importante que cualquier otra persona. Yo simplemente me tumbaré en el suelo duro. ¿Sabes qué? —le digo a Jo—. No me apetece nada esta clase después de todo —Me dirijo hacia la puerta del estudio y me marcho. Nadie viene detrás de mí. Al fin y al cabo, no querrán perderse ni un momento de piernas, glúteos y abdominales.

Me encuentro en el Crematorio de Leeds y puedo ver la entrada desde la carretera principal. Ed está merodeando por la parte de atrás. Me lleva unos momentos encontrarlo, pero después de varios años de matrimonio, lo reconocería en cualquier parte. Hay tanta gente que me pregunto cómo cabrán todos. Hay algunos policías, lo

que me sorprende. Si están dando sepultura al hombre, ¿por qué siguen buscando respuestas?

El coche fúnebre dobla la esquina, con la palabra «marido» escrita con flores al lado del ataúd. Es una imagen triste, aunque contenga al hombre que indirectamente ha destrozado mi vida.

Davina va en el coche de atrás, rodeada de varias personas más. Se seca los ojos y me pregunto cómo puede estar de luto tan públicamente, dadas las circunstancias. Durante un momento parece mirarme directamente antes de que el coche doble la esquina hacia el crematorio. Me siento más sola que nunca, escondida en mi coche, sin saber qué hacer a continuación. Estoy evitando la tienda porque no tengo respuestas que darle a Mandy sobre el dinero. Así que, para mantenerme ocupada, voy al supermercado en su lugar.

Normalmente es un pedido habitual a un supermercado de gama alta, pero lo he cancelado este mes. Con menos de mil libras en mi cuenta y sin saber cuándo Ed se verá obligado a devolverme algo de dinero, me dirijo al supermercado económico. Las mujeres del gimnasio se estarían riendo de esto. Hoy soy totalmente Kerry Barnes, pensándomelo dos veces antes de echar cualquier cosa al carro. Estoy furiosa con Ed. *Mira a lo que me has reducido.* Quiero sacar a rastras su triste culo de ese funeral y hacerle entrar en razón. Este es probablemente el peor día que he tenido desde que se marchó. Quiero sentirme normal, pero no sé si volveré a sentirme así alguna vez.

Entonces, mientras empujo el carro por el primer pasillo, mi teléfono suena.

Necesito hablar contigo.

32

ED

NO ME ESTOY HACIENDO ningún favor estando aquí, pero no podría estar en otro sitio hoy. Cuando veo el ataúd que contiene al hombre que amo, es todo lo que puedo hacer para evitar derrumbarme y atraer la atención.

Davina ha elegido *With or Without You* como la canción con la que Russell hace su entrada. Me siento al fondo, escuchando la historia de vida que él me iba contando gradualmente mientras tomábamos cerveza, en el gimnasio y en el hotel donde pasábamos tiempo juntos. Lloro en silencio mientras escucho el elogio fúnebre de su hermana. En él, describe al hermano dulce, divertido y cariñoso con el que creció, y añade su esperanza de que pronto cesen las especulaciones y que su memoria pueda descansar en paz adecuadamente.

Cuando Davina se levanta al final del servicio para colocar una rosa sobre el ataúd, quiero aprovechar la oportunidad para irme. Sin embargo, nos piden que permanezcamos sentados hasta que la familia haya abandonado la sala. Y la salida es por una puerta diferente a la que entramos.

Me quedo sentado un poco más, decidiendo esperar hasta el final y escabullirme entre la multitud. Al hacerlo, soporto la agonía de ver cómo las cortinas de terciopelo envuelven el ataúd mientras camino

hacia la salida. Dejo una nota en el plato de la colecta y luego me encuentro cara a cara con el agente Burnley y el inspector Milner, quienes hablaron conmigo cuando fui a la comisaría.

—Edward —dice Milner—. Me sorprende verte aquí. Pensaba que tú y Russell erais solo conocidos del gimnasio.

—Lo somos. —Desearía que bajara la voz—. Solo estoy presentando mis respetos como todos los demás.

—Claro. Ahora *sabes* que ha fallecido.

—¿Qué demonios estás *tú* haciendo aquí? Tienes mucho valor. —Me horroriza ver a Davina abriéndose paso entre la multitud hacia mí.

—Deberíais detenerlo otra vez. —Mira de mí al agente Burnley—. Él sabe más de lo que dice.

—Sé que estás disgustada —respondo—, pero con todo respeto, no sabes de qué estás hablando.

—Si te vuelvo a ver después de hoy —continúa—, te denunciaré por acoso, y antes de que pienses que puedes venir, no, no estás invitado al velatorio.

El agente Burnley se encoge de hombros mientras Davina se aleja. —Parece que Russell era un hombre popular —dice, mirando alrededor.

Si no fuera por Davina, habría querido ir al velatorio y echar otro vistazo a las fotos que se mostraron en una pantalla durante todo el servicio. Me habría gustado escuchar historias de la juventud de Russ y averiguar quién es toda esta gente. Solo le conocía desde hacía unos meses, aunque eso había sido suficiente. Muchos de los rumores que se difunden en las redes sociales no coinciden con el hombre que había llegado a conocer.

Regreso a mi coche y apoyo la cabeza sobre mis brazos, casi abrazando el volante. Permanezco así durante unos momentos. Observo cómo el ahora solitario coche fúnebre familiar abandona la entrada del crematorio. Davina está riendo con las personas con las que viaja. Zorra. ¿Cómo puede reírse? Yo ciertamente no recuerdo la última vez que fui capaz de reír. Muchos más coches siguen al suyo en la salida.

Se acabó... todo ha terminado.

No sé qué hacer a continuación. No puedo ir al trabajo y no me apetece volver a casa de mi madre. Decido caminar por la ruta junto al lago cerca del gimnasio donde Russ y yo corrimos el triatlón juntos. También fuimos allí con un termo de café, sin atrevernos a caminar cogidos de la mano pero pasando una tarde agradable de todos modos. Fue aquí donde por primera vez le dije lo que sentía por él. Que me hacía más feliz y me hacía sentir más vivo que cualquier otro ser humano jamás lo había hecho o podría hacerlo.

Aparte de algún que otro paseador de perros, está tranquilo por aquí. Supongo que es normal, al principio de una tarde de martes. Mis pensamientos se aclaran con cada paso mientras miro el lago a mi lado. Tomo respiraciones purificadoras del aire fresco y comienzo a relajarme, mis pies crujiendo en el camino de grava. Russ ha sido incinerado y *debo* seguir adelante. Una cosa positiva ha surgido de todo esto: por fin estoy siendo honesto sobre quién soy *realmente*, aunque tengo muchas cosas que resolver antes de poder avanzar verdaderamente con mi vida. Aunque, por fin, ya no estoy obligado a vivir una mentira. Sin embargo, conocer a otro hombre en el futuro es impensable ahora mismo.

Para cuando regreso al coche, me alegro de haber decidido dar un paseo ya que me siento un poco mejor. Rebusco en la guantera para coger mi móvil. Ha estado ocupado mientras he estado dentro del crematorio y en el lago. Está lo habitual de Kerry, despotricando sobre el dinero y los niños. No puedo enfrentarme a eso, ni a ella. Tiene razón, hasta cierto punto, pero quiero arreglar las cosas oficialmente. Tengo mucho que perder si no soy astuto. Hablando de eso, hay una cita de mediación para la próxima semana... será muy divertido.

Luego hay uno de Trevor, el investigador privado.

¿Es este?

Y ahí está, claro como el agua, ha captado a BF al otro lado de la barra en un pub. Apenas puedo soportar mirar su cara. Todavía lleva la mueca de desprecio que tenía hacia todos los aspectos de su vida.

Y ahora cree que puede volver, amenazando a mi madre y a mis hijos.

Sí, es él. Excelente trabajo.

Trevor responde al instante.

Genial. En contacto pronto con movimientos, dirección y detalles del coche.

Gracias. Esperaré noticias tuyas.

33

KERRY

ESPERABA que el funeral pudiera provocar un cambio de actitud en Ed. Pero no he sabido nada de él. No contesta al teléfono ni responde a mis mensajes. Quiero contarle sobre los ruidos que oigo y el miedo que me recorre la columna vertebral cada noche. Sin embargo, me pregunto si los golpes y ruidos que escucho durante la noche son producto de mi imaginación porque estoy ansiosa todo el tiempo. Deseo desesperadamente ordenar mi vida y volver a cierta normalidad, pero apenas puedo permitirme la compra semanal. Todos los beneficios de la tienda del mes pasado se han destinado a pagar a Mandy. Al menos el abogado está solicitando una orden provisional para liberarme algo de nuestro dinero.

Los niños corretean por el jardín, entrando repetidamente para acusarse mutuamente. La verdad es que ellos me mantienen en pie. Difícilmente puedo derrumbarme mientras tengo que cuidar de mis hijos. Estoy repasando unos documentos que me han enviado antes de la cita de mediación, y contando los minutos hasta que sea la hora del vino y pueda acostar a los niños. Odio beber vino cada noche, pero es la única forma de conciliar algo de sueño.

Derramo el té cuando suena el timbre. Quizá sea Ed, pero lo más probable es que sea alguien vendiendo algo. Abro la puerta de

golpe, casi tirando mi taza mientras me maldigo por no haber mirado antes por la mirilla. No estoy nada alerta hoy —normalmente nunca habría relajado mi vigilancia hasta este punto.

—¿Qué haces *tú* aquí? —miro fijamente a Davina, que avanza hacia mí, cogiendo de la mano a una niña pequeña—. ¿Te ha visto alguien?

—Todo esto se ha ido a la mierda —dice mientras cierro apresuradamente la puerta tras ella—. Mira lo que me estaba esperando ayer cuando volví del funeral. —Echo un vistazo a la carta que me pone en la mano.

Ahora estarás forrada. Seguro de vida, pensión, inversiones. Pensándolo bien, treinta mil libras extra fue demasiado generoso. Hagamos que la cifra total sea una bonita cantidad redonda de 100.000 libras. En efectivo.

También deberías saber que me estoy cabreando seriamente con tu falta de contacto. Esta es tu última advertencia. Mañana a mediodía. El lugar de siempre. O tu hija será mi próximo objetivo.

—Estaba sentado fuera de mi casa —dice—. No puedo arriesgarme a que le haga daño a Eloise. Estamos metidas hasta el cuello.

—¿Estamos?

—¿Puedo tomar una galleta, mamá? —Alex entra corriendo en la casa, pero se detiene en seco al ver a Eloise. La mira con timidez.

—Llévate la lata al jardín. —Me giro hacia Eloise—. ¿Te gustaría jugar en el jardín con los niños?

Ella se encoge contra su madre por un momento, pero George entra y la tienta a salir con una galleta de chocolate.

—Gracias. —Davina tiene una expresión sombría—. Esto no es algo que debamos discutir delante de una niña de cinco años.

—Quiero saber a qué te referías con *estamos*. —Camino hacia el salón y Davina me sigue. *Ella* también ha perdido peso. ¿Quién necesita Weight Watchers cuando un poco de miseria funciona igual de bien?

—¿Te importa si me siento?

—Como quieras. —Me acerco a la ventana para comprobar que no hay nadie merodeando. No hay nadie. Jugueteo con la tela de la

cortina, apenas capaz de pensar con claridad.

—Estamos juntas en esto, Kerry. Así que no pienses que puedes apartarte ahora.

Me giro para mirarla a la cara. —Mi participación terminó con el dinero que te di. Además, tendrías que demostrar para qué era. Podría haber sido simplemente un préstamo.

—¿No crees que pensé en eso? —Su rostro se tuerce en una expresión que realmente no me gusta—. Grabé aquella conversación que tuvimos en marzo. Así que estás tan implicada como yo.

Como si mi vida no fuera ya lo bastante horrible. ¿Cómo demonios llegué a involucrarme en este asunto del sicario?

Como si leyera mi mente, Davina dice: —Vamos, Kerry. Querías que lo eliminaran tanto como yo. Tus diez mil libras lo dijeron todo. Y ahora necesito tu ayuda.

—No estaba pensando con claridad. Tu marido estaba amenazando todo mi mundo. —Es verdad. Mi vida es irreconocible comparada con lo que solía ser. Aunque pensándolo bien, me estaba ocultando de una verdad de la que nunca podría escapar realmente —. *Nunca* deberías haber acudido a mí.

Davina se ríe y se echa el pelo hacia atrás por encima del hombro. Me siento entonces, frente a ella; la gravedad de lo que hemos hecho, yuxtapuesta con las risas despreocupadas de los niños que resuenan desde el jardín trasero. No estaba pensando con claridad en aquel momento. Aunque sé que eso no serviría como defensa.

—Tú fuiste quien lo contrató, Davina. La que hizo las averiguaciones y le pagó todo el dinero.

—Los diez mil, que tú aportaste, es mucho dinero. No me malinterpretes, lo agradecí. ¿Cómo iba a saber yo que aumentaría sus honorarios?

—Sigo sin entender por qué lo hizo.

—Cuando descubrió *cómo* queríamos que matara a Russ.

—Estás usando la palabra *queríamos* otra vez. Todo fue idea tuya, Davina. Especialmente la parte sobre *cómo* querías que acabaran con él.

—Tú sabías lo que estaba pasando y lo aceptaste. Escucha, no puedo resolver esto sola. Por eso estoy aquí —Va vestida de negro de pies a cabeza y parece una viuda en toda regla. Probablemente soy la única persona en el mundo que sabe que es todo lo contrario.

Me apoyo contra la chimenea, mirando de reojo la fotografía de mis inocentes hijos. —¿Qué es lo que quieres de mí?

—Necesitamos reunir el resto del dinero. Es la única forma de quitárnoslo de encima.

—Tienes que estar de broma —Me río—. Apenas puedo pagar la factura del gas. Ed ha vaciado todas las cuentas.

—Tienes un negocio. Una casa. Escucha, Kerry, no va a desaparecer. Esta es la tercera carta amenazante y sabemos perfectamente de lo que es capaz. Mira su historial. Y ahora ha amenazado con hacerle daño a Eloise, así que *tengo* que hacer algo —El pánico se eleva en su voz.

—Seguramente tú tienes más posibilidades de conseguir fondos que yo. ¿Tu marido no habría dejado alguna provisión para ti?

—Aún no ha llegado nada. Recuerda que hay una investigación policial en marcha. El seguro de vida probablemente no nos cubrirá si hay algún indicio de suicidio —Mira hacia sus pies—. Por eso se suponía que debía parecer un maldito accidente. Le *dije* que usara una ligadura que tuviera un mecanismo de seguridad, y no lo hizo. Así la aseguradora habría pagado.

—Pero se acordaron treinta mil. ¿Por qué viene a por *más*? —Para alguien que nos viera desde fuera, podríamos ser dos amigas charlando mientras nuestros hijos juegan en el jardín, y sin embargo esta es probablemente una de las conversaciones más surrealistas que he tenido jamás.

—Porque puede. No es como si pudiéramos llevarlo a los tribunales por incumplimiento de contrato, ¿verdad? —Se deja caer en el brazo del sillón—. Y las cosas no han sido tan sencillas como deberían. Como te dije, no se suponía que pareciera un suicidio en absoluto.

Davina y yo estamos unidas por algo terrible. Quizás una vez, en otra vida, bajo circunstancias diferentes, habríamos sido amigas. De sentir inicialmente que quería echarla cuando llegó, ahora siento una

pequeña afinidad. Lo que hemos hecho está mal, pero a ambas nos han jodido a lo grande.

—Incluso con la investigación policial apuntando hacia la implicación de otra persona —continúa—, como no se usó la ligadura correcta, la compañía de seguros ahora está investigando más a fondo. Pero, en fin, ese es el menor de mis problemas.

—¿Puedes ponerte en contacto con este hombre? De alguna manera, conseguir que ceda y pedir más tiempo... Voy a ver a un mediador la semana que viene y debería...

Se ríe. —Dios, qué ingenua eres, Kerry. No funciona así. Quiere desaparecer y quiere más dinero ya mismo. Estamos arriesgando nuestras vidas y, lo que es más importante, las vidas de nuestros hijos si no le pagamos y nos deshacemos de él. Es un maníaco. Mira, aquí están las otras notas que me ha enviado —Mete la mano en su bolso y me pasa unos trozos de papel arrugados.

Mientras los examino, Davina jadea. —Los niños. Se han quedado callados. No pueden salir del jardín, ¿verdad?

Mi pecho palpita cuando me doy cuenta de que tiene razón: tampoco les he oído en el último minuto o dos. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Salgo corriendo del salón y atravieso la casa hacia el invernadero, rezando en silencio mientras voy que estén tan callados porque se han llenado la boca de galletas. Por favor, por favor, por favor.

La puerta del jardín se balancea con la brisa. Davina sale corriendo a través de ella y sube por el camino.

—¡Eloise!

—¡Alex! ¡George! —Estoy dando vueltas en círculos al final del camino. ¡No, no, no! *¿Por qué demonios los dejamos?*

—Se han ido. Oh, Dios mío —Davina se inclina hacia delante, agarrándose el flequillo con el puño—. Se ha llevado a nuestros hijos. ¿Y si les hace daño?

—Vamos a tener que llamar a la policía —Una miríada de posibilidades giran en mi cabeza.

—¿Y decirles qué? *Un sicario que contratamos ha secuestrado a nuestros hijos.*

—Vale. Mantengamos la calma —me apoyo en el muro del jardín —. Quizá solo se hayan alejado un poco. Podrían estar escondidos en alguna parte. ¡George! ¡Alex!

—¡Eloise! —llama también Davina—. ¡Eloise!

—¿Puedes localizarlo? ¿Tienes su número?

—Lo tengo en casa.

—Estás de broma, ¿verdad? ¿No está en alguna de esas notas?

—Podría hacerles daño antes de que vuelva a por él. Además, difícilmente puedo llamarle desde mi teléfono, ¿no?

—Ahora mismo me da igual todo eso. Lo único que me importa es encontrar a los niños —echo a correr calle abajo—. ¡George! ¡Alex!

—¿Va todo bien? —Joan, la de enfrente, corre hacia nosotras—. ¿Son los niños?

—Se los han llevado —jadeo, parándome en seco.

—¡¿Qué?! ¿Quién?

—Un hombre, creemos. Realmente no lo sé. ¿Estabas mirando? ¿Viste algo?

—Vi un coche nuevo hace un rato al final de vuestro camino. Pensé que tu marido habría comprado uno nuevo. Sé que le gustan los coches.

—¿Viste a alguien? ¿Un hombre? ¿Oíste a los niños?

No puede habérselos llevado sin más. Seguro que alguno habría gritado.

—El coche se marchó bastante rápido, eso *sí* lo noté. Podría estar simplemente dando la vuelta. Pero sinceramente, estaba ocupada con la jardinería y tenía la radio puesta —mira hacia su casa mientras habla—. No se los habrán llevado. No estarán lejos, te lo prometo. Habrá una explicación.

Llama a la policía, me grita cada fibra de mi ser. Llámalo instinto maternal, pero sé que no se han ido sin más. Ese monstruo se los ha llevado porque no le hemos pagado lo que quería.

Joan saca un teléfono de su delantal. —Si crees que se han llevado a los niños, debes llamar a la policía.

—No. Todavía no —Davina corre desde el final del camino hasta donde estamos en la calle—. Busquémoslos primero. ¡Eloise! —

vuelve a llamar.

—Llámalos por mí —le digo a Joan—. No voy a arriesgarme.

La conectan casi de inmediato. —Policía, por favor. Necesito denunciar la desaparición de tres niños. ¿Qué edad tienen? —me pregunta en voz baja—. Un momento. Os paso con su madre.

No puedo contarles mucho. Solo que estaban jugando en el jardín hace un momento y al siguiente habían desaparecido. Les doy nuestra dirección. —¿Cómo era el coche? —le susurro a Joan—. Dicen que enviarán algunas patrullas de inmediato.

—Oh, Kerry. Lo siento. Sinceramente no estoy segura. Oscuro, creo. Y grande. No se me dan bien los coches. Nunca se me han dado bien.

—¿Podrían haberse alejado por su cuenta? —pregunta la operadora—. Especialmente si son tres.

—Mis gemelos nunca harían eso —me cuesta respirar—. Además, la puerta tenía el cerrojo puesto arriba. Siempre lo está. Los niños ni siquiera llegan.

—¿Podrían haberse subido a algo? Quizá se estaban retando unos a otros.

—No, está demasiado dura para ellos —pienso en los pequeños dedos que he besado una y otra vez desde que eran bebés.

—¿Es posible abrir la puerta desde el otro lado?

—Sí, es posible. El pánico aumenta dentro de mí mientras Davina se desploma en el muro del jardín. Lo único que puedo hacer es rezar para que ese monstruo que mata a gente por dinero no les haga daño y que solo quiera el dinero. Pero no puedo conseguirlo. *Pero Ed sí puede.* Por muy inútil que haya sido últimamente, cuando las cosas se ponen serias, hará cualquier cosa por ellos.

—Tendré que colgar y avisar al padre de los niños —le digo a la operadora—. ¿Tardará mucho la policía?

—Necesita mantenerse en línea hasta que una de nuestras unidades llegue. Están en camino.

—Vale, pero estoy usando el teléfono de mi vecina —me precipito de vuelta a casa y cojo el mío de la barra del desayuno.

Se acerca una sirena. Vaya, se lo están tomando en serio. Supongo que es lo normal con tres niños de cinco años desaparecidos. —Ya están aquí —le digo a la operadora—. Gracias por tu ayuda. Voy a colgar.

—Con suerte, solo están escondidos en alguna parte —dice ella.

—Espero que tengas razón —escribo un mensaje a Ed y rezo para que lo vea de inmediato.

¡SE HAN LLEVADO A LOS NIÑOS DEL JARDÍN - VEN AQUÍ AHORA MISMO!

Davina corre a recibir a la policía que baja del coche. Otro vehículo aparca detrás y todos se reúnen en mi entrada. Si George y Alex *están* escondidos y salen a ver esto, lo encontrarán muy emocionante. George probablemente tendría la cara dura de pedir dar una vuelta en uno de los coches patrulla. Dios mío, ojalá fuera así. Estaría tan aliviada de verlos que ni siquiera podría regañarlos.

—Soy el detective Burnley de la Policía de West Yorkshire. Hemos recibido un aviso de que tres niños han sido secuestrados. ¿Es correcto?

—Del jardín trasero —Davina se limpia las lágrimas que le corren por las mejillas. Estoy demasiado entumecida para llorar ahora mismo, siento que estoy funcionando en piloto automático. Joan se acerca rápidamente al lado de Davina y la rodea con un brazo.

—¿Qué les hace pensar que han sido secuestrados, en lugar de haberse alejado por su cuenta? —El detective Burnley es un hombre bajo, de unos cincuenta años. Ahora me alegro de haber llamado a la policía: los encontrarán. Pronto volverán con nosotros, lo presiento.

—No se alejarían sin más. Además, la puerta estaba cerrada con cerrojo *y* había un coche oscuro fuera de la casa antes.

—¿Cuánto tiempo llevan desaparecidos?

—Unos veinte minutos. *¡Veinte minutos!* De ninguna manera estarían escondidos tanto tiempo. —Mire, estamos perdiendo el tiempo aquí. Necesitamos encontrarlos.

—Por supuesto. Vamos a ello. Entonces, tenemos tres niños de cinco años. Dos niños y una niña. ¿Tienen alguna fotografía reciente?

—Ha pasado más de veinte minutos desde que vi el coche —Joan suelta a Davina—. Más bien media hora.

—¿Media hora? —miro a Davina—. Seguro que no les quitamos los ojos de encima tanto tiempo.

Con urgencia en su voz, el detective Burnley dice: —Por favor, necesitamos esas fotografías.

Davina saca el móvil de su bolsillo y yo corro de vuelta a casa para coger la última foto escolar de George y Alex, tomada justo después de que empezaran en Harlow el pasado septiembre. Vuelvo corriendo afuera y espero, impacientándome mientras los seis agentes se pasan la foto y el teléfono. Seguramente tres niños pequeños no serán tan difíciles de encontrar.

—Bien —el detective Burnley se coloca frente a sus compañeros. Inmediatamente capta su atención y les da instrucciones por turnos —. Vosotros dos cubriréis el lado derecho de la calle, uno encargándose de ir casa por casa; el otro cubriendo jardines y cobertizos. Luego vosotros dos —hace un gesto a los siguientes dos agentes—, ocupaos del lado izquierdo de la calle. Y vosotros dos últimos... —Señala a los dos agentes que esperan expectantes, más alejados de él—. Si pudierais recorrer en coche las calles de alrededor. Con suerte, los niños habrán permanecido juntos. Ya sabéis cómo son. Creo que encontraremos que no están demasiado lejos.

—Eso es exactamente lo que dije —Joan coloca una mano reconfortante en mi hombro—. Volverán antes de que te des cuenta. Voy a subir a mi coche y dar una vuelta también.

—Gracias —Solo desearía poder decirle la verdad al detective. Que probablemente algún sicario enloquecido que quiere más dinero de nosotros se los ha llevado. Entonces tendrían que intensificar sus esfuerzos. Mi único consuelo es que su necesidad de dinero debería evitar que les haga daño. Sabrá que tiene influencia para que paguemos.

El pánico surge de repente cuando la enormidad de lo que está sucediendo me golpea como un camión. Estarán absolutamente aterrorizados. —Por favor, encuéntrelos —digo mientras el personal

policial se dispersa. Me vuelvo hacia el detective Burnley—. ¿Qué *deberíamos* hacer nosotras?

Davina corre hacia nosotros desde la entrada donde ha estado vigilando la calle. Tiene la uña del pulgar sangrando de tanto mordérsela.

—Necesitáis estar aquí cuando vuelvan —dice él—. Y yo esperaré con vosotras —La palabra *cuando* me tranquiliza—. Además, necesito obtener más información de ambas. ¿Entramos?

Dudo, mirando tras los oficiales que acaban de irse. —Siento que debería estar haciendo algo.

—Ya lo estás haciendo —responde—. Harán todo lo posible por encontrarlos. Mantengamos la calma y dejémosles hacer su trabajo.

Necesito quedarme a solas con Davina y enviarla a casa para conseguir ese número. Pero ahora mismo el detective Burnley no parece quitarnos los ojos de encima.

Nos guío a los tres al interior y hacia la ventana salediza del salón para poder vigilar la puerta de la entrada. —Mi marido está aquí.

Ed abandona su coche en la calle y entra precipitadamente, con una expresión que nunca antes había visto. Finalmente, dejo que las lágrimas resbalen por mi cara.

34

ED

—¿Qué está pasando? —irrumpo en el salón—. He recibido tu mensaje.

—¿Edward? —el agente Burnley levanta una ceja al verme.

—¿Vosotros dos ya os conocéis? —Kerry nos mira alternativamente a mí y a él.

—Nos hemos visto —le digo a ella, luego me dirijo a él—. Soy el padre de los niños. —Entonces reparo en Davina. Tengo que contenerme para no soltar las palabras: *¿qué demonios hace ella aquí?*

¿Por qué está esta mujer, que me odia profundamente, de pie en mi sala de estar? No puede ser una visita social; probablemente ha venido para contar algo malo sobre mí. Pero supongo que ya habrá tiempo para hacer esas preguntas.

—Los agentes están buscando a los tres —dice el agente Burnley —. Estoy seguro de que los encontrarán pronto. En casi todos los casos, los pequeños están escondidos o perdidos... habrá una explicación sencilla.

—¿Los *tres*?

—Mi hija, Eloise, está con ellos —responde Davina secamente, sin apartar la mirada de la ventana.

—No sabía que vosotras dos os conocíais. —Es más una pregunta que una afirmación, pero ni Kerry ni Davina responden. Que yo sepa, Kerry no debería saber del vínculo que existe entre Davina y yo, así que no tengo ni idea de cómo Davina ha llegado hasta aquí. Pero eso no importa ahora—. ¿Cuánto tiempo llevan desaparecidos?

—Más de media hora —contesta Davina.

—¡*Media hora*! ¡Dios mío! ¿Qué se está haciendo? —George probablemente sería capaz de marcharse solo, pero Alex no. Siempre ha sido muy sensato.

—Tenemos cuatro agentes haciendo visitas puerta a puerta, registrando jardines y dependencias. —El agente Burnley, como todos los demás, mira por la ventana—. Otros dos están rastreando la zona en coche.

—¿No deberíais tener un helicóptero en el aire o algo así? —El miedo mezclado con la ira se me enrosca en la columna vertebral al darme cuenta de lo que podría haber pasado aquí. BF sería capaz de *cualquier cosa* para hacerme daño—. Mis hijos tienen cinco años, por el amor de Dios.

—Todavía no tenemos motivos para creer que haya ocurrido algo más que una escapada. Pero si no los encontramos pronto, intensificaremos la búsqueda.

—BF —digo, primero en voz baja.

—¿Qué? —el agente Burnley se gira para mirarme de frente.

—Mi padre. Estamos distanciados, pero recientemente ha vuelto a la zona. —Me siento enfermo—. Y ha estado haciendo amenazas.

—¿Qué tipo de amenazas? ¿Contra sus hijos?

—Contra todos nosotros. Podría habérselos llevado para llegar hasta mí.

—De acuerdo, necesito algunos detalles de usted, señor.

—No tenemos tiempo para eso. Ese hombre es un tipo desagradable. Me dio una paliza cuando era adolescente. Me mandó al hospital.

—No va a hacerles eso a los niños, ¿verdad? —la cara de Kerry está demacrada y blanca—. Es su abuelo al fin y al cabo. Eso debe significar *algo*.

—No para él. Era mi padre y mira lo que me hizo a mí. —Aparto ese recuerdo de mi mente. Necesito concentrarme en encontrar a mis hijos.

—Pero tú eras mayor, no un indefenso niño de cinco años. —Saca un pañuelo de la caja.

Yo también podría llorar. No puedo creer que por culpa de mi maníaco padre estemos todos en esta situación.

—No lo entiendo. ¿Por qué habría de llevarse también a mi hija entonces? —pregunta Davina—. Tu padre ni siquiera la conoce. —Me mira directamente por primera vez desde que entré.

—No lo llames mi padre.

—Da igual todo eso. —Davina está de pie con las manos en las caderas, curvando ligeramente el labio—. Sea quien sea, es un completo desconocido para Eloise. Entonces, ¿por qué se llevaría a *ella*?

—Porque estaba con ellos —respondo—. Tal vez pensó que daría la alarma si la dejaba atrás. No lo sé... no podría empezar a comprender una mente tan retorcida como la suya.

—Bien. —El agente Burnley levanta su radio hasta la barbilla—. Comprobaré con control el progreso y luego obtendré toda la información que necesito de usted.

Estoy dando vueltas por la habitación mientras Kerry y Davina permanecen quietas. Cómo ha ocurrido todo esto, con todos ellos juntos, es algo que todavía hay que aclarar. No pueden ser amigas.

—DC Burnley al habla. Estoy en la propiedad ahora mismo, el número ocho de Hawthorn Close, en Farndale. ¿Puede comprobar con las unidades si ya se ha localizado a los tres niños desaparecidos? ¿O si tenemos alguna información?

—Dame un minuto o dos. Enseguida vuelvo contigo.

Mientras esperamos, DC Burnley apunta nuestros nombres y direcciones. Luego los nombres completos, colegios y fechas de nacimiento de los niños. Me estoy impacientando por la trivialidad de todo esto. Necesito salir a buscar a mis hijos. Si ese cabrón les hace daño, yo...

—Control aquí.

—Adelante.

—Me he puesto en contacto con todos los implicados. No hay novedades todavía, lo siento.

—Han pasado al menos cuarenta minutos. Y acabo de recibir información del padre que sugiere que podría tratarse de un secuestro. Aunque se trata de alguien conocido por los niños.

—No, *no* es conocido por ellos —grito—. Ni siquiera han hablado con él nunca.

—Eloise tampoco le conoce —chilla Davina detrás de mí—. Estará aterrorizada.

—Bien, sargento —comienza DC Burnley—. Necesitamos activar una Alerta de Niños Desaparecidos de inmediato. Y que despegue el helicóptero. Conseguiré algunas fotografías y descripciones para los medios. ¿Puede alertar también al equipo forense? Acordonaré la entrada y el jardín —Se vuelve hacia mí—. Volveré en un momento —dice.

En apariencia, posiblemente parezco el más sereno de los tres. Kerry está desplomada en el sofá con la cabeza entre las manos, y las lágrimas ruedan por las mejillas de Davina.

—Mi marido acaba de morir. No puedo soportar más.

Me parte el corazón, quiero decirle. No hace tanto que te vi riéndote en el coche fúnebre. No puedo creer que esté aquí, imponente en mi salón, y que estemos unidos en esta terrible situación.

—Bien, todos debéis intentar mantener la calma —DC Burnley vuelve a entrar en la habitación a grandes zancadas—. Estamos haciendo todo lo posible y los *encontraremos*. Voy a hacer copias de estas fotos y necesitaré una descripción de lo que llevan puesto los niños.

—No lo sé —respondo. Bajo la mirada a la alfombra, y luego la levanto hacia Kerry, sintiéndome fatal porque no puedo saber qué llevan puesto mis hijos.

—Alex lleva vaqueros azules y una camiseta de Batman —Detecto un tono de suficiencia en su voz—. George no se ha cambiado. Nunca hace lo que se le dice —Su voz tiembla—. Todavía lleva su uniforme escolar. Va al colegio Harlow Boys.

—¿Puede describir su uniforme?

—Pantalones grises. Jersey azul marino y polo azul claro. Pero se había puesto sus botas de agua rojas para jugar en el jardín. Ah, y Alex llevaría sus zapatillas que se iluminan.

—Ni siquiera llevaban abrigos —solloza Davina—. Tendrán frío.

—Estamos en abril —digo—. No es que esté helando ahí fuera. Y volverán pronto —Digo esto con una convicción que no siento. Al no haber visto a BF durante unos quince años, no tengo ni idea de lo que busca, ni de dónde podría haberlos llevado. Tampoco tengo forma de contactar con él.

Todavía.

—¿Qué llevaba puesto Eloise?

—Una camiseta rosa de princesas Disney con volantes en la parte inferior y leggings azul oscuro. Siempre tiene frío... ni siquiera creo que se pusiera la rebeca antes de salir de casa.

—¿Y los zapatos? ¿Y su pelo? Difundiremos una descripción a través de los medios pronto. Solo a nivel local para empezar; con suerte, no tendremos que ir más allá.

—Llevaba las trenzas que le hicieron en el colegio. Y botines azules —Nuevas lágrimas caen por su rostro. Aunque odio a esta mujer porque Russ siempre volvía con ella, una parte de mí realmente se compadece. Ha pasado por bastante. Y yo también. Clavo las uñas en las partes carnosas de mis palmas. Tienen que encontrarlos pronto. Tienen que hacerlo.

Voy un momento al baño y cuando regreso, ha llegado una furgoneta grande de policía. Se bajan cuatro personas: tres hombres y una mujer. Los vecinos están boquiabiertos, intentando ver qué sucede desde sus jardines. A estas alturas todos deberían saber lo que está pasando, al menos eso espero, si la policía está haciendo bien su trabajo. DC Burnley ha vuelto a salir para colocar cinta de *no pasar* a través de la entrada, y un policía uniformado la está custodiando. Kerry y Davina están hablando en voz baja cuando vuelvo a entrar en el salón. Justo cuando estoy a punto de empezar a hacer preguntas, veo que dos policías regresan a la furgoneta, mientras que la mujer sigue a DC Burnley de vuelta a la casa.

—Esta es la agente Coates... Polly —anuncia—. Será vuestra oficial de enlace familiar.

—¿Qué significa eso? —Kerry se levanta cuando entran en la habitación—. ¿No debería estar todo el mundo ahí fuera, buscándolos?

—Polly será el enlace entre todo lo que estamos haciendo y vosotros —DC Burnley señala hacia Polly mientras habla—. Está aquí para apoyaros y responder cualquier duda sobre los procedimientos hasta que encontremos a vuestros hijos. Se quedará con vosotros para recabar toda la información posible que pueda ayudarnos a encontrarlos más rápido.

¿No deberíamos *nosotros* estar haciendo algo? —pregunto—. No puedo quedarme sentado sin más... necesito hacer algo para encontrar a mis hijos. Debería haber estado aquí en primer lugar, protegiéndolos de él.

—Voy a salir ahí fuera —responde DC Burnley—. Se está intensificando todo mientras hablamos. Y Polly os aconsejará sobre cómo podéis ayudar mejor en esta situación. No os preocupéis, podréis hacer vuestra parte.

—¿Os importa si me siento? —pregunta Polly.

Asiento con la cabeza. —Por favor, hazlo.

—Bien. Tengo entendido que creéis que vuestro padre podría haber secuestrado a los niños. Necesito toda la información posible sobre esto. ¿Quién es, dónde está y qué eventos podrían haberle llevado a hacerlo? —Prepara un bolígrafo sobre un bloc de notas.

—Tengo a un investigador privado siguiéndole en este momento —digo.

—¿Un investigador privado? —Kerry me mira como si quisiera pegarme—. ¿Por qué? ¿Y por qué no me lo has dicho?

—Sabes que ha estado rondando por aquí —respondo. Luego, volviéndome hacia Polly, digo—: Mi padre, a quien no he visto durante años, me ha estado siguiendo y también ha aparecido en casa de mi madre. Sospechaba que tramaba algo. Pero nunca pensé que secuestraría a mis hijos.

—Y a mi hija —dice Davina—. Dios, espero que los encuentren pronto. ¿No hay una estadística que dice que hay un marco de

tiempo determinado en el que deberían ser encontrados o...?

—Veinticuatro horas —dice Polly—. Aunque los primeros sesenta minutos suelen llamarse *minutos de oro*, ya que un secuestrador puede llegar muy lejos en ese tiempo.

—Pero ya casi ha pasado ese tiempo —se lamenta Kerry—. Deberías haberme dicho que habías contratado a alguien, Ed. Nunca les habría dejado jugar en el jardín si hubiera sabido que corrían tanto peligro. Tenía derecho a saberlo.

—Te dije que no... —empiezo a responder.

—No, no lo hiciste —me replica bruscamente—. Tu maldita madre dijo algo, pero tampoco me explicó toda la gravedad del asunto. Has cortado toda comunicación conmigo, ¿verdad?

—Mirad —dice Polly—. Sé que las emociones están a flor de piel, pero conseguiremos traer a vuestros hijos de vuelta más rápido si trabajamos juntos. —Arranca algunas páginas de su libreta y entrega una a cada uno. Luego reparte bolígrafos, haciendo sonar sus pulseras con el movimiento—. Quiero que hagáis una lista —dice—, de todas las personas conocidas por los niños. Amigos, otros miembros de la familia, lugares que les gustan, adonde podrían dirigirse o esconderse, ese tipo de cosas. Aunque tengamos un sospechoso potencial, debemos mantener en mente todas las otras posibilidades. —Luego, dirigiéndose a mí—: Señor Huntington.

—Llámame Ed —respondo.

—Quiero que añadas a tu lista a cualquier persona del lado de tu padre, amigos que pueda tener o cualquier lugar donde creas que podría haber llevado a los niños.

—No le llamo padre, —le digo—. No desde que me mandó al hospital, por lo que fue a la cárcel cuando yo tenía dieciséis años. Aunque podría llamar a mi investigador y ver cómo va con la búsqueda de su dirección y la matrícula del coche. Creo que ya me habría avisado si hubiera encontrado algo, así que le presionaré para que se dé prisa.

—Creo que también deberías contactar con tu madre. Ver si ha tenido algún contacto con él en las últimas horas.

—Se volverá loca cuando sepa lo que ha pasado. —La reacción de mamá es impensable. Vendrá inmediatamente. Aunque, para ser

sincero, me vendría bien tenerla aquí ahora mismo. Nos mantendrá cuerdos.

—Os dejaré que os pongáis con esas listas. Luego sugiero que llaméis a todos los que podáis. —Polly se levanta—. Mientras lo hacéis, ¿podríais indicarme dónde está la cocina? Prepararé algo de beber para todos.

La guío hasta la cocina y le muestro dónde está todo. Me sorprende que Davina no haya intentado despedazarme todavía, dada la situación. Se me hiela la sangre cuando veo figuras con trajes blancos, de la cabeza a los pies, pasando por la ventana lateral.

Por favor, por favor, que estén bien.

35

KERRY

HAN PASADO CASI dos horas y todavía no los han encontrado. Marie acaba de llegar. Literalmente me derrumbo en sus brazos cuando entra en el salón. —Se los han llevado —gimo sobre su hombro—. ¿Y si les hace daño?

Mientras me abraza, no puedo decirle que en secreto me siento aliviada de que parezca ser BF quien los tiene. La alternativa, el hombre que contrató Davina y sus exigencias de más dinero, es impensable. El hecho de que BF sea el abuelo de los niños tiene que significar algo. Ha hecho esto para vengarse de Ed. Simple. Y cuando crea que lo ha asustado lo suficiente, los dejará ir. Van a estar traumatizados, pero los ayudaré a superarlo. Les conseguiré psicólogos, terapia, lo que sea. Todo saldrá bien.

—Acabo de hablar por teléfono con el investigador —anuncia Ed, regresando al salón—. ¿Estás bien, mamá?

—No puedo creer lo que ha...

—¿Qué ha dicho? —me aparto de Marie.

—Todavía no tiene lo que le he pedido, pero dice que está cerca. Tiene un asistente que está hablando con gente, y parece que se está quedando por aquí cerca.

—¡Vaya, qué útil, se está quedando por aquí cerca! ¿Cuánto le estás pagando a ese hombre? Ah, no me contestes. Probablemente

lo que cuesta la matrícula de los niños.

—Déjalo ya, Kerry. Estoy haciendo todo lo que puedo.

—Ya basta, vosotros dos. —Marie se acerca a Davina—. Soy Marie, la madre de Ed.

—Davina. —Ofrece una mano flácida que Marie agarra—. También se ha llevado a mi hija. Estaba jugando con los niños en el jardín.

—¿Eres amiga de Kerry?

—Más o menos.

No las miro. No quiero ofrecer ningún tipo de explicación.

—Los encontrarán —dice Marie, sin soltar la mano de Davina—. Ya verás.

—¿Conoces a alguien de su familia, mamá, algún sitio donde podría haber llevado a los niños?

—Ya no. —Marie se aparta de Davina y se sienta conmigo en el sofá—. Han pasado quince años desde la última vez que lo vi, aparte de cuando apareció la otra semana. Tenía un hermano, pero era fumador empedernido y bebedor. Ni siquiera sé si sigue vivo.

—He pedido al investigador que me consiga su matrícula y su dirección. Ha aparecido en mi trabajo, en un piso que estaba visitando y en el hotel donde me alojaba.

Polly toma notas mientras Ed habla.

—Acabé apuñalándolo con anestésico en la consulta. Por eso no estoy trabajando. Me pidieron que me tomara un tiempo libre.

—No me habías dicho nada —dice Marie.

—Ni a mí. —Mi cuerpo se tensa de ira—. No solo has abandonado a tus hijos, también los has puesto en grave peligro.

—Tú eres la que no los estaba vigilando.

—¡Estaban jugando en el jardín!

—Después de que te dijeran que no los dejaras.

—No finjas ser el padre preocupado ahora, Ed —empiezo—. Después de...

—¿Cómo vamos con esas listas? —Polly coloca una bandeja en la mesa de café. Entonces, al ver a Marie, dice—: Soy Polly, la Oficial de Enlace Familiar.

—Marie. La abuela de los niños. Estoy aquí para ayudar.

—Te traeré una taza. Luego repasaremos estas listas.

—Una maldita taza de té —pienso para mí misma. Mis niños están Dios sabe dónde con Dios sabe quién y estamos aquí sentados haciendo listas y bebiendo té.

La tarde se pasa haciendo llamadas telefónicas, dando vueltas por el suelo y estallando en lágrimas. Mataría por una copa de vino, pero tengo que mantener la cabeza despejada. No puedo creer que aún no los hayan encontrado. Si están fuera, ya tendrán frío. Son las nueve y media y está completamente oscuro. Estoy convencida de que están con BF, en lugar de con el sicario, claramente la mejor opción de las dos. Pero definitivamente se los han llevado. No hay forma de que se hubieran ido por su cuenta tanto tiempo.

—¿Y si no han comido? ¿Por qué no los han encontrado todavía?

Polly pone una mano en mi brazo. —Muchos de los vecinos se han unido a la búsqueda ahora. Y trabajaremos toda la noche hasta encontrarlos.

—Dios mío. Toda la noche. ¿Y si están desaparecidos *toda la noche*? —No podría soportarlo.

La madre de Davina llega después, una versión más delgada y mayor de Davina. Hablan en voz baja durante unos momentos en el pasillo y, después de reconocernos, ella se retira a uno de los sofás donde se sienta, retorciéndose las manos y suspirando.

También he avisado a mi madre. Vive en la casa en la que siempre ha vivido, así que siempre existe una pequeña posibilidad de que los niños pudieran terminar siendo llevados allí. Adam me preguntó si quería que viniera. Aunque sí quiero, le dije: —Todo el mundo los está buscando. Incluso saldrá pronto en las noticias. Si no aparecen esta noche, tal vez ven mañana.

Cuando termino la llamada con Adam, una furgoneta de televisión se detiene fuera y Polly sale para recibirlos. Alistair aparca detrás de ellos y Marie también sale corriendo.

—Puedo prescindir de *él* —dice Ed—. No le importa nadie más que él mismo.

—¿Quién es? —dice Davina.

—El novio de mi madre. Y le irrita cualquiera que le quite atención de ella. Incluso los niños.

—¿Podría tener algo que ver con...

La madre de Davina deja de hablar cuando dos hombres con monos de trabajo de la BBC siguen a Polly hasta mi salón, ya bastante abarrotado. —Este es Mike y este Steve —anuncia—. Van a informaros ahora sobre lo que debéis decir ante las cámaras de noticias.

—Bien —empieza uno de ellos—, el propósito de esto es difundir las imágenes e información sobre los niños lo más ampliamente posible.

—¿Estoy en lo cierto al pensar que llevan desaparecidos casi cinco horas? —pregunta el otro.

Como si necesitara que me lo recordaran. —Sí —respondo. Es como una pesadilla. No creo que la enormidad de lo que está pasando me haya calado aún. Sin embargo, de alguna manera, en mis entrañas, siento que están vivos y a salvo. Sabría si les hubiera pasado algo.

—A los tres os grabarán en la entrada —dice Steve, o Mike. No sé cuál. Realmente no importa. Lo único que importa es recuperar a mis queridos niños. Un sollozo se me atraganta en la garganta—. ¿Funcionará? ¿Salir en las noticias?

—Seréis la primera noticia —responde—. Saldréis en las Noticias de las Diez, que son de ámbito nacional. Normalmente, otros canales de noticias también recogerán la historia.

—La historia. —Davina se gira para encarar a los hombres—. El secuestro de mi hija no es algún tipo de entretenimiento para alimentar a las masas.

—No estamos sugiriendo eso. —La voz del hombre es suave—. Las fotografías de vuestros hijos aparecerán en pantalla, el presentador dará los detalles y las especificaciones, y vuestro trabajo será apelar al público, pidiendo su ayuda y vigilancia.

—Y a quien se los haya llevado —añade Polly.

—Dios, estoy temiendo esto —digo. Sé que tengo que hacerlo pero, ¿televisión nacional? Miro a Ed—. Estarán bien, ¿verdad? —susurro.

Me aprieta el brazo, la primera vez que me toca en semanas. —Eso espero, Kerry —su voz se quiebra—. No sé cómo seguiré adelante si les pasa algo. Si ese cabrón de mi padre ha tocado un solo pelo de sus cabezas, lo mataré con mis propias manos.

—¿Realmente crees que es tu padre? —le dice Davina a Ed. Veo esperanza en sus ojos. Ambas sabemos que es el mejor escenario, comparado con la otra posibilidad. La perspectiva de que nuestros hijos estén retenidos por un reconocido sicario, que teme represalias de la policía y ahora quiere setenta mil libras, es impensable.

—Tenemos que salir ya —dice uno del equipo de noticias—. Estamos en el aire en cinco minutos.

—¿Qué decimos? —jadea Davina.

—Solo hablad desde el corazón —dice Polly—. Decid lo que sentís, lo preocupados que estáis, cuánto necesitáis que vuelvan. No tenéis que dar ninguna información concreta, el presentador se encargará de eso.

Estamos de pie frente al porche con Ed en el medio; Davina y yo a cada lado de él.

—¿Quién va a hablar primero? —Momentáneamente, mi miedo y nervios están más dirigidos al hecho de que vamos a aparecer en las Noticias de las Diez, que al hecho de que mis hijos han sido secuestrados.

Hay una pantalla en la parte trasera de la furgoneta que dos personas del equipo de noticias están viendo. Las caras sonrientes de George y Alex, y luego de Eloise aparecen, y entonces habla un presentador. La vista de las sonrisas de mis hijos me llena los ojos de lágrimas. Solo quiero que vuelvan. Mike, o Steve, está hablando a la cámara.

—Y mientras se intensifica la búsqueda de los tres niños de cinco años desaparecidos, sus padres esperan, desesperados por noticias. Kerry, la madre de los niños, quiere hablar a nuestros espectadores. La cámara gira primero hacia mí, probablemente porque soy la que está más cerca del micrófono.

Mi voz flaquea pero debo encontrar las palabras. Tengo que hacerlo por mis niños. Trago saliva, después aclaro mi garganta. —Hace más de cinco horas, mis preciosos niños gemelos fueron

llevados de nuestro jardín. No llevan abrigos, no sé si habrán comido y a estas horas, ya deberían estar arropados en sus camas. —Mi voz tiembla mientras imagino a Alex con sus brazos alrededor de su oveja—. Alguien ahí fuera se los ha llevado o sabe quién lo ha hecho. Por favor, por favor, si habéis visto algo o sabéis algo, por favor llamad a la policía. —Las lágrimas corren por mis mejillas. Ed me pasa el brazo por los hombros. Se siente bien. No puedo creer que haya hecho falta algo así para recibir un gesto cariñoso de él—. Solo necesito que vuelvan. Por favor, ayudadnos.

La cámara se mueve hacia Ed. —Soy el padre de los niños y solo puedo repetir lo que dice mi mujer. Me gustaría hablar directamente a la persona que ha secuestrado a nuestros hijos. Podemos acabar con esto ahora mismo. No tiene por qué haber represalias. Por favor, simplemente llevadlos a un lugar seguro y hacednos saber dónde están. Estamos desesperados por que vuelvan a casa sanos y salvos. Eso es lo único que importa.

Siento una calidez porque se ha referido a mí como su mujer. La cámara se mueve hacia Davina.

—Mi hija Eloise es una niña preciosa y alegre de cinco años que estará absolutamente aterrorizada, dondequiera que esté. Solo puedo rezar para que ella, junto con los niños, estén a salvo y vuelvan pronto a casa. Por favor, todo el mundo, mirad bien sus fotografías y estad atentos. Necesitamos la ayuda del público para traerlos a casa sanos y salvos. —Está llorando otra vez también—. Mi marido murió el mes pasado. Mi niña es mi mundo. Por favor, ayudadnos. Si alguien tiene cualquier información, cualquier cosa, se le insta a contactar con la policía inmediatamente.

La cámara vuelve al estudio y las fotografías aparecen de nuevo antes de que las noticias pasen a otra cosa. Estoy agotada.

—No sé tú —le digo a Davina—, pero yo necesito una copa de vino.

36

ED

—Deberías intentar dormir un poco —dice Polly—. No serás de ayuda para nadie, y menos aún para tus hijos cuando regresen, si no lo haces.

—¡*Dormir!* No creo que pudiera. Necesito estar haciendo algo. Debería estar ahí fuera, buscándolos.

—Podemos organizar algo por la mañana —sugiere Polly—. Carteles quizás, un equipo de gente local. Pero no podemos hacer nada hasta entonces. Necesitas dormir, aunque sean solo unas horas. En serio, tienes que mantener las fuerzas.

Todos nos hemos obligado a comer un sándwich, así que al menos es algo. Davina parece que se está quedando dormida en el sillón. Todavía no sé cómo ha llegado a estar aquí con Kerry. Sin embargo, esa conversación tendrá que esperar hasta que nuestros hijos estén de vuelta sanos y salvos.

—La habitación de invitados está lista —Kerry da un codazo a Davina—. Ve a descansar un rato.

—Gracias —se pone de pie—. Me *despertaréis* si hay alguna noticia, ¿verdad?

—Por supuesto. Inmediatamente —Polly le toca el brazo—. Vosotros dos también tenéis que ir.

No estoy seguro de que sepa que Kerry y yo estamos separados. Seguramente debe haberlo intuido. De ninguna manera me voy a meter en la cama con ella, bajo ninguna circunstancia. —Me tumbaré en el sofá del invernadero —digo—. No creo que pueda dormir, solo descansaré un poco.

Kerry parece demasiado cansada para discutir, pero dice: —¿Por qué no subes conmigo, Ed? No quiero estar sola.

—Prefiero estar disponible aquí abajo —respondo—. *Uno* de nosotros debería estarlo.

Polly nos observa. —Id todos a descansar un poco. Aunque no durmáis, id y cerrad los ojos. Vendré a buscaros si tengo alguna noticia, lo prometo.

—¿Y tú? —Polly también parece cansada.

—Termino mi turno a las siete —dice—. Otro compañero me relevará y luego, si es necesario, volveré con vosotros a las siete de mañana por la noche.

—Dios, no puedo imaginar que sigan desaparecidos para entonces —Estoy demasiado cansado para pensar con claridad mientras salgo de la habitación y me dirijo a la oscuridad del invernadero, tropezando con sus juguetes y zapatos por el camino. Normalmente esto me molestaría, pero ahora mismo daría mi brazo derecho por poder regañarlos por ello.

Me tumbo en el sofá, viendo las nubes vagar por el cielo, imaginando a mis hijos y a Eloise, ahí fuera en alguna parte. Es una agonía. Donde estoy tumbado es donde normalmente se sientan para ver la tele. No puedo creer que aún no hayan vuelto. La búsqueda puerta a puerta y por tierra se ha suspendido hasta la mañana, pero los coches patrulla siguen vigilando y se han establecido controles en puertos y aeropuertos. No puedo creer hasta qué punto ha caído BF para vengarse de mí.

Veo pasar cada cuarto de cada hora, pero cuando me levanto a las 6:15 de la mañana, me siento un poco más descansado que antes. He tenido algún momento en el que me he quedado dormido. Asomo la cabeza por la puerta del salón para ofrecerle un café a Polly. Ya tiene uno y me informa de que sigue sin haber noticias de los niños. Las cortinas están abiertas y la cinta policial ondea con la

brisa de la mañana mientras un agente uniformado hace guardia. Me pregunto si ha estado ahí toda la noche. Qué trabajo más aburrido.

Los peritos forenses terminaron sus investigaciones después de un par de horas. No encontraron huellas dactilares, pero tomaron algunas impresiones nuevas de zapatos y neumáticos. No había señales de forcejeo: la puerta había sido desatrancada y de alguna manera se habían llevado a los niños sin que nadie los viera ni oyera. Una de las vecinas notó un coche diferente, pero no le había prestado mucha atención.

Me llevo el café al despacho y enciendo el ordenador de sobremesa. No hay manera de que me quede sentado aquí todo el día mientras mis hijos están Dios sabe dónde. Tengo que hacer algo. *¿Qué hacer?* Entonces se me ocurre. Las redes sociales. Primero publico en mi página de Facebook.

Anoche, mis gemelos de cinco años, George y Alex, fueron secuestrados de nuestro jardín en Hawthorn Close en Farndale, junto con su amiga Eloise, también de cinco años. Hasta ahora llevan desaparecidos trece horas. Por favor, por favor, estad atentos.

Voy a la página de noticias de la BBC y copio las fotografías de ellos y de Eloise. *Estamos organizando una búsqueda local que comenzará a las 9 de la mañana. Si estáis disponibles, estamos desesperados por conseguir ayuda para encontrarlos. Por favor, acudid al salón de actos de la Iglesia de Todos los Santos. Si sabéis o veis algo, por favor, poneos en contacto con la Policía o llamadme directamente al 07700 900369.*

Me siento mejor por estar haciendo algo. Etiqueto a Kerry. Davina y yo obviamente no somos amigos en Facebook, así que no puedo ponerlo en su página. Luego lo comparto en la página de Nuestra Ciudad, la página de Leeds, la página de Iglesias Unidas —seguro que quieren ayudar— y el grupo local de Mumbler. Con suerte, habrá algunas madres que no estén trabajando hoy y quieran unirse a la búsqueda.

Quizás el investigador también descubra algo sobre BF hoy. Al fin y al cabo, le estoy pagando bastante. Después me pongo a hacer carteles, usando las mismas fotografías, y dejo que la impresora los vaya imprimiendo mientras bajo las escaleras.

Polly se está poniendo el abrigo. —Esta es Helen, ella se encargará del turno de día y yo volveré más tarde. Incluso si los encuentran, habrá una investigación para la que todos necesitaréis apoyo.

No me gusta su uso de "si" los encuentran. Anoche fue "cuando".

—Tú debes de ser Ed. Te vi anoche en las noticias —Helen, una joven rubia, me tiende la mano—. Yo también tengo gemelos. Niñas de tres años.

—Gracias por estar aquí —sonrío a pesar de la punzada de envidia que siento porque sus gemelas probablemente aún están en la cama, donde deben estar, siendo cuidadas por su papá. A la fría luz de un nuevo día, la situación en la que estamos parece aún más increíble que anoche.

—¿Ha habido *algo*? —miro a ambas alternativamente.

—Nada de nada —responde Polly—. Lo siento.

—A menudo, en casos como este —dice Helen—, el secuestrador se pone en contacto y da alguna pista sobre sus motivos o lo que quiere que ocurra después.

—Esa es una de las razones por las que mi madre volvió a casa anoche. Por si él aparece allí de nuevo.

—Me voy entonces —dice Polly—. Espero que haya noticias pronto. Cuídate.

—Gracias.

—¿Tu madre no está sola en casa, verdad? —pregunta Helen.

—No, su pareja está con ella. Se habría puesto en contacto si hubiera algo que informar. Apenas he dormido y he tenido el teléfono conmigo todo el tiempo que ella ha estado fuera. Pero le mandaré un mensaje en breve, por si acaso.

—¿Qué certeza tienes de que es tu padre quien se los ha llevado?

—No puedo imaginar quién más podría haber sido. ¿Has visto mi declaración?

—No, aún no. —Helen camina hacia la ventana. Ya hay varios periodistas tras el cordón policial.

—¿Debería salir y hablar con ellos? —pregunto—. ¿Aunque ya hayamos hablado en la televisión anoche?

—No haría daño salir y decir algo sobre el hecho de que ya han pasado *toda la noche* fuera. —Me toca el brazo—. Pero no menciones a tu padre. Podría diluir la intensidad de la búsqueda si el público piensa que tus hijos están con alguien que conocen.

—¿Debería avisar a Davina y Kerry? —La ducha está funcionando en el baño y he oído movimiento desde la habitación de invitados.

—Si quieres. O puedes salir solo si te parece bien. Yo te acompañaré, por supuesto.

—Lo haré. Dejaré que ellas se organicen. —Respiro hondo y luego sigo a Helen hacia la entrada.

—Helen Gouldsborough —anuncia al pequeño grupo—. CID de West Yorkshire. Oficial de Enlace Familiar. ¿Queréis unas palabras del padre de los niños gemelos que han sido secuestrados?

Todos se acercan más. —¿Es cierto que tu padre los ha secuestrado? —grita alguien entre la multitud. Dios sabe cómo se han enterado de eso.

—¿Por qué los dejaron sin supervisión? —grita otra. Le lanzo una mirada furiosa e ignoro también esa pregunta.

—Hablaré con *usted*. —Señalo a un hombre que lleva una chaqueta de Sky News. Al menos es una compañía de noticias respetable. Con suerte estarán contentos con hechos en lugar de especulaciones.

En cuestión de segundos hay una cámara y un micrófono apuntándome. Davina y Kerry observan desde la puerta. —¡Yo me encargo! —les grito—. Volveré dentro en unos minutos.

Helen pone una mano en mi brazo antes de retroceder un paso.

—A última hora de ayer por la tarde —comienza el reportero de la chaqueta—, tres niños de cinco años fueron secuestrados del jardín que está detrás de mí mientras jugaban. Nadie oyó nada y todo lo que se vio fue un coche grande de color oscuro. No tenemos testigos que recuerden haber visto *quién* conducía o a los niños siendo llevados.

Ya llevan desaparecidos quince horas y la policía ha retomado la búsqueda esta mañana. Después de escuchar al padre de los niños gemelos, George y Alex Huntington-Barnes, mostraremos la

fotografía de todos ellos nuevamente. —Se gira hacia mí—. Señor Huntington-Barnes. ¿Qué le gustaría decir?

—Tres niños muy pequeños han pasado toda la noche fuera. —Las lágrimas brotan de mis ojos. La enormidad de la situación apenas está empezando a afectarme. Hasta ahora he estado funcionando en piloto automático—. Ni siquiera llevan abrigos. No sabemos dónde están, si están a salvo, y obviamente estamos enloqueciendo de preocupación. —Estoy llorando en la televisión nacional—. Solo podemos decirle a la persona que los tiene que los deje en un lugar seguro y que informe a la policía dónde están. Sea cual sea tu razón para hacernos daño, los niños no se merecen esto; son niños inocentes de cinco años que no han hecho nada malo. Solo puedo rezar para que estén a salvo y vuelvan a casa, donde pertenecen. Pronto estaré allí, uniéndome a la búsqueda organizada. Si alguien en la localidad puede ayudarnos, partiremos desde el Salón Parroquial de St James en Farndale a las nueve de la mañana. Gracias.

Se siente mejor estar haciendo algo constructivo. Imprimiré un mapa con un radio de dieciséis kilómetros centrado en casa para que podamos dividir las áreas entre los que vengan a ayudar. Una vez que tenga eso en marcha, volveré a llamar al investigador privado.

—Bien hecho —sonríe Kerry a través de sus lágrimas mientras camino de vuelta hacia la casa.

—Gracias —dice Davina—. ¿Te importa si tomo un té y unas tostadas antes de empezar con la búsqueda? Si alguien me hubiera dicho hace veinticuatro horas que estaría compartiendo el desayuno con Davina, habría dicho que estaba loco.

—Prepararé algo para todos —dice Kerry—. Yo no tengo hambre, pero tenemos que seguir hasta encontrarlos.

—Esta es Helen —señalo hacia ella—. Ha sustituido a Polly hasta esta noche. Helen, Kerry. Davina. —Todas se dan la mano de manera formal.

Los mensajes están llegando en masa a través de las redes sociales.

Rezando por el regreso seguro de vuestros pequeños.

No puedo imaginar por lo que estáis pasando.

Pensamientos y oraciones.

Espero que los encontréis pronto.

Familia, amigos, vecinos, compañeros de trabajo y desconocidos; todos ofreciendo esperanza y apoyo para nuestros hijos. Se los muestro a los demás.

—Espero que Adam y mi madre puedan venir más tarde —dice Kerry, mientras unta mantequilla en una tostada.

—¿Para qué? —Es lo último que necesito después de todo lo que ha pasado últimamente.

—Son la abuela y el tío de Alex y George. ¿Por qué no deberían estar aquí?

Agarro mi teléfono rápidamente cuando suena. Es Trevor.

—¿Habéis encontrado algo? —Ni siquiera digo hola.

—Tengo una dirección para ti. Y una matrícula.

—Eso es increíble. Adelante. —Cojo un bolígrafo del alféizar de la ventana y un post-it de la barra de desayuno.

—Veintiuno, calle Carlton, Burley —dice—. Es una casa adosada, perteneciente a Graham Warvis, que está actualmente en Sudáfrica por tiempo prolongado. Hemos visto a tu hombre entrar y salir de la casa. Aunque no ha habido señales de él anoche ni esta mañana.

—Buen trabajo. Se lo pasaré a la policía. ¿Y la matrícula? —Apunto todo mientras me lo dicta.

—Pertenece a un VW Passat. Gris oscuro. Yankee. Delta. Doce. Echo. Tango. Sierra. He tenido a mi ayudante siguiéndolo, pero de nuevo, no se le ha visto desde ayer por la tarde.

—¿Ayer por la tarde? —¿Estoy oyendo bien?

—Sí.

—Estás de broma, ¿verdad?

—Por desgracia no, Ed. Solo puedo disculparme.

—Entonces, ¿por qué me lo estás comunicando *ahora?*

—Acabo de recibir la información de mi ayudante en este mismo instante. Dice que su teléfono debía estar fuera de cobertura cuando me envió el correo, y el mensaje quedó en su carpeta de borradores.

—Necesitaba esto ayer, Trevor... ¿sabes que se ha llevado a mis hijos, verdad? —La línea se queda en silencio. Estoy tan furioso que ni siquiera puedo expresarlo con palabras—. ¿Sigues ahí?

—¡Ed! Lo siento. Por supuesto, te reembolsaré hasta el último céntimo y...

—No me importa el maldito dinero. Solo me importa recuperar a mis hijos, y contratar a alguien lo suficientemente *competente* para hacer su trabajo correctamente.

—No puedo ni imaginar por lo que estás pasando, pero ahora estamos tras su pista. Me haré cargo personalmente sin coste alguno para ti. Pasaré la información que tenemos a la policía ahora mismo y me pondré en contacto contigo tan pronto como lo encuentre. Te prometo que *lo* encontraremos.

Ya he oído suficiente y cuelgo sin decir nada más. No tengo energía para seguir discutiendo y me arrastro escaleras arriba para cambiarme, agradecido de haber dejado algo de mi ropa aquí.

37

KERRY

PARECE que *es* el padre de Ed quien se ha llevado a los niños. Es por lo del coche grande de color oscuro, y el hecho de que ni el vehículo ni él hayan sido vistos desde ayer por la tarde. En circunstancias normales, estaría fuera de mí, pero me repito una y otra vez que es su propia sangre y, por tanto, es mucho menos probable que les haga daño. Se los ha llevado para vengarse de Ed, para darle una lección. Lo siento en mis entrañas que los recuperaremos hoy.

Si hubiera sido el otro hombre quien se los hubiera llevado, no sé cómo lo estaría sobrellevando. Pero no puede ser: él quería dinero y ya habríamos sabido algo si *hubiera* sido él. Además, ha sido Davina quien ha estado tratando con él. No sabe *nada* sobre mí. Que yo sepa, no tendrá ni idea de que una tercera persona contribuyó con diez mil libras a lo que Davina le pagó. Mi teléfono emite un pitido donde está enchufado en la encimera de la cocina.

¿Quieres que me pase por ahí, hermana? Aunque tendría que llevar a Laura conmigo. Ya sabes cómo es.

¿Lo sé? No, gracias.

Estoy bien. La policía tiene más información ahora, así que con suerte solo es cuestión de tiempo.

¿Quién crees que se los ha llevado?

El padre de Ed.

¡Estás de broma! ¿Por qué?

Para vengarse de Ed por el pasado. Por ser gay.

No puedo creer que acabe de decir eso. Sin embargo, es un gran paso adelante. Durante las últimas dieciséis horas, Ed y yo nos hemos acercado más que en los últimos dieciséis meses. Ha habido momentos en los que olvido que incluso nos hemos separado. Luego me golpea en la cara de nuevo. Al igual que el hecho de que se han llevado a mis hijos. Creo que ahora me he enfrentado a la verdad de que mi marido es gay. No tengo elección.

¿Me arrepiento de aquello en lo que me he involucrado? Sí, mucho. Me dejé llevar por las promesas de Davina de que ambas recuperaríamos nuestras vidas con Russell fuera del panorama. Confié en ella porque parecía tenerlo todo planeado. El hombre que había sido recomendado para llevar a cabo "el trabajo" supuestamente lo haría de manera eficiente y profesional. Pero cuando lo pienso ahora, no puedo creer que se atribuyan tales términos al papel de un asesino a sueldo.

Desde que Ed se fue, he cambiado. He tenido que hacerlo. He tenido que encontrar una fuerza y una lucha dentro de mí y mirar hacia un futuro como mujer divorciada. Ya no estoy tan obsesionada con encajar con las mujeres del gimnasio, me importa un comino mi aspecto o tener lo mejor de todo, siempre que pueda cuidar de mis niños. Respiro profundamente. Mis niños. Encontrarlos es lo único que importa.

—¿Vienes al salón parroquial? —aparece Davina en la puerta—. ¿O debería quedarse uno de nosotros aquí?

—Creo que uno de nosotros debería esperar —respondo—. Por si los traen de vuelta. —Davina y yo no hemos tenido la oportunidad de hablar sin alguien presente, aparte de cuando subimos a acostarnos anoche, pero creo que ambas estábamos más allá de cualquier conversación coherente. Estoy segura de que puedo percibir en su rostro el mismo "casi alivio" que siento yo, de que no parezca ser el sicario quien tiene a nuestros hijos.

—Yo también me quedaré aquí —dice Helen, envolviendo sus dedos alrededor de su taza—. Con quien se quede.

Davina y yo nos miramos. —Es *tu* casa —dice ella—. Tiene sentido que *tú* esperes aquí y que yo ayude con la búsqueda. Para ser sincera, no puedo seguir sentada aquí más tiempo.

—Vale. —Dios, espero que los encuentren pronto. Un día en casa, esperando, dando vueltas y arrancándome el pelo se extiende ante mí como un abismo.

—¿Hay algo que pueda hacer? —le digo a Ed mientras se calza las zapatillas. Está agarrando un enorme fajo de carteles—. No puedo quedarme aquí sin hacer nada. ¿Debería colocar algunos de esos?

—No, tienes que quedarte aquí. Podría traerlos de vuelta en cualquier momento o podría dejarlos ir, y ellos quizás podrían encontrar el camino de regreso. —Se da unas palmaditas en el bolsillo donde tiene el teléfono—. Pero mantengámonos en contacto constante: llámame si hay alguna novedad y yo haré lo mismo. Tal vez puedas meterte en las redes sociales y asegurarte de que la gente esté atenta. Eso ayudaría.

—¿Crees que alguien ayudará con la búsqueda? —pregunta Davina, y sin esperar una respuesta, dice—: ¿Quién va a hablar con todos los que se presenten?

—Puedo hacerlo yo —responde Ed—. La policía probablemente también estará por allí. Estoy seguro de que habrá una buena participación. —Tira de su chaqueta colgada en el perchero del pasillo—. Ha habido un montón de comentarios en Facebook. Son tres niños de cinco años, al fin y al cabo. Todo el mundo está esperando un final feliz. Vamos, vayamos a buscarlos. —Se vuelve hacia Davina.

No estoy segura de si Ed sabe que soy consciente de la conexión que existe entre él y Davina. Y seguro que no es consciente de la alianza que ella y yo tenemos. Hemos hecho un trabajo magnífico ocultándolo. Pero cuando todo esto termine, todavía tenemos que enfrentarnos a eso.

La casa está inquietantemente silenciosa después de que se han marchado, aparte del tecleo de Helen en su portátil. —Ahora está en

todas las noticias —me informa—. Locales y nacionales. Estoy segura de que algo surgirá hoy.

—Solo estamos a siete horas de llegar a las veinticuatro horas —Doblo la colada y la apilo sobre el brazo de una silla. Los vaqueros de Alex. Los jerséis de George. Calcetines de Batman. Pijamas de dinosaurios. Aunque son gemelos, nunca les he vestido igual. Incluso con cinco años, ambos tienen ideas muy claras sobre lo que quieren llevar puesto. El hermoso día se cuela por la ventana, burlándose de mí—. Ahora debería estar preparándolos para el colegio. Al menos, siendo un día soleado, sé que dondequiera que estén, no pasarán frío. No puedo quitarme de la cabeza que después de veinticuatro horas, la probabilidad de que los encuentren se reduce significativamente. —Encontrarlos *vivos* es lo que he leído, pero no puedo decirlo.

—Es una situación ligeramente distinta —Helen cierra su portátil —. Eso es cuando un desconocido los ha secuestrado. Pero en este caso, sospechamos que han sido llevados por tu suegro.

—Nunca he conocido a ese hombre —Apunto con el mando al televisor para ver las noticias de las nueve de la mañana—. Tampoco los gemelos. Así que sí, estoy de acuerdo, es menos probable que les haga daño que un completo desconocido, pero aun así no explica por qué se llevaría también a Eloise.

Me alegro de que Helen esté aquí. Me está ayudando a mantenerme un poco entera, simplemente teniendo alguien con quien hablar. Si alguien me hubiera preguntado cómo afrontaría esta situación, habría respondido: "como un manojo de nervios". Es sorprendente lo fuerte que puedes ser cuando *tienes* que serlo.

Mientras cambio de la BBC a ITV y a Sky, están por todas partes. Capto fragmentos de lo que se dice. *Crece la preocupación. Desaparecidos durante dieciséis horas. Fuera toda la noche. Tres niños vulnerables. Se rezará por ellos en la escuela.*

Ahora han publicado una fotografía de BF. La estudio, buscando a Ed o a mis niños en su rostro y no encuentro nada. Lo citan como el posible secuestrador antes de mostrar una imagen de su casa. Está acordonada, con un policía vigilándola. Muestran una imagen de lo que debe ser su coche. Dios mío, ha sido captado por las cámaras

de seguridad a unos cincuenta kilómetros de distancia, a las 6:42 de la mañana. Según los informes, iba solo en el coche. Entonces, ¿qué diablos significa eso?

6*:42* de la mañana. Me desplomo en el sofá y hundo la cabeza entre las manos. Esto es una pesadilla absoluta.

Helen me toca el hombro. —¿Quieres que prepare un té?

—Me vendría bien una ginebra —Sonrío débilmente, luego doy un respingo cuando una voz llama desde el pasillo—. Es mi suegra —explico—. Pasa, Marie.

Irrumpe en la habitación. —Lo he tenido al teléfono.

—¿Al padre de Ed?

Helen saca una libreta y un bolígrafo de su funda del portátil. —¿A qué hora ha sido esto?

—A eso de las siete.

—¿Y solo has venido ahora? —La miro fijamente.

—No sabía qué hacer —Se seca los ojos con un pañuelo—. Quizá lo entiendas en un momento. Lo que estoy a punto de decir me deja en muy mal lugar.

—Continúa —Tengo poca simpatía por ella. Ha estado ocultando información que podría encontrar a los niños durante casi *dos horas*.

—Él *los* tiene. *Y* lo ha estado planeando. Como sospechábamos, ha estado queriendo vengarse de Ed durante mucho tiempo por haberlo metido en prisión y arruinado su vida. Así es como él lo ve, al menos.

—¿Dijo por qué se había llevado también a Eloise?

—No, no respondió cuando le pregunté eso.

—¿Están bien?

—Estaban *aparentemente* todos dormidos. Los había dejado solos cuando llamó.

—Sigo sin creer por qué has tardado tanto en avisarnos. He estado despierta media noche.

—Lo siento. Sabía que estaban a salvo.

—Pero nosotros no.

—Entonces, ¿dónde están? —Helen aún no ha escrito nada.

—Ese es el problema, no lo sé —Marie se retuerce las manos en el regazo—. Lo único de lo que quería hablar era del kit de pruebas

genéticas que había comprado. Y para regañarme.

—¿Un kit de *qué*?

—Los niños *no son* sus nietos —Mira la fotografía sobre la repisa mientras habla—. Dijo que está aliviado de que por fin se haya demostrado que no es el padre de Ed y asegura que siempre supo que nunca podría ser el padre de un *maricón*. Sus palabras, no las mías.

—No lo entiendo —Y realmente no lo entiendo.

No me mira a mí, ni a Helen. En su lugar, mira fijamente sus manos mientras continúa. —Siempre supe que existía la posibilidad de que no fuera el padre de Ed. Pero le tenía tanto miedo que nunca pude decir nada.

—¿Es por esto que se llevó a los niños? —dice Helen, con el bolígrafo aún suspendido sobre su libreta—. ¿Para hacer una prueba?

—Eso parece ser parte del asunto. Pero hacer daño a Ed era la otra parte.

—Entonces, ¿por qué no los ha devuelto? ¿Ahora que sabe que no es su abuelo? *Abuelo* no suena bien. —Sin duda ya ha castigado suficiente a Ed, ¿no?

—Todavía estaban bien cuando hablé con él. Pero su coche ha sido captado por las cámaras de vigilancia desde entonces, ¿verdad?

Un escalofrío me recorre. —Cuando se los llevó, independientemente de sus sospechas, eran sus nietos. ¿Crees que están en mayor riesgo ahora que dice que no tienen nada que ver con él? —Miro a Helen.

—Me temo que no puedo responder a eso. Simplemente tenemos que encontrarlos. —Mira a Marie—. Aunque estoy desconcertada. Los kits de pruebas genéticas normalmente tienen que enviarse a un laboratorio.

—Ha utilizado un servicio exprés y un mensajero.

—Es un completo lunático. ¿Cómo ha tomado el ADN de mis hijos?

—Normalmente es pelo o un raspado de mejilla —responde Helen.

—¿Le has contado algo de esto a Ed? —le pregunto a Marie, que está jugueteando con su collar—. Necesita saberlo. Y si no es su padre, ¿quién demonios lo es? —Ni siquiera sé por qué estoy preguntando esto. Realmente, necesitamos actuar. Encontrar a los niños.

—Tenía dieciocho años cuando me quedé embarazada y el hombre responsable estaba casado. Solo ocurrió una vez y no sabía qué hacer.

—¿Y qué *hiciste*?

—Me casé con el hombre con quien ya estaba saliendo. No le conté mis dudas de que existía una pequeña posibilidad de que el bebé no fuera suyo. Y tampoco se lo dije al casado.

—¿No pensaste que Ed tenía derecho a saberlo?

—Cuanto más tiempo pasaba, más difícil era decir la verdad. No puedo creer que tenga que salir a la luz de esta manera.

—Ed se sentirá aliviado, siendo sincera. Pero querrá saber quién es su verdadero padre.

—Pues ese es el problema. Tampoco se lleva bien con él *tampoco*.

La miro fijamente mientras me golpea la realización. —Alistair.

—Como he dicho, estaba casado en ese momento.

—¿Lo sabe él?

—Todavía no. Pensé que debería hablar primero con Edward. Qué lío tan horrible.

No puedo asimilarlo. *Alistair es el padre de Ed.* Eso significa que es el abuelo de George y Alex cuando ni siquiera soporta estar cerca de ellos. Mientras tanto, a los niños se los está llevando un bicho raro homófobo que acaba de descubrir que no tiene ninguna relación con ellos. Justo en ese momento, recibo un mensaje de Ed.

Setenta personas han venido a ayudar a buscarlos. La policía les ha asignado a todos áreas para buscar y yo les he dado carteles. Va bien, pero aún no hay noticias. ¿Algo por ahí?

Es la primera vez que recibo un mensaje suyo en semanas. —Marie, ¿puedes quedarte con Helen por si los traen de vuelta aquí? Voy a buscar a Ed. Y necesitamos informar al agente Burnley sobre el hecho de que has hablado con él.

—Debería ser yo quien le diga... —comienza Marie, pero su voz se apaga mientras salgo a grandes zancadas de la habitación.

Segundos después, doy marcha atrás con el Range Rover hacia el final de nuestro camino de entrada y golpeo con los dedos el volante mientras espero a que el agente levante el cordón.

Mientras me dirijo hacia el salón parroquial, recibo otro mensaje de Ed. Me detengo para leerlo.

Su coche ha sido localizado de nuevo. La policía le sigue la pista. Tiene a los niños en el coche en la M62.

Mi corazón late con más fuerza. Le llamo. —¿Dónde exactamente? —jadeo.

—Justo antes de la salida de Huddersfield. Van a atraparlo, Kerry. En cualquier momento vamos a recuperar a nuestros chicos.

—Gracias a Dios. —Agarro el teléfono como si fuera un salvavidas —. Voy a conducir hasta allí. Debo estar con los niños cuando lo atrapen. ¿Dónde está Davina?

—Está con uno de los equipos de búsqueda. Me ha dado su número, así que estoy a punto de avisarla. Dios, espero que estén bien. Si ha tocado un solo pelo de sus...

—Tengo que irme, Ed. Me llevará un tiempo llegar a la autopista. Te mantendré informado. —Contarle lo que Marie me ha dicho puede esperar. Llegar a la M62 es lo único que importa.

A los chicos siempre les ha encantado la autopista. Los dos están locos por los coches y fingen que los tres carriles están compitiendo. Con solo cinco años, ya puedo ver a los jóvenes que serán. Creo que tendré que empezar a ahorrar para las clases de conducir y los primeros coches cuando se acerque su decimoséptimo cumpleaños. Me dicen que llega más rápido de lo que podemos imaginar. Ocasionalmente me he quejado del trabajo duro, las madrugadas y la falta de libertad. Pero a partir de ahora nunca desearé que nuestro tiempo pase. Aprovecharé cada momento con ellos. Simplemente no puedo creer que este hombre haya hecho pasar a mis bebés por esto.

Los semáforos están tardando una eternidad y golpeo el volante con la palma mientras miro hacia el McDonald's. A las familias en la cola del auto-servicio, a los niños que salen y buscan la mano de su

madre o padre. Normalmente les digo que no al McDonald's a mis dos, pero cuando los recupere, podrán tener lo que quieran.

Aprieto el botón de mi radio para ver si hay alguna noticia sobre su coche. Probablemente ya lo habrán detenido. Puede que incluso hayan cerrado la autopista. Los niños y Eloise seguramente estarán ahora sentados en el asiento trasero de un coche patrulla y mis dos pequeños estarán contentísimos por ello.

Si le pongo las manos encima. Malditos anuncios en la radio. Reduzco la velocidad al final de la vía de incorporación porque nadie me deja entrar. La autopista está abarrotada. Siempre me he sentido nerviosa conduciendo por ellas. Son todos esos camiones enormes. Mi padre me dijo una vez que las barras a lo largo de su base sirven para evitar que la gente sea decapitada si su coche acaba debajo de ellos. Dan el tiempo. Seguramente el tráfico será lo próximo y podrían mencionar algo sobre la autopista. No. Es una maldita canción. *Despisito.* A George le encanta: la pusieron en la fiesta de cumpleaños de Ben Strachan el año pasado. Volvió a casa cantándola y pidiéndole a «Alexa» que la reprodujera una y otra vez.

Son las 10:55 de la mañana. Las noticias serán en unos minutos. El tráfico vuelve a moverse y solo estoy a un par de salidas de Huddersfield. Debería haberle preguntado a Ed en qué dirección circulaba el coche y no puedo creer que no lo hiciera. Supuse que viajarían *alejándose* de Yorkshire, pero podrían haber estado viniendo hacia aquí. Podrían ir en la otra dirección, hacia Hull. No importa adónde *se* dirigieran, la policía los tendrá ahora. Los niños estarán a salvo y los estarán examinando. Probablemente tendrán que ir al hospital para una evaluación adecuada.

Por fin: las noticias.

Son las noticias de las once. Buenos días. Primero les traemos una noticia de última hora sobre los tres niños de cinco años desaparecidos en Yorkshire, secuestrados de su jardín en Farndale, justo antes de las cuatro de la tarde de ayer.

La policía está investigando actualmente un segundo avistamiento de un vehículo que se cree está involucrado en el secuestro de George y Alex Huntington-Barnes y Eloise Lawson. Se cree que han sido secuestrados por su abuelo paterno distanciado.

La M62 ha sido cerrada entre los enlaces 33 y 35 en dirección oeste. Les ofreceremos más noticias según nos lleguen.

Voy en la dirección correcta y acabo de pasar el enlace 32, así que no estoy lejos. En unos minutos, volveré a estar con mis niños. Haré lo que sea necesario para ayudarles a olvidar lo que acaban de pasar. Redecoraré sus habitaciones y los llevaré de vacaciones. No puedo creer que haya sido necesario algo así para darme cuenta de que nada más importa: los gemelos son mi mundo.

Al diablo con Ed. Puede irse con todos los hombres que quiera. ¿Cómo pude estar tan cegada y ser tan estúpida como para involucrarme con Davina? ¿Cómo pude pensar que invertir diez mil libras en el asesinato de ese hombre podría devolverme a mi marido? Si mis niños están a salvo, haré cualquier cosa para arreglar las cosas. Probablemente empezando por alejarme del hombre que contratamos y comenzar de nuevo.

M62 Cerrada.

Salir en la próxima salida.

Todos están indicando y moviéndose al carril izquierdo. Al acercarme a la salida, hay una cola formándose, pero la paso de largo. Los otros conductores probablemente se preguntan qué demonios estoy haciendo. Después de medio kilómetro no puedo avanzar más porque la calzada está bloqueada por coches de policía y hay un helicóptero en la distancia. Mi corazón late desbocado mientras abandono mi coche en el arcén. Habría esperado ver a alguien en uno de los coches de policía, pero parece no haber nadie alrededor.

Corro a través del interior del bloqueo y empiezo a subir por el arcén, jadeando ante el chillido de sirenas detrás de mí. Un coche de policía, luego una ambulancia se aprietan por un hueco y salen disparados hacia delante, presumiblemente hacia el punto donde el helicóptero está dando vueltas. ¿Qué está pasando? ¿Por qué hay una ambulancia? Sigo corriendo. Odio correr. Intenté empezar a correr después de que nacieran los gemelos y, por un capricho, gasté más de mil libras en un carrito doble para correr. Creo que lo saqué dos veces. Pero mientras me lanzo hacia delante, no puedo

correr lo suficientemente rápido. Tengo tanto miedo de lo que no encontraré como de lo que encontraré.

Otro coche de policía y ambulancia, esta vez con dos camiones de bomberos, pasan rugiendo junto a mí. *Camiones de bomberos.* Si acaban de detener su coche y rescatar a los niños, ¿por qué hay camiones de bomberos aquí? Mi teléfono está sonando en mi bolsillo. No tiene sentido que conteste, de todos modos me he quedado sin aliento.

Solo tengo que llegar hasta mis hijos, así que sigo adelante. Después de unos momentos, lo veo todo en la distancia. Un camión de Aldi está tumbado de lado y un coche blanco se ha estrellado contra la mediana. Me detengo. Intento asimilarlo. No tiene nada que ver con mis pequeños. Debe ser un incidente diferente. *¿Entonces dónde están?* Ed dijo la M62. Las noticias dijeron la M62. ¿Dónde están mis hijos? Alguien corre hacia mí. Una policía.

—Retroceda. No está permitido estar aquí —hace un gesto de barrido—. ¿A qué está jugando? Hemos cerrado esta carretera.

—Yo... —Mi mirada viaja hacia un movimiento a la izquierda de la calzada. Los bomberos y paramédicos están deslizándose por el terraplén. Doy unos pasos más hacia delante, tragándome la bilis al notar la valla al lado de la autopista que ha sido atravesada.

Allí, volcado, hay otro coche—. Mis hijos... —empiezo mientras caigo en brazos de la policía.

38

ED

NO CONTESTA. He perdido la cuenta de cuántas llamadas perdidas tendrá. Nadie me dice qué está pasando. Los informes en los medios solo prometen "más cuando lo tengamos".

El agente Burnley ha llamado a los equipos de búsqueda para que regresen. Camino de un lado a otro por el suelo de parqué del centro comunitario, recordando cuando he estado aquí con los niños, dejándolos para grupos de juego o fiestas de cumpleaños.

Mi mirada se dirige al cartel que he colgado en el tablón de anuncios. Mis gemelos sonrientes, mostrando perfectas hileras de dientes de leche, uno con una sonrisa de no haber roto un plato en su vida, el otro, con una sonrisa traviesa y pícara.

Debajo de ellos hay una fotografía de Eloise. La única razón por la que Russell dijo que tenía que quedarse con Davina. No quería ser un padre de fin de semana. Tiene sus ojos melancólicos y la misma forma de nariz. En ella, Russell seguirá vivo. Dios, le echo tanto de menos. *Joder, Ed. ¿Por qué demonios estás pensando en él? Tus hijos siguen ahí fuera y estás pensando en Russell.*

—Edward —la voz del agente Burnley suena hueca en la amplia sala.

Le miro expectante, esperando que me diga que los niños están conmocionados, o cansados, y un poco hambrientos, pero que están

bien. Y Eloise también, por supuesto. Hubo un momento en que sentí una punzada de resentimiento por su devoción hacia ella y esto ha vuelto a surgir un poco, especialmente desde que abandoné a *mis* niños. Pero Davina ha estado bastante reservada frente a todo esto y lo único que importa es recuperar a nuestros hijos. Lo que ha pasado antes ha pasado.

—Te llevaré al hospital —su voz es grave.

Busco respuestas en su rostro. —¿Están bien?

—Hablemos en el coche. Tenemos que irnos. Están de camino allí.

—¿Quiénes? —Una fría mano de miedo me agarra el corazón.

—Todos ellos. Ha habido un accidente.

Me abrocho el cinturón de seguridad, calculando mentalmente cuánto tardará en llegar hasta ellos. Veinte minutos si las carreteras están tranquilas.

—Davina —digo—. ¿Lo sabe?

—Uno de mis colegas la está llevando —responde—. Tu mujer está con los niños.

Dejo escapar un entrecortado suspiro de alivio. Los niños están con Kerry. Eso debe significar que están bien. *Vivos*, al menos.

—¿Qué ha pasado?

—No sé mucho en este momento. Sabremos más cuando lleguemos allí.

Mis ojos están fijos en la carretera. Necesitamos llegar allí. —¿Qué *sabes*?

—Solo que el coche en el que viajaban se salió de la calzada. Han tenido que trasladarlos en helicóptero. También hay un camión y otro coche involucrados.

—¿Y qué hay de *él*? —Escupo la última palabra. Espero que esté muerto.

—No lo sé, Edward. Vamos a llegar allí primero.

Saco el móvil del bolsillo e intento llamar a Kerry otra vez. Sigue sin contestar. Le envío un mensaje.

¿Qué está pasando? Voy de camino al hospital.

El móvil de mamá está apagado. Pruebo con su fijo.

—¿Diga?

—Alistair, soy Ed. ¿Está mi madre?

—No.

Gilipollas. La suya es la última voz que quiero oír ahora mismo. —¿Dónde está?

—Ha salido.

—Mira. Sé que no me soportas, ni a mi familia, pero esto es urgente.

—No sé dónde está. Llámala al móvil.

—Ya lo he intentado. Lo tiene apagado.

—Entonces no puedo ayudarte.

Empiezo a pedirle que le diga que me llame en cuanto aparezca, pero rápidamente me doy cuenta de que estoy hablando con la línea muerta. Tengo ganas de golpear algo.

El agente Burnley tamborilea con los dedos sobre el volante mientras esperamos en el tercer semáforo en rojo seguido. Intento llamar a Kerry otra vez. Suena sin respuesta. El temor se acumula en la boca de mi estómago. El helicóptero-ambulancia a lo lejos desciende hacia el tejado del hospital. —Mis niños —digo en el silencio del coche. El agente Burnley permanece callado. Tengo la sensación de que sabe algo pero no puede, o no quiere decírmelo. —Vamos, vamos —le digo al siguiente semáforo en rojo. Quiero llegar allí, pero a la vez no quiero llegar. —Por favor —me vuelvo hacia él—. Si sabes algo, *por favor* dímelo. Necesito prepararme. —Miro su silueta; parece profundamente concentrado.

Suspira. —No puedo decirte nada con certeza ahora mismo. Excepto que uno de los pasajeros del coche que chocó contra la mediana ha fallecido.

—¿Y los niños?

Cierra brevemente los ojos y luego dice: —Todo lo que sé es que uno de ellos está entre la vida y la muerte. Pero no sé cuál. Lo siento, no puedo decirte más que eso.

—Dios mío. —Me sorprendo deseando que sea Eloise. *Maldito cabrón*, me digo a mí mismo. ¿Cómo puedo pensar algo así? Un sollozo se me atraganta en el pecho. Dios mío. Una niña inocente. La hija del hombre al que adoraba absolutamente. Y es mi padre quien lo ha hecho.

El tejado del hospital es demasiado alto para distinguir cualquier actividad allá arriba mientras entramos en el acceso del hospital. Supongo que una ventaja de llegar con un policía es que puede abandonar su coche cerca de las puertas. Entro corriendo, adelantándome a él, pasando junto a un mar de gente hasta llegar a un cartel que dice recepción. —Mis hijos han sido trasladados en helicóptero —jadeo a la mujer—. ¿Dónde están?

—Disculpe —dice una mujer, sujetando una compresa contra su cabeza—. ¿Le importa? Me están atendiendo aquí.

—Mis hijos de cinco años han sufrido un accidente de tráfico. ¿No cree que eso es más urgente que su...?

El agente Burnley me toma del brazo y me lleva al otro lado del mostrador mientras hace gestos a alguien en un ordenador para llamar su atención.

—He oído lo que ha dicho —dice ella—. Déme un minuto y veré qué puedo averiguar. —Después de lo que parece una eternidad, dice—: Estoy mirando la pantalla de ingresos y acabamos de tener uno considerable. Todos han sido llevados a Reanimación.

—¿Dónde está eso?

—Me temo que no puede entrar allí sin más. Primero tendré que averiguar qué está pasando.

—Pero dos de ellos son mis hijos. —Examino los carteles del techo en busca de alguna pista sobre dónde ir.

—Tome asiento, señor. Comprobaré las identidades de quienes hemos ingresado y haré que alguien lo acompañe. Le prometo que seré lo más rápida posible.

No puedo sentarme. Camino de un lado a otro durante varios momentos, luego me giro hacia el agente Burnley. —¿Sabes dónde está? ¿Reanimación? No pueden impedirme entrar, ¿verdad? Soy su padre.

—Es por ahí. —Señala con la cabeza hacia la derecha—. Pero yo no te lo he dicho. Esperaré aquí hasta que vuelva la mujer.

Me dirijo hacia donde ha indicado, examinando los carteles en busca de más información. —¿Dónde está Reanimación? —grito a un celador que pasa, empujando a alguien en una silla.

—Justo allí —responde—. Tendrá que usar el interfono. —Y luego, como si percibiera mi impaciencia, añade—: Y no siempre contestan de inmediato.

Lo pulso repetidamente. Justo cuando pienso que nadie va a venir, la puerta se abre y Kerry sale tambaleándose.

La agarro por los hombros. —¿Qué está pasando?

Levanta sus ojos hacia los míos pero no dice nada.

—He estado llamando. Y enviando mensajes. ¡Háblame!

—Alex —traga saliva finalmente—. Creo que vamos a perderlo. —Se aleja de mí y se desliza por la pared hasta el suelo.

—¡No! —Tiro de la puerta que se ha cerrado tras ella—. No podemos.

—Va a entrar en quirófano. Tiene una hemorragia interna masiva. Me siento mal. —Se mece hacia adelante y hacia atrás contra la pared.

La miro fijamente. Esto no está pasando. Mi. Pequeño. No. Puede. Morir.

—¿Y George?

—Tiene una conmoción cerebral. Y algunos huesos rotos. Pero debería estar bien. —Sigue meciéndose contra la pared, sobre sus talones—. No puedo creerlo. No me lo puedo creer, joder.

—¿Dónde está? Deberíamos estar con ellos. Con los dos.

—Ha ido a hacerse una radiografía. Tuve que salir de allí. Alex ya ha bajado.

—¿Bajado *adónde*?

—A quirófano.

—¿Y Eloise?

—No lo sé. No tenía buen aspecto en la ambulancia. Davina acaba de llegar. —Se levanta, con rabia ardiendo en sus ojos—. Ese hombre. Ese jodido hombre. Cuando descubra dónde está...

—Lo sé. Pero ahora lo único que importa, Kerry, son nuestros hijos. —Busco su mano—. Entremos.

Después de un minuto pulsando el interfono, aún no viene nadie. Voces amortiguadas y pitidos emanan del otro lado de la puerta. —Vamos, vamos. —Entonces el agente Burnley avanza a grandes zancadas por el brillante pasillo blanco.

—Están preparando a tu pequeño para el quirófano —dice cuando llega hasta nosotros—. Acabo de hablar con la supervisora de urgencias. —Pone una mano en mi hombro—. Tu padre también va de camino allí. Ha sufrido un traumatismo craneal masivo.

—No es mi padre. —Mi voz es un gruñido—. Y si sobrevive a su operación, yo mismo desconectaré sus máquinas. Si mi hijo muere porque...

—Está bajo vigilancia armada —dice el agente Burnley, tirando de la puerta de Reanimación cuando finalmente suena un pitido.

Entramos corriendo detrás de él. —¿Dónde está mi hijo? ¿George? —exige Kerry a la enfermera.

—Lo han llevado a Rayos X.

—¿Por qué no me esperasteis?

—Con todo respeto —responde la enfermera—, nuestra prioridad es atenderlo. Un celador lo ha llevado y una enfermera ha bajado con ellos.

—¿Y Alex?

—El cirujano de guardia acaba de llegar. Si quieren esperar en la sala de familiares al final del pasillo, los mantendremos informados.

No sé adónde ir ni qué hacer. Estoy demasiado estresado para tomar cualquier tipo de decisión. Finalmente, digo: —Iré con George. Tú ve a esperar por Alex. —Toco el brazo de Kerry—. Estarán bien. Te lo prometo. Son fuertes. Salen a ti.

39

KERRY

A MIS CHICOS les habría hecho mucha ilusión viajar en helicóptero. Pero en este caso, a George le pusieron una inyección para sedarlo porque sufría mucho dolor. Alex ya estaba inconsciente. Por fuera parecía perfecto, como si no hubiera sufrido ninguna lesión. George, sin embargo, estaba cubierto de sangre y con la pierna sobresaliendo en un ángulo horrible.

Eloise también vino en el helicóptero. La habían inmovilizado en una tabla. Le cogí la mano, escuchando palabras como parálisis, morfina, alerta y transfusión durante los quince minutos que duró el vuelo. No sé qué pasó con el cabrón que les hizo esto. Deberían haberlo dejado allí para que se pudriera. Al menos no intentaron meterlo en el helicóptero con mis chicos y Eloise.

Escucho de refilón mientras el agente Burnley hace averiguaciones sobre su paradero. Puede que esté gravemente herido y bajo vigilancia armada, pero no me siento segura sabiendo que está en nuestra proximidad. Sin embargo, no puedo pensar en eso. Los gemelos me necesitan. Me dirijo hacia la sala familiar, deteniendo a una enfermera cuando se dirige a la puerta del quirófano.

—Mi hijo. Alex Huntington-Barnes —empiezo—. Él está...

—Justo voy a entrar —dice—. Soy parte del equipo de apoyo. Vaya a tomar un té y le prometo que la mantendremos informada.

Entro en la sala familiar, un espacio sencillo con dos pequeños sofás color beige enfrentados. Hay una mesita de café y una caja de pañuelos entre ellos. Me dejo caer en un sofá y hundo la cabeza entre las manos. Estoy demasiado entumecida incluso para llorar. Nunca he sido religiosa, pero supongo que este es tan buen momento como cualquier otro para empezar a rezar.

No sé cuánto tiempo permanezco en esta posición antes de que unos pasos que van y vienen fuera de la habitación empiecen a irritarme. Hay una pila de revistas y una máquina de bebidas calientes en otra mesa. Me preparo un té para distraerme. Sigo repitiendo una y otra vez en mi cabeza. *Por favor, Dios, que esté bien. Por favor, Dios, que esté bien.* Haré lo que sea para que supere esto. Asomo la cabeza por la puerta por si está ocurriendo algo que deba saber. La persona responsable de los paseos es Davina.

—Ven y siéntate —le agarro del brazo cuando pasa junto a mí—. Te prepararé algo de beber.

Hace lo que le digo pero no puede quedarse quieta. Su mirada va de la puerta a la máquina de té, a la mesa, a la pared, luego a las persianas y de vuelta a la puerta. —Puede que nunca vuelva a caminar —se levanta tan rápido como se había sentado. Mira por la ventana—. Eloise.

—Mi hijo puede que ni siquiera *sobreviva*. —Pensaba que estaría hecha pedazos ante algo así, pero es como si una parte de mí se hubiera apagado. Me hundo de nuevo en el duro sofá, con las manos envolviendo el calor del vaso de papel.

—Todo es culpa nuestra —Davina se sienta frente a mí de nuevo —. Es como el karma o algo así.

—¿De qué estás hablando?

—De lo que les ha pasado. ¿De qué crees que estoy hablando? Si hubiéramos pagado. Si hubiera respondido a esa nota antes. Es que no sabía qué hacer. Por eso vine a verte. Y mira lo que ha pasado.

La miro fijamente. Está claramente alterada. —No te sigo. Pensaba que era el padre de Ed quien conducía el coche.

—Le vi la cara cuando lo llevaban al quirófano —Davina se inclina hacia delante y baja la voz—. Es *él*. Tony. El hombre que contratamos.

—Estás de broma. ¿Sin saberlo hemos contratado al supuesto padre de Ed como nuestro *sicario*?

Parece una broma de mal gusto.

—Si sobrevive y habla, estamos jodidas —dice—. O si sobrevive y hace algo peor que...

—¿Cómo podría hacer algo *peor* de lo que ya ha hecho? Mi hijo está en el quirófano, luchando por su vida.

—¿Cómo sabía dónde encontrarnos? —Davina se levanta otra vez —. Vino a tu casa. Debe habernos estado vigilando.

—Parece una pesadilla horrible —me abrazo a mí misma—. Nunca debí involucrarme.

—Tú querías que mi marido muriera tanto como yo. Tú misma lo dijiste.

—Fui una idiota. Debería haber dejado marchar a Ed. Tú deberías haber dejado a Russell. Ninguno de los dos ha merecido la pena en el gran esquema de las cosas.

—Le he aguantado durante años y he soportado cómo me trataba —levanta el vaso de papel hasta sus labios pero no bebe—. Dejó muy claro que lucharía por Eloise. También tenía cosas sobre mí. Cosas de mi pasado. Probablemente habría ganado.

—¿Y si nuestros tres hijos se ponen bien? —algo en mí se eleva y luego cae de nuevo—. ¿Y *si* él sobrevive? ¿Volverá a por nosotras? No tengo dinero. No puedo pagarle lo que quiere.

—Viéndolo antes en la camilla... será un milagro si lo hace. Tenía muy mala pinta —es la primera vez que oigo a Davina decir palabrotas.

—Es por mi hijo por quien más me preocupo. Me culparé para siempre si le pasa algo.

—Creo que ya estamos pasando por bastante ahora mismo — Davina deja su vaso—. Lo hecho, hecho está: pagamos treinta mil entre las dos. Russell está muerto pase lo que pase, así que lo único

importante ahora es ayudar a nuestros hijos a superar esto. Puede que incluso nos libremos de que nadie descubra jamás nuestra participación en todo esto.

Cierro los ojos. —De alguna manera tenemos que evitar que Ed descubra quién es ese hombre. Ya sabe que es su padre el que está ahí dentro, y eso es todo lo que necesita saber.

Ambas damos un respingo cuando la puerta se abre de golpe. Es Ed. —La policía me ha dejado verle. Acabo de ver a BF, justo antes de que entrara a quirófano.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí fuera? —Miro fijamente su rostro, intentando leer su expresión.

—El suficiente. —Se agacha frente a mí.

—¿Dónde está George? —Bajo la mirada al suelo—. ¿Está bien?

—Te está buscando. Por eso he venido a por ti. Pero antes, creo que sería mejor que me contaras qué está pasando.

Quizá Davina se haya equivocado. —El hombre —digo—. ¿Era definitivamente BF? ¿Pudiste verle bien?

—Al cien por cien. Así que quizá deberías explicarme qué tiene que ver *treinta mil libras* con la muerte de Russell.

Miro a Davina, aferrándome aún a la esperanza de que quizá se haya equivocado y que el hombre que contratamos para Russell ya se haya marchado.

Ed se pone de pie. —Como ya he dicho, Kerry, he estado escuchando tras la puerta. He oído cada palabra que habéis dicho. Sabía que Russ nunca se suicidaría. Ni habría corrido el riesgo de que pareciera que lo había hecho. Vosotras *dos* lo organizasteis. —Nos señala a cada una—. Él dijo que eras egoísta, Davina, pero nunca mencionó que fueras una psicópata. Y tú, Kerry... tú...

—Lo siento muchísimo. —¿Qué más puedo decirle?—. Quería que desapareciera. Te quería de vuelta. Cuando Davina necesitó poner más dinero, me dejé llevar por todo.

—Te dejaste llevar organizando la eliminación de la única persona a la que he amado de verdad. Maldita zorra. Eres tan arrogante que pensaste que quitándolo de en medio me haría volver corriendo a ti.

—*La única persona que has amado* —se burla Davina—. ¿Te has escuchado? Se acostaba con todo lo que se movía. Ni siquiera le

conocías. No de verdad. Se merecía todo lo que le pasó después de cómo me trató.

—¿Qué, se merecía que se gastaran treinta mil libras para asegurar su muerte? ¿Y de forma tan sórdida? Entonces, ¿quién lo hizo? ¿Quién le mató?

—Se llama Tony. Me lo recomendaron.

—BF se llama Anthony. No puede ser la misma persona. Seguramente. —Se queda en silencio—. No puede ser BF quien acabó con Russell. Odia a los homosexuales. No se habría involucrado en la forma en que murió.

—No habría tenido que hacerlo —dice Davina—. Solo tenía que fingir.

La habitación queda en silencio.

—¿Y ahora qué? —digo finalmente.

—Voy a contárselo a la policía —dice Ed—. Que la mujer de Russ y mi mujer pagaron cantidades exorbitantes para que mataran a un hombre inocente. Por mi supuesto padre.

—No sabíamos que era tu padre.

—¡Mamá! —Todos miramos hacia arriba cuando Marie irrumpe en la habitación.

—¿Dónde están? He venido en cuanto me he enterado de lo que estaba pasando. ¿Están todos bien? —Se apresura hacia mí y me toma de la mano.

—George parece que estará bien, pero no estamos tan seguros sobre Alex. —Mi voz se quiebra. Todo esto es culpa mía. Qué mujer tan celosa y estúpida he sido—. Está en quirófano. Nos avisarán.

—¡Dios mío! —Su mano vuela hacia su boca—. Va a superarlo, ¿verdad?

—No lo sabemos, mamá —dice Ed.

—¿Y Eloise? —Marie dirige su atención a Davina.

—No está bien. Podría quedarse paralítica.

—¿Quién les ha hecho esto?

—¿Quién es la única persona en el mundo que no se detendría ante nada para vengarse de mí?

Marie se sienta a mi lado en el sofá. —No —dice—. No haría daño a su propia sangre. —La miro, consciente de que tengo un as

bajo la manga si decido usarlo.

—Parece que BF no se detiene ante nada para ganarse un dinero extra. —Ed me mira y luego vuelve a mirar a su madre—. Mata a gente por dinero, ¿no es así, Kerry?

Davina me mira y luego vuelve a mirar al suelo.

—¿De qué estás hablando? —pregunta Marie.

Me sobresalta un fuerte golpe en la puerta. —Soy el profesor Fleetwood —anuncia un hombre al entrar en la habitación—. ¿Puedo comprobar quiénes sois en relación con Alex Huntington-Barnes?

—Soy su madre. —Miro fijamente el rostro del hombre, buscando en él algún rastro de algo que me dé esperanza.

—Soy su padre —dice Ed, ofreciendo una mano que no es aceptada.

—Soy su abuela —dice Marie—. ¿Cómo está?

—Lamento mucho tener que deciros —dice el señor Fleetwood, sentándose en el sofá junto a mí—, que Alex ha fallecido. Perdió demasiada sangre. Lo siento mucho por vuestra pérdida; hicimos todo lo que pudimos por él.

Un grito resuena por el pasillo, seguido de un aullido. Suena como un animal herido. Entonces me doy cuenta de que el sonido proviene de mí.

40

ED

KERRY y yo seguimos a un técnico de la morgue a lo largo de un pasillo. Apenas he hablado desde que el médico especialista nos dio la noticia.

Mi precioso niño, lleno de vida, divertido e inteligente, está muerto. Hasta que no lo vea con mis propios ojos, no puedo creerlo. Todavía no se lo hemos dicho a George. Ha vomitado tres veces por la conmoción cerebral que tiene, su brazo y pierna están en escayolas temporales y está cubierto de cortes y moratones. Lo hemos dejado tumbado en una camilla en urgencias con mi madre. Ella también parecía demasiado conmocionada para llorar. Creo que necesitará ver a Alex también, para empezar siquiera a procesarlo.

A medida que nos acercamos al cartel que dice *morgue. Por favor, llame para ser atendido*, me he quedado completamente ausente. Me imagino personas con batas blancas, frigoríficos alineados en las paredes y cuerpos sacados en planchas metálicas.

Una mujer con compasión en la mirada, vestida con ropa normal, responde al timbre. —Ustedes deben de ser el señor y la señora Huntington-Barnes —dice—. Recibimos una llamada cuando veníais hacia aquí. Pasad. Me encargo yo ahora. —Hace un gesto con la cabeza al hombre que nos ha acompañado hasta aquí. Nos conduce

a una pequeña sala, muy parecida a la sala de familiares en la que estábamos sentados hace un par de horas.

Está iluminada suavemente con un gran cuadro de una vela colgado en la pared. Hay una caja de pañuelos sobre la mesa, junto con folletos sobre duelo, asesoramiento y cómo organizar un funeral. Un funeral. ¿Cómo se puede organizar un funeral para un niño de cinco años?

—No puedo deciros lo mucho que lo siento —comienza—. Perder a alguien a cualquier edad es terrible, pero perder a...

Sus palabras se ven interrumpidas por los sollozos de Kerry. La mujer me mira como si esperara que me acercara a consolarla. Este no es el momento para explicaciones. Se sienta junto a Kerry y le da un pañuelo. —Decidme cuando estéis listos para continuar —dice en un momento de silencio—. No hay ninguna prisa.

—¿Está preparado para que lo veamos? —pregunto, cerrando los ojos. Espero que no haya muchos hombres que tengan que ver a su hijo muerto tendido en una camilla en la morgue. No puedo creer que esto sea lo que estoy a punto de ver.

—Os explicaré lo que podéis esperar cuando entréis —comienza —. En unos momentos, cuando os sintáis capaces, podéis pasar por esa puerta. Hay otra puerta enfrente, que se abre a la sala donde está Alex. Podéis quedaros dentro de la entrada de esa puerta y mirarlo a través del cristal, o podéis ir al otro lado y sentaros con él.

Le da un apretón en la mano a Kerry. —Sentíos libres de mover las sillas mientras estéis allí. Alex tiene una sábana hasta el cuello, pero su cara es visible. Ya habéis visto las lesiones de su cabeza y cara, así que espero que ya sepáis qué esperar.

—¿Puedo tocarlo? —Ella retira la mano de la de la mujer para limpiarse los mocos que le caen de la nariz hacia su regazo.

—Sí. Parece tranquilo. Parece como si estuviera durmiendo.

Kerry rompe en una nueva oleada de lágrimas. Yo aún no he llorado. Simplemente no puedo.

—Pasad todo el tiempo que queráis con él —dice la mujer—. Y mientras esté aquí, podéis pedir cita para venir tantas veces como necesitéis. ¿Tenéis alguna pregunta?

Niego con la cabeza. Kerry no se mueve. Está balanceándose hacia delante y hacia atrás otra vez, su cara manchada de hilos de moco.

—Os dejaré para que entréis cuando estéis listos. Como he dicho, tomaos todo el tiempo que necesitéis. Si me necesitáis para algo, o cuando estéis listos para iros, solo tenéis que tocar este timbre. —Señala un botón junto a la puerta.

—Gracias —digo, como un robot. Esto no está pasando. No puede ser. Me levanto al mismo tiempo que la mujer y ella sale por la puerta por la que entramos. Alcanzo el pomo de la puerta que me llevará hasta mi hijo.

Kerry también se pone de pie.

—Espera aquí si no te importa —le digo—. Quiero unos minutos a solas con él.

Ella se hunde de nuevo mientras salgo de la habitación. Casi puedo oír el silencio mientras estoy de pie en el pasillo entre las dos salas. La bilis me quema la garganta. Veo una puerta que dice WC y me precipito dentro. No he comido nada, así que solo me inclino sobre el inodoro, con arcadas. Mis ojos se humedecen por la fuerza de las arcadas, pero siguen sin ser lágrimas. *¿Qué me pasa?* Mi precioso niño está muerto y ni siquiera puedo llorar.

Kerry sin duda me habrá oído en el baño, pero espero que se haya quedado donde está. Tengo que hacer esto solo. Respirando hondo, presiono el pomo y empujo la puerta para abrirla. Ahí está, al otro lado del cristal; mi ángel. El color de la iluminación aquí hace que parezca que todavía tiene color en la cara. Todo lo que es visible es su cabeza y como nos dijeron, parece como si estuviera durmiendo, aparte de que tiene los ojos ligeramente abiertos.

Como dijo la mujer, hay una puerta a la izquierda del cristal. Necesito estar a su lado. No estoy seguro de cuánto tiempo permanezco mirando fijamente su rostro.

La ira crece de nuevo. BF. El bastardo. Me ocuparé de él en breve. Me trago la rabia. No va a quitarme estos momentos con mi hijo. Nunca volveré a verle reír, ni podré darle patadas a un balón con él en el parque. Ni siquiera le enseñé a montar en bicicleta. Acaricio el mechón de pelo rubio en la parte delantera de su cabeza.

Habría tenido a todas las chicas detrás de él. Le habría ido tan bien en el colegio. Nunca podré darle clases de conducir, consejos paternales ni comprarle su primera cerveza. Su futuro, toda su vida, ha sido cruelmente apagada. Ese maldito hombre va a pagar por esto.

Me desplomo en una silla a su lado, mirando alrededor de la habitación pintada de melocotón. Una cortina cubre otra puerta al final de la sala y es diferente del metal frío y blanco que esperaba. Mi atención vuelve a Alex. Mi niño querido. Ayer a esta hora habría estado correteando, lleno de energía, riendo y simplemente siendo Alex.

—Despierta, hijo —mi voz suena extraña en el silencio—. Por favor, despierta. —Me clavo las uñas en la otra mano por si estoy soñando todo esto. Yo también quiero despertar—. Papá está aquí —continúo—. Y te quiero muchísimo. N-no puedo creer que esto haya pasado.

Todavía no puedo llorar. Hundo la cabeza entre las manos. Quiero saber dónde está ahora. Si puede oírme. Si existe algo como el cielo. Necesito saber que no está total y completamente *muerto*.

Siento la presencia de Kerry fuera y levanto la mirada para verla observando a nuestro hijo a través del cristal. Ella lo llevó a él y a su hermano dentro y debe estar sufriendo una agonía. Por un momento, mi instinto es consolarla, pero entonces la verdad me golpea como un camión. Todo es culpa suya. No conozco los detalles de sus acciones celosas hacia Russ, pero sin su acuerdo con Davina, fuera cual fuera, él seguiría aquí. Y también nuestro niño.

Me levanto de la silla y camino hacia la salida de la habitación sin mirarla. Me derrumbo en el sofá, de vuelta en la sala familiar, y leo las palabras en el cuadro frente a mí. *Aquellos a quienes amamos no se van. Caminan junto a nosotros cada día.* Siento cómo el dolor desgarra todo mi cuerpo, provocando sollozos desde lo más profundo, mis hombros doloridos por su fuerza. Emito un sonido que no sabía que podía hacer. Mi inocente y hermoso niño está muerto.

Estoy encogido en posición fetal cuando mamá entra en la habitación. No sé cuánto tiempo llevo así. Me incorporo y ella se sienta a mi lado. Me vuelvo hacia ella y sollozo sobre su hombro. —Lo sé. Lo sé —repite una y otra vez—. Yo tampoco puedo creerlo. Aún no me he hecho a la idea.

—¿Cómo está George? —Me aparto de ella.

—Va a estar bien. —Mientras me mira, veo su edad. Nunca lo había notado antes, pero Alex tenía sus ojos. Tenía. Acabo de pensar en él en pasado. El dolor late dentro de mí otra vez.

—¿Quién está con él?

—Una de las enfermeras. He venido a ver cómo estabas.

—¿Quieres ver a Alex?

Saca un pañuelo de la manga y se suena la nariz. —No sé si puedo, Edward. Creo que necesito recordarlo como era. —Se pasa los dedos por el pelo—. Verlo así me destruiría.

Nos sentamos en silencio durante unos momentos. Quiero volver con Alex y pasar cada momento disponible con él. Dentro de poco, lo llevarán a una funeraria, y luego nos lo arrebatarán para siempre. Incinerado o enterrado. Nuevos sollozos brotan. Simplemente no puedo soportarlo.

—¿Cómo está Eloise? —Para ser sincero, no me importa realmente. Solo quiero recuperar a mi niño.

—Está en quirófano. Davina está sentada fuera, esperando noticias.

—¿Y BF? —Escupo su nombre. Espero que esté muerto. Me ahorrará tener que entrar allí y hacerlo yo mismo.

—Está... —Hace una pausa—. Está en cuidados intensivos en coma inducido. Pero han dicho que probablemente se recuperará.

—Quiero verlo. —Hablo con los dientes apretados—. Y de paso lo desenchufaré. O le ahogaré su malvada cara. —Me siento enfermo otra vez. Enfermo de rabia. Enfermo de dolor. Siento como si quisiera subir a lo alto de este hospital donde trajeron a mis hijos y lanzarme desde allí. Quiero estar con Alex. Pero George también me necesita.

—Está bajo vigilancia armada —dice ella con suavidad—. Y no creo que te hiciera ningún bien verlo.

—Él tiene que recuperarse. —De repente, paso de querer verlo muerto a querer que pague. Quiero que *todos* paguen. Russell está muerto. Alex está muerto—. Hay algunas cosas que deberías saber, mamá —empiezo, pero me interrumpe un suave golpe en la puerta.

Mamá se levanta y abre. —¿Puedes darnos unos minutos? —Le dice al agente Burnley—. Edward estaba a punto de contarme algo.

—No, pase. —Mi voz encuentra una fuerza momentánea—. Lo que estoy a punto de decir, usted también necesita oírlo.

41

VÍCTIMA DE PARKSIDE Y GEMELO TRÁGICO - JUSTICIA

LA SENTENCIA HA TENIDO lugar hoy en el caso de Anthony Huntington, Davina Lawson y Kerry Huntington-Barnes en el Tribunal de la Corona de Leeds.

Los juicios se celebraron a principios del mes pasado cuando Huntington fue declarado culpable de múltiples cargos relacionados con el secuestro de tres niños locales de cinco años el pasado abril; uno de los cuales falleció como resultado de sus acciones.

Alex Huntington-Barnes, de cinco años, se vio involucrado en un accidente causado por su abuelo distanciado, Anthony Huntington, que le dejó con heridas mortales. Su hermano gemelo George sufrió lesiones físicas menos graves, pero quedará con cicatrices emocionales de por vida. Eloise Lawson, también de cinco años, ha quedado con parálisis permanente y es posible que nunca vuelva a caminar.

Los juicios y la sentencia también abordaron la muerte de Russell Lawson, padre de un hijo, de 36 años y residente en Kirby Brompton, que fue descubierto en una habitación del primer piso del Hotel Parkside en la madrugada del sábado 19th de marzo por un miembro del personal del hotel.

La causa de la muerte se registró como asfixia sexual. Inicialmente, se pensó que la muerte había sido accidental, pero las

cámaras de seguridad, junto con minúsculos rastros de semen de Lawson pisoteados en la moqueta fuera de la habitación del hotel, sugirieron la participación de una segunda persona.

Mientras la policía realizaba una investigación detallada, Russell fue finalmente enterrado en abril y la búsqueda de la verdad tras su muerte se intensificó.

Se descubrió que su viuda, Davina Lawson, había contratado a un hombre por la suma de 20.000 libras para llevar a cabo el asesinato de su marido. Esto había sido en colaboración con una mujer local, Kerry Huntington-Barnes, quien admitió haber pagado 10.000 libras a la Sra. Lawson.

El Tribunal de la Corona de Leeds escuchó cómo Davina Lawson había "estallado" después de años de tolerar las aventuras de su marido con una serie de hombres, para satisfacer lo que ella describió como una "seria adicción al sexo".

El juez Clive Thornton-Hughes, al resumir los casos, no cuestionó lo asqueada que pudiera estar la Sra. Lawson por el estilo de vida de su marido, pero afirmó que ella había reclamado de inmediato el seguro de vida y otros activos. Después continuó su vida de una manera no esperada de una persona que se arrepiente de sus acciones. Añadió que ella simplemente podría haber terminado su matrimonio en lugar de tomar venganza y que había sido castigada terriblemente, con la parálisis permanente que su hija ahora tiene que sufrir.

La coacusada, Kerry Huntington-Barnes, dijo, ya había recibido también el castigo definitivo, la muerte de su hijo de cinco años. Reconoció que, aunque no estuvo directamente involucrada en el proceso del "asesinato por contrato", sus acciones habían puesto a los tres niños en grave peligro y provocado la muerte de un hombre inocente.

Ella admitió ser cómplice en el proceso de "eliminar" a Russell Lawson con la creencia de que de alguna manera salvaría su matrimonio. Esto fue después de meses viviendo con el conocimiento de que su marido mantenía una relación sexual con él.

Ambas lloraron cuando el juez condenó sus acciones y lo que habían infligido a sus hijos. Afirmó que los problemas matrimoniales

no se resuelven organizando el brutal asesinato de un rival amoroso. Reiteró su conmoción y consternación por lo que indirectamente habían infligido a tres niños inocentes.

En un giro adicional, y desconocido inicialmente para todas las partes, el sicario que habían reclutado por un coste total de 30.000 libras para atraer a Lawson al acto sexual que resultaría en su muerte, era Anthony Huntington, suegro de Kerry Huntington-Barnes, aunque distanciado de la familia durante muchos años.

Solo cuando la atención mediática comenzó a aumentar en torno al caso y Huntington empezó a exigir más dinero, además de emitir amenazas a sus familiares distanciados, su identidad fue finalmente descubierta.

Aunque inicialmente negó todos los cargos, la presencia de su vómito en las proximidades de la escena del crimen aumentó la solidez del caso contra él. A partir de su ubicación en la zona, la policía pudo entonces compararlo con las imágenes de las cámaras de seguridad obtenidas del Hotel Parkside.

Anthony Huntington, descrito como un asesino profesional a sueldo, fue condenado a cadena perpetua y cumplirá un mínimo de diez años en una prisión de alta seguridad por el asesinato de Russell Lawson. Ahora también está siendo investigado por otros posibles asesinatos por encargo en la localidad.

Huntington fue sentenciado a otros cinco años por causar muerte por conducción peligrosa y tres años más por secuestro infantil, después de declararse culpable del cargo de secuestro ilegal y encarcelamiento de los tres niños. Sus sentencias se cumplirán consecutivamente.

El juez Thornton-Hughes lo describió como un hombre sin conciencia ni empatía, y por lo tanto de máximo peligro para la sociedad. Al dictar sentencia, el juez Thornton-Hughes dijo que podría haber impuesto solo un total de doce años, pero el hecho de que Huntington hubiera intentado chantajear y amenazar a sus dos cómplices para que entregaran más dinero, le obligó a imponer una sentencia más severa.

Davina Lawson, llevada del tribunal entre lágrimas, fue declarada culpable de conspiración para asesinar y sentenciada a seis años de

prisión. El juez la describió como una mujer despiadada que utilizó la orientación sexual y el comportamiento de su marido como excusa para obtener el control de la riqueza y la libertad que su muerte podría ofrecerle.

Kerry Huntington Barnes recibió una sentencia de cuatro años de prisión después de declararse culpable de conspiración para asesinar. Se reconoció que se había unido a la conspiración en un punto posterior, pero no se aceptaron fundamentos de responsabilidad disminuida.

El juez Thornton-Hughes concluyó su resumen reconociendo que las mayores víctimas en la situación eran los tres niños, atrapados en el fuego cruzado de esta terrible situación.

Debido a la conducta vengativa, impulsada por los celos, mostrada por supuestos adultos que deberían poner a sus hijos en primer lugar, un niño ha perdido la vida y los futuros enteros de los otros dos niños se han visto ahora afectados.

Añadió que la intolerancia homófoba mostrada por Huntington es algo que debe ser erradicado de la sociedad y que estaba complacido de sacar de la comunidad a una persona cuyas opiniones podrían infligir tal daño, donde podría perpetrar más.

El juez terminó su resumen diciendo que estaría observando con interés la investigación posterior sobre asesinatos locales sin resolver y que Huntington sería tratado con las penas más severas, si se le vinculara con alguno de esos casos. Les traeremos más información sobre esto a su debido tiempo.

EPÍLOGO

Tres años después - Ed

Mamá se desliza en el taburete del desayunador junto a mí y remueve su café.

—Entonces, ¿cómo estaba?

—Bien. Con ganas de salir —parpadeo para alejar las imágenes de aquella terrible sala de visitas—. Aunque es una sombra de lo que solía ser. Casi sentí lástima por ella.

—Bueno, ciertamente ha sido castigada. Tres años sin ver a tu hijo es mucho tiempo —da un sorbo a su café.

—Una eternidad sin ver a tu otro hijo es aún más tiempo.

Ambos permanecemos en silencio durante unos momentos. Alex tendría ahora ocho años, con la misma boca sin dientes y el mismo remolino en el pelo que su hermano. Intentamos hablar de él con George tanto como es posible. Mantenerlo vivo siempre que podemos.

Aunque George está ajeno a todo lo que le rodea ahora mismo. Puedo oír el zumbido de cualquier juego de carreras al que está pegado a través del sonido envolvente en la sala de estar.

Vivimos con mamá por el momento. Pensé en quedarme en la casa con George, pero no pude enfrentarme a ello después de

perder a Alex. Frustramos los planes de Alistair de mudarse, pero esa es otra historia.

Había intentado entrar a ver a BF en cuidados intensivos. Estaba planeando arrancar todos los enchufes de la pared hasta que Kerry me gritó: «Ni siquiera es tu padre. Díselo, Marie. No soy la única persona que te ha hecho daño».

Había sido una manera horrible de descubrir la verdad. Mamá se había derrumbado. Acabábamos de ver a Alex en el depósito y, después de lo que le había contado al agente Burnley, permitieron a Kerry ver a George antes de ser llevada a comisaría con Davina.

No podía creerlo. El hombre que yo creía que era mi padre me había odiado tanto que parte de su motivo para llevarse a mis hijos era desmentir su paternidad con alguna ridícula prueba genética. No me sorprendería si los hubiera sacado de la carretera a propósito, una vez que descubrió que no eran sus nietos.

Después de todo, matar a personas no era un problema para él. Su implicación en otros quince casos ha salido a la luz desde que lo encerraron. Parece que tenía muchos enemigos que estaban más que dispuestos a contar a la policía lo que sabían. Se pudrirá allí dentro. He pensado en visitarlo, pero eso no me haría ningún bien. No es *nada* para mí.

—Entonces, ¿habéis hablado de qué pasará cuando salga?

El pelo de mamá está mucho más gris que antes y hay una tristeza permanente a su alrededor. En parte se culpa a sí misma por lo que pasó y a menudo ha dicho que si hubiera contado la verdad antes, podría haber evitado las cosas. Y he perdido la cuenta de las veces que ha mencionado que ella habría muerto en lugar de Alex. Ha pasado dieciocho meses en terapia, pero la tristeza sigue acechándola.

—Va a conseguir un piso de dos habitaciones. En algún lugar cerca del colegio —respondo—. Tendré que volver a presentarle a George poco a poco. Supongo que eventualmente compartiremos su cuidado. Siempre y cuando él esté de acuerdo.

—¿Estás seguro de que es buena idea? —mamá resopla—. George está asentado con nosotros ahora.

—Kerry sigue siendo su madre. Y no es mala madre. En realidad no. Ha tomado algunas decisiones terribles, pero si no la perdonara, me estaría haciendo más daño a mí mismo.

—Eres un hombre bondadoso, Edward —los ojos de mamá se llenan de lágrimas y pone su mano sobre la mía—. *Tú* no te vas a ir a ninguna parte, ¿verdad?

—Quizás algún día, mamá. Pero no en un futuro próximo.

Iniciar otra relación sigue siendo impensable. Mi vida ahora son George y el trabajo. Y mamá. Sí, todavía estoy en la treintena, pero hemos tenido que unirnos para superar todo esto y George está establecido aquí. Ver a Kerry de nuevo sin duda le desestabilizará, así que tengo que mantener la continuidad aquí para él. Sigue en la misma escuela con los mismos amigos. Hicieron una asamblea para Alex un mes después de su muerte. Me senté en la parte de atrás con mamá y en su mayor parte nos mantuvimos enteros. Proyectaron fotos de Alex en la gran pantalla, cantaron canciones y los miembros de su clase ofrecieron cada uno un recuerdo diferente de él.

Lo echo de menos más allá de las palabras. Apenas recuerdo su funeral, pero nunca olvidaré el pequeño ataúd blanco que ningún padre debería tener que ver jamás. Kerry ya había sido detenida para entonces. Aunque no representaba un peligro para la sociedad, le habían advertido que le esperaba una condena de prisión segura, así que bien podía empezar a cumplirla cuanto antes.

Según su abogado, recibió una dura sentencia por su participación en la muerte de Russ. El juez había sido más severo porque ella había seguido ocultando la información incluso después de que los niños fueran secuestrados.

No he estado en contacto con Davina desde que fue encarcelada. Fue a una prisión diferente a la de Kerry, y Eloise se fue a vivir con

su abuela. No sé cuán gravemente quedó paralizada y pienso en ella de vez en cuando. Al fin y al cabo, era la hija de Russ.

Todo tipo de porquerías salieron a la luz sobre él durante el juicio: adicción al sexo, deudas y fraude, por nombrar algunas. Davina intentó sacar todo a relucir. Pero yo sabía quién era él, y ninguna cantidad de difamaciones podría cambiar eso jamás.

Mamá también está sola ahora. Todo esto fue demasiado para Alistair. Fue un shock inmenso para ambos descubrir, después de años de apenas tolerarnos mutuamente, que somos padre e hijo. Sin embargo, estamos en contacto. Hemos salido a tomar una cerveza un par de veces y cada vez es menos tenso.

También hemos llevado a George a salir juntos y Alistair ha empezado a hacer preguntas sobre mamá de nuevo. Quién sabe cómo se desarrollarán las cosas en el futuro. Todos hemos pasado por muchísimo.

—Salgamos de aquí un rato —mamá se levanta y enjuaga su taza en el fregadero—. Podríamos ir en coche hasta la costa. Hace demasiado buen día para que George esté sentado con ese maldito X-Box.

Sonrío ante su repentino entusiasmo y recuerdo cuando me llevó, solo nosotros dos, a la costa cuando yo tenía aproximadamente la edad de George.

Tenemos *que* empezar a vivir de nuevo. Perder a Alex y a Russ me ha mostrado lo corta y preciosa que es la vida. George es mi prioridad y ahora vivo una vida que es pacífica y fiel a quien soy.

—Vamos, George —llamo—. Apaga eso. ¿Te apetece un helado en la playa?

En tres segundos está frente a mí, sonriendo con su gran sonrisa llena de dientes, y lo atraigo hacia mí.

Antes de irte...

Gracias por leer En Vilo - Espero que lo hayas disfrutado y consideres dejarme una reseña, ya que esto marca una gran diferencia para ayudar a otros lectores a encontrar el libro.

Si te gustaría leer otro libro apasionante, visita Amazon para saber más sobre A Su Sombra.

PREGUNTAS PARA EL GRUPO DE LECTURA

1. 'Vivir una mentira' es un tema recurrente en este libro. Comentadlo.

2. ¿Hasta qué punto han recibido los personajes su merecido?

3. Explorad las razones por las que Ed se casó, a pesar de estar confundido sobre su sexualidad.

4. En los primeros capítulos, ¿hasta dónde llegaría Kerry para encajar?

5. Comentad cómo se manifiesta la homofobia en esta historia. Cómo han cambiado las actitudes hacia la homosexualidad a lo largo de los años.

6. ¿Cuál era el 'control' que Russell ejercía sobre Ed?

7. Hablad sobre los efectos a corto y largo plazo que el comportamiento de los adultos tiene sobre los niños.

8. ¿Hasta qué punto pueden los antecedentes de 'BF' ofrecer alguna explicación para la persona en la que se convirtió?

9. ¿Qué podría suceder con cada personaje a continuación?

10. ¿Creéis que Kerry merecía una pena de prisión?

11. ¿Han cambiado alguno de los personajes 'para mejor' a lo largo de la historia?

12. Comentad los 'gustos' de Marie en cuanto a hombres.

13. ¿Se puede revivir un matrimonio una vez que está muerto?

14. Comentad cómo la situación de Davina podría haberla llevado al curso de acción que tomó.

15. ¿Hasta qué punto juega la salud mental un papel en esta novela?

A SU SOMBRA - PRÓLOGO

Un cuerpo tarda entre cuatro y diez días después de la muerte en alcanzar la putrefacción. En un sótano fresco, cabría esperar que las cosas estuvieran en su peor momento hacia el final de ese espectro. Hoy es el día ocho, así que espero que mis cálculos sean precisos.

El hedor a muerte me asalta en cuanto pongo un pie en el pasillo. Extiendo la mano hacia el interruptor de la luz, que se funde nada más tocarlo. ¡No! La caja de fusibles está en el sótano. Debería haber hecho esto antes, pero lo he estado postergando durante días.

Me deslizo por la cocina, enterrando la nariz y la boca en el cuello de mi jersey. El olor es como nada que haya encontrado antes: huevos podridos, leche cuajada, aguas residuales y carne en descomposición, todo en uno. Al llegar a la puerta del sótano, me detengo, intentando meter algo de aire en mis pulmones sin que mis sentidos se conecten con mis inhalaciones.

Las paredes entre esta casa y la terraza con la que linda por detrás son tan finas que bien podrían estar hechas de papel maché. Lo que una vez fue una tienda en la planta baja y una gran vivienda residencial arriba, parece que el promotor optó por la opción más

barata y construyó algo apenas más fuerte que un tabique entre las dos viviendas resultantes.

Escucho en busca de signos de vida desde la casa de atrás. No debería haber ninguno, pero existe una pequeña posibilidad de que la última persona con la que querría encontrarme pudiera aparecer allí.

Nada. Solo las bocanadas de mi propia respiración. Gotas de sudor empapan mi piel bajo el jersey. Instintivamente, libero mi barbilla de él, sucumbiendo sin querer al inevitable hedor que ahora tiene la oportunidad de lanzar su ataque, provocando que mi estómago se revuelva y mi boca se llene de saliva. Trago con fuerza. Aunque, ahora podría permitirme vomitar, a diferencia de hace una semana más o menos. De hecho, podría considerarse una reacción esperable.

Extiendo la mano hacia el pomo de la puerta y lentamente envuelvo mis dedos alrededor, permitiendo que el frío del metal enfríe mi palma sudorosa. Si tan solo pudiera dejar las cosas como están. Pero no hay manera. Tendré que ocuparme de esto. Dentro de poco, los transeúntes podrán oler lo mismo que yo desde la calle. No sé cuánto tiempo permanezco allí, clavado en el sitio, armándome de valor mientras oscilo en la indecisión: ¿abro la puerta del sótano de golpe o la entreabro centímetro a centímetro?

Antes de haberla abierto siquiera una cuarta parte, un enjambre de moscardones rechonchos vuela hacia mi cara. Retrocedo de un salto, gritando, escupiéndolos y agitando las manos para apartarlos. No hay forma de que pueda bajar ahí. Imposible. Solo hay un curso de acción que puedo tomar. El que acordamos.

Descubre más en Amazon.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, un enorme agradecimiento a mi maravilloso esposo, Michael, por toda su ayuda y la fe que tiene en mi trabajo. Actúa como primer lector de mis borradores iniciales y es un apoyo increíble.

Un reconocimiento especial debe ir para mis dos lectores beta, Edwin Stockdale y Vicky Sykes, por sus comentarios tempranos sobre la historia, y también a mi increíble Equipo de Lectores Anticipados por el tiempo y el esfuerzo que siempre se toman para darme sus opiniones sobre mis manuscritos en etapas posteriores.

Gracias también a mis amigos y familiares por continuar apoyándome y creyendo en mí. Siempre estaré agradecida a la Universidad de Leeds Trinity y a mis tutores de la Maestría en Escritura Creativa allí, Martyn, Amina y Oz. Mi Maestría en 2015 fue el trampolín para poder escribir como profesión.

Y gracias especialmente a ti, el lector. Gracias por tomarte el tiempo de leer esto. Espero que lo hayas disfrutado.

ACERCA DEL AUTOR

Maria Frankland tiene un historial de búsquedas en internet dudoso y una suegra muy preocupada. Sin embargo, ninguna de estas cosas puede impedirle escribir thrillers psicológicos cautivadores en los que nunca encontrarás un final feliz.

Sus novelas se desarrollan principalmente en Inglaterra. Son personas que podrían vivir al lado de tu casa, o más cerca aún... no digas que no te lo advertimos.

Las novelas de Maria son dinámicas, realistas y con los pies en la tierra. Nunca se sabe lo que nos espera a la vuelta de la esquina...

